

ALFAGUARA

# Joël Dicker

## Un animal salvaje

Narrativa Internacional Traducción de María Teresa Gallego Urrutia y Amaya García Gallego



Joël Dicker

Un animal salvaje

Traducción del francés de María Teresa Gallego Urrutia  
y Amaya García Gallego

ALFAGUARA  




## Los hechos

El 2 de julio de 2022, en Ginebra, un sonado atraco copó la actualidad. Este libro narra la historia de aquel robo.

---

Prólogo

*El día del atraco*

*Sábado 2 de julio de 2022*

9.30 h.

Los dos atracadores acababan de entrar simultáneamente en la joyería por dos accesos distintos.

El primero, por la entrada principal, como un cliente cualquiera. El atuendo elegante había dado el pego al guardia de seguridad: la gorra y las gafas de sol venían muy a cuento en aquel mes de julio.

El otro, con pasamontañas, se había colado por la entrada de servicio tras obligar a una empleada a abrirle la puerta amenazándola con una escopeta recortada.

No habían dejado nada al azar: habían conseguido los planos de la tienda y los horarios del personal.

Una vez dentro, el Pasamontañas había atado a la empleada en la trastienda y se había reunido enseguida con su cómplice. Nada más verlo, la Gorra había empuñado la pistola que llevaba metida en el cinturón y había empezado a gritar: «¡Esto es un atraco, que nadie se mueva!». Luego se sacó un cronómetro del bolsillo y lo puso en marcha.

Disponían exactamente de siete minutos.

---

PRIMERA PARTE

*Los días anteriores a su cumpleaños*

# Capítulo 1

## *Veinte días antes del atraco*

→ **DOMINGO 12 DE JUNIO DE 2022**

LUNES 13 DE JUNIO

MARTES 14 DE JUNIO

MIÉRCOLES 15 DE JUNIO

JUEVES 16 DE JUNIO

VIERNES 17 DE JUNIO

SÁBADO 18 DE JUNIO

(FIN DE SEMANA EN SAINT-TROPEZ)

DOMINGO 19 DE JUNIO

(FIN DE SEMANA EN SAINT-TROPEZ)

**LUNES 20 DE JUNIO (CUMPLEAÑOS DE SOPHIE)**

Era una casa moderna. Grande, de forma cúbica, toda de cristal, que se alzaba en medio de un jardín impecable, con piscina y un amplio porche. La parcela estaba rodeada de bosque. Aquel lugar era un oasis, un pequeño paraíso secreto resguardado de las miradas al que se entraba por un camino particular. Al igual que la casa, los que vivían en ella también resultaban ser de ensueño: Arpad y Sophie Braun eran la pareja ideal y dichosos padres de dos hijos maravillosos.

Aquella mañana, Sophie abrió los ojos a las seis en punto. Llevaba algún tiempo despertándose sistemáticamente a la misma hora. A su lado, Arpad, su marido, dormía a pierna suelta. Era domingo, le habría gustado dormir un rato más. Se revolvió en la cama, en vano. Al final, se levantó sin hacer ruido, se puso una bata y bajó a la cocina para prepararse un café. Una semana después cumpliría los cuarenta y nunca había estado tan guapa.

Desde la linde del bosque se veía perfectamente el interior del cubo de cristal. Acuclillado detrás de un tronco, un hombre vestido con ropa de deporte oscura que lo hacía invisible permanecía con los ojos clavados en Sophie, que se encontraba en la cocina.

Sophie, con el café en la mano, observaba la orilla del bosque que delimitaba su jardín. Era su ritual matutino. Abarcaba con la mirada su diminuto reino.

A unos kilómetros de allí, en pleno centro de Ginebra, un Peugeot gris con matrícula francesa circulaba por una avenida desierta. Con la luz del amanecer no se distinguía bien al conductor a través del parabrisas. El vehículo llamó la atención de una patrulla policial y las luces giratorias

azules iluminaron la fachada de los edificios circundantes. Los policías procedieron al control del Peugeot y su conductor: todo estaba en regla. Uno de ellos le preguntó al conductor para qué había ido a Ginebra. «Visita familiar», contestó él. Los policías se marcharon satisfechos. El conductor se congratuló por aquel coche de ocasión que había comprado a muy buen precio y, sobre todo, de forma cien por cien legal. Era el mejor modo de pasar inadvertido.

Sophie, en la ventana, seguía observando el jardín. A veces sorprendía a algún zorro que vagabundeaba por el césped. Incluso había llegado a ver un corzo. Le encantaba esa casa que su marido y ella habían adquirido un año antes. Hasta entonces habían vivido en un piso en pleno corazón de Ginebra, en el barrio de Champel. Hacía tiempo que les rondaba por la cabeza la idea de una casa, con jardín para los niños. La subida del precio de la vivienda los había decidido a vender el piso con una buena plusvalía y ponerse a buscar una. Cuando visitaron aquel chalet de autor situado en la encopetada comuna de Cologny, no lo dudaron ni por un segundo. Se despertarían todas las mañanas en ese marco incomparable, sin dejar de estar a cuatro kilómetros del centro de Ginebra, donde ambos trabajaban. Unas pocas paradas de autobús, doce minutos en coche o quince en bicicleta eléctrica para los pijoprogres bastaban para pasar de un universo a otro.

El hombre que se escondía en la maleza observaba ahora a Sophie con un par de prismáticos militares pequeñitos. Escrutaba el cuerpo espigado que la bata corta dejaba al descubierto y se detuvo en la parte superior del muslo, donde tenía tatuada una pantera.

A su espalda, a unas decenas de metros, su perro lo esperaba pacientemente atado a un árbol. El animal, echado en una alfombra de hojas, parecía acostumbrado a esa rutina que llevaba prolongándose varias semanas. Su dueño acudía todas las mañanas. Al amanecer, se instalaba allí y observaba a Sophie a través de las cristaleras. Los Braun dormían con las persianas subidas y lo veía todo: la miraba levantarse, bajar a la cocina para prepararse el café y beberse delante de la ventana. Qué deseable era. Lo tenía obnubilado. Obsesionado.

Tras beberse el café, Sophie subió a la planta de arriba y entró en el dormitorio principal. Se desvistió y se deslizó desnuda en la cama donde su marido aún dormía.

Desde el bosque, el hombre la miraba con deseo. La realidad no tardó en espabilarlo. Tenía que largarse, volver a casa antes de que Karine y los niños se despertasen.

Desató al perro y se marchó igual que había ido: corriendo. Cogió la senda forestal, alcanzó la carretera principal y enseguida llegó al pueblo de Cologny. Se dirigió hacia un grupito de adosados: un conjunto de viviendas idénticas, una promoción barata para familias de clase media que había dado mucho que hablar en aquella comuna tan fina acostumbrada a los chalets de lujo.

Según entró por la puerta de casa, oyó que su mujer lo llamaba:

—¿Greg? ¿Eres tú?

Se encontró a Karine en el salón, leyendo mientras se bebía un té. Los niños seguían dormidos.

—¿Ya estás despierta, cariño? —preguntó, fingiendo indiferencia.

—Oí que te levantabas y no conseguí volver a dormirme.

—Lo siento, no quería despertarte. He salido a correr con el perro.

Greg, que no podía quitarse a Sophie de la cabeza, se sentó junto a su mujer en el sofá y se arrimó a ella. Pero resultaba obvio que Karine no estaba de humor.

—Para, Greg, que se van a despertar los niños. Por una vez que puedo leer un libro en paz.

Greg, apesadumbrado, subió a la planta alta para darse una ducha en el cuarto de baño anejo a su dormitorio. Se quedó un buen rato bajo el chorro de agua tibia. Las andanzas matutinas podrían salirle muy caras si lo pillaban. Se estaba jugando el curro. Karine lo dejaría. Él mismo se avergonzaba de espiar así a una mujer en su propia casa. Pero no podía evitarlo. Ese era el problema.

Aquella fascinación por Sophie había comenzado un mes antes, durante una fiesta en casa de los Braun. Desde esa noche, no había vuelto a ser el mismo.

*Un mes antes*

*Sábado 14 de mayo de 2022*

Greg y Karine podrían haber ido a pie, pero el tiempo desapacible los incitó a coger el coche. Desde su casa el trayecto duró apenas tres minutos. Subieron primero por la carretera de La Capite y luego, siguiendo las indicaciones del GPS, se desviaron por un caminito particular flanqueado de bosque que conducía hasta la casa de los Braun.

—¡Es de locos! —observó Greg según descubría el itinerario—, vengo mucho a correr por aquí con el perro, pero ni siquiera sabía que hubiese un chalet al final de este camino.

Era la primera vez que iban a casa de Sophie y Arpad. Celebraban una fiesta con motivo del cuadragésimo cumpleaños de Arpad y, a juzgar por los numerosos coches aparcados a lo largo del sendero, ya había llegado bastante gente. Greg ocupó uno de los últimos huecos libres del rellano herboso y fueron andando hacia el portón que permanecía abierto y cuyo diseño metálico desentonaba con la vegetación circundante.

Arpad y Greg se habían conocido en el club de fútbol local donde sus hijos, de edades similares, jugaban en el mismo equipo. Ambos padres pertenecían al grupo de voluntarios que se encargaban del quiosco de bebidas que había junto al terreno de juego y que, los días de partido, permitía, mal que bien, mantener a flote las arcas del club. No tardaron en congeniar.

Por su parte, Karine no conocía a los Braun y estaba nerviosa. Enseguida se sentía a disgusto cuando se hallaba fuera de su elemento. Para serenarse, se puso a hablar:

—Ha sido un detallazo que nos invitaran.

Greg asintió.

—¿A cuánta gente han invitado? —preguntó Karine.

—Ni idea.

—¿Arpad no te lo ha dicho?

—No.

—Pero ¿seremos en torno a diez? ¿O más bien treinta? ¿Con qué voy a encontrarme?

—No lo sé. Yo no he montado la fiesta.

—Arpad podría haberlo mencionado por casualidad en una conversación.

—Pues no lo ha hecho.

—¿De qué habláis mientras atendéis el quiosco del club?

Greg se encogió de hombros:

—De los hijos, de la vida, de cosas sin importancia... Pero, desde luego, no de los detalles de su fiesta de cumpleaños.

—Sea como fuere —dijo Karine para zanjar aquella conversación que no conducía a nada—, ha sido un detallazo que nos invitaran.

Siguieron andando en silencio. Últimamente había muchos silencios entre ambos. Karine estaba convencida de que la mudanza a Cologny, un año antes, no había sido para bien. Hasta ese momento, habían vivido en un piso de alquiler en el centro de Ginebra, en el barrio de Les Eaux-Vives. Una calle bulliciosa, con tiendas a tiro de piedra y el lago Lemán justo al lado. Un piso donde se encontraban a gusto y que, aunque se le quedaba un poco pequeño a su familia de cuatro miembros, tenía un alquiler inmejorable. Y entonces fue cuando Greg heredó un buen pellizco de su abuela. Fue cobrar ese dinero y comenzar a hablar como un pequeñoburgués. Había que invertir, a ser posible en suelo, que era mucho más seguro que el mercado bursátil. Y encima los bancos estaban dando créditos del ochenta por ciento de la suma necesaria, con unos intereses históricamente bajos. Así que se puso a mirar con lupa los anuncios inmobiliarios hasta que se topó con aquella promoción de Cologny: unos chalecitos adosados muy monos que se vendían sobre plano. La verdad es que las imágenes eran de ensueño. Una casa propia, con su pedacito de jardín. Una vida en el campo, a pocos minutos de la ciudad. Greg aseguraba que era imposible equivocarse: el mercado inmobiliario llevaba décadas subiendo, así que dieron el paso. Todo se fue empalmando con la mayor facilidad. El banco les concedió el crédito, fueron al notario a firmar la compra. Y así fue como, un año antes, se mudaron a la finísima comuna de Cologny. Pero, desde que habían llegado, Karine se sintió fuera de lugar. Para empezar, la casa era más pequeña de lo que se había imaginado: había mucha diferencia entre las habitaciones tal y como las veía ella sobre el plano y las reales. Aunque la superficie era sensiblemente mayor que la de su anterior alojamiento, se le quedaba estrecha. Al final comprendió que el agobio se lo causaba sobre todo el nuevo entorno. En aquel opulento barrio periférico de Ginebra, la mayoría de los vecinos hacían gala de un éxito económico y social insolente: abogados, ejecutivos

de banca, cirujanos, hombres de negocios, grandes empresarios. Los coches y los chalets hablaban por sí solos de la prosperidad de sus propietarios. Karine no paraba de preguntarse qué pintaban allí Greg y ella, que eran funcionario y dependienta de una tienda de moda, respectivamente. Aquella sensación se acentuó cuando, al albur de las conversaciones, se dio cuenta de que la urbanización para clase media donde ella y su familia se habían establecido era un desdoro entre tanta mansión. Incluso descubrió con espanto que los vecinos de Cologny le habían puesto a aquel racimito de adosados el apodo de «la Verruga» y que el concejo había convocado un pleno extraordinario para aprobar una ordenanza que impidiera que en el futuro se construyera ese tipo de edificaciones.

Todos los días, después de dejar a los niños en la escuela, que se encontraba a pocos minutos andando, Karine se subía corriendo al autobús A, que comunicaba el campo con el centro de la ciudad. La ruta atravesaba su antiguo barrio de Les Eaux-Vives y ella sentía entonces una punzada de nostalgia. Se apeaba del autobús en la glorieta de Rive para ir a la tienda donde trabajaba, en la calle de Le Rhône. Mezclándose con el gentío, se encontraba más tranquila.

Greg y Karine cruzaron por fin el portón y descubrieron cómo era la parcela por dentro. El patio solado daba a un garaje acristalado en cuyo interior se veían dos Porsches. Justo detrás, la casa, totalmente de cristal y de diseño actual.

—¡No es que les vaya mal! —dijo Karine con un silbido—. ¿A qué dices que se dedican?

—Arpad trabaja en un banco y Sophie es abogada.

Llegaron hasta la puerta y Greg llamó al timbre. A través de las cristaleras podían ver el ambientazo de la fiesta; cuarentones con aspecto de pijos meneándose muy formalitos al son de la música de moda, con una copa de champán en la mano.

Karine observó su reflejo en un cristal: estaba estilosa y elegante, vestida con el buen gusto de siempre. Aun así, no se sentía a la altura de la reunión. Últimamente, todo iba fatal. Tenía cuarenta y dos años y la sensación de que había dejado la juventud atrás. El espejo se lo volvía a recordar cada mañana.

Hasta que la puerta se abrió y, de inmediato, tanto Greg como Karine quedaron impactados al encontrarse con la fabulosa pareja que había acudido a recibirlos: Sophie y Arpad. Representaban todo lo que ellos ya no tenían: estaban enamorados, sonrientes, risueños y cogiditos del brazo. Un dúo. Aliados.

Arpad, estupendo, distinguido a la par que desenfadado, lucía un pantalón italiano de corte impecable y camisa de un blanco deslumbrante, cuyos botones superiores, desabrochados, permitían adivinar un torso musculoso.

Por su parte, Sophie llevaba un vestido negro divino y sexy a rabiar que le llegaba a medio muslo, moldeaba el busto firme y dejaba al aire unas piernas magníficas que parecían aún más largas con los taconazos de Saint Laurent.

Ver a Sophie y Arpad aquella noche era como si te cayera un rayo.

Recibieron a Karine y Greg con un alegre abrazo de bienvenida y sus correspondientes besos antes de arrastrarlos al interior de la casa y presentárselos al resto de invitados. Arpad les sirvió champán y luego Sophie se llevó a Karine de la mano para que conociese a sus amigas. Karine, de repente aliviada y de lo más a gusto, se bebió la copa de un trago. Sophie se la volvió a llenar de inmediato. Brindaron juntas.

Karine había sucumbido al encanto de Sophie y Arpad. Hacía unos minutos, ante la puerta principal, los había sentenciado de antemano por el mero crimen de tener esa casa, esos coches y esa vida. La habían engañado las apariencias. Se los había imaginado altaneros, insolentes y fatuos, y eran todo lo contrario. Emanaba de ellos una calidez y una dulzura sin igual.

Aquella noche, por primera vez desde que había llegado a Cologny, Karine fue verdaderamente feliz. Bailó, se divirtió, se vio guapa. Sintió que estaba donde debía. En lo que duró la fiesta, volvió a quererse.

Pero ese encuentro era en realidad una colisión. Un choque frontal. Un accidente de cuyo calado no se percató nadie. Excepto Greg, y no era para menos. Desde que puso un pie en la casa no pudo apartar los ojos de Sophie. Estaba electrizado. Y eso que no era la primera vez que la veía, pero ahora la descubría bajo una luz nueva. En las bandas del campo de fútbol o en la panadería no había calibrado lo hermosa que era ni la animalidad que desprendía.

Mientras Karine se divertía y empalmaba una copa con otra, Greg, completamente sobrio, se pasó la velada espionando a Sophie. Le fascinaba todo cuanto hacía: su forma de hablar, de sonreír, de bailar, de tocarle el

hombro a su interlocutor. En torno a la medianoche, cuando llegó el momento de servir la tarta, se fijó en cómo miraba a Arpad y deseó ser él. Sophie se le colgó del cuello, lo besó largo y tendido y le ayudó a cortar las primeras porciones. Acto seguido, delante de todo el mundo, le llevó un paquete de regalo. Arpad pareció sorprendido y más aún cuando, al desenvolverlo, apareció un estuche de Rolex. Lo abrió y sacó un reloj de oro. Ella se lo puso en la muñeca. Él se quedó mirando el reloj, completamente atónito, antes de murmurar algo al oído a su mujer y besarla de nuevo. Tenían una complicidad de ensueño.

A eso de la una, cuando la fiesta estaba en pleno apogeo, Greg perdió de vista a Sophie entre la aglomeración de invitados. Inmediatamente fue en su busca y dio con ella en la cocina; estaba metiendo copas en el lavavajillas. Quiso ayudarla, pero, por torpeza, le dio un golpe a una copa que se hizo añicos en el suelo. Se abalanzó para recogerlos y, al acuclillarse ella a su lado para hacer otro tanto, se le subió el vestido y desveló el tatuaje de una pantera en el muslo. Greg estaba completamente hechizado. Peor aún: acababa de enamorarse.

—Lo siento mucho —le dijo—. Esto es lo que pasa por querer ayudar...

—Hay males mayores —lo tranquilizó ella, con una sonrisa.

\*

Mientras se duchaba, un mes después de la fiesta de cumpleaños, Greg seguía recordando lo que le había dicho Sophie: «Hay males mayores...», pero ese mal era lo que a él se le había metido dentro. Al día siguiente de la celebración, mientras paseaba por el bosque con Sandy, el golden retriever de la familia, descubrió que podía llegar hasta la parcela de los Braun cruzando a través del bosque. Desde allí había una vista insuperable al interior del cubo de cristal. Greg no pudo resistirse a observar a los Braun sentados en el salón. Volvió al día siguiente al amanecer, so pretexto de ir a hacer footing con el perro. Vio a Sophie de pie, en la ventana. Desde entonces, regresaba todas las mañanas.

Greg se vistió y bajó a la cocina. Entretanto, los niños se habían levantado y estaban desayunando. Les dio un beso, se sentó a la mesa y se esforzó, como cada mañana desde hacía un mes, para convencerse de que todo iba a ir bien y de que aquel era su sitio, junto a ellos.

Pero faltaban veinte días exactos para que su vida diese un vuelco.

El día del atraco

*Sábado 2 de julio de 2022*

*9.31 h*

El Pasamontañas empujó al dependiente y al encargado a la trastienda. La Gorra obligó al vigilante de seguridad a cerrar con llave la puerta del local antes de arrastrarlo también a él adonde no pudieran verlo. Si alguien pasaba delante del escaparate, tan solo vería un local vacío.

Quedaban seis minutos.

## Capítulo 2

### *Diecinueve días antes del atraco*

~~DOMINGO 12 DE JUNIO~~

→ **LUNES 13 DE JUNIO DE 2022**

MARTES 14 DE JUNIO

MIÉRCOLES 15 DE JUNIO

JUEVES 16 DE JUNIO

VIERNES 17 DE JUNIO

SÁBADO 18 DE JUNIO

(FIN DE SEMANA EN SAINT-TROPEZ)

DOMINGO 19 DE JUNIO

(FIN DE SEMANA EN SAINT-TROPEZ)

**LUNES 20 DE JUNIO (CUMPLEAÑOS DE SOPHIE)**

7.30 h, en la Casa de Cristal.

Mientras Sophie terminaba de arreglarse en la planta de arriba, Arpad, delante de los fogones, apilaba tortitas para deleite de sus hijos, que lo miraban desde la barra encimera de la cocina. A todas luces de muy buen humor, les estaba ofreciendo uno de esos números que solo él sabía hacer: mandaba las tortitas por los aires de una sartén a otra y las atrapaba al vuelo mientras hacía muecas que desataban la hilaridad de su prole.

—Normalmente solo comemos tortitas los fines de semana —comentó Isaak, con la autoridad de sus casi siete años—. ¿Es una ocasión especial?

—¡Es fiesta! —gritó entusiasmada Léa, de cuatro años.

—La vida es una fiesta —recalcó Arpad.

Sophie apareció en la cocina.

—Papá tiene razón —dijo—. La vida es una fiesta. Que no se os olvide nunca.

Dio un beso a los niños y se abrazó a su marido, que le tendió una taza de café. Acurrucada contra él, contemplaba dichosa su pequeño mundo.

—Si la vida es una fiesta, ¿por qué tenemos que ir al cole? —preguntó Isaak.

—Parece que tenemos aquí a un filósofo —rio Arpad.

—¿Qué significa «fisólogo»? —quiso saber Isaak.

—Lo sabrás si sigues yendo al cole —replicó Sophie.

—¿Y quién nos va a llevar? —inquirió Léa.

—Puedo hacerlo yo —propuso Arpad a Sophie.

Vestía aún la ropa de deporte y saltaba a la vista que no estaba ni mucho menos listo para ir al banco.

—¿Te has quedado sin trabajo? —bromeó Sophie.

Él se echó a reír.

—Tenía que ir a desayunar con un cliente inglés que perdió el vuelo anoche. Voy a aprovechar para salir a hacer footing y llegar un poco más tarde.

Sophie miró la hora.

—Me parece bien que lleves a los niños. Esta mañana tengo una reunión importante y aún debo prepararme.

Dejó la taza humeante en la encimera y dio un beso cariñoso a cada uno de los suyos. Se adentró por el pasillo de cristal que llevaba directamente al garaje, se subió al coche y se marchó de su miniparaíso.

Al cabo de unos minutos, pasó por delante de la escuela primaria de Cologny. Era temprano y los alrededores estaban desiertos. Aminoró la marcha a la altura de la parada de autobús, buscando la silueta de Karine. Gracias al cumpleaños de Arpad, las dos mujeres no solo habían congeniado, sino que habían descubierto que trabajaban muy cerca la una de la otra, en la calle de Le Rhône. La tienda de moda se encontraba a unas decenas de metros del edificio que albergaba el bufete de Sophie. Desde la fiesta, esta última llevaba a Karine en coche siempre que la veía en la parada del autobús. El trayecto compartido ofrecía a las dos nuevas amigas la oportunidad de pasarlo bien juntas. Sophie cayó en la cuenta cuando, al no ver a Karine esa mañana, notó una pizca de decepción. Le gustaba su compañía. Era una mujer directa, que actuaba sin disimulos ni cálculos. Sus jugosas anécdotas convertían el viaje hasta el centro en un rato agradable.

Sophie dejaba el coche en el aparcamiento subterráneo de Mont-Blanc, donde tenía una plaza de alquiler anual, y ambas subían por las escaleras mecánicas que llevaban al muelle del Général-Guisan, frente al lago Lemán y a las bandadas de gaviotas y cisnes blancos a los que los transeúntes daban de comer. Andaban juntas unos metros más y se separaban en la calle de Le Rhône.

Esa mañana, al tiempo que Sophie aparcaba en su plaza de Mont-Blanc, en Cologny, en la cocina de la Verruga, Karine le montaba un número a Greg mientras sus hijos los miraban y se comían los cereales. El motivo de la discusión era el nuevo horario de Greg para salir a hacer footing: hasta entonces, solo corría de vez en cuando por la mañana y, cuando tocaba, salía muy temprano y volvía a tiempo para estar listo antes de que se despertaran los niños. Ahora bien, desde hacía un mes no solo corría todas las mañanas

sin excepción, sino que, sobre todo, había retrasado la hora de salir de manera que Karine acababa sistemáticamente sola con los dos críos y llegando tarde al trabajo.

—¡Sales a correr demasiado tarde! —le echó en cara a su marido.

—¡Esta mañana he salido a las seis menos cuarto! —se defendió Greg.

—¡Y en lo que el señor tarda en ducharse, arreglarse y bajar a desayunar tranquilamente, a mí me toca todo lo demás! ¿Por qué has cambiado de horario? Cuando salías a correr a las cinco todo iba sobre ruedas. Y decías que te gustaba eso de salir temprano.

—Era demasiado pronto, estoy molido. ¡Tengo derecho a dormir un poco!

—¡Y yo tengo derecho a un poco de ayuda!

—Alguien tendrá que pasear al perro —objetó Greg.

Sandy, el golden retriever, había llegado con la inauguración de la casa: una idea pésima. El jardín diminuto de la Verruga no le ofrecía espacio suficiente para desfogarse.

—¡Sandy no necesita pasarse una hora corriendo por el bosque!

—Pero yo necesito tomar el aire por las mañanas, antes de toda la presión del curro.

—¡Pues toma el aire por la noche, cuando no retrases a todo el mundo! Voy a llegar otra vez tarde a la tienda. ¿Quieres que me despidan?

Greg procuró calmar las aguas:

—Lárgate —dijo—. Yo me encargo de los niños. Puedo llegar al curro un poco más tarde.

Karine dio un beso a sus hijos, hizo caso omiso deliberadamente de los labios de su marido y se marchó.

El aire fresco le sentó bien. Caminó a paso ligero hasta la escuela y se quedó en la parada del autobús, con la esperanza de ver llegar a Sophie. Le gustaba su personalidad fácil y despreocupada. Admiraba la soltura con la que iba deslizándose por la vida, mientras que ella tenía la sensación de tropezarse con todos los obstáculos. Y no era cuestión de dinero, sino de carácter.

Cuando llegó el autobús, el coche de Sophie seguía sin aparecer. Karine se subió, se sentó en la parte de atrás y sacó del bolso un paquetito, una nadería que había comprado el día anterior para Sophie. Lo desenvolvió y dejó al descubierto un vaso isotérmico, ideal para los trayectos en coche. Sophie decía que nunca le daba tiempo a terminarse el café antes de salir de

casa. Karine se sintió de pronto un poco ridícula, sentada en el autobús, con el regalo en la mano. Le faltaba muchísima confianza en sí misma.

Poco después de que pasara el autobús, Arpad, que iba con la ropa de deporte, dejó a Isaak y Léa en la escuela de Cologny. Acababa de empezar a correr cuando se topó con Greg, que volvía también de llevar a sus hijos a clase.

—¿Tienes tiempo para un café? —le propuso Arpad.

Greg echó un vistazo al reloj de pulsera para calcular cuánto retraso llevaba ya, y decretó, con sonrisa pícaro:

—Venga, me apetece. De perdidos al río... Pero no quiero quitarte de correr...

—Ya lo haré a última hora.

—¿Tu mujer te deja correr cuando quieres?

—Sí, ¿por qué?

—Por nada.

Los dos hombres se sentaron en un salón de té cercano y pidieron sendos expresos. Greg se sintió de pronto de lo más a gusto. Tenía que ver con la presencia de Arpad, su despreocupación, su desconcertante capacidad para planear salir a hacer footing una mañana de diario y acabar sentado delante de un café. El día a día de Greg, en cambio, consistía en rigor y obligaciones. Entre los niños y el trabajo, tenía la sensación de que no le daba tiempo a nada. Y, cuando podía cogerse unos cuantos días libres para recuperar las horas extra, Karine se las apañaba para mandarlo a hacer recados o pedirle que arreglase algún mueble o llevase a Sandy al veterinario.

Arpad hablaba con Greg, entre sorbo y sorbo de café, pero este estaba demasiado ocupado observándolo como para escucharlo. A pesar de las apariencias, ambos tenían mucho en común: los dos eran buenos padres y maridos atentos. Pero para Greg saltaba a la vista que Arpad tenía algo más. Una forma de superioridad natural. Lo envidiaba por eso. Lo envidiaba sobre todo por Sophie.

—¿A ti qué te parece? —preguntó Arpad, trayendo a Greg de vuelta a la conversación.

Greg no tenía ni la más remota idea de qué estaba hablando Arpad. Contestó:

—Que me vendría bien ser un poco más como tú.

Arpad se rio:

—¿Es decir?

—¡Tener una vida con horarios flexibles, mejor sueldo y todo lo demás, vamos!

—No te creas, que yo también tengo mis propios marrones. Créeme, en el banco la mayoría de los clientes son unos tocapelotas que nunca están satisfechos. Te piden que inviertas por ellos para que cargues con toda la responsabilidad. Cuando la cosa va bien, les parece que es lo normal. Pero, cuando los mercados andan revueltos, la culpa es tuya.

—No me refería solo al curro. También la familia...

—Tampoco es todo de color de rosa. Donde hay hijos, hay problemas. Y Sophie y yo también nos enzarzamos de vez en cuando.

«Venga ya —pensó Greg—, que sé cómo te despierta por las mañanas».

—Por cierto —prosiguió Arpad—, Sophie cumple los cuarenta dentro de una semana, y todavía no sé qué voy a regalarle. Se agradece cualquier sugerencia.

Greg señaló el Rolex de oro regalo de Sophie que Arpad llevaba en la muñeca:

—Habrá que igualarlo.

Arpad no contestó nada.

—¿Vais a celebrar una fiesta en casa? —siguió diciendo Greg.

—Ni idea. Sophie asegura que no quiere hacer nada del otro mundo. Vamos a pasar el fin de semana a casa de sus padres, en Saint-Tropez, para celebrarlo en familia. Ya iremos viendo el resto.

Greg se fijó en la hora que marcaba el Rolex y se puso de pie.

—Me voy pitando —dijo.

—Yo también. Lárgate, yo invito al café.

Arpad pagó la cuenta y se obligó a correr un rato. Luego volvió a la Casa de Cristal, se duchó, se puso un traje de corte impecable y se marchó en su Porsche. Llevaba tiempo devanándose los sesos con los cuarenta años de Sophie: quería corresponder con un regalo único y original, cuyo valor simbólico fuera mayor que el económico. Pero, desde aquel maldito Rolex, se preguntaba si, bien pensado, no debería regalarle a Sophie una joya. Apurado, decidió dar una vuelta rápida por la calle de Le Rhône, la arteria de Ginebra donde se concentraban todas las joyerías y las marcas de lujo:

quizá le llegara la inspiración mirando escaparates. Aparcó a la altura de la plaza de Longemalle y fue andando calle arriba, con la esperanza de no toparse con su mujer. Pasó rápidamente por delante de las tiendas de relojes y aflojó el paso frente a las lunas de las joyerías. ¿Una pulsera? ¿Un colgante? No las tenía todas consigo. En el escaparate de la tienda de Cartier vio un anillo en forma de cabeza de pantera, tallada en oro y engarzada de diamantes, con dos esmeraldas pequeñas por ojos. Arpad se quedó subyugado con la belleza y la perfección de ese objeto. La pantera era ella. Entró de inmediato en la tienda. En ese momento, no podía imaginarse las consecuencias de aquel hallazgo.

Al final del día, cuando Sophie salió de su bufete, no se fijó en el hombre que llevaba varias horas acechándola. Era el conductor que había llegado la víspera al volante del Peugeot gris de ocasión con matrícula francesa. Se dirigió apretando el paso al aparcamiento de Mont-Blanc para coger su coche. El hombre la siguió discretamente, como un depredador.

La caza podía dar comienzo.

El día del atraco

*Sábado 2 de julio de 2022*

*9.33 h*

Era un ballet perfectamente orquestado.

El Pasamontañas mantenía a raya a los rehenes encañonándolos con la recortada; por su parte, la Gorra ataba de pies y manos al vigilante y al dependiente con unas bridas de plástico. El único que se libró de las ligaduras fue el encargado. Los atracadores sabían muy bien lo que estaban haciendo.

La Gorra se lo llevó a rastras hasta la caja fuerte principal mientras el Pasamontañas vigilaba a los rehenes en el cuarto.

Aún quedaban cuatro minutos.

## Capítulo 3

### *Dieciocho días antes del atraco*

~~DOMINGO 12 DE JUNIO~~

~~LUNES 13 DE JUNIO~~

→ **MARTES 14 DE JUNIO DE 2022**

MIÉRCOLES 15 DE JUNIO

JUEVES 16 DE JUNIO

VIERNES 17 DE JUNIO

SÁBADO 18 DE JUNIO

(FIN DE SEMANA EN SAINT-TROPEZ)

DOMINGO 19 DE JUNIO

(FIN DE SEMANA EN SAINT-TROPEZ)

**LUNES 20 DE JUNIO (CUMPLEAÑOS DE SOPHIE)**

19.30 h, en Cologny.

El autobús dejó en la parada del centro del municipio a una viajera habitual: Karine. Se dirigió caminando hacia la Verruga, con paso cansado. Había tenido un día muy largo, casi todo el rato de pie para enseñarles ropa a los clientes o acucillada para ayudarlos a probarse zapatos. Le dolían los pies, la espalda y la cabeza. Por si fuera poco, el trayecto de vuelta había sido particularmente desagradable: el autobús estaba hasta los topes y había acabado espachurrada entre los demás pasajeros, dando tumbos a merced de los frenazos y acelerones. Cuando vivían en su antiguo piso, podía volver a casa andando. Quince minutos a pie siguiendo las orillas del lago Lemán. Siempre era un rato agradable, hiciera el tiempo que hiciese. Pero aquel autobús infernal... Y eso que Sophie le había propuesto llevarla a casa al final de la jornada, aunque, como la tienda cerraba a las siete, siempre salía de trabajar muy tarde.

Al llegar a la Verruga, Karine se fijó en que el coche de Greg aún no estaba allí: se habría quedado haciendo horas extra. Cómo no... Lo cual significaba que la cena no estaba lista. Tuvo un momento de desánimo delante de la puerta de su casa. Al cabo, entró. En el saloncito desordenado, los dos chicos gritaban y se peleaban mientras Natalia, la canguro, los miraba impotente.

Natalia, de veinte años, se pasaba casi todo el rato haciéndose selfis. No recogía, ni limpiaba, ni guisaba («Estoy aquí para cuidar de los niños»), pero, como decía Greg: «Es de toda confianza, y eso es lo que importa». Y, por encima de todo, aceptaba un sueldo increíblemente bajo que les convenía a todos: Karine y Greg se lo podían permitir y Natalia cobraba por estar jugando con el móvil mientras los niños zascandileaban hasta que sus padres volvían a casa.

Karine relevó a Natalia, mandó a los chicos a la ducha y se puso a cocinar. Tras pasar revista a la nevera, renunció a cualquier cosa que hubiera que pelar, limpiar y cortar, y se decantó por una lasaña congelada. Había una botella de vino abierta y se sirvió una copa. No estaba muy allá, pero le daba igual. Mientras el horno se calentaba, despejó la pila de cacharros sucios («Gracias, Natalia») y lavó el vaso isotérmico que había comprado para Sophie y que había acabado usando ella. El móvil empezó a sonar: era precisamente Sophie. Karine se apresuró a contestar.

—Esta mañana te me escapaste en la parada del autobús —se lamentó Sophie.

—Otra vez salí de casa a las tantas —suspiró Karine—. Los niños y demás. Greg y su puñetero footing...

Karine entreoyó algo de música de fondo, se imaginó que Sophie estaba en un concierto. Puede que en la ópera.

—¿Te pillo en mal momento? —preguntó.

—Qué va, además, soy yo quien te ha llamado a ti —observó Sophie.

—Es que, como estoy oyendo música clásica de fondo, pensaba que...

—Nos la está infligiendo Arpad —explicó Sophie guiñándole el ojo con sorna a su marido, que se afanaba en los fogones.

Ella estaba paladeando una copa de vino, hecha un ovillo en el sofá del salón. Arpad, desde la barra encimera de la cocina, les recordó a su mujer y a su interlocutora: «¡El que hace la cena elige la música!».

—¿Tu marido cocina? —preguntó Karine.

—Dice que lo relaja.

—El hombre perfecto.

Mientras hablaba, contempló el desorden de su casa y la lasaña precocinada. Los chicos bajaron en tromba de la planta alta, gritando más fuerte. Solo estaba al otro extremo de la línea telefónica, pero se sentía como en otro mundo.

—Tengo que dejarte —dijo Karine—, tengo a dos niños medio desnudos y hambrientos en el salón.

—Me suena —sonrió Sophie.

—Lo dudo. Tú en el salón tienes una orquesta sinfónica, mientras que yo tengo un zoo.

Sophie se echó a reír:

—¿Te recojo mañana? —preguntó.

—Si consigo estar lista a tiempo...

—Te recojo en tu casa. Tocaré el claxon cuando llegue y dejás que Greg se las apañe solo. Hasta mañana, preciosa.

Sophie la había llamado «preciosa». Hacía mucho tiempo que nadie se lo llamaba. Karine agarró el vaso isotérmico y decidió envolverlo otra vez. Había bebido en él, pero aun así podía regalárselo, ¿no?

Esa noche, en la Casa de Cristal, la familia Braun cenó lo que había preparado Arpad. Acto seguido, Isaak y Léa se fueron a la cama y empezó el ritual nocturno: los niños y Sophie se apretujaron en la cama de Isaak y Arpad les leyó, echándole mucho teatro, algunos capítulos del libro que habían comenzado unos días antes. La lectura de por la noche siempre era un momento de profunda complicidad familiar. Arpad nunca se cansaba de ver a su pequeña tropa pendiente de sus labios. Y, cuanto más se metía su público en la historia, más entrega y efectos ponía él en la narración. El tiempo podía detenerse.

Esa noche, en la Verruga, la familia Liégean cenó a las tantas una lasaña demasiado hecha. Acto seguido, cuando los niños por fin estaban a punto de acostarse, el mayor confesó entre lágrimas que no había hecho los deberes y que se la iba a cargar en clase. Greg tuvo que ayudarlo con las matemáticas. Hubo nervios, gritos y los deberes los acabó haciendo de mala manera el propio Greg. Después de ese episodio, los niños estaban como motos y su padre tuvo que recurrir a toda su paciencia para meterlos en la cama. Cuando por fin se durmieron, Greg se reunió en la cocina con Karine, que estaba terminando de fregar los cacharros. El silencio frío que reinaba en la habitación era un claro indicio del mal rollo que había entre ambos. Greg se esforzó por entablar una conversación.

—Por fin se han dormido. La verdad es que Natalia podría haberse ocupado de los deberes.

—Voy a dejar que se lo digas tú —respondió Karine en tono sarcástico—. La última vez que se lo comenté se me ofendió.

—Lo suyo sería revisar los deberes antes de cenar —sugirió Greg.

—¿«Lo suyo» quiere decir «lo mío»? —preguntó Karine, que a duras penas contenía su exasperación—. A lo mejor «lo suyo» también sería que no volvieras a casa tan tarde, ¿no?

—Te mandé un mensaje...

—Si te crees que con los chicos gritando a mi alrededor veo tus mensajes... ¡Ni siquiera tengo tiempo de ir al baño!

—Lo siento. —Greg quería evitar a toda costa otra discusión—. La próxima vez te llamaré. No me quedaba otra que terminar unos informes. Todo se ha vuelto de lo más burocrático, es agotador. Como si no tuviéramos ya bastante papeleo. El próximo al que le oiga decir que los funcionarios no dan palo al agua, ¡se la carga!

Karine, que también quería aliviar la tensión, asintió para mostrar interés por aquella cháchara insulsa. El tema del papeleo y las batallitas de oficina la traían al paio. Lo que quería era un poco más de ensueño en su vida. En el fondo, aunque no podía decírselo a su marido, lo que quería era una vida como la de Arpad y Sophie. Cuando ya estaba todo limpio, Greg se sentó en el salón delante de la tele.

—Me voy a dar una ducha —dijo Karine—. Luego podemos seguir con la serie.

Pero cuando apareció de nuevo en el salón, en bata, Greg ya no estaba en el sofá, sino en el umbral de la puerta, poniéndose el abrigo, con la correa del perro en la mano.

—¿Adónde vas? —se sorprendió ella.

—A pasear a Sandy.

—¿A estas horas? Puede salir a mear al jardín.

—¿Lo ha sacado a pasear alguien desde esta mañana? —preguntó Greg, aunque ya sabía la respuesta.

—No —admitió.

—Pues alguien tendrá que apechugar. Si no lo saco yo, no lo va a hacer nadie.

—¿Me lo estás echando en cara? —se impacientó Karine.

—No. Me limito a hacer constatar un hecho.

—Eras tú el que quería un perro.

—Eran los niños los que querían un perro.

—Los niños también quieren un poni. ¿Significa eso que pronto tendremos un poni en el salón?

Greg se encogió de hombros. No servía de nada ponerse pijotero. Silbó para llamar a Sandy y desaparecieron juntos en la oscuridad.

Al salir de casa, solo tenía intención de dar una vuelta a la manzana, pero los pasos lo fueron llevando a la carretera de La Capite y siguió adelante hasta el camino particular que llevaba a la Casa de Cristal. Era superior a sus fuerzas. Se adentró en el bosque y se deslizó entre las hileras de árboles como ya había hecho esa misma mañana. Al llegar cerca de la linde, enrolló la correa de Sandy alrededor de un tronco: el perro, que ya estaba acostumbrado a esa maniobra, se tendió plácidamente en una alfombra de hojas secas. Greg desapareció en la maleza, guiándose por las luces de la casa. Se tumbó entre las ramas para observar el interior del gran cubo cuyas cristaleras ofrecían las vistas impresionantes de un corte longitudinal. Sophie, desnuda en el sofá, se brindaba a su marido, que, detrás de ella, le imponía sus movimientos.

Greg se los comía con los ojos. Después de la escena del salón, los espío hasta el dormitorio. Intuyó cómo se duchaban y luego los vio trajinar desnudos por la habitación, ir y venir con el cepillo de dientes en la boca antes de acurrucarse muy juntos en la cama. Estuvieron leyendo un rato. Cuando la luz se apagó, Greg volvió a casa y se metió en la cama al lado de Karine, que ya estaba dormida.

En la Casa de Cristal, cuando Sophie concilió el sueño, Arpad se levantó y bajó a la cocina. No podía pegar ojo. Estaba meditabundo. Cogió el móvil y fue pasando por la pantalla las fotos que había hecho esa misma mañana en la tienda de Cartier. Estuvo mucho rato contemplando ese anillo con forma de cabeza de pantera. Para ponérselo había que meter el dedo en las fauces del animal. Era un trabajo de orfebrería extraordinario. Arpad estaba convencido de que esa pantera sería el regalo de cumpleaños perfecto para Sophie. Pero, viendo el precio astronómico de la joya, le habían entrado dudas y le dijo al dependiente que ya volvería.

Estaba angustiado. Sabía que debía renunciar a esa joya.

Ya era hora de confesárselo todo a Sophie. De terminar con esa farsa.

Pero no podía hacerle algo así a una semana de su cumpleaños.

Quince años antes  
*Septiembre de 2007*  
*Saint-Tropez*

Nunca jamás volvería a Saint-Tropez.

Ese lugar que tanto había querido, lo dejaba para siempre. Ya no podía quedarse allí, era demasiado arriesgado.

En unas pocas horas, Arpad había tachado de un plumazo una parte de su vida. Iba a desaparecer deprisa y a conciencia, sin dejar rastro.

Empezó por su casa. Ante la ancianita que le alquilaba un piso amueblado debajo del suyo alegó una «emergencia familiar». Ella no le hizo preguntas y le faltó tiempo para aceptar los dos meses de alquiler que él le entregó en un sobre a modo de preaviso. Acto seguido, Arpad vació la casa y amontonó todas sus pertenencias en su cochecito.

A continuación fue al Béatrice, uno de los principales clubes nocturnos de Saint-Tropez, donde llevaba un año trabajando. Él se encargaba de todo lo relacionado con el bar y la recepción de ese restaurante de moda que se transformaba en local de copas a medida que avanzaba la noche. Le contó al gerente que acababa de conseguir un empleo en el sector financiero: una oferta irrechazable. El gerente se mostró muy comprensivo. «Arpad, no tienes por qué disculparte. Te has pasado cinco años en la universidad. Yo nunca había visto a un encargado de bar titulado en Económicas. Me alegro por ti. Pero hubiese preferido que me dijeras que estabas buscando otro curro para poder contratar a tu sustituto».

Arpad tenía la esperanza de encontrarse con Sophie en el Béatrice, pero aún no había llegado. Como no conseguía localizarla por teléfono, se fue a buscarla callejeando por Saint-Tropez. En vano. En el fondo, casi mejor: Sophie no se habría tragado ninguno de sus embustes. Quizá tuviera que renunciar a ella para protegerla.

La última parada que hizo en la zona fue en la estación de servicio donde llenó el depósito. Mientras echaba gasolina, copió en una libreta dos números: el de Sophie y el de Patrick Müller, un banquero suizo al que había conocido en el Béatrice y que podría resultarle útil. Hecho lo cual, destruyó su tarjeta SIM y se deshizo del móvil tirándolo a una papelera. Así nadie lo encontraría.

Por último, cogió la autopista. En dirección norte.

Nunca volvería.

Eso creía él.

## Capítulo 4

### *Diecisiete días antes del atraco*

~~DOMINGO 12 DE JUNIO~~

~~LUNES 13 DE JUNIO~~

~~MARTES 14 DE JUNIO~~

→ **MIÉRCOLES 15 DE JUNIO DE 2022**

JUEVES 16 DE JUNIO

VIERNES 17 DE JUNIO

SÁBADO 18 DE JUNIO

(FIN DE SEMANA EN SAINT-TROPEZ)

DOMINGO 19 DE JUNIO

(FIN DE SEMANA EN SAINT-TROPEZ)

**LUNES 20 DE JUNIO (CUMPLEAÑOS DE SOPHIE)**

5.45 h, en Cologny.

El campo aún estaba sumido en la oscuridad. Greg iba corriendo a buen ritmo por la carretera de uso agrícola con el perro trotando a su lado. Ambas siluetas, recién salidas de la Verruga, no tardaron en llegar al bosque. Greg se detuvo en medio de los árboles, ató a Sandy a uno de ellos y fue a apostarse entre la maleza para observar la Casa de Cristal. Aún estaba totalmente apagada.

Se sentó en el suelo y sacó de la mochila un termo de café. Se sirvió una taza y esperó a que diese comienzo el espectáculo. De pronto se encendió una luz en la cocina. Apareció Sophie y se preparó un café. Él guardó el termo y agarró los prismáticos. Se fijó en que ella cada día madrugaba más.

Sophie se plantó delante de la cristalera con la taza en la mano. Llevaba una camiseta y un pantalón corto. Greg admiró sus piernas, las examinó largo y tendido a través de los prismáticos: subió despacio por la línea de los tobillos, las pantorrillas, las rodillas y por último los muslos, para detenerse en el tatuaje de la pantera. En el bolsillo le empezó a sonar un timbre que quebró el apacible silencio del bosque. Era el móvil. «¡Mierda!», soltó Greg. Agarró el teléfono y por el número que aparecía en la pantalla supo que lo llamaban del trabajo. Contestó —no le quedaba otra— y habló con su interlocutor entre susurros, como habría hecho si su mujer estuviera durmiendo a su lado.

Fuera aún era noche cerrada, por eso el breve destello de luz que apareció en la orilla del bosque atrajo de inmediato la mirada de Sophie. Aunque solo duró un instante, pudo identificar perfectamente una luz artificial. Abrió el ventanal y le pareció distinguir la voz de un hombre. El corazón le dio un

brinco: había alguien en el bosque, allí mismo. Dejó escapar un grito y encendió todas las luces.

Greg comprendió que lo habían descubierto. Salió disparado hacia donde estaba el perro para desatarlo, pero en la correa, con los movimientos del animal, se había hecho un nudo que Greg no conseguía deshacer. Le entró el pánico. Podía oír cómo Sophie llamaba a Arpad en su auxilio. La luz del dormitorio se encendió.

Greg forcejeaba con la correa. Cuanto más tiraba, más se apretaba el nudo. ¡Maldito perro! No llevaba ninguna navaja, era imposible cortar ese cuero tan grueso. Se volvió hacia la Casa de Cristal y vio a Arpad, que se abalanzaba desde la cocina hacia el jardín gritando: «¿Quién anda ahí?».

El nudo de la correa se le seguía resistiendo. Greg era presa del pánico. Veía cómo se le acercaba peligrosamente la luz de la linterna y oía los gritos de Arpad, que debía de estar tan asustado como él. Unos metros más y lo pillaría. No tuvo más remedio que desenganchar la correa del collar del perro y largarse a toda velocidad, llevándose al animal y dejando la correa atada alrededor del árbol. Arpad llegó a la orilla del bosque y recorrió los troncos con el haz de luz de la linterna. Vio una sombra que salía huyendo. «¡Quieto! —exclamó con el corazón rebotante de adrenalina—. ¡Deténgase!».

Greg corría tan deprisa como podía. El miedo le daba alas. Al perro le costaba seguirlo. En la carretera, apretó aún más el paso y se dirigió a la Verruga.

Arpad había renunciado a seguir a la silueta. Volvió dentro y llamó a la policía.

De vuelta en casa, Greg abandonó al perro en la planta baja y se abalanzó dentro del dormitorio para avisar a Karine. «Me han llamado de la oficina, me tengo que ir ya». Aunque aún estaba dormida, al oír lo que le había dicho Greg se incorporó de inmediato en la cama. «Ten cuidado —le dijo con voz dulce—. Llámame en cuanto acabe todo». Él asintió y salió de casa con la

ropa de deporte. Como dictaba el protocolo, en caso de llamada urgente había que acudir al cuartel general lo antes posible. Se subió de un salto al Audi de servicio que tenía aparcado delante de casa y arrancó a toda velocidad. Mientras aceleraba sujetando el volante con una mano, con la otra recogió el pirulo que estaba en el suelo, sobre la alfombrilla del acompañante, y lo pegó en el techo del vehículo. Encendió las luces y la sirena de su coche de incógnito.

En la Casa de Cristal, Isaak y Léa se habían despertado con el jaleo. Arpad y Sophie trataron de quitarle hierro al asunto para que los niños no se traumatizaran.

—No ha sido nada, peques —les aseguró Sophie—. Seguro que era alguien de paseo. Pero, como no me lo esperaba, me sorprendió.

—Si era eso, ¿por qué habéis llamado a la policía?

—En caso de duda, siempre es mejor comprobar, para eso está la policía —contestó Arpad como si fuera algo de lo más normal.

Sophie se encerró con los niños en su dormitorio y les puso una película en la televisión. Isaak, encantado, preguntó si podían llamar a la policía todos los días, y Léa quiso saber si, en virtud de los acontecimientos, se cancelaba la escuela.

—Hoy es miércoles, cariño —le recordó Sophie—, no hay cole.

—¿Podemos desayunar en la cama? —propuso Léa.

—Buena idea —aprobó Sophie.

—¿Y podemos ver a los policías? —inquirió Isaak, esperanzado.

—Por supuesto —confirmó su madre, disimulando a duras penas lo preocupada que estaba.

Léa aprovechó la oportunidad:

—¿Y podemos desayunar caramelos?

—No —contestó Sophie, con un deje exasperado que lamentó en el acto.

Se le notaban los nervios en la voz. Tenía un mal presentimiento.

En el jardín, Arpad estaba peinando el césped en el linde del bosque. No había valla ni seto. La naturaleza marcaba la frontera, de hecho, en eso consistía precisamente el encanto de aquel lugar. Pensó que quizá había sido un ingenuo al creer que allí estaban a salvo.

Greg circulaba a toda velocidad en el coche policial por la pendiente de Cologny y enfilando los muelles que bordean el lago Lemán. Los más madrugadores se apartaron para dejar pasar al vehículo de emergencia, que se lanzó hacia la glorieta de Rive y luego se dirigió al barrio de Les Acacias, donde se encontraba el cuartel general de la policía.

Pocos minutos después, Greg entraba en los vestuarios del grupo de intervención policial donde sus compañeros ya estaban equipándose. Como siempre en momentos como ese, había un ambiente tenso pero tranquilo. Greg, al igual que los demás policías, se puso el uniforme negro, el chaleco antibalas y se colocó el pasamontañas sin estirarlo aún. Acto seguido, en su calidad de comandante de guardia, hizo una presentación general basada en la información que había recibido de antemano por teléfono. «Vamos a la calle de Les Pâquis. La brigada criminal iba a detener a un individuo en su casa. El tío ha opuesto mucha resistencia, ha echado fuera a los inspectores y se ha atrincherado. Nos toca desalojarlo. Tendremos más detalles *in situ*».

La decena de policías se subió a los tres vehículos que partieron en fila india. Cruzaron la ciudad proyectando en la fachada de los edificios el resplandor de las luces giratorias. Greg, sentado en el asiento del acompañante del coche que iba en cabeza, se miraba fijamente en el retrovisor, con desazón. Qué mal rato había pasado. A él, jefe de equipo del grupo de intervención policial, al que todos apreciaban y valoraban, habían estado a punto de pillarlo como a un vulgar voyeur.

7.00 h, en la Casa de Cristal.

Delante del portón de los Braun estaban aparcados dos vehículos de emergencias de la policía. Dentro de la casa, un agente le tomaba declaración a Sophie mientras los otros tres policías que habían acudido inspeccionaban la linde del bosque, en presencia de Arpad. En la planta de arriba, Isaak y Léa estaban viendo la televisión.

En el bosque, los policías no sabían muy bien dónde mirar. La ronda no les había aportado nada. Habían examinado con atención la zona limítrofe del sotobosque a lo largo de la parcela de los Braun sin encontrar ningún indicio. Bien es cierto que estaba esa correa atada a un árbol, pero también había, no muy lejos, una bicicleta de niño totalmente oxidada y embalajes de plástico tirados por ahí. Incluso allí el bosque era un vertedero.

—¿Y dice que el individuo estaba detrás de este arbusto? —volvió a preguntar el policía a Arpad para demostrar que se lo estaba tomando en serio.

—Sí.

Para curarse en salud, el policía se acuclilló dispuesto a observar el suelo por enésima vez, pero no había rastro de huellas en la tierra seca.

—Por desgracia, no podemos hacer mucho más —le explicó a Arpad—. Puede que fuese un merodeador o un ladrón localizando casas. Si sirve para tranquilizarlo, no creo que fuera alguien que quisiera colarse en su domicilio: los ladrones no entran en las casas a la hora en que todo el mundo se está levantando. Prefieren actuar cuando están vacías o por la noche, cuando la gente duerme.

—Qué reconfortante —dijo Arpad.

—¿Tienen alarma en casa? —preguntó el policía.

—No.

—Pues deberían. Hoy en día no son muy caras.

—¿Van a llamar a la policía científica? —preguntó Arpad.

—¿Para qué? No hemos encontrado huellas.

—¿No son precisamente ellos los que tienen que encontrarlas? —observó Arpad—. Está la correa esa, atada a un árbol. ¿No le parece raro?

—Déjeme que llame a la brigada de robos para informar —indicó entonces el agente con tono falsamente preocupado.

El policía se alejó unos pasos para llamar a la central. Solicitó hablar con el inspector de guardia de la brigada de robos, dependiente de la policía judicial. Ya se imaginaba que su interlocutor iba a mandarlo a hacer puñetas, pero quería actuar de forma intachable: mejor no arriesgarse con esa gente de los barrios finos que conoce a todos los peces gordos y no duda en quejarse a las altas esferas cuando considera que no la han tomado lo bastante en serio.

El inspector contestó y el agente de emergencias le expuso brevemente los hechos.

—Bueno, resumiendo: ¿qué es lo que tienes? —preguntó el inspector.

—En el mejor de los casos, la correa de un perro atada a un árbol en la vía pública.

—¿Una correa atada a un árbol, lo dices en serio? ¿Cómo han entrado en la casa?

—No, en la casa no ha entrado nadie —precisó el agente—. No ha habido allanamiento. La señora estaba tomándose el café y vio a alguien más allá del jardín que parecía estar espiándola.

El inspector soltó una risita burlona y dio carpetazo al asunto y, de paso, a la conversación:

—Chicos, sois muy majos, pero ya tengo que ocuparme de treinta robos de verdad al día. La buena mujer ha visto a alguien paseando por el bosque, ¡menudo caso!

\*

8.00 h.

En el centro de Ginebra, la policía había cortado la calle de Les Pâquis. Un amplio perímetro de seguridad mantenía a raya a los mirones.

Greg, con la cara cubierta por el pasamontañas, salió de un vehículo de mando en el que acababa de hacer balance de la situación con los altos cargos de la policía. Iba por la acera para reunirse con sus hombres cuando se dio de bruces con la inspectora Marion Brullier de la brigada criminal. Formaba parte del equipo de policías a los que el perturbado había hecho retroceder a primera hora de esa mañana. Greg se había fijado en ella nada más llegar. Una mujer joven y guapa. Con una sonrisa arrebatadora. Muy atractiva.

—No se lo digas a nadie, pero vamos a cargar ya —le indicó él—. Este numerito ha durado bastante.

En teoría no le estaba permitido ofrecer ese tipo de información, ni siquiera a una colega, pero era lo único que se le había ocurrido para entablar conversación.

—Me parece una idea estupenda —sonrió la inspectora.

Lo único que podía ver de su interlocutor eran los ojos que asomaban tras el pasamontañas. Le pareció que tenía una mirada fulgurante. Le gustaba ese tío.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó.

—Liégean.

—Me refiero a tu nombre.

—Greg.

—Encantada, Greg. Yo soy Marion.

—Me quitaría el pasamontañas para presentarnos, pero no está permitido.

—Mejor —replicó Marion—, así me reservo la sorpresa para la próxima vez.

Greg comprendió que la inspectora estaba ligando con él. En plena operación, para él era una novedad. Se sintió casi desconcertado. Además, hacía mucho tiempo que no le entraba nadie. Había olvidado lo agradable que era.

En la Verruga, Karine, dicharachera, se disponía a irse al trabajo. Esa mañana Sophie tenía que ir a recogerla a casa. Natalia, que cuidaba de los niños los miércoles por la mañana, había llegado puntual. Todo iba sobre ruedas.

—Que tengáis un buen día, Natalia —dijo Karine antes de salir por la puerta—. Que no se te olvide que a las diez los chicos tienen el...

—... entrenamiento de fútbol —la interrumpió ella—. No se preocupe, ya me lo sé.

Karine se fue. Se plantó a pie firme delante de la Verruga con el bolso en una mano y en la otra el vaso isotérmico, envuelto de nuevo en papel de regalo, que tenía intención de entregarle a Sophie.

Transcurrieron unos minutos. Sophie no aparecía. Karine pensó en llamarla, pero no quería resultar inoportuna. Al fin y al cabo, Sophie no era su chófer, quizá la habían entretenido sus hijos. Se puso las gafas de sol, le parecía que quedaba estiloso. Siguió esperando. Natalia, al verla por la ventana de la cocina, la llamó con total descaro:

—Karine, ¿pasa algo?

—No, no pasa nada —respondió Karine, indicándole con un ademán irritado que volviera a sus ocupaciones.

—Cómo molan las gafas —dijo Natalia antes de cerrar la ventana.

Karine se las quitó en el acto: aún no hacía sol y no quería parecer una paleta. Miró el reloj de pulsera y se decidió a llamar a Sophie.

—¿Te has olvidado de mí, «preciosa»? —bromeó con tono inseguro cuando la otra contestó al teléfono.

—¡Ay, vaya! Lo siento...

Karine se alteró. Sophie se había olvidado de ella.

—Esta mañana me ha pasado una cosa muy rara —le explicó su amiga—, ahora no puedo hablar mucho, pero ya te contaré.

Karine estaba tan decepcionada que había dejado de escucharla.

—No te preocupes —dijo antes de colgar tristemente.

Fue andando hasta la parada del autobús. Por el camino pasó delante de una papelería y, por despecho, tiró dentro el vaso.

Karine no era la única que esperaba a Sophie.

A dos pasos de la parada de autobús había un salón de té. En el aparcamiento que lindaba con el local estaba el Peugeot gris. El conductor se había sentado a una mesa de la terraza, haciendo como que leía el periódico.

Estaba pendiente de que pasara Sophie. Aquella mañana iba con retraso.

Empezaba a saberse al dedillo sus costumbres.

Qué gusto daba volver a verla.

En la Casa de Cristal, Sophie iba arriba y abajo por la cocina.

—No sirve de nada que estés aquí dando vueltas. —Arpad la agarró con suavidad por los hombros—. ¿Por qué no te vas al bufete para pensar en otra cosa?

—No estoy tranquila... Se supone que vamos a pasar el fin de semana en casa de mis padres...

—Voy a mandar que pongan una alarma —prometió Arpad—. Hoy mismo llamaré a la empresa de seguridad. Estará hecho antes de que nos vayamos.

—Pero ¿quién era el tipo ese que me estaba mirando?

—Ya has oído a los polis —desdramatizó Arpad—, seguro que no fue nada.

—¿Cómo que «seguro que no fue nada»? ¡Un tío se dedica a espiarnos y tú dices que no es nada!

—Soph, si de verdad fuese un ladrón al acecho, le has quitado las ganas de volver, créeme. Y deja de preocuparte, hoy no me voy a mover de aquí.

Los miércoles, Arpad trabajaba desde casa, así podía pasar algo más de tiempo con los niños. Exceptuando el breve viaje de ida y vuelta para llevar a Isaak y Léa a sus actividades, estaría allí todo el rato.

Sophie se resignó a marcharse a trabajar, pero no estaba tranquila.

Esa sensación la acompañó durante todo el trayecto en coche. Y, al salir del aparcamiento de Mont-Blanc para ir al bufete, tuvo la impresión de que la seguían. Se dio la vuelta varias veces para escrutar a los transeúntes, pero no notó nada especial. Estaba hecha un manojo de nervios. Necesitaba hablar con una amiga y la primera persona en quien pensó fue Karine.

Cuando Karine vio a Sophie entrar en la tienda, enseguida notó que algo iba mal.

—¿Qué te pasa, Sophie?

Su amiga contuvo un sollozo:

—¿Podemos ir a tomar un café?

—¡Pues claro!

En la tienda había una máquina de café para los clientes, pero, dadas las circunstancias, Karine avisó a sus compañeros de que iba a salir un minuto y se llevó a Sophie al Café des Aviateurs, al otro lado de la calle.

—Siento haber irrumpido así... —se disculpó Sophie—. Tus compañeros me habrán tomado por una loca.

—Qué va —la tranquilizó Karine.

En su fuero interno, estaba en ascuas. Era a ella a quien Sophie había recurrido en un momento de desamparo. Se moría por saber lo que estaba pasando.

—Cuéntamelo todo, «preciosa» —la apremió.

Desde que Sophie la había llamado «preciosa» la noche anterior, Karine lo repetía en cuanto tenía ocasión con la esperanza de volver a disfrutarlo un poco también ella.

—Esta mañana se nos ha metido un intruso en casa —contó Sophie.

—¿Cómo?

—Bueno, no exactamente dentro de casa. Pero como si lo fuera... Yo estaba tomándome el café, a eso de las seis, cuando me di cuenta de que en el bosque había un tío espiándome.

—¿Y qué pasó luego?

—Encendí las luces y grité. Arpad vino corriendo. Pero el tío salió huyendo.

Karine puso la mano encima de la de Sophie:

—¡Ay, cuánto lo siento! —le dijo—. Qué mal rato habrás pasado. ¿Habéis llamado a la policía?

—Claro. Vinieron, registraron el bosque, pero no encontraron nada.

—¿Van a abrir una investigación?

—¡Qué dices! Según ellos, no podían hacer gran cosa: no había huellas, ni allanamiento ni nada. Como si les importara un comino.

—Espera —se resistió Karine—, tenéis que contárselo a Greg sí o sí.

—¿Tú crees?

—Por supuestísimo, seguro que puede hacer algo —afirmó Karine, muy ufana de su repentino protagonismo—. Nunca lo menciona, pero es un jefazo.

Karine no desveló nada más para no romper el secretismo inherente al cargo que ocupaba su marido. Los Braun sabían que Greg era policía, pero, como casi todos sus conocidos (a excepción de unos pocos allegados), ignoraban qué funciones desempeñaba exactamente. Por motivos de seguridad, a los miembros del grupo de intervención policial debía rodearlos la mayor discreción. Cuando alguien le preguntaba, Greg se limitaba a decir que pertenecía al servicio de emergencias.

Karine se metió de lleno en el papel de investigadora:

—Has hablado de un «tío». ¿Llegaste a ver a ese hombre? —le preguntó a Sophie—. ¿Podrías identificarlo?

—No, estaba demasiado oscuro para distinguir nada. Pero era un hombre, de eso estoy convencida. Y no era un paseante o no sé qué merodeador, como han sugerido los polis: estaba escondido detrás de un arbusto observándome... Era como si... Qué más da, vas a pensar que estoy loca.

—Para nada —la animó Karine—, dímelo.

—Era como si me estuviese esperando —se sinceró Sophie.

—¡Madre mía! —exclamó su amiga—. ¡Qué angustia!

—Qué me vas a contar. Es la primera vez que paso miedo en mi propia casa.

—Le voy a pedir a Greg que se pase por allí a última hora de la tarde. Estoy segura de que podrá ayudarte a aclarar las cosas.

—Gracias, «preciosa» —dijo Sophie con una sonrisa.

A Karine se le iluminó la cara.

\*

12.00 h, en la tienda de moda.

Karine se estaba zampando un bocadillo en un cuarto sin ventanas que hacía las veces de almacén mientras leía en el móvil un artículo sobre una importante operación policial que había tenido lugar de madrugada en el barrio de Pâquis. El grupo de intervención policial había tenido que desalojar a un perturbado.

Se estaba enterando de los detalles de aquel caso que ya conocía a grandes rasgos desde hacía un buen rato. Greg la había llamado por teléfono, como acostumbraba después de cada operación.

El artículo estaba ilustrado con algunas fotos. Reconoció a Greg en una de ellas, a pesar del pasamontañas y el uniforme que lo convertían en un miembro anónimo de su comando. Hacía años que ambos habían acordado una señal mínima, que nadie más conocía, para que ella pudiera distinguirlo. Entre los distintivos que llevaba pegados con velcro en el traje de asalto, había uno con su grupo sanguíneo, A+. Greg lo colocaba sistemáticamente al revés. Karine miró la foto con detenimiento, admirando a su marido, que estaba impresionante con su traje de combate. Aparecía dándole indicaciones a una policía de paisano, a la que tan solo se veía de espaldas.

La realidad de aquel instante robado era que la inspectora Marion Brullier se había acercado a Greg al finalizar la operación.

—Gracias —le había dicho con los ojos brillantes.

—Para eso estamos, Marion —había contestado Greg—. Para la próxima, ya sabes dónde encontrarnos.

Había esbozado una sonrisa que quedaba oculta debajo del pasamontañas, pero Marion la había intuido por el movimiento de la mandíbula.

—Te tomo la palabra —aseguró ella—. De hecho, me va a tocar ir a verte. Seguramente necesitaré algún contacto.

Greg volvió a sonreír. No acababa de entender a qué tipo de contacto se refería.

A última hora de la tarde, cuando Sophie volvió a la Casa de Cristal, se encontró a Arpad y Greg en el jardín. Estaban inspeccionando los matorrales en el lugar donde ella había visto esa silueta espantosa por la mañana.

—¡Ay, Greg, cuánto me alegro de que estés aquí!

—Por lo visto, mis compañeros no han estado muy finos —se disculpó Greg.

Sophie se encogió de hombros:

—Según ellos, no ha sido para tanto.

—Eso no es motivo —replicó Greg.

Tenía en la mano una de esas bolsitas de plástico que la policía utiliza para guardar pruebas. Dentro estaba la correa de perro.

—¿Es la correa que se encontró atada al árbol? —preguntó Sophie.

Greg asintió. Había hecho como que visitaba el lugar por primera vez. Y, cuando Arpad le señaló la correa sujeta al tronco de un roble, Greg sacó la artillería pesada: se puso los guantes de látex y estuvo mucho rato examinando la tira de cuero. Acuclillado en el bosque, interpretó el papel de experto de la policía científica. La funda del arma reglamentaria le asomaba por debajo de la camisa. Una auténtica escena de película. Hasta que decidió que la parodia ya había durado lo suficiente, se quedó con la correa y la metió con cuidado en la bolsa de plástico.

—¿Crees que hay alguna relación entre la correa y ese hombre? —preguntó Sophie.

—Si os soy sincero, tengo mis dudas —contestó Greg—. ¿A santo de qué una correa? ¿Y por qué iba a dejar tras de sí semejante pista? Pero aun así voy a mandar analizarla. Por si las moscas. No hay que descartar ningún indicio.

—Gracias —le dijo Sophie, reconfortada porque por fin la tomaban en serio.

—En tu opinión —preguntó Arpad a su vez—, ¿qué pintaba aquí ese tipo? Es la única casa que hay... Estaba aquí por un motivo concreto, ¿no?

—Un ladrón —sugirió Greg.

—Los polis me dijeron que no era muy probable que un ladrón asalte una casa cuando los ocupantes están a punto de despertarse.

—No si está localizando objetivos —puntualizó Greg—. Estaba observando vuestros hábitos.

—¿Qué deberíamos hacer? —preguntó Arpad.

Greg estaba saboreando ese instante de superioridad: los Braun pendientes de sus labios.

—Nada de nada —zanjó—. ¡Y lo que menos, empezar a montaros una película!

—Tienes razón. —Arpad asintió con la cabeza—. Ven, vamos a tomar algo.

Entraron los tres en la casa. Sophie se puso a trajinar en la cocina: llenó un cuenco de nueces y abrió una botella de vino. Greg, desde la barra encimera, la observaba de reojo. Le miraba las manos mientras manejaba el sacacorchos, la ceja izquierda, que fruncía levemente cuando estaba concentrada. El labio inferior, que se mordisqueaba a menudo. Detuvo a Sophie antes de que llenara la tercera copa.

—Estoy de guardia toda la semana —le indicó—. Tendré que conformarme con un poco de agua.

—Puedo ofrecerte algo menos soso que el agua —le dijo Sophie—. ¿Un zumo, una Coca-Cola?

—Una Coca-Cola sí me tomo.

Sophie llenó un vaso de cubitos de hielo, cortó con un movimiento hábil una rodaja de limón, le quitó la chapa a una botella de Coca-Cola y lo dispuso todo delante de Greg con una sonrisa. Si alguien hubiera filmado la escena, se podría haber utilizado para anunciar la bebida. Greg estaba subyugado. Hasta que Arpad fastidió el momento al entrar en su campo visual para besar a su mujer en el cuello antes de coger las copas de vino y llevarse a todo el mundo al salón.

Greg se sentó en el sofá, en el mismo sitio exacto donde la noche anterior Sophie se había entregado mientras él la espía. Acarició discretamente la

tela.

Sophie se hizo un ovillo en lo hondo de un sillón, enfrente de él. Se descalzó, dejando los zapatos de tacón negros en la tarima. Greg se deleitó mirándole los pies con las uñas pintadas de rojo. Entonces le preguntó:

—¿Dónde estabas exactamente esta mañana cuando viste al tipo entre los arbustos?

—Allí, en la ventana de la cocina. —Señaló la cristalera donde él la había visto al amanecer.

Greg se levantó y se colocó en el sitio indicado. Se estaba poniendo en el lugar de la presa. Resultaba extraño revivir la escena cambiando los papeles. Pero, sobre todo, se dio cuenta de que el arbusto estaba mucho más cerca de lo que él creía. Con un poco más de luz, Sophie lo habría reconocido sin problema. Pensó en lo loco que había estado. No podía volver a hacerlo.

Arpad explicó que se había puesto en contacto con una empresa de seguridad para instalar una alarma, pero que hasta el lunes siguiente no le habían dado cita.

—Una alarma está muy bien —asintió Greg—. Aunque, como ya te he dicho, me extrañaría que el ladrón volviese tan pronto. Estad tranquilos y no cambiéis de hábitos.

—Creo que me voy a comprar una pipa —le confesó Arpad.

—¿Una pipa? —exclamó Greg con desaprobación.

Sophie puso el grito en el cielo:

—¿Te has vuelto loco? ¡No quiero que haya armas en casa!

—Eso sí que es una soberana estupidez —insistió Greg, con tono moralizante—. No querrás que ocurra un accidente con los críos...

Volvió al sofá para terminarse la bebida y aprovechó la ocasión para intercambiar con Sophie sus números de móvil.

—Si surge cualquier cosa, me llamas —insistió—. No te cortes. Y además, si os parece bien, de aquí a que os instalen la alarma, puedo hacer rondas por el bosque mientras paseo al perro.

—Gracias, Greg —le dijo Sophie, en apariencia más tranquila con el ofrecimiento.

Cuando Greg se marchó de la Casa de Cristal, Sophie le regaló un beso en la mejilla como despedida. No fue un gesto de cortesía sino puramente espontáneo. Él se lo tomó como un espaldarazo. Pensó que ese jaleo del

merodeador tenía su parte buena: todo aquello le iba a servir para acercarse a ella.

En el camino de vuelta, pasó por delante de un contenedor de basura y tiró dentro la correa del perro. Diría que el resultado de los análisis no había aclarado nada.

Esa misma noche, cuando sacó a pasear a Sandy, tuvo cuidado de no acercarse a la Casa de Cristal. Aun así, los Braun recibieron una visita.

Al amparo de la noche, el Peugeot gris aparcó en una senda agrícola, cerca del bosque. El hombre que salió del vehículo conocía de sobra el lugar. Se adentró entre los árboles y se acercó sigilosamente a la Casa de Cristal.

El día del atraco

*Sábado 2 de julio de 2022*

*9.34 h*

El encargado abrió la caja fuerte principal. La Gorra lo maniató inmediatamente con una brida de plástico y lo obligó a tumbarse boca abajo. Acto seguido abrió uno a uno los cajones de la caja fuerte, sin tocar lo que contenían. Estaba buscando unas piedras en concreto y esbozó una sonrisa triunfal al encontrarlas. Eran unos diamantes rosas enormes.

Cogió una bolsita de terciopelo y metió dentro los diamantes, con un valor de varios millones. No dejaba de echar ojeadas nerviosas al cronómetro.

Solo les quedaban tres minutos.

## Capítulo 5

### *Dieciséis días antes del atraco*

~~DOMINGO 12 DE JUNIO~~

~~LUNES 13 DE JUNIO~~

~~MARTES 14 DE JUNIO~~

~~MIÉRCOLES 15 DE JUNIO~~

→ **JUEVES 16 DE JUNIO DE 2022**

VIERNES 17 DE JUNIO

SÁBADO 18 DE JUNIO

(FIN DE SEMANA EN SAINT-TROPEZ)

DOMINGO 19 DE JUNIO

(FIN DE SEMANA EN SAINT-TROPEZ)

**LUNES 20 DE JUNIO (CUMPLEAÑOS DE SOPHIE)**

8.20 h.

Sophie y Karine emergieron de la salida peatonal del aparcamiento de Mont-Blanc por las escaleras mecánicas, enfrascadas en una alegre e inagotable conversación. Se reían a carcajadas. Aunque casi había llegado el momento de irse cada una por su lado, Sophie le propuso a Karine prolongar ese rato:

—¿Qué tal si nos tomamos un café?

—¿Ahora? —preguntó Karine, como si la sorprendiera que alguien pudiese disfrutar tanto de su compañía.

—Si no se te hace muy tarde —matizó Sophie, considerada.

—Será un placer —se desdijo—. En la tienda soy un poco como la jefa, ¿sabes? Voy a mi aire.

Tras soltar esa mentira, sacó a hurtadillas el móvil y le mandó un mensaje a su superior.

*Niños enfermos. Llego tarde. Lo siento.*

Se sentaron en el Café des Aviateurs. Karine eligió una mesa del fondo para no correr el riesgo de que la viera algún compañero. Estuvieron charlando un buen rato. Su complicidad era tan obvia que parecían amigas de toda la vida. Hasta que Sophie sentenció que ya tocaba de verdad despedirse: «Tengo que dejarte, “preciosa” (sonrisa triunfal de Karine), tengo montañas de trabajo pendiente».

Al salir del café, Karine se quedó mirando cómo se alejaba Sophie. Contempló sus andares, su silueta, su pelo de ondas perfectas, las piernas largas con ese precioso bronceado, que parecían aún más delgadas con los

tacones altos. Se preguntó si se podía admirar y aborrecer al mismo tiempo a alguien por idénticas razones: era la mismísima definición de la envidia.

Observó a Sophie hasta que entró por la puerta del bonito edificio de piedra donde tenía el bufete. En su imaginación, Sophie ocupaba unas lujosas oficinas, llenas de *boiseries* y sillones de cuero. Al llegar, un ejército de subalternos, todos ellos de punta en blanco, la recibía con deferencia y ella iba pavoneándose hasta el inmenso despacho cuyo ventanal ofrecía unas vistas insuperables sobre el lago Lemán.

Pero, aunque el bufete de Sophie tenía, en efecto, una ubicación muy prestigiosa, en realidad no era nada grandioso. En la última planta del edificio, cuando Sophie empujó la puerta de entrada, esta solo se abrió a medias antes de chocar estruendosamente contra la puerta de un armario.

—¡Lo siento! —gritó Véronique, la ayudante de Sophie, desde su despacho—. Se me ha vuelto a olvidar cerrar el dichoso armario.

—No te preocupes —contestó Sophie apartando el obstáculo con la mano.

Era un gesto habitual. Véronique no tenía la culpa, la oficina estaba diseñada de pena. Aquella última planta era de construcción reciente, un añadido hecho pocos años antes que no tenía nada que ver con el resto del edificio: los espacios eran diminutos, con el techo bajo y unas ventanas tan estrechas que para tener buenas vistas había que contorsionarse. El bufete de Sophie se reducía a un pasillo con suelo de linóleo al que daban tres estancias: el despacho de Sophie, el de Véronique y una sala de reuniones que rara vez se utilizaba y donde se acumulaban expedientes, por falta de espacio. También había una cocina minúscula y un aseo. En realidad, era un local angosto y chapucero, pero Sophie lo alquilaba a muy buen precio. Y, sobre todo, opinaba que era el lugar ideal para ella. Tenía una ubicación céntrica y lo había decorado con esmero. Se sentía a gusto, eso era lo más importante. De todas formas, no necesitaba más: en el bufete solo eran dos, ella y su ayudante, Véronique, una joven abogada avispada y trabajadora. A Sophie le caía muy bien, le recordaba a sí misma en sus inicios.

Se sentó en el despacho y encendió el ordenador. La pantalla se iluminó y enseguida apareció una notificación de la agenda para recordarle la cita que tenía al día siguiente con uno de sus clientes habituales, Samuel Hennel.

Véronique, alzando la voz para hacerse oír desde la otra habitación, le preguntó a su jefa sin moverse del sitio:

—¿Estás lista para mañana?

—¿Para la cita con Samuel Hennel? —preguntó Sophie.

—¡No, para el finde en Saint-Tropez!

—Aún tengo las maletas sin hacer. Me ocuparé esta noche. En cambio, mañana por la mañana no me pasará por aquí. Iré directamente desde casa a la de Hennel. Arpad, los niños y yo nos pondremos en carretera hacia mediodía para no llegar a las tantas. Así que esta tarde me tengo que llevar de aquí toda la documentación para Hennel.

Véronique, que solía ir varios pasos por delante, apareció en el vano de la puerta con una imponente pila de hojas. La depositó encima del escritorio de su jefa.

—He señalado las páginas donde tiene que estampar su firma el señor Hennel —explicó—. También he recapitulado los distintos documentos en una lista. Son los formularios bancarios de costumbre. Lo tienes todo apuntado.

Véronique era de lo más eficiente.

—Muchas gracias —le dijo Sophie con gratitud.

\*

17.00 h, en la Verruga.

Greg aparcó delante de casa.

A él le gustaba mucho aquella chocita, no como a Karine, que no paraba de quejarse de ella. Allí se encontraba a gusto, en aquel pueblo pequeño. Tranquilidad, naturaleza. Y además estaba el jardín, no muy grande, bien es cierto, pero del que cuidaba con mimo y donde incluso había plantado un minihuerto.

Antes de bajar del coche anunció su presencia con una serie de bocinazos breves que sus hijos siempre reconocían. En efecto, la puerta principal se abrió y los dos niños salieron corriendo a darle un beso a su padre, llevando a la zaga a Sandy y a Agnès, la madre de Karine, que cuidaba de ellos los jueves después del colegio.

Greg sacó del maletero las pesadas bolsas de la compra y un ramo de flores para su mujer. La animada pandilla entró en la casa.

—Esta noche toca *piccata* de ternera —pregonó él mientras vaciaba las bolsas en la barra encimera de la cocina y ponía las flores en un jarrón—. ¿Se queda a cenar, Agnès?

—Muy amable, Greg, pero tengo club de lectura. De hecho, me tengo que ir ya.

Les dio un beso a sus nietos. Greg la acompañó hasta la puerta. Vio al pasar un radiodespertador que andaba dando vueltas por el mueble de la entrada.

—Casi se me olvida. —Lo cogió para dárselo a su suegra—. Está arreglado. Fallaba un contacto y lo he reparado dando un toquecito con el soldador. Debería aguantar.

Ella le sonrió:

—Gracias, eres un sol.

—¿Sabe, Agnès? Ahora se fabrican modelos mucho más modernos.

—Lo tengo hace quince años y sigue funcionando de maravilla, a las pruebas me remito. Los vendedores lo que quieren es que tiremos lo que se puede reparar para vendernos sus productos de pacotilla. ¡En la tienda pretendían venderme un modelo «de alto rendimiento»! Es un radiodespertador, ¿cómo va a tener mayor rendimiento? ¿Te prepara el café y te cepilla los dientes mientras te espabilas?

Greg soltó una carcajada. Agnès se marchó, dirigiéndole una sonrisa regocijada a su yerno. Lo adoraba. Le parecía que su hija le amargaba la vida sin motivo. En su opinión, los matrimonios de la nueva generación se esforzaban menos por llevarse bien. Y sin embargo, para que la cosa funcionara, los dos tenían que poner de su parte.

Greg sentó a los niños con sus cuadernos a la mesa de la cocina. Mientras pasaba revista a los deberes, empezó a preparar la *piccata*. Pasó por harina los trozos de carne y los dejó apartados en un plato. Hizo zumo con un limón, picó perejil y cortó las alcaparras con el fin de que todo estuviera listo para cocinar la carne en cuanto volviera Karine. Improvisó una salsa de nata para los *tagliatelle*. Pondría el agua a hervir en el último instante. La pasta fresca estaría cocida en dos minutos. En cuanto los niños terminaron los deberes, los mandó a la ducha y aprovechó para ducharse también él.

Cuando Karine volvió a casa, reinaba un ambiente de serenidad. Los niños estaban jugando tan tranquilos mientras Greg ultimaba la cena.

—Comemos dentro de dos minutos —le comunicó él mientras echaba la pasta en una olla de agua hirviendo.

Karine se fijó en las flores que había encima de la mesa. Sonrió. Greg puso en marcha el cronómetro del móvil y preparó un colador en la pila para

escurrir la pasta dentro de 1.49, 1.48, 1.47... Luego él se quedó mirando a su grupito familiar. Si Sophie lo hubiese reconocido el día anterior, podría haberlo perdido todo: el trabajo, a su mujer, a sus chicos... Se puso en lo peor: sus compañeros de la policía deteniéndolo, el arresto y la humillación de que sus vecinos y el resto del pueblo lo tuviesen por el «pervertido de Cologny». ¿En qué estaba pensando cuando decidió ir a espiar a una mujer en su propia casa? Se preguntaba de dónde salía ese impulso.

La velada en la Verruga transcurrió apaciblemente.

Después de acostar a los niños, Karine y Greg se acomodaron en el salón para ver su serie televisiva. Cuando Karine se levantó para hacerse un té, Greg le pidió una Coca-Cola. Su mujer le llevó una botella y se limitó a ponérsela delante encima de la mesa, sin ni siquiera un vaso. Greg recordó cómo Sophie le había preparado la bebida, con sus cubitos de hielo y su rodaja de limón. Karine volvió a sentarse a su lado y él le miró los pies. Sin ser feos, no estaban tan cuidados como los de Sophie.

—¿Por qué no te pintas las uñas? —preguntó de buenas a primeras.

—Lo haré cuando tenga tiempo —contestó Karine sin apartar los ojos de la pantalla.

\*

Aquella tarde, como todos los jueves, Arpad había ido al club de tenis de Cologny para jugar al squash con su viejo amigo Julien Martet. Era su cita semanal. Después del partido, cenaban juntos en el restaurante del club y aprovechaban para hacer balance de su existencia. Durante la cena, salió a relucir su vida laboral. Julien ocupaba un cargo importante en un fondo de inversión. Arpad lo admiraba por su vertiginoso ascenso laboral.

—¿Qué tal por el banco? —preguntó Julien.

—Tirando. Pero estoy empezando a pensar en dedicarme a otra cosa.

—No me asustes: ¿seguirás en el sector financiero?

—Pues claro. Pero en el banco me aburro un poco. No me veo haciendo lo mismo toda la vida. Sí que me vería yendo por libre.

—Ya sabes que he invertido en una promoción inmobiliaria en Costa Rica —le confió entonces Julien—. Igual podría interesarte a nivel personal. O puede que para alguno de tus clientes.

—Sí —asintió Arpad—. Me gustaría saber más.

—Pásate por casa este finde y te pondré al tanto de toda la información sobre el tema.

—No puedo, nos vamos a Saint-Tropez, a casa de los padres de Sophie.

—Entonces te llamo mañana, cuando tenga el expediente delante.

Arpad volvió a casa sobre las diez.

Sophie estaba leyendo en el salón. Él sirvió dos copas de vino y ambos estuvieron charlando un rato. Desde el bosque cercano, una figura los espiaba. El hombre del Peugeot gris había vuelto. Agazapado en la oscuridad, escrutaba atentamente el interior del cubo de cristal.

En ese preciso instante, en la Verruga, Greg y Karine acababan de ver el tercer episodio de la serie. Karine subió a acostarse y Greg salió para pasear a Sandy. Anduvo unos pasos en la oscuridad. Al perro parecía gustarle ir sin correa y brincaba al azar de las pistas que iba olfateando. Mientras miraba cómo vagabundeaba el perro, Greg pensó que al día siguiente no le quedaba más remedio que comprar una correa igual. Antes de que Karine empezara a hacer preguntas.

Al llegar al final de la calle, y aunque había salido única y exclusivamente para que Sandy tomara el aire, se encaminó sin más hacia la Casa de Cristal. No podía evitarlo. Pero, después de lo que había pasado el día anterior, ni hablar de correr riesgos inútiles: Greg le envió a Sophie un mensaje con el móvil:

*Voy a hacer la ronda por el bosque con el perro.*

Fue bordeando la carretera y enseguida llegó a la linde del bosque. Avanzó entre los troncos sin hacer ni un ruido. Sandy iba olisqueando muy por detrás, con la nariz metida en las hojas secas. Como siempre le sucedía en aquel lugar, Greg sentía la emoción del cazador. No tardó en divisar la casa que se alzaba detrás de la vegetación, pero tenía todas las persianas bajadas. Sintió una punzada de decepción: ya había concluido el espectáculo. Se disponía a dar media vuelta cuando se quedó clavado en el sitio. Acababa de ver una sombra a unas decenas de metros de donde él

estaba. Algo se había movido en la orilla del bosque. El corazón se le aceleró de golpe.

A treinta metros de Greg, el hombre, acucillado para ocultarse mejor, contenía el aliento. A pesar de los esfuerzos para camuflarse en la oscuridad, tenía la sensación de que lo habían pillado.

Greg, con los sentidos en alerta, preguntó a las tinieblas: «¿Hay alguien ahí?».

El hombre se quedó totalmente quieto, con la esperanza de engañar al que lo estaba molestando.

Greg sacó la linterna y se puso a recorrer los troncos y la maleza con el potente haz de luz. «¿Quién anda ahí?», exclamó de nuevo.

Al hombre no le quedó otra: salió de un salto del escondite, con el consiguiente crujido de ramas de la maleza donde estaba oculto, y echó a correr tan deprisa como pudo a través del bosque.

Greg notó un subidón de adrenalina. ¡Había alguien espiando la casa de los Braun! La linterna captó brevemente la silueta que huía a toda velocidad entre las tinieblas. «¡Alto! —gritó—. ¡Policía, deténgase!».

Pero la sombra siguió huyendo como alma que lleva el diablo entre los árboles.

Él echó a correr detrás.

Al llegar al límite del bosque, el hombre comprobó que había despistado a su perseguidor. Siguió campo a través hasta una carreterita desierta de uso agrícola, se encaminó hacia el Peugeot gris y se abalanzó dentro. Había dejado el coche abierto y la llave en el contacto. Sabía que esas pequeñas precauciones podían salvarlo en caso de persecución. Arrancó de inmediato y el vehículo desapareció en la oscuridad. Se había librado de una buena.

El Peugeot gris se había esfumado en el campo ginebrino cuando los primeros coches de la policía irrumpieron en Coligny. Al recibir el aviso de Greg, la central de emergencias había enviado varias patrullas policiales y una brigada canina para intentar encontrar algún rastro. También acudieron dos inspectores de guardia de la policía judicial.

Greg le había perdido la pista al sospechoso en el límite del bosque. Se inició la búsqueda. Los coches patrulla recorrieron las carreteras y caminos de los alrededores, rastreando los setos y bosquecillos con los proyectores. En el interior del bosque, los agentes de la unidad canina soltaron a los pastores alemanes. Uno de ellos olfateó un rastro hasta una carretera de uso agrícola, antes de pararse en seco.

El agente avisó a los inspectores y a Greg:

—Por la reacción del perro, creo que el sospechoso subió a bordo de un vehículo.

Las patrullas ampliaron la búsqueda a los pueblos vecinos, en pos del rastro de un vehículo del que no sabían nada. Era como buscar una aguja en un pajar. A las doce y media de la noche se levantó el dispositivo policial.

En la Casa de Cristal, cuando Greg informó a los Braun de que sus compañeros no habían sacado nada en claro, Sophie se sintió desesperadamente sola frente a esa amenaza inaprensible. La presencia de

Greg la tranquilizaba y, para retenerlo un rato más, preparó café con galletas. Sandy, al que habían encerrado en un cuarto de la planta baja para que no estorbara a los perros policía mientras trabajaban, volvió a la cocina y fue a pegar el hocico húmedo contra el muslo de Sophie. Ella lo premió con una afectuosa caricia.

Con cara seria, Arpad se tomó su café de un trago y le preguntó a Greg:

—¿Qué crees que está pasando?

—No tengo ni idea. Había un hombre vigilando vuestra casa. Lo que no sabemos es por qué.

—¿El ladrón de ayer que ha vuelto a las andadas? —sugirió Sophie—. ¿Estaba esperando a que nos acostásemos para pasar a la acción?

—No creo —indicó Greg.

—¿Por qué no? —insistió ella.

Obviamente, Greg no podía revelarles por qué sabía a ciencia cierta que no había ninguna relación entre ambos incidentes. Se limitó a contestar:

—Tengo la sensación de que hay algo más...

Estaba preocupado. ¿Qué quería el hombre que estaba espiando a los Braun? ¿Se trataba, esta vez sí, de un ladrón localizando casas que se había fijado en esa vivienda aislada? ¿O había algo más? Se volvió hacia Arpad:

—Lo siento, pero tengo que preguntarte algo...

—No faltaba más.

—¿Tienes a alguien en tu contra? ¿Estás metido en algún lío?

—No. —Arpad barrió el aire con la mano para descartar esa hipótesis—. No tengo enemigos ni problemas.

Greg se quedó pensativo un instante. Hasta que llegó a la conclusión de que seguir dándole vueltas no resultaba productivo.

—Volved a la cama —sugirió finalmente a Sophie y Arpad—. Procurad descansar. Podéis estar tranquilos, tenéis unas persianas resistentes. La casa está blindada.

Sophie acompañó a Greg a la puerta.

—Estoy asustada —le dijo—. ¿Y si el tío ese vuelve esta noche?

Greg quiso reconfortarla:

—No va a volver. Pero, si pasa cualquier cosa, tienes mi número. Me llamas y me planto aquí en menos de dos minutos. No te cortes.

—Gracias.

Sophie le puso una mano en el hombro. Greg podía notar su desamparo y ese desamparo le gustaba porque lo colocaba a él en una posición ventajosa.

—Mañana por la mañana, antes de las seis, cuando saque a Sandy me daré una vuelta por el bosque.

—Estaré levantada. Pásate a tomar un café.

Él se hizo de rogar:

—No quiero ser una molestia.

—Tú nunca molestas.

—Hasta mañana, pues.

Sophie cerró la puerta tras él y, mientras caminaba en la oscuridad con el perro, Greg pudo desplegar la amplia sonrisa que llevaba un rato aguantando. Ya tenía su invitación.

En ese preciso instante, en Jussy, el pueblo vecino.

El Peugeot gris estaba aparcado delante de la granja de una explotación agrícola. Ahí era donde el hombre tenía su guarida, un apartamento que había alquilado para la ocasión. Allí estaba a salvo, nadie iría a buscarlo.

En su escondrijo, repasaba las fotos que había hecho en los últimos días. La Casa de Cristal, desde distintos ángulos, y escenas de la vida cotidiana captadas con teleobjetivo. Arpad en la cocina, Arpad con los niños, Arpad hablando por teléfono en el porche.

Encendió un cigarrillo. La llama del mechero le iluminó la cara: era guapo. Rondaba los cincuenta años. Por la penetrante mirada se intuía que debía de ser alguien fuera de lo común. Tenía planta de atleta y desprendía una sensación de fuerza e intrepidez.

Fumó delante de la ventana, con el ojo puesto en los alrededores. Siempre alerta. Siempre en guardia. Por eso llevaba tanto tiempo ejerciendo su oficio. Pero, entonces, ¿cómo se había dejado sorprender esa noche? No era propio de él. ¿Y quién era el tipo del bosque que gritaba «¡Policía!»? ¿De verdad era un poli? ¿De dónde había salido?

El hombre pensó que tenía que ser aún más cauto. Que no podía dejar que lo distrajera la emoción de estar en Ginebra.

Dentro de cuatro días revelaría su presencia.

Trece años antes  
*Mayo de 2009*  
*París*

Avenida de Montaigne, en el distrito VIII de París.

Sophie, una jovencísima abogada, iniciaba su carrera en el bufete Thémard, Tournay & Asociados que la había contratado un año antes.

Para ella, que había crecido en Saint-Tropez y estudiado Derecho en la Universidad de Aix-en-Provence, esa nueva vida lejos de su sur natal estaba siendo una etapa importante. Le gustaba la capital y se lo pasaba bien en el trabajo. Thémard, Tournay & Asociados era un bufete prestigioso. Sophie se había unido al equipo del señor Thémard, uno de los cinco asociados, un hombre altanero y convencido de su superioridad. Había que pasarse el día llamándolo «señor abogado», siendo así que él se permitía llamar a sus colaboradores masculinos por su nombre de pila y a las mujeres les encasquetaba un «hijita». Aunque parsimonioso con el dinero, no dudaba en repartir a manos llenas los comentarios más desagradables. Pero Sophie había tomado la decisión de conformarse, pues era consciente de que en los bufetes de renombre los asociados disfrutaban abusando de su poder con los subordinados. Y, además, el trabajo era apasionante, le gustaba el trato directo con los clientes y sus compañeros eran muy majos. Por encima de todo, sabía que ese era el camino hacia la independencia. Su sueño era abrir algún día su propio bufete.

Sophie vivía en un piso del distrito IV, pequeño pero muy cómodo, metidito en la calle de Saint-Paul, a dos pasos del Sena, donde alojaba con regularidad a amigas que estaban de paso. Esa primavera recibió la visita de una a la que llevaba tiempo sin ver: Céline, que se había ido a Montreal dos años antes para terminar sus estudios y ahora estaba de vuelta en Francia. Las jóvenes habían crecido juntas en Saint-Tropez. Se habían pasado los veranos trabajando en los restaurantes del padre de Sophie. Céline había

sido recepcionista en el Béatrice hasta que se fue a Quebec y entonces la sustituyó Sophie.

La tarde en que Céline llegó a París, las dos amigas salieron al dar las ocho «para tomar solo una copa», pero no volvieron al piso hasta las cuatro de la madrugada. Cayeron rendidas en el sofá, estuvieron charlando un rato y por fin Sophie se fue a dormir a su cama y le dejó el sofá a su amiga. Céline abrió un ojo a las siete de la mañana. Estaba ojerosa. Sophie apareció fresca y descansada. Acababa de salir de la ducha envuelta en una toalla.

—No s  cómo lo haces —le dijo Céline—. Yo estoy muerta y tú te vas a trabajar.

A Sophie le hizo gracia.

—Pásate a mi cama —sugirió—, estar s mucho más cómoda.

Céline no se hizo de rogar y fue a desplomarse a la cama de su amiga. Sophie le llevó un café y luego abrió el armario para elegir la ropa. Al quitarse la toalla y quedarse desnuda, Céline se fijó en la pantera enorme que le marcaba el muslo.

— Te has hecho un tatuaje?

—Ya ves —respondió evasivamente Sophie.

— Cu ndo ha sido?

—Hace dos años.

Céline admir  el dibujo.

— Por qué una pantera? —preguntó.

—La verdad —confesó Sophie— es que fue un arrebatado.

— No te arrepentirás?

—Puede que s  —admitió Sophie—. No tengo ni idea. Espero que no. No me gusta arrepentirme, es traicionarme a mí misma.

—Eres una buena abogada —sonrió Céline.

Sophie se puso una falda y la pantera desapareció bajo el tejido. Céline observó cómo se transformaba su amiga. Unas horas antes, con pantalones de cuero en un club parisino, luego desnuda desvelando ese sorprendente tatuaje y ahora vestida como una perfecta abogada: un camaleón cuyas transformaciones la tenían admirada.

—Me largo —dijo Sophie tras ponerse la parte de arriba—. Duerme un poco, recup rate para esta noche.

— Esta noche toca sopita y en la cama a las ocho! —decretó Céline.

Ese día, a media mañana, el señor Thémard entró en tromba en el despacho de Sophie.

—Hijita —le dijo—, esta mañana tiene que venir Samuel Hennel. Como su compañera Jessica está supuestamente enferma, necesito que alguien me haga todo el papeleo *prestissimo*.

Samuel Hennel era un marchante muy acaudalado que acababa de mudarse a Ginebra por motivos fiscales. Sophie no lo conocía y nunca había trabajado en su cuenta, pero sabía que Thémard se quejaba de él a menudo. Le echaba en cara que no paraba de llamarlo, de pedirle que fuera a Ginebra y de apoderarse de su despacho cada vez que estaba en París.

Sopesó con la mirada el montón de papeles que acababa de entregarle Thémard.

—Delo por hecho —aseguró sin pestañear.

Thémard se quedó mirándola: le gustaba su aplomo.

Tras echar un vistazo rápido a los primeros documentos de la pila, Sophie comprobó que se trataba de formularios administrativos requeridos en caso de defunción.

—¿Se ha muerto algún allegado del señor Hennel?

—Su mujer —contestó Thémard—. Hace tres meses.

—Pobrecillo —se apiadó Sophie.

—Para empezar, no tiene nada de pobre —despotricó Thémard—, y además hace ya tres meses que se fue al cielo. Hay que saber pasar página en algún momento. Resumiendo, ¿puedo contar con usted, hijita?

—Desde luego —dijo Sophie—. Yo me encargo de todo.

Saltaba a la vista que Sophie tenía futuro en el gremio. Thémard decidió ponerla a prueba:

—¿Le importaría hacerme otro favor?

—Claro que no.

—Recíbalo usted. Sola. No tenía previsto que viniera y voy a estar ocupado con otra cita. Llegará a las once.

—Eso es dentro de una hora —observó Sophie.

—¿Le supone algún problema?

—Ninguno —aseguró impertérrita.

—*Benissimo!* —exclamó Thémard entusiasmado antes de dar media vuelta soltando un «*grazie mille*».

Cuando estaba de buen humor, tenía la irritante manía de aderezar las frases con expresiones italianas.

Una hora después, Sophie estaba recibiendo a Samuel Hennel en una de las salas de visita del bufete. Era un hombre que ya había cumplido los setenta y cinco, elegantísimo y con una abundante cabellera plateada.

—¿Dónde está Thémard? —preguntó sin rodeos al entrar y ver solo a esa joven abogada a la que no conocía.

—Está atendiendo un asunto urgente —explicó Sophie—. Me ha pedido que lo sustituya.

El visitante pareció molesto.

—He de verlo a toda costa. Esta noche vuelvo a Ginebra, tengo un montón de documentos de los que debe encargarse y...

Sophie lo tranquilizó en el acto.

—Aquí tengo sus documentos, señor Hennel. Está todo listo, no se preocupe. Mi más sentido pésame por su esposa.

Hennel se sentó a una amplia mesa de trabajo y Sophie le fue presentando, uno a uno, los documentos ya cumplimentados en los que solo faltaba su firma. Parecía triste. Apagado. Firmaba en silencio. En la habitación solo se oía el roce de la estilográfica sobre el papel. Con tanta rúbrica, se le abrió una heridita que tenía en el índice, y unas gotas de sangre mancharon uno de los documentos. Se sacó el pañuelo, se lo apretó contra el dedo unos instantes y siguió firmando. Sophie lo interrumpió:

—Deje que vaya a buscar algo para curarle.

Samuel Hennel se negó:

—No es nada. Un corte que me hice ayer.

—Claro que es algo —objetó Sophie—, está sangrando.

Sin esperar respuesta, salió un momento y volvió con el botiquín de primeros auxilios del bufete. Desinfectó el corte y le puso encima una tiritita. Él la dejó hacer. Cuando terminó, Sophie hizo como que regañaba a su cliente:

—Tiene que cuidarse, señor Hennel.

—¿Para qué? Ludmila era quien me cuidaba.

Como había rellenado los formularios, Sophie sabía que Ludmila era su difunta esposa.

—Bueno —dijo—, pues a Ludmila no le habría gustado que se desangrara usted por culpa de un simple corte.

Samuel Hennel sonrió.

Sophie le presentó entonces otro montoncito de formularios.

—¿Y eso de dónde sale? —preguntó Hennel con tono súbitamente desconfiado—. No recuerdo haberles hecho llegar esos documentos...

El ambiente, que se había relajado unos segundos, volvía a enrarecerse. Sophie empalideció al imaginarse que Samuel Hennel se quejaría a Thémard y él la tomaría con ella.

—Los he añadido yo —admitió.

—Ya decía yo que el señor Thémard nunca haría algo así.

Sophie se esforzó en justificarse:

—Son documentos relativos a su mujer que antes o después la Administración le va a solicitar, pensé que actuaba correctamente añadiéndolos. Solo pretendía simplificarle la vida... Lo siento...

Al oír estas palabras, a su interlocutor le cambió la mirada:

—¿Y por qué iba a sentirlo? —preguntó mirándola de arriba abajo con curiosidad—. Al contrario, valoro muchísimo su iniciativa, señora abogada. El dichoso Thémard sabe muy bien dónde encontrarme para decirme que le pague, pero, cuando se trata de ayudarme un poco, ¡está ilocalizable!

Sophie, cediendo a una súbita inspiración, imitó el tono pedante de Thémard:

—*Hai voluto la bicicletta, adesso pedala!*

Samuel Hennel se echó a reír con sonoras y alegres carcajadas. Ahora se le había iluminado el rostro.

—Hacía mucho que no me hacían reír. ¿Tiene algún compromiso para comer?

\*

Al cabo de más o menos un año, en el verano de 2010, la Administración francesa decidió inspeccionar minuciosamente la expatriación fiscal de Samuel Hennel. Como el marchante estaba convaleciente de una operación de cadera y no podía viajar, tenía que gestionarlo desde Ginebra. Telefoneaba a Thémard varias veces por semana, pero el abogado solía pasarle con Sophie, que procuraba tranquilizarlo. Cuando las llamadas con

Sophie ya no bastaron, Samuel Hennel, que en Ginebra se sentía como un león enjaulado, exigió que Thémard fuera a verlo a Suiza. Sophie le transmitió la solicitud a su jefe:

—¡O sea que, después de darme la tabarra con lo de ir a verlo a Ginebra, ahora la usa de intermediaria! —exclamó Thémard, irritado.

—Está atrapado en su casa —argumentó Sophie.

—Pero ¿qué más da que esté atrapado o no en su casa? Ya le he explicado diez veces por teléfono que le hemos facilitado a Hacienda todos los datos necesarios.

—Esta situación lo tiene angustiado. Creo que le sentaría bien verlo a usted en persona.

Thémard le lanzó a Sophie una mirada de ave curiosa:

—¿Quién es usted, en realidad? ¿Su portavoz?

—No se puede arreglar todo por teléfono. Hay que saber cuidar un poco de los clientes.

Sophie tenía razón y Thémard lo sabía.

—Está bien, iré —capituló—. Organízelo todo, ¿quiere? Y ya que insiste tanto, vendrá usted conmigo.

El viaje a Suiza tuvo lugar a la semana siguiente. Sophie y Thémard hicieron el trayecto de ida y vuelta en tren el mismo día. Salieron temprano de la estación de Lyon y llegaron a Ginebra a última hora de la mañana. Se metieron en un taxi y fueron directamente a casa de Samuel Hennel, que los estaba esperando para comer. Vivía en un palacete en medio de una impresionante finca situada a orillas del lago, en la comuna de Collonge-Bellerive.

Thémard despachó la comida y dio un repaso rápido a los distintos aspectos del expediente que tenían a su cliente preocupado. Hennel había tirado la casa por la ventana, pero Thémard estaba demasiado malhumorado para hacer justicia a esa deferencia. No quiso tomar postre, aceptó a regañadientes un café y tocó retreta. En el taxi que los llevaba al centro, le dijo a Sophie: «Ya ha visto que no hacía ninguna falta venir a verlo. Ha sido todo pura cháchara».

Habían comido tan deprisa que tenían tres horas por delante antes de que saliera el tren. Hacía muy bueno y Sophie pensó que podría visitar un poco la ciudad. Pero Thémard, que estaba de un humor chinchoso, le dijo al bajar

del taxi: «Sea buena y vaya a comprarle unos bombones a Hennel. Se los llevará personalmente. Así aprenderá que lo que cuenta en este oficio son este tipo de detallitos. Le chiflan los bombones al *kirsch*, ya sabe, esos que van rellenos de licor».

Sophie obedeció. Visitó dos bomboneras, pero no le convenció lo que le ofrecían. Buscaba algo más simbólico. ¿Una planta, quizá? En una floristería encontró un bonsái magnífico. Samuel Hennel le había contado un día en confianza que a su mujer le apasionaba cultivar esos arbolitos japoneses.

Compró el bonsái, se metió en un taxi y volvió a Collonge-Bellerive. Al llegar frente a la mansión, le pidió al conductor que la esperase en lo que tardaba en entregar el regalo. Lo dejó en manos de una criada de la casa y volvió al coche. Pero, cuando ya estaban en marcha por el paseo de gravilla, la criada salió corriendo tras ellos.

—¡Espere! —le dijo sin resuello a Sophie por la ventanilla bajada—. El señor Hennel quiere verla.

El taxi dio media vuelta y al rato Sophie estaba delante del dueño del lugar, que le lanzó una mirada inquisitiva.

—¿El señor Thémard le ha pedido que comprase esto? —preguntó.

—Sí, pensó que le gustaría ese guiño.

—Qué mentirosa es usted —Hennel la miraba sin parpadear—, no me creo ni una palabra.

—¿Disculpe? —replicó Sophie, ofuscada.

—Thémard lleva años regalándome sistemáticamente esos asquerosos bomboncitos rellenos. Y, además, a él nunca le he mencionado los bonsáis...

Como Sophie no contestaba, prosiguió:

—¿Tiene un rato?

—No mucho. El tren sale a las cinco.

—Tiene un rato —zanjó Hennel. Se giró hacia la criada—: Pague el taxi y mándelo de vuelta, por favor. Nosotros llevaremos a la señorita a la estación. —Volviéndose de nuevo hacia Sophie—: ¿Puedo ofrecerle un café?

—Será un placer.

\*

Después del verano, los problemas de Samuel Hennel con la Hacienda francesa desembocaron en un contencioso con el banco ginebrino donde

tenía depositado el dinero. Era necesario ir a hablar con la entidad *in situ*. Thémard citó a Sophie en su despacho.

—Vaya a Ginebra y encárguese de este asunto —le ordenó, visiblemente malhumorado.

—¿Yo sola? —se sorprendió Sophie.

—Resulta que Hennel ha insistido en que fuera usted. Sin mí. Le confieso que me viene de perlas, no me apetece pasarme el rato yendo a Suiza. No sé lo que le habrá hecho usted, pero no quiere oír hablar de nadie más.

—Yo solo he hecho mi trabajo —replicó Sophie—. Será que lo valora. Thémard la miró con hastío.

—¿Sabe, hijita? No hace falta que siempre tenga respuesta para todo.

—Ni tampoco hace falta que me haga usted comentarios desagradables.

Thémard se picó:

—Cuidadito con ese tono, hijita. No le consiento... Le recuerdo que soy su jefe.

—Por eso mismo debería usted dar ejemplo.

Thémard, como solía hacer cuando estaba harto, se subió las gafas de concha con la punta del dedo:

—¡Basta ya! ¡No muerda la mano que le da de comer! ¡Va usted por muy mal camino, Sophie! Más le vale solucionarme este tema con el banco suizo sin más demora. ¡Se está jugando el puesto!

Dos días después, Sophie se personaba en Ginebra. Al bajar del tren la estaba esperando un chófer que la escoltó hasta una berlina en cuyo asiento trasero se encontraba ya Samuel Hennel. Fueron directamente al banco.

Por el camino, Samuel le resumió a Sophie la situación que ella ya conocía al detalle:

—Parece mentira —dijo—, los franceses quieren bloquearme el dinero y el banco suizo está dispuesto a colaborar con ellos.

—Todo se va a arreglar —le aseguró Sophie.

—No dudo lo más mínimo de su talento —la halagó Hennel.

Cuando llegaron al banco, los condujeron a una sala de visita. Al entrar en ella, Sophie se quedó atónita al ver quién era el ejecutivo que los estaba esperando. El hombre pareció tan incrédulo como ella.

—¿Sophie? —acertó a pronunciar.

—¿Arpad? —exclamó ella.

Se quedaron mirándose fijamente un instante, en silencio.

—¿Ya se conocían? —preguntó al cabo Samuel, que había presenciado con regocijo el reencuentro.

—De Saint-Tropez —asintió la joven.

Ese mismo día, al salir del banco, Sophie no pudo por menos de darse la vuelta para observar la fachada del edificio. Arpad se había apostado en la ventana de la tercera planta. Cruzaron la mirada. Se sonrieron.

Samuel Hennel interceptó esa breve comunión.

—Parece una escena de película —dijo con tono regocijado.

—Ha sido agradable volver a coincidir con él, solo eso —le quitó hierro al asunto—. Llevábamos años sin vernos.

—¿Tenían algo serio?

—Estuvimos saliendo un tiempo. Por entonces, él trabajaba para mi padre.

—¿Su padre tiene un banco?

—Varios restaurantes.

—Me tranquiliza saber que mi banquero se ha formado en un restaurante —bromeó Samuel.

—Después de graduarse en Londres, Arpad pasó una temporada en Saint-Tropez. Para pagarse la estancia encontró empleo en uno de los restaurantes de mi padre donde yo también trabajaba mientras hacía la carrera de Derecho.

—No me ha contestado: ¿tenían algo serio?

—Digamos que nos gustábamos mucho.

—¿Por qué acabó?

—¡Pero bueno —se regocijó Sophie—, está hecho usted un auténtico cotilla!

Él se rio y ella siguió hablando:

—Resulta que el muy cretino desapareció del mapa de un día para otro.

—En cualquier caso, «el muy cretino» no le resulta indiferente...

Antes de coger el tren de vuelta a París, Sophie y Samuel comieron en un restaurante italiano del Hôtel des Bergues.

—Le debo una disculpa —dijo él—. Cuando le insistí a Thémard para que hoy viniera usted, era muy consciente de que lo estaba irritando. Pero lo hice

por interés... Quería ver cómo actuaba usted en solitario. Quería ver si había tomado la decisión correcta...

Sophie se quedó mirando a su interlocutor con expresión circunspecta.

—¿Qué decisión? —preguntó.

Samuel Hennel había esperado deliberadamente a que ella hiciera la pregunta para darle un giro a los acontecimientos:

—La de ofrecerle que trabaje para mí. Por cuenta propia.

—¿Que me convierta en su abogada? —se atragantó Sophie, que no se esperaba ni mucho menos semejante propuesta—. Thémard se va a poner hecho una furia...

Samuel sonrió:

—¿Eso significa que acepta?

—No tengo ni idea. Es un cambio tremendo.

—Creo que está lista para forjarse su propio destino. En Ginebra tiene usted una oportunidad.

—¿Me vendría a vivir aquí?

Él asintió:

—La regla de oro cuando empiezas a trabajar por tu cuenta es tener varios clientes, es decir, varias fuentes de ingresos. Yo ya soy viejo, así que tiene que buscarse otras fuentes de ingresos aparte de mí para no quedarse desvalida el día que yo falte. Y en eso puedo ayudarla.

—¿Cómo?

—En Ginebra vive una comunidad de franceses acomodados a quienes les encantaría contratar los servicios de una abogada como usted.

—Estoy segura de que ya tienen a sus propios abogados titulares.

—Cierto. Pero eso es porque aún no la conocen.

\*

Tras pensárselo durante una semana, Sophie aceptó la oferta de Samuel Hennel y presentó su dimisión en el bufete Thémard, Tournay & Asociados.

Así dio comienzo su nueva vida en Ginebra. Samuel Hennel se la presentó a sus amigos y a sus contactos, que en su mayoría eran franceses acaudalados como él, atraídos por la paz y el sosiego de Suiza, además del buen entorno fiscal. Aunque su bufete aún no existía sobre el papel, ya contaba con varios clientes. Se colegió como abogada extranjera y, gracias a Samuel Hennel,

encontró unas oficinas a muy buen precio en una ubicación de renombre: la calle de Le Rhône. Así fue como se instaló en la última planta del bonito edificio de piedra.

Pero, al margen de las perspectivas profesionales, la decisión de Sophie de establecerse en Ginebra tenía que ver sobre todo con Arpad. ¡Por fin lo había encontrado! Había desaparecido del mapa tres años antes. Y eso le rompió el corazón.

Era el hombre de su vida. Resultaba tan obvio que ni siquiera hizo como que buscaba alojamiento: se mudó a casa de él, en el barrio de Florissant.

Al verlos juntos, cabía preguntarse cómo podían haber estado sin saber el uno del otro durante tres años. Incluso a ellos, cuando hablaron del tema, les costó entender lo que había pasado.

—Ya te imaginarás que en cuanto me fui de Saint-Tropez intenté llamarte —había asegurado Arpad—. Pero no te llegaban mis llamadas. Llamé al Béatrice, incluso dejé varios mensajes. Al final me dijeron que te habías marchado de vacaciones a Italia. Pensé que pasabas de mí.

—¿Que pasaba de ti? ¡Pero si estaba loca por ti! Yo sí que no conseguía localizarte en tu móvil. Como si tu número no existiera.

—Me lo robaron —había mentido Arpad.

—Y sobre lo de Italia —había explicado Sophie—, como estaba de bajón porque te habías ido, acompañé a una amiga a la Toscana para pensar en otra cosa. Nunca me dieron tus recados cuando volví al Béatrice.

Por entonces, Sophie se había sentido culpable por aquella ausencia. Si se hubiese quedado en Saint-Tropez, no se le habría escapado.

—¿La pantera del muslo te la tatuaste por lo triste que estabas? —había bromeado Arpad.

Ella sonrió:

—Lo del tatuaje fue un arrebató. ¿No te gusta?

—¡Todo lo contrario!

Estaban tan felices por haberse encontrado que atribuyeron ese paréntesis de tres años a un desafortunado cúmulo de circunstancias.

Pero los cúmulos de circunstancias están revestidos de apariencias.

Y no hay que fiarse de las apariencias.

## Capítulo 6

### *Quince días antes del atraco*

~~DOMINGO 12 DE JUNIO~~

~~LUNES 13 DE JUNIO~~

~~MARTES 14 DE JUNIO~~

~~MIÉRCOLES 15 DE JUNIO~~

~~JUEVES 16 DE JUNIO~~

→ **VIERNES 17 DE JUNIO DE 2022**

SÁBADO 18 DE JUNIO

(FIN DE SEMANA EN SAINT-TROPEZ)

DOMINGO 19 DE JUNIO

(FIN DE SEMANA EN SAINT-TROPEZ)

**LUNES 20 DE JUNIO (CUMPLEAÑOS DE SOPHIE)**

5.00 h, en la Casa de Cristal.

Sophie abrió los ojos. Había sido una noche corta. Le daba vueltas a lo sucedido el día anterior y a ese intruso al que había descubierto Greg. En la cama, Arpad seguía durmiendo a su lado, tan profundamente como siempre. Bajó a la cocina. No se atrevió a subir las persianas. Por primera vez, tenía miedo en su propia casa. De pronto, en el móvil sonó un aviso. Era un mensaje de Greg:

*Estoy dando una vuelta por el bosque.  
¿Sigue en pie lo del café?*

A las seis, cuando Arpad se levantó, se encontró a Greg y Sophie en la cocina, enfrascados en una conversación. Los Braun tenían previsto pasar el fin de semana en Saint-Tropez, pero a Sophie le preocupaba tener que dejar la casa sola durante dos días.

—No sé si deberíamos irnos —dijo Sophie al ver a Arpad.

—¡Soph, vamos a celebrar tu cumpleaños! Estará toda tu familia...

—Mi cumpleaños no es hasta el lunes. Podríamos ir el fin de semana siguiente.

—Tu hermana va a viajar solo para eso y tu padre lo tendrá todo programado.

—¿Y si ese tipo vuelve durante el fin de semana?

—Pues mira, si alguien quiere llevarse algo, prefiero que lo haga cuando no estemos.

Sophie sabía que Arpad tenía razón. Y, además, era ridículo cancelar el fin de semana en Saint-Tropez. Todo el mundo estaba ilusionado, empezando por ella.

—Lo único que me preocupa es dejar la casa sin vigilancia. Hubiese preferido tener ya instalado un sistema de alarma.

—Lo estará el lunes —le aseguró Arpad—. Una alarma conectada a una central y cámaras en el jardín. Incluso podremos controlarlas desde el móvil. Esto va a parecer Fort Knox. ¿Y sabes qué? Hasta entonces voy a contratar a la empresa de seguridad para que haga algunas rondas mientras estamos fuera.

Greg intervino:

—No te gastes el dinero, tengo una idea mejor. Vendré yo a echarle un vistazo a la casa.

—¿Seguro que no será una molestia? —preguntó Arpad.

—Vivo aquí al lado, no supone ningún problema. Bajad las persianas y marchaos tranquilos. Yo estaré aquí.

A las siete, Isaak y Léa se despertaron. A pesar de lo sucedido la noche anterior habían dormido de un tirón y no tenían ni idea de lo que había pasado. Desayunaron muy animados. La perspectiva de pasar el fin de semana en Saint-Tropez los tenía emocionados.

—¿A qué hora nos vamos? —le preguntó Isaak a su padre—. ¿Vamos a faltar al cole?

—Nos iremos sobre las doce —contestó Arpad—. Iremos a buscaros al cole y saldremos directamente desde allí.

—¿Y qué vamos a comer? —se preocupó Léa.

—¡Haremos un pícnic en el coche! —anunció Arpad.

Los niños estaban entusiasmados.

—Entonces ¿esta tarde no vamos al cole? —siguió preguntando Isaak.

—No —confirmó Arpad—. Vuestras profes ya están avisadas.

Los niños ovacionaron la noticia, pero Léa se fijó en que su madre tenía mala cara.

—¿Estás bien, mami?

—Estoy muy bien, cariño —la tranquilizó Sophie esforzándose por sonreír—. Esta mañana me siento un poco cansada, nada más.

Arpad cambió de tema:

—Peques, si habéis terminado de comer, id a prepararos para el cole.

Los niños subieron muy contentos a vestirse.

—¿Qué tal? —le preguntó a Sophie.

—Bien, no te preocupes.

—Ya sé que estás agobiada con el viaje a Saint-Tropez, pero nos va a venir bien a todos.

Ella asintió:

—Quién me iba a decir que algún día insistirías para ir de fin de semana a casa de mis padres...

—Benditos sean los que te engendraron.

Ella recuperó la sonrisa. Él le dio un beso.

—Cariño, tengo que irme ya, he quedado temprano en el banco...

—Claro, no hay problema, me lo dijiste ayer.

—Pero me fastidia dejarte sola...

—No te preocupes, lárgate.

—¿Seguro?

—¡Vamos, fuera de aquí! No llegues tarde.

Volvieron a besarse.

Arpad, muy apuesto de traje y corbata, salió de casa y se subió al Porsche para ir al centro. No se fijó en el Peugeot gris que estaba en la salida del camino particular, oculto tras unos arbustos. El conductor miró cómo se alejaba. No era él quien le interesaba. Estaba esperando a Sophie.

Esta apareció al cabo de media hora, al volante de su coche. El hombre la siguió discretamente. Sophie dejó a los niños en la escuela y se quedó a tomar un café en el salón de té de Coligny. Se sentó en la terraza. El hombre la observó desde el aparcamiento. Hasta que, a las nueve y cuarto, Sophie se marchó a la comuna vecina, Collonge-Bellerive, donde desapareció tras el portón de una impresionante finca a orillas del lago Lemán.

Poco después, el Peugeot gris se detuvo frente a la verja. El conductor se bajó para mirar el nombre que figuraba bajo el timbre eléctrico. Por internet supo que el propietario era un residente francés, anciano y rico: un cliente de Sophie, pensó. Nada demasiado interesante. Se marchó.

Mientras el Peugeot gris se alejaba, Sophie estaba aparcando delante de la mansión que presidía el extenso parque. Una criada salió a recibirla con deferencia y la escoltó hasta el porche donde la estaba esperando Samuel Hemel.

—Sophie —exclamó el marchante al ver llegar a su abogada—, ¡esta preciosa mañana lo es aún más ahora que la veo!

Se puso de pie enseguida y la obsequió con un elegante besamanos. A ella le hicieron gracia sus habituales zalamerías:

—Tan exagerado como siempre, Samuel. ¿Qué tal está?

—Bien. Eso creo. ¿Le apetece tomar algo?

—Sí, gracias, un café.

Samuel se volvió hacia la criada, que se había quedado aparte, y esta asintió con la cabeza. Sophie se sentó a la mesa y contempló el paisaje. Era un lugar de una belleza imponente. Samuel se sentó enfrente de ella y le preguntó de sopetón:

—¿Ha visto el mensaje de Hacienda? ¿Debería preocuparme?

—Usted pasa mucho tiempo en Francia —observó Sophie—. Ya se llevan un buen pellizco.

—Pero usted lo arreglará, ¿verdad?

—Por supuesto —lo tranquilizó ella.

Samuel le entregó una lista detallada de sus estancias en Francia. Un total de cuatro meses en dos años.

—¿Cree que debería renunciar al chalet de montaña de Megève y cambiarlo por otra vivienda en Suiza?

—La verdad es que sería lo mejor —admitió Sophie.

A continuación sacó del maletín de cuero los documentos que había preparado Véronique y Samuel fingió estar horrorizado.

—¿Qué son todos esos papelotes? —preguntó.

—Documentos varios. Lo he revisado todo, usted solo tiene que firmar donde están las señales.

Él soltó un suspiro teatral. No tenía muchas distracciones y las visitas de su abogada lo animaban.

—¡Por compasión, Sophie! Concédame un ratito de tregua y el placer de charlar tranquilamente con usted. Ya nos ocuparemos de todo eso más tarde.

La mujer soltó una de sus carcajadas luminosas que a él tanto le gustaban. Se fijó en la pitillera que había encima de la mesa.

—¿Le puedo coger uno? —preguntó.

—¡Pues claro! —Samuel abrió el estuche para ofrecerle una hilera de cigarrillos.

Sophie cogió uno. Él se apresuró en encender el mechero y acercárselo.

—Gracias —dijo ella exhalando una voluta blanca.

—No es habitual verla fumar, Sophie. ¿Está preocupada por algo?

Desde luego su cliente la conocía bien. Se planteó contarle el incidente de aquella noche, pero al final decidió no hacerlo. Prefería esquivarlo y orientar la conversación hacia algún tema anodino.

11.30 h, en la Casa de Cristal.

Faltaba poco para emprender camino hacia Saint-Tropez. Arpad estaba metiendo las maletas en el coche cuando recibió una llamada de su amigo y pareja de squash, Julien Martet.

—La promoción de Costa Rica se va a concretar antes de lo que pensaba —explicó Julien, para acto seguido exponerle el proyecto a grandes rasgos y darle algunas cifras.

—Puede que les interese a algunos clientes —indicó Arpad—. Hoy no estoy en la oficina. ¿Te puedo llamar el lunes?

—Sin problema. Tengo documentación que puedo mandarte por correo electrónico, si quieres.

—Me apunto, pero a mi cuenta privada. Es mejor.

Ambos colgaron y al poco rato Arpad recibió un mail de Julien con un folleto oficial que describía la promoción inmobiliaria. Una imagen generada por ordenador mostraba las futuras viviendas en primera línea de playa. Una introducción destinada a los inversores extranjeros alababa los méritos y encantos de Costa Rica.

Arpad se vio allí de pronto: sol todo el año, las tardes en la playa con los niños. Hacía algún tiempo que tenía ganas de cambiar. Necesitaba reinventarse. Podría invertir su propio dinero en esa promoción. Una inversión que a lo mejor le permitía cambiar de vida. Él y su grupito familiar, afincados a orillas del mar en Costa Rica. Se puso a fantasear. ¿Qué le parecería a Sophie?

Sophie, precisamente, llegó a casa y lo sacó de su ensimismamiento.

—¿Estás bien? —le preguntó, divertida, mientras salía del coche—. Parecías muy pensativo...

Él le dio un beso y la abrazó.

—Estaba soñando despierto.  
—¿Con qué?  
—Con nuestras próximas vacaciones.  
—Ah, ¿y dónde serán?  
—Estaba pensando en Costa Rica.  
—¡Pura vida! No está nada mal.

Arpad decidió no profundizar más en el tema de Costa Rica. No merecía la pena trastornar a Sophie con sus ideas de otro viaje.

—El equipaje está en el maletero —dijo—. Estamos listos para irnos.

Se acomodaron en el coche de Arpad. Ya solo les quedaba recoger a los niños en el colegio y poner rumbo al sur de Francia. Sophie le cogió la mano a su marido. Con él se sentía segura. Ese fin de semana les iba a sentar de maravilla.

\*

17.00 h.

El coche de los Braun surcaba la Provenza. Una horita más de trayecto y llegarían a Saint-Tropez.

En Ginebra, en la sede del grupo de intervención policial, Greg y sus hombres se estaban quitando el equipo pesado. Se habían pasado el día garantizando la seguridad durante la llegada de un jefe de Estado con motivo de una cumbre internacional. Habían cubierto la protección del dignatario desde su llegada al aeropuerto de Ginebra y lo habían escoltado hasta la sede de Naciones Unidas y luego al Hôtel InterContinental, a cuyo alrededor se había creado un perímetro de seguridad para la ocasión. Greg, encargado de coordinar todas las operaciones, había destacado en particular por sus dotes de mando. Se intuía incluso que podría sustituir al jefe del grupo de intervención policial, a quien le faltaba un año para jubilarse.

Estaba a punto de marcharse cuando lo informaron de que tenía visita. Una inspectora de la policía judicial que había ido a preguntar por un contacto. Era Marion Brullier. Greg la acompañó unos pasos por el amplio vestíbulo del cuartel general de la policía.

—¿Qué contacto quieres? —preguntó.  
—Depende de ti —contestó Marion.

Clavó los ojos en los suyos y él casi se sintió turbado. Ahora que la veía fuera de su papel de policía, a Greg le pareció muy joven. Cosa que ni mucho menos le desagradaba. ¿Qué edad tendría? Menos de treinta. Toda ella era una incitación al deseo: el cuerpo firme, la forma de pensar tan refrescante y la libertad con la que actuaba. Al desnudarla con la mirada, veía todo lo que Karine había dejado de ser para él.

—¿Quieres ir a tomar algo? —sugirió Marion.

Greg miró la hora.

—Ya me gustaría. Pero tengo que largarme.

—Otra vez será. Dame tu número, ¿quieres? Por si acaso...

—¿Por si acaso qué? —preguntó Greg.

—Por si acaso necesito algún contacto.

Él le dio su número de móvil. Antes de irse, Marion añadió:

—Por cierto, estás mucho mejor sin el pasamontañas.

Greg sabía de sobra que se encontraba en una pendiente muy resbaladiza. Y no solo con Marion.

Antes de volver a casa, dio un rodeo por la Casa de Cristal; Arpad le había prestado una copia de las llaves. Con los Braun fuera, tenía vía libre.

Sabía muy bien lo que iba a hacer allí durante el fin de semana.

El día del atraco

*Sábado 2 de julio de 2022*

*9.36 h*

Tras sacar todos los diamantes de la caja, la Gorra fue corriendo a la trastienda de la joyería donde estaban retenidos los tres rehenes.

—Todo listo para irnos —le indicó con mucha calma a su cómplice—. Voy a comprobar que tenemos vía libre.

El Pasamontañas asintió con la cabeza. La Gorra se acercó al escaparate discretamente para echar un vistazo a la calle.

La tensión era cada vez mayor.

Salir de la joyería y darse a la fuga eran los momentos más peligrosos del atraco.

Diez años antes  
*Junio de 2012*  
*Ginebra*

6.30 h.

Arpad y Sophie terminaban de hacer footing como cada día por el parque Bertrand, en el barrio de Champel. De vuelta a su piso de la avenida de Eugène-Pittard, se prepararon para la jornada laboral. Una jornada que se parecía a todas las demás. Y sin embargo... Por primera vez desde hacía cinco años, desde que había huido de Saint-Tropez, Arpad iba a tener que enfrentarse a su destino.

Esa mañana fueron andando hasta el casco antiguo, que les pillaba muy cerca, y desayunaron en un cafetín de la plaza de Le Bourg-de-Four. La conversación giró en torno a las vacaciones. Estaban en verano y aún no tenían nada previsto. Los hoteles estaban agotando las reservas y había que actuar rápido.

—¿Dónde te ves? —preguntó Sophie.

—En la playa —contestó Arpad—. En la costa mediterránea.

—Pero ¿dónde? ¿En Cerdeña? ¿En España?

—Si te soy sincero, no tengo ni idea.

—Bueno, pues tiene usted el día de hoy para pensárselo, señor Braun. Esta noche lo planificamos.

Se levantaron de la mesa. Arpad se fijó en que los camareros y los demás clientes los estaban observando. Atraían las miradas. Como si tuvieran algo irresistible.

Se fueron a trabajar, cada uno por su lado.

Sophie bajó por la calle de La Fontaine para llegar a la de Le Rhône, donde había establecido su bufete. Arpad miró cómo se alejaba. Los transeúntes no podían evitar contemplarla. Era muy consciente de que lo que despertaba envidia no eran los dos como pareja sino solo ella. Era ella quien llamaba la atención, a la que reconocían.

Tenía un aura, un magnetismo, un resplandor de los que él carecía. En todas sus relaciones anteriores, el foco de atención había sido él. Pero ella lo eclipsaba. Tanto que a veces le costaba saber qué lugar ocupaba él a su lado. El único consuelo —y odiaba pensar en ello— era que él se ganaba la vida bastante mejor que ella. El bufete aún estaba despegando, mientras que él, en el banco, entre su sueldo, la prima de rendimiento y la bonificación de fin de año, nadaba en la opulencia. Pero, cada vez que jugueteaba con la tarjeta de crédito entre los dedos, no sabía exactamente si lo hacía para darle gusto a ella o para reconfortarse a sí mismo.

Fue andando al banco privado donde trabajaba, en la calle de La Corraterie. Le gustaba aquel hermoso edificio cargado de historia y su lujoso interior. Al llegar a la tercera planta, donde se encontraba el departamento llamado Clientes Francia, Bélgica y Luxemburgo, saludó a su jefe, Patrick Müller, y entró en su despacho.

Al llegar a Suiza cinco años antes, en septiembre de 2007, había tachado de un plumazo dos grandes etapas de su vida. La primera había transcurrido en Londres, donde había nacido de padre inglés, piloto comercial en British Airways, y madre suiza, empleada de una gran empresa farmacéutica. La segunda, más breve, la había pasado en Saint-Tropez.

Encima del escritorio de Arpad ese pasado se reconstruía en forma de dos fotos enmarcadas. La primera era de veinte años antes y se había tomado en el aeropuerto de Heathrow. En ella aparecía Arpad de niño al lado de su padre, con uniforme de comandante, posando delante de un Boeing 747. El padre de Arpad ahora estaba jubilado. Su madre también. Los dos aprovechaban para pasar parte del año viajando.

La otra foto, que había recuperado Sophie, era de hacía seis años. Aparecía él delante del Béatrice, en Saint-Tropez, con sus compañeros de entonces.

De Londres, Arpad conservaba el recuerdo de una infancia feliz en un bonito barrio periférico de la capital. Las visitas al centro cuando era adolescente. La carrera de Económicas en la prestigiosa London School of Economics. El club privado y *ultraselect* donde había hecho sus pinitos como barman. En el verano de 2006, recién licenciado, incluso había conseguido entrar a trabajar en un prestigioso banco de la City. Hasta que

sucedió aquel accidente que lo cambió todo. Y decidió tachar Londres de un plumazo.

Por entonces, cuando Arpad les comunicó a sus padres que iba a establecerse en Saint-Tropez y a trabajar en el Béatrice, su madre se quedó horrorizada:

—¿Te has titulado en una universidad de prestigio y te vas a sepultar en una discoteca de una ciudad de segunda?

—Es un restaurante, mamá. Y bastante refinado, por cierto. O, mejor dicho, a la última. Además, Saint-Tropez no es precisamente lo que yo llamaría una ciudad de segunda. No entiendo por qué te pones así.

La respuesta de Arpad era solo para quedar bien. Su madre había puesto el dedo en la llaga.

—Sabes de sobra a qué me refiero, Arpad —insistió ella—. Lo que me preocupa es el porqué de esa decisión.

—¿El porqué? ¿Hace falta un porqué para irse a vivir a la costa mediterránea, a uno de los lugares más bonitos de la Costa Azul?

—Con nosotros no hace falta que finjas, Arpad. Te avergüenzas de lo que hiciste. Te avergüenzas y no te atreves a volver. Ya es hora de que pases página, Arpad.

—No es tan fácil —contestó él, bajando la guardia—. ¿Tú te crees que voy a encontrar trabajo en algún banco después de lo que sucedió? El señor Stankowitz me va a hacer la vida imposible, vaya donde vaya.

—Le devolvimos el dinero —le recordó su madre.

—Lo sé, y me avergüenzo.

—Pues no lo hagas. Todo el mundo mete la pata al menos una vez en la vida. Toma el control de tu vida, acepta tus errores y tira para delante.

—Es lo que estoy haciendo.

—No, lo que estás haciendo yéndote a trabajar a un restaurante de Saint-Tropez es esconderte.

Su madre tenía razón.

Y, después de salir huyendo de Londres, salió huyendo de Saint-Tropez. En septiembre de 2007. Instintivamente, Arpad se había dirigido a Ginebra.

\*

*Cinco años antes*

*Septiembre de 2007*

Un martes por la mañana, al llegar al banco, Patrick Müller recibió en el móvil la llamada de un número desconocido.

—Buenos días, señor Müller —lo saludó el interlocutor—. Soy Arpad Braun, del restaurante Béatrice de Saint-Tropez. No sé si me recordará...

Por supuesto que lo recordaba. Había pasado parte del mes de julio — como todos los años— en Saint-Tropez. Era un habitual del Béatrice desde hacía tiempo y enseguida se fijó en el nuevo empleado que había detrás de la barra. Por cómo se comportaba Arpad y se relacionaba con los clientes, Patrick Müller se percató inmediatamente de que no pertenecía al mundo de la noche. Los dos hombres no tardaron en congeniar.

—¿Qué pinta usted aquí? —le preguntó Patrick Müller una noche.

—Trabajo aquí —contestó Arpad sin entender muy bien a qué venía eso.

—Nunca he visto a un barman como usted... Es distinto. Tiene un algo, un aura... Es actor, ¿a que sí? Y está trabajando en este establecimiento mientras le llega el papel de su vida.

Arpad sonrió:

—Soy titulado en Económicas. Mi sueño es llegar a ser ejecutivo de banca. Y estoy esperando el puesto de mi vida.

Patrick Müller puso una tarjeta de visita encima de la barra.

—Si pasa por Ginebra, llámeme. Estoy buscando a gente como usted para mi equipo.

Y hete aquí que, al cabo de dos meses, Arpad lo llamó. Estaba en Ginebra y buscaba trabajo. Patrick Müller quedó con él esa misma tarde. Arpad no tenía aún ninguna experiencia, pero contaba con un indudable carisma y lo que Patrick Müller necesitaba precisamente en su equipo era un vendedor capaz de ganarse a los clientes difíciles. Había visto a Arpad en acción en el Béatrice y por eso estaba convencido de que iba a obrar milagros. A los quince días, Arpad comenzaba su nueva vida en el banco.

El brusco traslado de Arpad a Ginebra reavivó la preocupación de sus padres. Es cierto que tenía un vínculo con Suiza innegable: parte de su familia materna vivía en Lausana. De niño, Arpad había ido allí con regularidad, a pasar las vacaciones en casa de su abuela o de su tío. Pero a los padres de Arpad les chirriaba algo. Durante mucho tiempo, incluso

después de que lo fichara el banco, su madre le estuvo haciendo preguntas sobre el tema:

—Arpad, ¿qué fue lo que pasó en Saint-Tropez?

—Nada, ¿por qué?

—Tengo la sensación de que saliste huyendo.

Se contenía para no decir «otra vez».

—No pasó nada, mamá. Me surgió la oportunidad de trabajar en un banco y la aproveché.

No podía contarle la verdad. Ni a ella ni a Sophie.

\*

Cinco años después, cómodamente instalado en el banco, Arpad pensaba que se había librado de Saint-Tropez para siempre. Pero ese día, después del trabajo, mientras se tomaban una copa de rosado, Sophie volvió a sacar el tema de las vacaciones. Él empezó a desgranar sugerencias:

—Podríamos ir a Grecia. Recorrer las Cícladas.

—Demasiada gente.

—Entonces ¿qué tal Sicilia? Un recorrido por las islas Eolias y luego Taormina.

—Demasiado barco. —Sophie no parecía muy convencida.

—¿Y si bajamos en coche hasta la costa amalfitana? ¿Y vamos hasta Capri?

—Demasiado coche...

A Arpad le costaba creer que Sophie hubiese sacado a colación las vacaciones sin tener ya algo previsto. La animó a contarlo:

—Soph, estoy convencido de que ya tienes las vacaciones perfectamente planificadas. ¿Por qué no lo sueltas de una vez?

Ella se lanzó:

—Quiero que vayamos a Saint-Tropez. Quiero presentarte a mis padres.

—¿Saint-Tropez? —dijo Arpad con un nudo en la garganta.

Se puso pálido y Sophie lo notó en el acto:

—¿Te has puesto así por lo de conocer a mis padres?

Él procuró recobrar la compostura:

—Todo lo contrario, estoy deseando conocerlos —aseguró.

Pero ella no se dejó engañar:

—Déjate de cuentos. Salta a la vista que estás molesto. ¿Hay algún problema con Saint-Tropez?

Arpad comprendió que tenía que inventarse una historia verosímil y zanjar el tema para siempre.

—Tengo miedo de que tu padre esté resentido conmigo por haberme ido del restaurante sin avisar —dijo entonces.

El embuste funcionó.

—Te lo tienes muy creído, cariño —le dijo Sophie—. Mi padre ni se acuerda de ti.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque se lo he contado. Te quedaste muy poco tiempo y ni se enteró de que te fuiste. Siento decepcionarte. De todas formas, los gerentes de los distintos restaurantes están acostumbrados a esa rotación laboral y tienen un semillero de candidatos que comparten entre todos. En hostelería, que un empleado se largue es el pan de cada día.

Esa noche, a Arpad le costó conciliar el sueño. Sophie quería ir a Saint-Tropez. No podía impedirselo. Su pasado le daba alcance.

\*

Viajaron a Saint-Tropez a finales de julio.

Pasaron una semana en casa de los padres de Sophie, Jacqueline y Bernard, una lujosa vivienda rodeada de pinos y con el mar a sus pies.

Para Sophie, la estancia transcurrió de maravilla. El encanto de Arpad sedujo de inmediato a sus padres, que no paraban de colmarlo de elogios.

Para Arpad, el reencuentro con Saint-Tropez fue al principio angustioso. Tenía miedo de que lo encontraran. Pero al final se dio cuenta de que el tiempo había hecho su labor.

Pasarían los años.

Habría otras estancias en Saint-Tropez.

Arpad bajaría la guardia.

Con su cómoda vida en Ginebra, se había vuelto descuidado.

Lo que lo preocupaba entonces era Sophie. Su relación, sus planes de boda. Pero, además, y por encima de todo, la necesidad que tenía de brillar junto a esa mujer que captaba tanta luz.

Sophie iba mejorando con el tiempo. Pero, cuanto más radiante se volvía, más eclipsaba a Arpad. Él también necesitaba existir. Por suerte, gracias a su trabajo en el banco podía venderse caro. Había ido medrando: se había convertido en la mano derecha de Patrick Müller. Seguía ganando mucho más dinero que Sophie y eso era importante para él. De hecho, consideraba que era algo vital para la supervivencia de su relación. Ya que ella lo superaba en lo demás, todo iría bien mientras él la dominara económicamente.

Pero Bernard, el padre de Sophie, iba a echarlo todo a perder.

## Capítulo 7

### *Catorce días antes del atraco*

~~DOMINGO 12 DE JUNIO~~

~~LUNES 13 DE JUNIO~~

~~MARTES 14 DE JUNIO~~

~~MIÉRCOLES 15 DE JUNIO~~

~~JUEVES 16 DE JUNIO~~

~~VIERNES 17 DE JUNIO~~

→ **SÁBADO 18 DE JUNIO DE 2022**

**(FIN DE SEMANA EN SAINT-TROPEZ)**

DOMINGO 19 DE JUNIO

(FIN DE SEMANA EN SAINT-TROPEZ)

**LUNES 20 DE JUNIO (CUMPLEAÑOS DE SOPHIE)**

Amanecía en Saint-Tropez.

Arpad volvía de hacer footing por las calas, entre las rocas y el mar. Acababa de recorrer quince kilometritos por aquel paisaje arrebatador. Ya era hora de volver a la realidad de su familia política.

Cuando tuvo a la vista la casa de los padres de Sophie, recorrió los últimos cien metros andando para recuperar el aliento.

La villa estaba construida a plomo sobre el Mediterráneo y en un marco incomparable, aunque el estilo arquitectónico respondía al ostentoso mal gusto ochentero. Esa casa era el orgullo de Bernard, el padre de Sophie. Le gustaba recordarle a todo el que quisiera oírlo que él la había «construido», como si lo hubiera hecho con sus propias manos. Cuántas veces había pillado por banda a Arpad en la terraza para contarle por enésima vez la misma historia: «En Saint-Tropez ya no se encuentran vistas como esta. Cuando la construí podías hacer lo que quisieras. ¡No te amargaban la vida con tantos permisos ni con papeleo absurdo!». Mientras hablaba, el cuerpo fornido de Bernard obstaculizaba la puerta de la terraza, quitándole a su interlocutor cualquier posibilidad de escapar. Tenía que intervenir Sophie para liberar a Arpad. Aparecía en la terraza y reprendía a su padre:

—¡Papá, no me digas que otra vez le estás dando la tabarra con tus batallitas de cuando construiste la casa!

El orgulloso Bernard se transformaba de pronto en un niño al que habían pillado metiendo la mano en el tarro de mermelada. Aquel hombretón imponente, con el carisma del duro de roer y la sorna típica de los dueños de discoteca, al que le gustaba dirigir, dominar y poseer, y cuyo lema era «Quien paga manda», se achicaba delante de su hija. Tanto que Arpad se sentía en la obligación de acudir al rescate de su suegro.

—A mí me encantan esas batallitas —le aseguraba a su mujer.

Porque bordaba su papel con la familia política, Sophie le dirigía a su marido una mirada cómplice para expresarle que no tardaría en agradecersele. Bernard, por su parte, exclamaba:

—¿Lo ves? ¡Le encantan!

Arpad cruzó la puerta de la casa.

Todo estaba en silencio. Todos estaban aún dormidos, incluida Sophie. Al parecer, allí podía conciliar el sueño. Mejor. Pero a Arpad no le duró mucho la tranquilidad: apenas había tenido tiempo de hacerse un café cuando Jacqueline, su suegra, apareció en la cocina, de lo más jovial ante la perspectiva de tener pronto reunida a toda la familia. La hermana de Sophie, Alice, y su marido, Mark, tenían previsto llegar a última hora de la mañana.

—¿Ya estás levantado, Arpad? —A Jacqueline le gustaba dejar constancia de lo evidente.

—Pues sí —asintió él, que nunca sabía cómo contestar.

—¡Hace un día espléndido! —añadió ella.

—Estamos de suerte. —Arpad las pasaba canutas para alimentar la conversación.

Jacqueline se había engolfado en un monólogo. Era su especialidad. El único capaz de hacerla callar era su marido. Cuando se hartaba de oírla, Bernard le decía: «Nos estás poniendo la cabeza como un bombo, Jaja». Y Jaja cerraba el pico en el acto.

Precisamente, Bernard apareció a su vez en la cocina e interrumpió a su mujer para acaparar la conversación:

—Oye, Arpad, la historia esa del tío que estaba espiando en vuestra casa... No quise sacar el tema anoche delante de los niños...

—Hizo bien —lo interrumpió Arpad con la esperanza de atajarlo.

Pero Bernard siguió adelante, impasible:

—Yo creía que Suiza era un lugar tranquilo.

—Y lo es.

—Por lo visto, no tanto.

—Tiene usted razón, Bernard.

A su suegro le gustaba tener la última palabra y a Arpad le gustaba cedérsela. Pero, esta vez, Bernard hubiese preferido estar equivocado.

—Es un detalle que me des la razón, Arpad, pero te confieso que no me tranquiliza. Estoy preocupado por mi hija y mis nietos. Y también por ti,

claro. Esa historia me tiene preocupado.

—Bernard, como ya le he dicho, al parecer era un ladrón buscando una casa que robar. Y en mi opinión, después de que casi lo hayan pillado dos veces, al tipo se le han debido de quitar las ganas de volver.

—¡Algunos entran en la casa cuando estás dentro y te atan! —argumentó Bernard.

—La policía descartó esa hipótesis. Por lo visto, los que actúan así no se molestan en hacer localizaciones. No se preocupe, me lo estoy tomando en serio. Le he pedido a un poli vecino nuestro que haga rondas y que esté ojo avizor. Mire, precisamente me está escribiendo.

Poco antes, Arpad le había enviado a Greg un mensaje para pedirle el parte. Y Greg acababa de contestarle:

*Todo bien. Justo ahora estoy dando una vuelta.*

A seiscientos kilómetros de Saint-Tropez, Greg se volvió a meter el móvil en el bolsillo. Estaba delante de la puerta de la Casa de Cristal. Había aparcado en el patio. El perro Sandy, la excusa que le había dado a Karine para salir, estaba en el maletero y tenía aún para un buen rato. Greg metió la llave en la cerradura. Cuánto tiempo había estado esperando ese momento. Entró en la vivienda como en un templo. Llevaba consigo una maleta de plástico reforzado y una caja de herramientas.

Todas las persianas de la casa estaban bajadas, nadie lo veía en su fortaleza. Se paseó por la planta baja. Inspeccionó la cocina y luego el salón. Tenía mucha curiosidad por descubrir los cuartos que no conocía. Se demoró en el que Arpad usaba como despacho, registrando con avidez los cajones. No encontró nada interesante.

Subió a la planta alta. Apenas si echó un vistazo a los dormitorios de los niños. Hasta que llegó al dormitorio principal. Cuando por fin estuvo dentro, sintió una especie de emoción. El cuarto era muy distinto a lo que había podido atisbar desde su puesto de observación, allí abajo entre los arbustos. Era más grande y estaba mejor arreglado. Observó con envidia la cama amplia con los postes de madera tallada. Se aventuró a entrar en el vestidor, donde pasó revista a la ropa y fue eligiendo prendas al azar para acariciarlas y olerlas, antes de pasar a los zapatos. Localizó los de tacón negros que ella llevaba la noche del cumpleaños de Arpad y los estuvo admirando. En el

cuarto de baño se detuvo en los productos de belleza. Encontró un frasco de su perfume y se permitió dispersar su fragancia apretando el vaporizador: aspirando los efluvios la encontró a ella.

De vuelta en el dormitorio, se dedicó por fin a las mesillas de noche. Identificó fácilmente la de Sophie y abrió los cajones con voluptuosidad. Hundió en ellos la mirada y después las manos, en busca de los tesoros de su intimidad. Descubrió un lubricante, un vibrador y unas esposas. Se quedó sorprendido y decepcionado de que esos pertrechos no se completaran con una palmeta o una fusta. Pero ahora tenía curiosidad por saber cuál de los dos, Arpad o Sophie, estaría sujeto al poste de la cama durante sus juegos eróticos.

Al margen del placer que le proporcionaba, esa inspección tenía un fin concreto. Greg había subido la caja de herramientas y la maleta de plástico. Después de estudiar el cuarto, se decidió por un armario. Como necesitaba estar en alto, fue al cuarto de uno de los niños a buscar una silla y la colocó delante del armario.

Ya podía empezar.

Mientras tanto, el hombre del Peugeot gris se tomaba un agua mineral sentado en una terraza sin levantar sospechas en medio de los numerosos clientes. Observaba con mucha atención los alrededores. Tenía que conocer ese entorno al dedillo. Los sábados había un flujo continuo de transeúntes. Lo cual iba a jugar a su favor. A unos pasos de allí había una joyería.

El hombre ya estaba visualizando todo lo que iba a pasar en ese lugar al cabo de dos semanas justas.

Su plan le parecía perfecto.

Anochece en Saint-Tropez.

En un restaurante de la playa de Pampelonne, Bernard presidía la mesa rodeado de su familia, indicando por señas a los camareros que sirvieran más champán y caviar. Al tiempo que animaba a sus invitados a seguir atiborrándose, les advertía: «Dejad sitio para la cena, ¡esto es solo el aperitivo!». Llevaba semanas esperando ese momento: la celebración de los cuarenta años de Sophie. Su tribu se había reunido al completo para la ocasión. Alice, la hermana de Sophie, y su marido, Mark, habían llegado desde Cannes ese mismo día. Aquella noche era la de su hija, pero sobre todo la suya. Lo había planificado todo hasta el mínimo detalle.

Mark, el yerno perfecto, un cirujano plástico neoyorquino que trabajaba en una clínica de Cannes, se había sentado al lado de Bernard, como de costumbre, para ofrecerle su número de perro fiel. Le contaba sus ganas de darle nietos (no «convertirse en padre» sino «darle nietos», como si lo hiciera por Bernard). Por su parte, Alice contaba con pelos y señales sus fecundaciones *in vitro* infructuosas, aunque asegurando que la siguiente sería la definitiva. Tenía una corazonada. A continuación explicó doctamente que ella solo hablaría con «los niños» en francés y Mark en inglés, «porque así de manera automática serán bilingües».

Arpad, que había ido a andar un rato por la playa, se había quedado aparte, observando a los comensales. De pronto notó que alguien se pegaba a él sin hacer ruido. Era Sophie. Parecía estar feliz y eso era lo más importante. Se inclinó hacia ella y le dijo al oído, imitando a Alice: «Si tenemos hijos, Mark hablará con ellos en inglés y yo en francés, y así de manera automática serán gilipollas». Sophie se echó a reír. Cuando se reía estaba más guapa que nunca.

En Ginebra, Greg, Karine y los niños habían ido a cenar a casa de los padres de Karine, que vivían en un piso del barrio de Malagnou. En torno a la mesa redonda del comedor, hablaban aleatoriamente de libros, de política municipal y de temas de candente actualidad.

Estaban empezando con el asado cuando Greg notó en el bolsillo la vibración del móvil. Miró discretamente la pantalla: era un mensaje de Marion Brullier.

*¿Estás solo?*

«No», contestó Greg. Tecleó las dos letras con el pulgar, colocando el teléfono por debajo de la mesa. No tanto por discreción como por cortesía. ¡Y bien que hizo! Porque el mensaje siguiente fue una foto de Marion con los pechos al aire.

Greg, con un escalofrío de pánico por el hecho de que pudieran pillarlo con las manos en la masa, volvió a guardar corriendo el teléfono en el bolsillo. Karine se fijó en su precipitación:

—¿Pasa algo?

—El curro —farfulló él.

—Pero si ya no estás de guardia —observó ella.

—Son los compañeros, pero no es nada que me incumba. Es un grupo que tenemos los oficiales.

Greg notaba cómo le vibraba el teléfono en el bolsillo. Una y otra vez. Marion insistía. Era la primera vez que alguien le mandaba ese tipo de fotos.

En Saint-Tropez proseguía la celebración del cumpleaños. La familia había pasado a la cena. Bernard no había establecido un menú único. Quería que cada uno pudiese elegir, aunque al final eligiera él lo de todos. Y, mientras el camarero tomaba el pedido, les hacía observaciones a los invitados: «Mark, Mark, ¿no me digas que vas a dejar pasar una buena langosta? ¡Y tú, Arpad, deberías pedir el entrecot con trufas! La ración es para dos, pero tampoco es tan grande».

En Ginebra, en casa de los padres de Karine habían terminado de comer. Los niños estaban viendo una película en el salón mientras los adultos prolongaban la sobremesa con un té. Greg solo pensaba en una cosa: ir a ver

los mensajes de Marion. Como ya no aguantaba más, se levantó so pretexto de ir a echarles una ojeada a los niños y fue a encerrarse en el cuarto de baño. La pantalla notificaba triunfalmente siete mensajes de Marion.

*Mensaje 1: ¿Te gusta?*

*Mensaje 2: ¿Por qué no contestas?*

*Mensaje 3: Te deseo.*

*Mensaje 4: ¿Estás de morros?*

*Mensaje 5: foto de Marion totalmente desnuda.*

*Mensaje 6: otra foto de Marion totalmente desnuda con una pose lasciva.*

*Mensaje 7: Buenas noches, cariño, espero que estés disfrutando.*

Las fotos eran de buena calidad. Greg las estuvo admirando una por una un buen rato. Luego empezó a escribir una respuesta:

*Perdona, estaba...*

Se interrumpió. «Estaba ¿con quién? —pensó—. ¿Con mi mujer? ¿En casa de mis suegros?». Todas las respuestas le parecían estúpidas. En realidad, no sabía muy bien cómo reaccionar. Nunca había hecho eso. ¿Hacer qué? ¿Intercambiar mensajes picantes o engañar a Karine? Ninguna de las dos cosas. Tras un rato de reflexión y unos cuantos titubeos, decidió contestar a la foto con otra foto y premiar a Marion con un selfí. Acababa de desnudarse cuando se dio cuenta de que lo estaban observando. Había seis caras vueltas hacia él. Allí mismo, encima del lavabo, en una balda de vidrio, al lado de un tubo de crema para las manos y una pila de toallas, había una foto enmarcada. Greg nunca se había fijado en ella; la habían tomado durante las últimas vacaciones de esquí. Aparecían sus suegros, Karine, los niños y él sonriendo alegremente.

Tuvo un efecto radical. Greg se volvió a vestir, borró los mensajes de Marion y volvió con su familia.

Medianoche en Saint-Tropez.

En la playa de Pampelonne, la cena estaba concluyendo con una tarta inmensa de varios pisos con una miríada de velas y bengalas de remate.

Sophie sopló las velas con ayuda de sus hijos. A continuación, Bernard y Jacqueline le entregaron un regalo que cabía en un estuchito de terciopelo: unos pendientes de diamante. Al ver las joyas, Sophie y Alice soltaron exclamaciones de admiración, pero que no expresaban los mismos sentimientos.

Arpad miró cómo su mujer se ponía los pendientes en las orejas. Le sentaban de maravilla. Bernard tenía buen gusto. O puede que Sophie lo realzara todo. Pero lo que más le preocupaba en ese instante era superar el regalo de Bernard. La fecha exacta del cumpleaños de Sophie era el lunes, dentro de dos días. El lunes volvería a Cartier y le compraría el anillo de la pantera. No importaba el precio.

En los bafles del restaurante dejó de sonar la espantosa música de cumpleaños que acompañaba a la tarta y sonó «Only You» de los Platters. Sophie agarró a Arpad por la cintura y esbozaron unos pasos de baile. Lo besó y se arrimó a él tanto como pudo. Cuánto lo quería. Hasta que Bernard interrumpió a los enamorados anunciando a voces una gran sorpresa. Les pidió a los invitados que se volvieran hacia la playa. La noche estaba oscura como boca de lobo y el mar se confundía con el cielo. Y de pronto, desde una plataforma amarrada a unas decenas de metros de la orilla, surgieron unos fuegos artificiales que iluminaron el cielo.

Los niños gritaron de alegría. Gran parte de los clientes se levantó de la mesa para contemplar el flamígero petardeo. Incluso los camareros se quedaron quietos para disfrutar del momento. Mientras todas las miradas convergían hacia el mar abierto, Bernard, en cambio, se quedó de espaldas a los fuegos artificiales para contemplar a la pequeña multitud apiñada a la que acababa de impresionar. Para Bernard el espectáculo eran los demás.

Ya era de madrugada cuando el grupito familiar volvió a casa. Todos querían acostarse menos Bernard, que requisó a sus yernos para que le hicieran compañía. Se sentaron los tres en la terraza y Bernard sacó los licores y los puros. Mark se apresuró a aceptar la *grappa* y el Cohiba que le ofreció su suegro. A Arpad, en cambio, no le entusiasmaba la idea de fumar, pero Bernard le metió en la boca un barrote tremendo mientras lo sermoneaba: «¡Arpad, hijo, cómo vas a rechazar esta maravilla!».

Hubo un intervalo de tranquilidad y anhelado silencio. El canto de los grillos llenaba la noche. Los puros rojeaban en la oscuridad, las bocas

exhalaban densas volutas y las copas se vaciaban a buen ritmo antes de que Bernard volviera a llenarlas enseguida. Este, mirando a sus yernos con afecto, les dijo:

—¿A que no os esperabais los fuegos artificiales?

Arpad le respondió lo que quería oír:

—Para nada.

—Me ha salido por un pico —dijo Bernard—. Pero ha valido cada céntimo. ¿Os habéis fijado en la cara de la gente cuando han empezado?

La conversación fue derivando entonces despacio hacia el tema del dinero. Como para los estadounidenses no es ningún tabú, Mark nutrió de buen grado el debate, hablando sin ningún pudor de sus ingresos. Fue entonces cuando, seguramente con ayuda del alcohol, desveló una práctica más o menos inconfesable a la que recurría en su consulta: hacerles descuentos a los clientes que pagaban en efectivo. Tanto si se trataba de implantes mamarios como de simples inyecciones de bótox, siempre había pacientes encantados de pagar en metálico a cambio de que les redujeran la factura. Claro está, Mark no declaraba esos ingresos a Hacienda y se embolsaba el importe bruto.

Arpad se quedó atónito.

—¿Cobras en negro? —dijo incrédulo—. ¿Tú, Mark, el cirujano intachable?

Bernard, en cambio, estaba encantado.

—¡Bravo, muchacho! —exclamó con admiración.

Mark sonrió, triunfante.

—Es importante tener dinero propio —explicó Bernard.

—¿«Propio» significa no declarado? —inquirió Arpad.

—Significa no intervenido —precisó su suegro—. Está bien compartir la pasta con el Estado, pero sin pasarse.

—El dinero negro ya ha pasado a la historia —dijo Arpad.

—No te hagas el santurrón —le recriminó Bernard—. Vosotros, los banqueros suizos, erais imbatibles en esconder dinero antes de que os bajarais los pantalones delante de los yanquis. *No offense*, Mark.

—*No worries* —lo tranquilizó Mark.

—A lo que me refiero —prosiguió Arpad— es a que en la actualidad se ha vuelto muy complicado, por no decir imposible, tener dinero no declarado.

Bernard se encogió de hombros con desaprobación:

—Los primos a los que pillan son los idiotas que declaran una miseria a Hacienda pero luego conducen un Ferrari. Yo, con los restaurantes, me he pasado casi toda la vida embolsándome dinero sin declararlo y nunca me han pillado. No es tan difícil, el truco está en organizarse bien, entender un poco de contabilidad y, sobre todo, ser discreto.

Bernard, que nunca había sacado ese tema con sus yernos, había hablado en tono confidencial. Pero Arpad ya conocía esas prácticas suyas desde mucho antes. Sophie se lo había contado todo.

Cuando se reunió con su mujer en el dormitorio, ella ya estaba dormida. Se despertó al notar que su marido se metía en la cama.

—¿Qué habéis hecho hasta tan tarde? —preguntó.

—Tu padre nos ha dado una conferencia sobre su dinero negro —contestó Arpad.

—¡Ay, no, por favor, eso no! —suspiró Sophie.

—¡Pues sí!

—¿No le habrás dicho a mi padre que ya te lo había contado todo...? —añadió, preocupada.

—Pues claro que no.

Sophie se acurrucó contra su marido.

—Soph —dijo él—, obviamente tengo un regalo para ti, pero no te lo voy a dar hasta el lunes, el día de tu cumpleaños. No quería hacerlo delante de todo el mundo.

Ella lo miró a los ojos y le cogió la cara entre las manos:

—Amor mío, aunque me regalases un collar de macarrones, me harías muy feliz.

Él sonrió y ella empezó a besarle el cuello. Lo deseaba, pero Arpad no estaba centrado. Sophie renunció y le acarició el pelo hasta que se quedó dormido. Le pareció notar en la cara de su marido una preocupación que se esfumó cuando lo venció el sueño.

En Ginebra, en la guarida de Jussy, el hombre del Peugeot gris estaba despierto. Contemplaba unas fotos de la familia Braun. El tono de llamada del móvil rasgó el silencio. A semejante hora, solo podía ser el Estonio.

—El cliente se está impacientando —dijo el Estonio.

—Ya he llegado —contestó el hombre.

—¿A Ginebra?

—Sí. Está planeado para dentro de dos semanas justas.

El hombre no solía dar detalles, y mucho menos por teléfono. Pero aquel era un caso particular: estaba tardando en cumplir el acuerdo y tenía que calmar al Estonio. Era un profesional muy respetado en ese mundillo, no podía arriesgar su reputación.

—Nunca habías tardado tanto en dar un golpe —observó el Estonio.

—Esta vez es distinto —explicó el hombre.

Al Estonio le hizo gracia la respuesta:

—En el fondo, estás hecho un sentimental.

El Estonio colgó, satisfecho por saber que pronto se cumpliría el encargo.

El hombre, en su guarida, cogió una foto de Sophie y le dio un beso.

El día del atraco

*Sábado 2 de julio de 2022*

9.36 h

La calle de Le Rhône donde se encontraba la tienda de Cartier parecía tranquila. En realidad, el local estaba totalmente rodeado por la policía. Los miembros del grupo de intervención policial, ocultos en sus vehículos, estaban esperando la señal para iniciar el asalto y pillar a los atracadores en flagrante delito.

En un Audi familiar aparcado en la esquina del muelle del Général-Guisan y la plaza de Le Lac, Greg y su compañero, pegados al asiento reclinado, escrutaban el escaparate de la tienda. Greg inspeccionó el interior con unos prismáticos. Localizó la silueta de Arpad, con la gorra encasquetada, que estaba mirando la calle desde el escaparate.

Hacía seis días que Greg lo había descubierto todo.

Llevaba seis días esperando ese momento.

Joder a Arpad.

¡Por fin!

## Capítulo 8

### *Trece días antes del atraco*

~~DOMINGO 12 DE JUNIO~~

~~LUNES 13 DE JUNIO~~

~~MARTES 14 DE JUNIO~~

~~MIÉRCOLES 15 DE JUNIO~~

~~JUEVES 16 DE JUNIO~~

~~VIERNES 17 DE JUNIO~~

~~SÁBADO 18 DE JUNIO~~

~~(FIN DE SEMANA EN SAINT-TROPEZ)~~

→ **DOMINGO 19 DE JUNIO DE 2022**

**(FIN DE SEMANA EN SAINT-TROPEZ)**

**LUNES 20 DE JUNIO (CUMPLEAÑOS DE SOPHIE)**

Domingo por la mañana, en la Verruga.

Karine se iba despertando poco a poco. La luz se filtraba a través de las persianas. Todo estaba tranquilo. En un gesto mecánico, estiró la mano hacia el lado de Greg, pensando que no estaría ahí. Pero, para su sorpresa, notó su cuerpo. Muy contenta, se dio la vuelta despacio para acurrucarse contra él. Hacía semanas —incluidos sábados y domingos— que no se lo encontraba en la cama al despertarse. Semanas que Greg se levantaba al amanecer para salir a correr, que era la última manía que le había entrado.

Karine, hecha un ovillo contra la espalda musculosa de su marido, se sintió a gusto. Los niños ya estaban levantados: le llegaban desde el salón las risas de sus dos chicos y las vocecillas nasales de los dibujos animados que estaban viendo en la televisión.

Greg abrió un ojo. Notó que su mujer lo tenía abrazado. Era agradable. Se dio la vuelta, ella le sonrió y él la besó. La deseó. Se mostró tierno a la par que atrevido, pero ella rechazó su invitación.

—Espera —murmuró—, los niños están despiertos...

Callaron un instante. Greg oyó a su vez el sonido del televisor, en la planta baja.

—Están en el salón —concluyó antes de meter la cabeza entre los pechos de su mujer.

Ella lo apartó con delicadeza:

—Se oye todo. No me siento cómoda.

El rechazo de Karine creó un momento de incertidumbre. Ella lo zanjó cambiando de tema.

—No te muevas —le dijo a Greg mientras se levantaba—, voy a prepararnos un café.

Se puso una bata y fue a la planta baja. Les dio un beso a los niños, que se estaban zampando un cuenco de cereales de chocolate delante de la tele. Tenía remordimientos por haber rechazado a Greg. Cuando volvió al dormitorio con los cafés en la mano, estaba decidida a hacer el amor, pero encontró la cama vacía. Greg estaba en la ducha. Dudó si meterse con él, aunque al final volvió a la cocina y preparó el desayuno.

—Tenemos que reconectar un poco —le planteó Karine a Greg esa mañana.

—Cierto —asintió Greg.

Como él no entraba en la conversación, Karine tomó la palabra:

—Los Braun se han ido de fin de semana a Saint-Tropez. Deberíamos hacer lo mismo, de vez en cuando.

—Han ido a ver a los padres de Sophie —precisó Greg.

—Puede, pero el caso es que están en Saint-Tropez, mientras que nosotros nos quedamos aquí.

—Si tus padres vivieran en Saint-Tropez, nosotros también iríamos.

Karine se hartó de la falta de entusiasmo de Greg. Seguramente estaba resentido con ella por haberlo rechazado antes.

—No te estoy hablando de mis padres, Greg. Te estoy hablando de dejar a los niños y marcharnos tú y yo. Buscar un hotelito agradable y pasar unos días alejados de la rutina. Me gustaría...

Karine se interrumpió, sin saber si debía terminar la frase. Greg la animó a hablar con libertad:

—¿Qué te gustaría?

«¡A la mierda! —pensó Karine—. ¿Por qué no voy a decir lo que llevo dentro?».

—Me gustaría que nos pareciésemos más a los Braun —soltó.

—Qué más quisiera yo —aseguró él.

A Karine le sorprendió la respuesta de su marido. Hubo un silencio incómodo. Hasta que lo rompió ella:

—Hablando de los Braun, vuelven a casa esta noche. Deberíamos proponerles ir a cenar a la pizzería.

Greg aprobó la idea. Inmediatamente, Karine cogió el móvil y le envió un mensaje a Sophie.

A unos cientos de kilómetros de allí, un Porsche con matrícula de Ginebra se dirigía por la autopista hacia Lyon. Lo conducía Arpad, con los ojos en el asfalto pero la mente en otra parte. El habitáculo estaba en silencio. Los paisajes de la Provenza habían deleitado y luego acunado a los niños, que dormían detrás, a pierna suelta. En el asiento del acompañante, Sophie también se había quedado traspuesta. Una breve sacudida de la carretera la despertó. Le agarró la mano a su marido.

—Gracias —le dijo.

—¿Gracias por qué? —se sorprendió Arpad.

—Por haber sacrificado otro de tantos fines de semana en casa de mis padres.

—Entre los fuegos artificiales y los diamantes, creo que nos ha salido a cuenta. Podría haber sido peor.

Sophie se rio, pero sabía que Arpad se ocultaba detrás de esa broma. Sospechaba que el gatillazo del día anterior guardaba relación con algo que había sucedido durante el fin de semana. Se enfrentó al problema sin rodeos.

—¿Qué te pasó anoche?

Arpad se zafó.

—Nada. Estaba cansado.

—El cansancio no suele afectarte.

A Arpad le gustó el cumplido. Ella insistió:

—¿Qué te preocupa, amor mío? Y no me contestes que «nada»...

Tras un titubeo, Arpad se lanzó:

—Los resultados del primer semestre en el banco van a ser una mierda.

—Como en todos los bancos —comentó Sophie—. Los mercados financieros están en números rojos desde enero.

—Efectivamente. Pero los jefazos nos han dado a entender a todo el departamento que las bonificaciones de fin de año penden de un hilo.

Sophie le apretó la mano.

—¿Eso es lo que te preocupa?

—Lo que me preocupa es que, con todo lo que gastamos, no puedo ahorrar apenas. Contaba con la bonificación. Anoche, tu padre y Mark estuvieron alardeando de lo que ganaban bajo cuerda y eso me hizo pensar que yo no tenía ninguna hucha secreta. Creo que me sentí un poco... inferior.

—Arpad, amor mío, prométeme que nunca te vas a angustiar por temas de dinero. Y no te preocupes, el bufete va bien y además...

Se interrumpió. Arpad sabía que iba a sacar a relucir el dinero de su padre. Sophie rectificó:

—Y, además, estamos juntos, que es lo más valioso del mundo. Viviría contigo en una caravana, si hiciera falta.

Arpad esbozó una sonrisa.

—¿Te hace gracia lo de la caravana? —preguntó ella.

—El viernes me llamó Julien.

—¿Julien Martet?

—Sí. Quería hablarme de una inversión en Costa Rica. Cuando vi el folleto me entraron muchas ganas.

—¿De invertir?

—De ir a vivir allí.

Sophie no pudo disimular su asombro. No se esperaba semejante declaración.

—¿Te ves en Costa Rica? —tanteó.

—¿Sinceramente? Creo que sí —reconoció él—. Me apetece una vida más sencilla, sin trabas, sin clientes plastas, que no dependa de las fluctuaciones del mercado. Una vida libre de la opinión ajena, de las expectativas, de las obligaciones. Solo nosotros cuatro.

—¿Lo dices en serio? —preguntó Sophie, a todas luces desconcertada—. ¿Estarías dispuesto a dejarlo todo? ¿A abandonar todo lo que tenemos aquí?

—¿Y por qué no? Me gusta la vida que tenemos aquí, no me malinterpretas. Pero ¿qué nos ata a esta existencia que pasamos encerrados en una oficina, esperando unas vacaciones aquí y allá, mendigando un aumento, cuando podríamos estar viviendo al sol y pasar todas las tardes en la playa? En el fondo, creo que preferiría ganar menos, conformarme con menos y ser más libre.

Sophie no supo qué responder. Claro que la vida parecía más agradable en un país donde hacía buen tiempo y calor todo el año. Pero lo que habían construido en Ginebra no era moco de pavo. No estaba pensando en la casa ni en su tren de vida, sino en ellos. Le parecía que tenían un equilibrio armonioso. ¿Por qué mandarlo todo a paseo ahora?

Arpad se dio cuenta de que sus aspiraciones costarricenses tenían a Sophie algo confundida.

—Te quiero —dijo—. Soy feliz contigo, es lo único que cuenta.

Ella le sonrió y le apretó fuerte la mano.

—Yo también. Y te quiero precisamente porque no lo das todo por sentado.

En el móvil de Sophie sonó una notificación de mensaje. Lo leyó.

—Es Karine Liégean —indicó—. Nos propone ir a cenar todos a la pizzería esta noche.

\*

19.00 h, en la Casa de Cristal.

En lugar de ir al restaurante, Sophie había invitado a los Liégean a ir a comer pizza a su casa para disfrutar de la piscina. A esa hora aún hacía un calor agobiante. Antes de cenar, todo el mundo se bañó. Greg exhibió orgullosamente su cuerpo escultural. Sophie se quedó impresionada. «Sí que estás en forma», le dijo, y él se hizo el modesto. Le había costado apartar los ojos de ella, tan perfecta con su biquini. Y esa pantera en el muslo...

Tras zamparse la pizza, los niños se fueron a jugar al jardín mientras los adultos se quedaban de sobremesa. Arpad descorchó la segunda botella de vino.

—Antes de que se me olvide... —Greg puso encima de la mesa la copia de las llaves que le habían encomendado.

—Gracias —le dijo Sophie—. De no ser por ti, no nos habríamos ido tranquilos.

—Tampoco he hecho gran cosa. Unas cuantas rondas al sacar al perro. ¿Sabéis?, creo que solo era un ladrón bastante torpe localizando casas que no creo que vuelva por aquí.

Greg había acabado por atenerse a la idea de que el merodeador del jueves por la noche solo estaba de paso.

—¿Y la correa? —preguntó Arpad—. ¿Has sabido algo?

—Hablé con el laboratorio el viernes —se inventó Greg—. No han encontrado nada. Como yo pensaba, debía de llevar ahí desde hacía tiempo. Algunos críos, seguramente.

Greg se fijó en cómo lo escuchaba Sophie cuando hablaba en calidad de policía. Se sentía importante. De pronto le entraron ganas de decir que no era un poli cualquiera, sino que pertenecía a un cuerpo de élite, que era uno de esos tíos con pasamontañas y armas pesadas que intervienen cuando las

cosas se ponen feas. Que no tardaría en ser jefe de unidad. Estaba al borde de la confidencia cuando Arpad tomó la palabra:

—Menos mal que mañana instalan la alarma. Nos quedaremos tranquilos de una vez por todas.

Karine cambió de tema de sopetón:

—¿Qué planes tenéis para las vacaciones? —preguntó.

—Vamos a ir a Saint-Tropez, como todos los años —contestó Sophie—. También habíamos pensado pasar una semana en Grecia, pero aún no hemos reservado nada. ¿Y vosotros?

—Alquilamos una casa en la Provenza con mis padres. Pero a Greg y a mí nos gustaría pasar un finde en plan novios. Dejar a los niños y marcharnos solos.

—¡Un finde de novios, qué buena idea! —se entusiasmó Sophie, cuya reacción dejó muy satisfecha a Karine—. Hace mil años que Arpad y yo no lo hacemos. ¿Adónde iréis?

—Todavía no lo hemos decidido. ¿Alguna sugerencia?

—Madrid es una ciudad genial. O, si no, Milán. Podéis ir en coche, es muy práctico.

Esa misma noche, en la Verruga, mientras se desmaquillaba en el cuarto de baño, Karine le daba vueltas a la sugerencia de Sophie:

—No es mala idea lo de Milán —le dijo a Greg, que estaba en el dormitorio—. Podríamos dejar que mis padres se lleven a los niños a la Provenza mientras nosotros vamos a Italia. Y luego nos reunimos con ellos.

Greg la escuchaba con aire distraído. Notaba de sobra la influencia que Sophie ejercía sobre su mujer. Siempre se exaltaba cuando hablaba de ella. Desde luego, no iba a ser él quien se lo reprochase, pues Sophie le causaba el mismo efecto. Como no contestaba, Karine asomó la cabeza por el vano de la puerta y se sorprendió al verlo aún vestido.

—¿No te acuestas?

—Ya voy. Aún tengo que sacar a Sandy.

En la Casa de Cristal, Sophie acababa de meterse en la cama de matrimonio donde Arpad estaba leyendo un libro. Ella se lo quitó de las manos y empezó a besarlo.

Notó en su marido un titubeo que ya se esperaba: la aprensión por culpa del gatillazo de la noche anterior.

Cuando algo falla, lo primero que hay que hacer para remediarlo es saber el porqué, y Sophie había comprendido cuál era. Unas horas antes, en el camino de vuelta, Arpad había dicho que su bonificación en el banco peligraba. Ese año probablemente ganaría menos dinero que ella y su orgullo masculino se resentía. Necesitaba volver a tomar el control. Dominarla de una forma u otra.

Dejándose guiar por la intuición, Sophie abrió el cajón de la mesilla de noche, sacó las esposas y se encadenó al poste de la cama. Le susurró: «Vamos, amor mío».

Con un movimiento animal, Arpad le levantó el camisoncito, le bajó las bragas y la penetró. Ella sonrió: el remedio había funcionado.

Pero los Braun no estaban solos en el dormitorio.

A unos cientos de metros de la Casa de Cristal, en un camino rural, había un coche aparcado. En el maletero, Sandy se tomaba las cosas con paciencia. Greg, en el asiento del conductor, tenía los ojos clavados en una pantalla conectada a un receptor.

El emisor estaba en el dormitorio de los Braun, integrado en la microcámara que Greg había atornillado el día anterior al marco del armario. Ese material altamente sofisticado pertenecía al grupo de intervención policial. Se usaba en misiones de vigilancia confidenciales. La brigada contaba con unas veinte unidades. Nadie, pensaba Greg, echaría en falta una.

Ahora podía ver y oír lo que pasaba en el dormitorio principal. Miraba a Sophie esposada al poste de la cama. El espectáculo lo tenía a la vez fascinado y maravillado.

Siete años antes  
*Abril de 2015*  
*Ginebra*

Era una cálida tarde de primavera.

El parque Bertrand rebosaba de paseantes, corredores, gente ociosa, niños que se tiraban por los toboganes y enamorados tumbados en el césped.

En una avenida bordeada de castaños, una pareja ocupaba un banco enfrente del arenero grande. Ella, embarazada, estaba sentada y miraba un periódico de anuncios inmobiliarios. Él estaba tumbado con la cabeza apoyada en el muslo izquierdo de su compañera y leía *El maestro y Margarita*. Eran Sophie y Arpad.

Sophie iba a cumplir treinta y tres años. Esperaba el primer hijo de ambos para septiembre. Una ecografía reciente les había revelado el sexo del bebé: era un niño. Ya le habían elegido nombre: Isaak. Pero, por superstición, lo mantendrían en secreto hasta que naciera.

Arpad y Sophie se habían casado un año antes. Lo habían hecho por lo civil en el Ayuntamiento de Ginebra, aunque el verdadero festejo fue en Saint-Tropez: una concesión de Arpad a su suegro, pues a Bernard le habría dado un soponcio solo de pensar en celebrar la boda de la niña de sus ojos fuera de sus dominios.

La siguiente etapa era mudarse, pues su piso de la avenida de Eugène-Pittard resultaba pequeño para tres personas. Sophie, que tenía muy claro que prefería mudarse mientras aún estuviera embarazada que hacerlo con un recién nacido, buscaba activamente su siguiente nido. Las casas que había visitado hasta entonces no la habían convencido mucho, pero le habían servido para acotar la búsqueda: les gustaba el barrio de Champel, les gustaba estar cerca del parque. Eso fue lo que guio las exploraciones de Sophie. Al fin, acabó encontrando el sitio ideal, pero aún no se había atrevido a decírselo a Arpad. El piso cumplía todos y cada uno de los requisitos con los que soñaban. Lo sabía tanto más cuanto que ya lo había

visitado, a espaldas de su marido. Un piso antiguo, amplio, con techos altos, que recordaba un poco al estilo hausmanniano. Se hallaba en la avenida Bertrand, una de las calles que bordeaban el parque. Era perfecto en todo menos en el precio, y ese era el motivo por el que todavía no se lo había contado a Arpad. Estaba esperando el momento adecuado y tenía la sensación de que ese momento había llegado ya.

Aunque cada uno estaba atento a su lectura, seguían conversando. Ella meneaba las páginas de ese periódico que ya se sabía de memoria de tanto leerlo una y otra vez. Comentaba los anuncios como si acabara de descubrirlos, formaba parte de su estrategia.

—Hay uno con muy buena pinta, pero está en otro barrio.

—Prefiero Champel —contestó Arpad sin dejar de mirar su libro.

—De todas formas, no tiene ascensor. No nos conviene.

—No nos conviene —repitió él como un autómata.

Sophie pasó las hojas del periódico y de pronto tuvo como una revelación.

—¡Creo que he encontrado algo! —exclamó con tanta convicción y determinación en la voz que Arpad se incorporó para mirar el anuncio.

Sophie señaló con el dedo un recuadro encabezado por el logotipo de una conocida agencia inmobiliaria de lujo. Leyó:

—«Piso en la avenida Bertrand con vistas al parque... Cuatro dormitorios, cocina moderna, comedor, salones comunicados...». ¡Suena genial!

Justo debajo de la descripción figuraba el precio de venta.

—No es de alquiler, corazón —objetó Arpad con un tono algo pontificador.

En las conversaciones que habían tenido hasta entonces, nunca habían contemplado la posibilidad de tener un piso en propiedad.

—¿Y si compramos? —dijo ella entonces—. Así sería nuestra casa de verdad.

Y, al notar que Arpad no la estaba tomando nada en serio, añadió:

—En lugar de estar pagando alquileres, ¿por qué no invertir?

—Amor mío, me gano muy bien la vida, pero no tengo suficientes ahorros para comprarnos un piso de ese nivel. ¿Tú has visto lo que cuesta?

—Yo tengo algo de dinero ahorrado —replicó Sophie.

Lo primero que pensó Arpad fue que era una ingenua: sabía a cuánto ascendía su patrimonio, que era modesto. Al menos, eso creía él. Porque Sophie estaba decidida a revelarle por fin uno de sus secretos.

Al día siguiente de esa conversación Sophie quedó con Arpad a mediodía en la plaza de Bel-Air. Como era un lugar a medio camino entre el bufete de ella y el banco donde trabajaba él, este dedujo que iban a comer juntos. O a ver una tienda de muebles infantiles, como la semana anterior. Pero, cuando se encontraron, Sophie llevó a Arpad hasta un banco, el Crédit Suisse, cuyo edificio estaba en esa misma plaza.

—¿Adónde vamos? —preguntó él desconcertado.

—Tengo que contarte una cosa.

Sophie dio su nombre en un mostrador y el empleado que lo atendía asintió con cara de estar en el ajo. Luego recorrió el establecimiento hasta un ascensor. Se diría que Sophie conocía el lugar al dedillo. Bajaron al sótano y fueron hasta la sala de las cajas de seguridad. Allí los recibió otro empleado que parecía conocer a Sophie. Como lo exigía el procedimiento, ella se identificó y él abrió con llave una puerta blindada y los condujo hasta una amplia estancia cuyas paredes alojaban cajas de seguridad de varios tamaños.

Arpad seguía a su mujer cada vez más perplejo. El empleado se detuvo delante de una caja, metió una llave en una de las dos cerraduras y se retiró con discreción. Sophie se sacó una llave del bolsillo y la giró en la otra cerradura. A continuación abrió la puerta de la caja y se apartó para que Arpad pudiera ver lo que había dentro.

Se quedó completamente atónito.

\*

—Me lo vas a tener que explicar —dijo Arpad al tiempo que se dejaba caer en una silla.

Estaban en el despacho de Sophie. Allí, a salvo de los oídos indiscretos, por fin podían hablar. No habían cruzado ni una palabra desde que salieron del banco, unos minutos antes. Era como si se hubiesen quedado en apnea mientras recorrían los pocos cientos de metros que separaban el Crédit

Suisse del bufete de Sophie. Aquel silencio traicionaba la magnitud tanto del pasmo de él como del secreto de ella.

Sophie estaba colocando en la mesa unas bandejitas de sushi como si tal cosa, pero Arpad no estaba de humor para comer. Lo único en lo que pensaba era en lo que había visto en la caja de seguridad: fajos de billetes. Cientos de miles de euros, puede incluso que hasta un millón o más. Sophie comprendió que había llegado la hora de hablar; se sentó al lado de Arpad y le cogió la mano:

—Mi padre ha juntado mucho dinero negro —explicó—. En los restaurantes y también en operaciones inmobiliarias. Yo tenía mis sospechas, porque siempre lo he visto pagar en metálico. ¿Tú lo has visto alguna vez con una tarjeta de crédito?

—No —admitió Arpad, a quien le vino inmediatamente a la cabeza la imagen de Bernard sacándose billetes de los bolsillos como si no tuvieran fondo.

Sophie prosiguió:

—Yo tenía mis sospechas, pero nunca me había hecho preguntas. Hasta que nos casamos. Al día siguiente de la fiesta, mi padre y yo tuvimos una conversación a solas.

—Lo recuerdo —dijo Arpad—, os fuisteis a cenar juntos.

Sophie asintió.

—Me explicó que tenía ganas de hacernos un buen regalo, de ayudarnos, a ti y a mí, a establecernos en la vida, pero que en realidad no tenía demasiada liquidez en su cuenta. En cambio, disponía de mucho dinero oculto. Me pidió que nada más volver a Ginebra contratara una caja de seguridad. Y eso hice. Al cabo de unas semanas, mi madre y él vinieron a visitarnos.

—Fuimos a pasar un día en Gruyères —recordó Arpad.

—Esa visita fue un pretexto —dijo Sophie—. Vinieron a darme el dinero. Mi padre quería traerlo a Suiza en persona para que no tuviese que ser yo quien cruzara la frontera con semejante dineral.

—¿Y entonces? —preguntó Arpad.

—Y entonces ese dinero lleva en la caja de seguridad más de un año, sin que sepa qué hacer con él.

—¿Por qué no me lo contaste enseguida? —preguntó Arpad, herido porque lo hubieran mantenido al margen de ese secreto.

—No lo sé. No estaba segura de cómo ibas a reaccionar. No quería que juzgaras a mi padre. Y también tenía miedo por ti, por tu trabajo. Es dinero sin declarar, no quería involucrarte en algo así y poner en peligro tu carrera en el banco.

Arpad estaba abrumado por esa revelación. Aunque no sabía si lo tenía más conmocionado el secreto en sí o el hecho de que su mujer lo superase económicamente. Sophie, en cambio, se sentía aliviada por haber confesado, pero la reacción de su marido la perturbaba.

—Sería mejor que devolviésemos ese dinero —dijo con lágrimas en los ojos—. No me gustaría que se interpusiera entre nosotros. Y, además, ¡que soy abogada! Podrían expulsarme del Colegio.

Arpad, volviendo a su papel de marido protector, recuperó el control.

—Sería una tontería devolverlo —alegó—. A tu padre le sentaría mal y, además, ¿qué iba a hacer con él? Mientras que a nosotros podría ayudarnos mucho...

—Estoy de acuerdo —contestó Sophie—. De ahí la idea de comprar un piso.

Arpad descartó de entrada esa propuesta:

—Tenemos que ser discretos. Usar ese dinero para los gastos habituales. Para pagar en el supermercado, en el restaurante. Las compras cotidianas. Pero no para pagar un piso, levantaría sospechas.

—¡Pero es que ese piso de la avenida Bertrand es estupendo! —se lamentó Sophie, que no estaba dispuesta a renunciar a su flechazo—. Ya nos estoy viendo en él... ¡Está hecho para nosotros! ¡Te convencerá nada más verlo!

—¿Ya lo has visto? —preguntó Arpad.

Ella puso cara de culpabilidad.

—Quería estar segura de lo que hacía antes de contártelo todo. Llevo bastante tiempo visitando pisos para encontrar el adecuado. Y es este, te lo prometo. Fíate de mí. ¡Qué a gusto íbamos a vivir allí!

Sophie tenía un buen sentido de la oportunidad. Estaba claro que llevaba mucho tiempo madurando aquel asunto del piso y del dinero de su padre, puesto que había tardado todo ese tiempo en contárselo a Arpad. Él quería hallar una solución. No tanto porque le apeteciera fiarse del instinto de su mujer como porque deseaba lucirse ante ella. Era la ocasión de demostrarle de lo que era capaz. De impresionarla.

Al cabo de una semana, al volver del trabajo, Sophie se encontró a Arpad esperándola en el salón. Era relativamente pronto y le sorprendió verlo en casa tan temprano.

—¿Ha pasado algo? —preguntó.

No obtuvo respuesta, pero Arpad parecía estar de muy buen humor. Había metido una botella de zumo de naranja en un cubo de hielo y se lo sirvió en copa alta como si fuera el mejor champán.

—Embarazo obliga —dijo Arpad—, lo celebraremos con zumo de naranja.

Ella lo miró intrigada:

—¿Y qué se supone que celebramos?

—Creo que he dado con ello —explicó él.

Sophie no tenía ni idea de por dónde iban los tiros.

—¿Con qué?

—Con la forma de comprar el piso.

Arpad empezó a exponer su solución. Parecía exaltadísimo y a Sophie le encantaba verlo en ese estado.

—Para justificar la compra de semejante piso, tendríamos que aumentar nuestros ingresos. Así que vamos a aprovechar tu actividad de abogada para blanquear el dinero de tu padre.

—¿Cómo? —preguntó Sophie.

—Gracias a un método de pago maravilloso que existe en Suiza: ¡el talón de ingreso!

Sophie pareció dubitativa y Arpad le recordó cómo funcionaban los talones de ingreso. En la década de 1900, el poderoso banco postal suizo creó unas papeletas de pago que servían para ingresar dinero en Suiza a un particular o una empresa que tuviera cuenta en la entidad. En el documento solo aparecía la identidad del beneficiario, la del pagador no era indispensable para realizar el ingreso. Bastaba con presentarse en la ventanilla de una oficina de correos con la papeleta y el importe en metálico para realizar la transacción sin tener que responder a ninguna pregunta. Resultaba imposible trazar el recorrido de ese dinero, a excepción de su destino final.

—Vas a emitir facturas falsas a nombre de clientes auténticos —prosiguió—, pero en realidad el importe lo pagarás tú misma, en metálico, en una

oficina de correos mediante un talón de ingreso. Incluirás esas facturas en tu contabilidad para que se contabilicen en tu cifra de negocio. Nadie va a comprobar si los clientes recibieron de verdad esas facturas. Tampoco pongas sumas descabelladas, mantente en los importes habituales. Vete aumentando el número de facturas emitidas poco a poco. Hay que subir de manera progresiva.

—Pero yo facturo en francos suizos —le recordó Sophie—. Acuérdate de que el dinero de mi padre está en euros.

—Para sustituir los euros por francos, los cambiaremos regularmente en distintas oficinas de cambio —explicó Arpad—. A nadie le sorprenderá vernos volver a menudo: hay decenas de miles de trabajadores transfronterizos que trabajan en Suiza y viven en Francia y que cada mes cambian de divisa todo su sueldo.

Arpad parecía muy seguro de sí mismo. Tenía una faceta de chico malo que a Sophie le chiflaba. Aun así, ella le puso una pega:

—En tu estrategia hay algo que no cuadra. Si para ser discretos tenemos que blanquear el dinero poco a poco, nos va a llevar mucho tiempo hasta que podamos pagar el piso de la avenida Bertrand. ¡Nos lo van a quitar delante de las narices!

—A menos que lo compremos mucho más barato de lo que pone en el anuncio —indicó Arpad—. Y que ese precio sea asumible con nuestro nivel de ingresos actual. Así no levantaríamos ninguna sospecha.

—¿Y por qué íbamos a comprarlo más barato?

—¡Pues porque estamos de suerte! —exclamó Arpad—. Resulta que he hablado con el agente que lleva esta venta. Yo también puedo hacer mis averiguaciones. Y me he enterado de una cosa sobre el dueño del piso.

—¿De qué te has enterado?

—Ya lo verás. Hemos quedado con él esta tarde a las seis.

—¿Que hemos quedado? —repitió Sophie, casi incrédula.

El piso de sus sueños se iba a convertir en realidad.

A las dos horas, Arpad y Sophie, cogidos de la mano, estaban cruzando el parque Bertrand para desembocar muy ufanos en la avenida del mismo nombre, que en realidad era una tranquila y bonita calle con un solo carril de sentido único. A un lado, las hileras de árboles centenarios del parque, y al otro, el antiguo edificio de cantería en el que se metieron.

El piso se hallaba en la quinta planta. Todavía vivía en él el propietario, Edward Wallon, un hombre de unos cincuenta años que recibió cordialmente a los visitantes.

Lo primero que hicieron fue recorrer la casa. Arpad no tardó en compartir el entusiasmo de Sophie. Era un piso magnífico, amplio y bien distribuido. Ofrecía un bonito contraste cronológico en el que la tarima de madera y las molduras del techo convivían con la cocina y los cuartos de baño ultramodernos. Hecho lo cual, se sentaron en el salón para hablar. Cuando Sophie elogió la tapicería del sofá, Wallon les dijo en tono de broma:

—Los muebles no están incluidos, pero podemos negociarlo.

Arpad aprovechó la ocasión para plantear el motivo de su visita.

—Pues ya que lo dice, señor Wallon, no hemos venido solo para ver el piso.

—Ya lo sé. El agente me dijo que querían hacerme una oferta directa. Los escucho.

—Señor Wallon, espero que no se enfade por lo que voy a decirle.

—Hable con total libertad.

—Tengo entendido que el motivo para vender esta casa es que se está divorciando.

Edward Wallon torció el gesto.

—Es correcto. ¿Y eso qué tiene que ver con lo que nos ocupa?

Arpad no se dejó impresionar. Prosiguió:

—También he sabido que esta casa está solo a su nombre.

—¿Es usted policía, señor Braun?

—Lo único que he hecho ha sido consultar el catastro, señor Wallon. Todos esos datos son del dominio público...

El ambiente, tan jovial unos minutos antes, se había vuelto denso. Sophie no entendía lo que estaba pasando. A Wallon le costó disimular su irritación:

—Señor Braun, ¿por qué no va al grano en lugar de andarse con rodeos?

—Señor Wallon, sé que su divorcio está siendo complicado. Y que su futura exmujer está dispuesta a exigirle un buen pellizco de lo que obtenga usted por la venta de este piso.

Wallon, en su fuero interno, estaba hecho una furia y maldecía en silencio al bocazas del agente que, a todas luces, iba contando a cualquiera su vida privada con pelos y señales. Aun así, dejó que Arpad siguiera hablando. Y este por fin le planteó su oferta:

—¿Qué le parecería bajar el precio de venta oficial? Le pagaríamos la diferencia en efectivo.

Hubo un silencio, al cabo del cual Wallon preguntó:

—¿De cuánto estamos hablando?

Arpad contuvo una sonrisa.

—De una tercera parte del precio —sugirió—. Usted nos vende el piso un tercio más barato. Por supuesto, cobrará el importe total de lo que pide ahora, pero eso no lo sabrá nadie. Y, cuando su exmujer le reclame parte del dinero de esta venta, tendrá que hacerlo sobre la base de la suma que usted ha percibido oficialmente.

Wallon no parecía convencido.

—Pondrá el grito en el cielo, dirá que la estoy timando. Insistirá en la diferencia entre el precio al que se puso a la venta el piso y el precio al que se ha vendido.

—Usted tiene derecho a vender al precio que le dé la gana. Es lo que en Suiza se llama libertad económica. Ninguna ley le impide venderlo a precio de saldo para fastidiar a su futura exmujer. Además, el agente no dudará en dar fe de todos los problemas que tiene este piso. Que si necesita un montón de reformas, que si cambiar las cañerías, que si el cableado eléctrico... Y hablando del agente, ni que decir tiene que la comisión íntegra corre de mi parte.

Wallon comprendió que el agente estaba en el ajo. Se quedó un buen rato mirando a Arpad a la cara hasta que de pronto exclamó:

—¡Trato hecho!

Los dos hombres se dieron un prolongado apretón de manos. «¡Champán!», sentenció Wallon levantándose del sillón. Mientras salía de la habitación, Arpad, con una sonrisa de oreja a oreja, se volvió por fin hacia Sophie. Se imaginaba que estaría orgullosa de él, pero ella le devolvió una mirada sombría y furiosa.

—¿Cómo has podido hacer algo así? —le dijo, ofuscada.

Arpad se quedó de una pieza.

—¡El piso es nuestro! —dijo—. ¿Qué problema hay?

—Que estamos estafando a su mujer. ¡Ese es el problema! Que se va a quedar a dos velas por nuestra culpa.

—¿Quién te dice que se va a quedar a dos velas? Si me apuras, igual fue ella quien lo abandonó a él... Puede que dejara al pobre Edward plantado

para irse con otro y ahora va a hacer todo lo posible para desplumar a su futuro exmarido.

—¡Ay, Arpad, para ya! No te pega nada ponerte en plan machito.

—Eres tú quien dice que hay que saber aprovechar las oportunidades, Sophie. Pero si tanto te escandaliza, no tenemos por qué quedarnos con este piso. ¡Y vamos a devolverle el dinero a tu padre, ya que andas tan sobrada de principios!

\*

Dos meses después, a principios de julio, Arpad y Sophie se mudaban a su nuevo piso de la avenida Bertrand. Sophie, cuyo vientre se había redondeado aún más, dirigía las maniobras de los transportistas mientras Arpad cargaba cajas.

Era el comienzo de una nueva vida.

## Capítulo 9

### *Doce días antes del atraco*

~~DOMINGO 12 DE JUNIO~~

~~LUNES 13 DE JUNIO~~

~~MARTES 14 DE JUNIO~~

~~MIÉRCOLES 15 DE JUNIO~~

~~JUEVES 16 DE JUNIO~~

~~VIERNES 17 DE JUNIO~~

~~SÁBADO 18 DE JUNIO~~

~~(FIN DE SEMANA EN SAINT-TROPEZ)~~

~~DOMINGO 19 DE JUNIO~~

~~(FIN DE SEMANA EN SAINT-TROPEZ)~~

→ **LUNES 20 DE JUNIO DE 2022 (CUMPLEAÑOS DE SOPHIE)**

Sophie abrió un ojo.

La luz del día se filtraba por las rendijas de las persianas del dormitorio. Se volvió en un gesto maquinal hacia la mesilla, donde el despertador marcaba las seis y media. Había dormido más que de costumbre. Estaba descansando mejor.

De pronto notó que Arpad le acariciaba la nuca con el dedo y se lo iba bajando por la espalda desnuda.

—¡Muchas felicidades! —le susurró.

Ella le sonrió y se dio la vuelta.

6.50 h.

Greg desconectó la pantalla y la dejó en el asiento del acompañante, antes de arrancar. Llegaba tarde, su mujer le iba a echar la bronca y Sandy no había podido hacer pis. Peor para Sandy. Necesitaba una coartada: dio un rodeo rápido por la panadería para comprar cruasanes. Fue un acierto. Cuando volvió a la Verruga, Karine estaba de un humor de perros. Los niños, inaguantables, se negaban a sentarse para desayunar.

—¿Dónde te habías metido? —le ladró su mujer—. ¿Has cogido el coche?

—¡Cruasanes! —contestó Greg enarbolando la bolsa de bollería.

Los niños gritaron de alegría. La tensión se redujo varios grados. Greg aprovechó la ocasión para calmar la ira de su mujer:

—Hoy me encargo yo de los niños. Y los llevo al cole... Así te puedes ir tranquilamente al trabajo.

Karine lo agradeció. No quería darle plantón a Sophie el día de su cumpleaños.

7.45 h.

En la Casa de Cristal, Sophie estaba soplando una vela con sus hijos en la mesa del desayuno. Los interrumpieron los técnicos de la empresa de seguridad que, como estaba previsto, habían ido a instalar el sistema de alarma en la casa.

—Yo me encargo de estos señores —se ofreció Arpad—. ¿Puedes llevar tú a los niños al cole?

—Pues claro. ¿Seguro que no te viene mal quedarte? Si no, me las puedo apañar...

—No te preocupes. De todas formas, ya había avisado en el banco de que iba a faltar hasta primera hora de la tarde.

8.10 h.

Karine se impacientaba en la parada del autobús. Ni rastro de Sophie. Llegó un autobús y se resignó a cogerlo, decepcionada. No podía estar más tiempo de plantón, iba a llegar tarde al trabajo. Pero, según se disponía a subir, oyó una bocina. Era su amiga, al volante de su coche. Karine se acercó a la ventanilla abierta.

—¿Ha pedido usted un taxi? —le preguntó Sophie, sonriente.

Karine le devolvió la sonrisa:

—¡Felicidades, cumpleañera!

—Gracias. ¡Sube!

Karine no se hizo de rogar y ocupó el asiento del acompañante.

—Qué oportuna —le dijo—, te he traído un regalito.

—¿Un regalo? No hacía falta.

—Es solo un detalle —dijo Karine para restarle importancia y sacó del bolso una bolsita de seda que Sophie abrió en el semáforo en rojo.

Era una pulsera hecha con un hilo celeste y adornada con una piedrecita azul noche.

—Es un amuleto —explicó Karine.

—Qué bonito —se entusiasmó Sophie mientras se ataba la pulsera en torno a la muñeca.

—¿Vais a hacer algo esta noche?

—Arpad me lleva a cenar al restaurante japonés del Hôtel des Bergues.

—Qué buen sitio —aseguró Karine, que quería dárselas de entendida cuando en realidad nunca lo había pisado.

—No he ido nunca —confesó Sophie—. A decir verdad, hubiese preferido un plato de pasta en algún restaurancito italiano. Pero ya sabes cómo es Arpad, lo hace todo a lo grande.

—Hombre, es que cumples cuarenta —replicó Karine—, y eso hay que celebrarlo. ¿Vas a dar una fiesta?

—No tengo ni idea. No sé si me apetece. Me gusta estar en paz, con mis hijos y mi marido.

Karine la envidió por esa única frase más que por su casa, su coche y su estilo de vida. Y eso que ella quería a sus hijos y a Greg, pero últimamente pasar la velada juntos solía ser sinónimo de aburrimiento. Le entraron ganas de sincerarse. Le entraron ganas de decir: «Greg y yo, si no hablamos de los niños, no tenemos nada de qué hablar». No se atrevió. Lo único que salió por su boca fue el reflejo de su admiración por los Braun:

—¿Cuál es vuestro secreto?

—¿Nuestro secreto?

—Vuestro secreto para estar juntos, Arpad y tú. Se os ve tan a gusto...

¿Su secreto? Su auténtico secreto estaba en el sótano del Crédit Suisse, en la plaza de Bel-Air. A unos pasos del banco privado donde trabajaba Arpad. Bien escondido, a buen recaudo en una caja de seguridad anónima entre otros cientos de cajas, cuyo número de identificación solo conocían Sophie y Arpad. Caja número 521.

Allí acudió Arpad ese día, cuando la alarma estuvo instalada. Tras revelarles la existencia de ese dinero, siete años antes, Sophie lo había autorizado en el banco y le había dicho dónde tenía guardada la llave. Para que pudiera tener acceso en caso de que a ella le pasara algo. Arpad le había jurado que, de todas formas, nunca usaría ese dinero sin un acuerdo mutuo y previo. También se lo había jurado a sí mismo. Cuánto le habría gustado mantener su promesa.

Contempló los fajos de billetes. A lo largo de los años, la caja se había ido vaciando no poco. Y vuelto a llenar de manera misteriosa. La primera vez que Arpad contó el dinero, cuando Sophie le reveló su existencia, había varios millones de euros. Comprendió entonces que Bernard no solo era mucho más rico de lo que él creía, sino que debía de estar tremendamente preocupado para librarse de semejante suma. Quizá sintiera que la Hacienda francesa lo tenía en el punto de mira. El grueso de los fondos lo habían

gastado en el piso de Champel. Arpad le había prohibido a Sophie que le dijera a su padre que lo habían pagado con su dinero, por miedo a que Bernard le pidiera ayuda para evadir aún más dinero no declarado.

—Ni siquiera le cuentes que estoy al tanto de todo —le recomendó Arpad—. Quiero mantenerme al margen de este asunto. Y, si te comenta algo, dile que te lo estás gastando poquito a poco en viajes y restaurantes.

Sophie comprendió lo seria que era la cosa:

—Estate tranquilo. No sabrá nada.

—Y, por favor, no aceptes más dinero suyo. No quiero seguir siendo cómplice de sus chanchullos.

—Te lo prometo.

Pero Sophie había mentido. Había vuelto a aceptar dinero de su padre. Y Arpad la había pillado in fraganti.

\*

*Tres años antes*

*Febrero de 2019*

El hermoso piso de la avenida Bertrand donde la familia Braun llevaba una vida plena estaba sumido en el caos: Isaak, de tres años, y Léa, de uno, chillaban en el salón. Sophie y Arpad, en el umbral de la puerta y con el abrigo puesto, ocultaban a duras penas su nerviosismo. En mitad de tanto desorden y tensión, dos figuras apaciguadoras: Bernard y Jacqueline, los padres de Sophie.

—Venga, largaos ya —dijo Bernard—, todo va a ir bien.

—Marchaos, queriditos —insistió Jacqueline—. Sería una estupidez que perdierais los vuelos.

Arpad y Sophie agarraron las maletas y salieron del piso. En la calle los estaba esperando un taxi. Aunque iban al aeropuerto juntos, no cogerían el mismo vuelo. Arpad se marchaba a Canadá para pasar unos días en la sucursal quebequesa del banco. Por su parte, Sophie iba a Londres con Samuel Hennel. Su cliente acababa de desprenderse de una parte de su galería de arte a favor de un comprador inglés y aún quedaban detalles por ultimar. Mientras ambos estaban fuera, Bernard y Jacqueline se habían instalado en el piso de Champel para cuidar de los niños.

Al cabo de dos o tres semanas, Arpad fue a la caja del Crédit Suisse a retirar el dinero para pagar el chalet de montaña que tenían alquilado en Verbier. También por obra y milagro del dinero no declarado, todos los años, durante la temporada invernal, alquilaba un impresionante y lujoso chalet que usaban como nido durante los fines de semana y las vacaciones.

Al abrir la caja, Arpad decidió contar el dinero. Solo para tener una estimación de cuánto quedaba. Fue al hacer ese recuento cuando se dio cuenta de que alguien había repuesto varios cientos de miles de euros adicionales. Se quedó helado: Sophie había aceptado dinero de su padre. Arpad le plantó cara esa misma noche. Discutieron.

—¡Tu padre ha aprovechado que estaba en Suiza para volver a soltarte pasta! —vociferó Arpad.

Ella al principio se hizo la tonta:

—¡No, qué va!

—¡Deja de tomarme por imbécil! Hay cientos de miles de euros de más en la caja.

Ella se quedó cortada. No podía seguir negándolo.

—No sabía que contabas el dinero —replicó.

—¡Es para estar seguro de que no te lo gastas a tontas y a locas!

Se arrepintió en el acto de esa pulla gratuita. Sophie lo fulminó con la mirada.

—Menudo comentario de mierda, Arpad.

—Lo siento... Se me ha ido la lengua... Pero prométeme que se acabó, Sophie. No más dinero de Bernard. Nos van a acabar pillando.

\*

Tres años después, delante de la caja donde se disponía a sisar para comprarle a Sophie su regalo de cumpleaños, Arpad pensó que los mayores desencuentros que habían tenido en su matrimonio habían sido siempre por culpa del dinero.

Sophie había seguido sus órdenes. Después de ese incidente en 2019, nunca más volvió a aparecer dinero en la caja. Y, poco a poco, el lujoso tren de vida había ido comiéndose ávidamente su fortuna.

Arpad sacó de un fajo la cantidad que necesitaba para comprar el anillo en Cartier. Llevaba meses sirviéndose con regularidad. Empezaba a temerse

que Sophie notara aquella sangría. Tenía que reponer sin demora el dinero en la caja.

17.30 h, en el cuartel general de la policía ginebrina.

Greg había terminado la jornada laboral. En los vestuarios del grupo de intervención policial acababa de cambiar su uniforme por la ropa de paisano cuando le anunciaron que tenía visita. «Una inspectora de la criminal que quiere verte por un contacto». Enseguida adivinó de quién se trataba.

Encontró a Marion Brullier fuera de la sede de la unidad de élite. Se había puesto guapa: minifalda de cuero y taconazos. Estaba claro que no había ido a trabajar así vestida.

—¿Te apetece ir a tomar algo? —propuso ella.

Pues claro que le apetecía.

En las inmediaciones del edificio de la policía había varios bares, pero Greg prefirió llevarla a un local algo más alejado y discreto, donde no había peligro de encontrarse con ningún compañero que conociese a Karine.

—No me has contestado a los mensajes —le reprochó Marion cuando estuvieron sentados a una mesa.

—Lo siento...

—Yo sí que lo siento. Entiendo que no te intereso... Te... Te malinterpreté. Me he humillado con esas fotos estúpidas. No lo volveré a hacer.

Él le cogió la mano.

—Me han encantado tus fotos. Me gustas muchísimo... ¿Puedo ser totalmente sincero contigo?

—Pues claro.

Estuvo a punto de hablarle de su mujer y de sus hijos, pero tuvo el buen juicio de no hacerlo. Le dijo entonces:

—Puedo abatir a un hombre a trescientos metros, pero aún no soy experto en hacerme fotos a mí mismo.

—Yo puedo enseñarte —dijo ella con una sonrisa pícaro.

Él le siguió el juego:

—¿No me digas?

—Soy más cosas además de una buena poli, ¿sabes? Me gusta pulsar varias cuerdas a la vez.

—¿Qué clase de cuerdas? —preguntó Greg, que de pronto volvió a ver mentalmente a Sophie esposada ofreciéndose a Arpad.

—¿Así que eso es lo que te gusta, pillín? —murmuró ella.

De repente, Greg se sentía excitadísimo. Se la imaginó siendo su prisionera, se la imaginó siendo Sophie. Las ideas que se le agolpaban en la cabeza lo volvían peligrosamente despreocupado justo cuando se avecinaban problemas. Porque a unos cientos de metros de allí, en la sede del grupo de intervención policial, el responsable del material estaba contando una y otra vez las cámaras de vigilancia. Faltaba una.

En ese preciso instante, el hombre del Peugeot gris iba y venía por la calle de Le Rhône, al pie del edificio donde estaba el bufete de Sophie. Había llegado el gran día. Ya hacía una semana que estaba en Ginebra. Una semana que esperaba ese momento.

Sophie estaba en el portal, hablando por teléfono con Arpad.

—¿A qué hora vuelves? —le preguntó él—. Estoy en casa y he descorchado el champán. Los niños están entretenidos con la canguro. Solo faltas tú.

—Todavía me queda un rato en el despacho —mintió ella—. Tengo que terminar de redactar sin falta una nota para un cliente. Voy a darme prisa.

—¿Que te vas a perder tu propia fiesta! —la chinchó Arpad.

—¿Qué va, lo prometo!

—Si no, me bebo el champán con la canguro y me fugo con ella.

—¡Espérame, so bobo!

Se rieron los dos. Ella colgó, empujó la pesada puerta del edificio y apareció en la calle bañada de sol.

Cuando el hombre la vio, corrió hacia ella.

—¡Felicidades, Sophie!

Sophie se dio la vuelta y se le iluminó el rostro. Se echó en sus brazos.

—¡Fiera! —exclamó—. ¡Fiera!

Se dieron un largo abrazo.

Él estaba feliz de reencontrarse con ella. Llevaban tres años sin verse, y, ahora que la contemplaba más de cerca, comprobó que no había cambiado. Al contrario, con el tiempo se había puesto aún más guapa si cabe.

También él estaba radiante. A Sophie la impresionó su apostura. Era como si el tiempo no hiciera mella en él: tenía el rostro bronceado y debajo de la camiseta se adivinaba el mismo cuerpo atlético de siempre.

—Ven —dijo ella—, he reservado mesa en un sitio estupendo a orillas del lago. Con buenos cócteles y buena música.

La terraza estaba a unos pasos de allí. Era un local muy de moda y al principio a Fiera le intimidó la clientela: le parecía que su aspecto desentonaba. Se tendría que haber comprado una camisa. Quería estar a la altura. Pero Sophie, como de costumbre, enseguida logró que se sintiera cómodo.

—¿De dónde vienes? —le preguntó—. ¿Qué te trae por aquí? ¿Cuánto vas a quedarte?

—Las preguntas, una por una —sonrió Fiera—. Acabo de llegar a Ginebra. Antes estaba en Francia, pero, si has recibido mis últimas cartas, ya lo sabrás.

—Guardo todas tus cartas. Como oro en paño.

—¿Qué tal está Arpad? —preguntó él.

—Está bien. Nos va muy bien.

—Eso parece. Da gusto verte. Estás más guapa que nunca.

Sophie estaba acostumbrada a los cumplidos, pero en esa ocasión casi se ruborizó.

—Gracias —murmuró.

—¿Y los niños?

—Crecen demasiado deprisa. Mira...

Sacó el móvil para enseñarle fotos familiares, pero Fiera la miraba más a ella que a la pantalla.

—Todavía no me has dicho qué te trae por Ginebra —siguió indagando Sophie.

Él sonrió de oreja a oreja y contestó, como si fuera obvio:

—Tú. Única y exclusivamente tú. Necesitaba volver a verte. San Remo no podía ser nuestra última vez.

*Tres años antes*  
*Febrero de 2019*  
*San Remo*

Habían pasado tres días juntos y les faltaba una hora para despedirse. A Fiera siempre le costaba mucho separarse de ella, pero esa vez era especialmente dolorosa: Sophie le había dicho que lo suyo había acabado. Que no podía seguir con él. No podía seguir haciéndoles eso a su marido y a sus hijos. Frente a ellos, Fiera sabía que no tenía ninguna posibilidad de ganar.

A petición de Fiera, anduvieron un rato por la playa. A pesar de las apariencias, él era tímido. Al cabo se atrevió a cogerla de la mano y ella dejó que lo hiciera. Caminaron en silencio. Cuando llegó la hora de despedirse, ella lloró. A él lo alegraron sus lágrimas. Significaban que había sido importante para ella.

Desde San Remo, Sophie se dirigió en el coche de alquiler a Niza, donde debía coger un vuelo a Ginebra. Volvió a llamar a Arpad antes de llegar al aeropuerto.

—¿Qué tal por Londres? —preguntó él.

—Todo ha ido bien. Creo que Samuel estaba satisfecho. Yo estoy molida, me muero por volver a casa.

\*

En la terraza, Fiera le repitió a Sophie:

—¡San Remo no podía ser nuestra última vez!

Ella no dijo nada. Entonces él le alargó una tarjeta. Una de esas tarjetas de felicitación ilustradas que venden en los grandes almacenes. Se arrepentía de no haber usado el sobre a juego. Habría causado mejor impresión. A ella la traía al paio. Abrió la tarjeta y al leer la nota que Fiera había escrito dentro se le desbocó el corazón.

*Pantera mía:*

*No has nacido para vivir enjaulada. Te has acostumbrado a ello, como los animales del zoo. Pero la rutina y la vida cotidiana son como*

*barrotes. Tu felicidad es una ilusión.*

*No te olvides de la acertada reflexión de Viscontini. Ven conmigo, quiero llevarte a saborear de nuevo la libertad.*

*Te quiero.*

*Tu Fiera*

—¡Feliz cumpleaños! —le dijo entonces Fiera—. He venido a Ginebra para volver a verte y darte tu regalo.

\*

El mismo día, en la cálida noche que se había asentado en Ginebra.

En la terraza del restaurante japonés del Hôtel des Bergues que dominaba la ciudad y el lago Lemán, Sophie soplabla la velita que coronaba un suflé de chocolate.

—Feliz cumpleaños, amor mío —le susurró Arpad.

Ella le cogió la mano por encima de la mesa.

—Gracias. Gracias por todo.

—No me des las gracias —dijo Arpad—, todavía no has visto tu regalo. Igual no te gusta nada.

Ella sonrió:

—Mi regalo eres tú, tonto.

Arpad se metió la mano en el bolsillo interior de la chaqueta y sacó un estuchito. Sophie lo abrió y se encontró dentro el collar de macarrones que él le había hecho: un guiño a la conversación que habían tenido en Saint-Tropez. Había usado un cordel elástico enhebrado en los tubitos de distintos tamaños, tras colorearlos de azul y rosa.

Sophie se colgó el collar del cuello. Ni con una gargantilla de diamantes habría estado más hermosa.

Acto seguido Arpad le ofreció a Sophie un segundo estuche. Ella lo abrió y, al descubrir la pantera reluciente de piedras preciosas, se quedó sin habla. Se la colocó en el dedo y se puso de pie para darle un beso a su marido.

—Eres mi pantera —le dijo Arpad.

—Para siempre —le prometió Sophie.

Volvió a besarlo. Luego se quedó mirándose mucho rato la joya en el dedo con fingida admiración. Estaba totalmente trastornada. Era con diferencia el

regalo más suntuoso que le habían hecho nunca.

Pero no era nada al lado de lo que Fiera le había regalado unas horas antes.

Un año antes  
*Junio de 2021*  
*Ginebra*

En el despacho del notario, Sophie primero y luego Arpad estamparon su firma en la escritura de compraventa. El notario lució su sonrisa de circunstancias.

—Señor y señora Braun —anunció—, ya son ustedes propietarios de esta casa.

Sophie y Arpad se dieron un beso, en un arrebatado de alegría. ¡La Casa de Cristal era suya! Acto seguido, intercambiaron un apretón de manos protocolario con el vendedor. Este último, un conocido arquitecto local, había diseñado y mandado construir la casa unos años antes. Una casa moderna, toda ella de cristal y rodeada de un jardín magnífico, oculto entre lienzos de bosque. Su familia y él la habían ocupado brevemente, pero sus hijos, ya mayores, no tardaron en abandonar el nido y la vivienda les resultaba demasiado grande a su mujer y él.

Para Arpad y Sophie, la aventura había comenzado en torno a un año antes.

A Sophie se le había antojado cambiar el piso de la avenida Bertrand por una casa con jardín. Le gustaban la vida urbana y el barrio de Champel, pero, ya que Ginebra ofrecía el privilegio de poder vivir en el campo a solo quince minutos en coche del centro de la ciudad, le parecía una lástima no aprovecharlo. Tanto más cuanto que el mercado inmobiliario estaba batiendo récords: su piso se había revalorizado muchísimo. Sophie sentía que no podía dejar pasar esa oportunidad. Arpad sentía lo mismo, pero por motivos más prácticos: la venta del piso les permitiría recuperar de forma íntegra el botín de Bernard cien por cien blanqueado. Hecho lo cual, podrían utilizar ese dinero como si lo hubieran ganado debidamente.

No tardaron en encontrar comprador para el piso. La venta se formalizó en pocas semanas, lo que Sophie y Arpad tardaron en localizar una casa de alquiler en el barrio para mudarse allí de manera provisional hasta que dieran con la definitiva. Y esa nueva adquisición se presentaba bajo los mejores auspicios: entre sus ahorros, que ya eran oficiales, y unos tipos de interés históricamente bajos, podían apuntar muy alto. El día que Sophie y Arpad se toparon con la Casa de Cristal de Coligny, en una de las visitas de chalets en venta, sintieron un auténtico flechazo.

Arpad tuvo la sensación de que su vida estaba a punto de cambiar.

---

SEGUNDA PARTE

*Los días anteriores al hallazgo de Greg*

## Capítulo 10

### *Once días antes del atraco*

~~LUNES 20 DE JUNIO (CUMPLEAÑOS DE SOPHIE)~~

→ **MARTES 21 DE JUNIO DE 2022**

MIÉRCOLES 22 DE JUNIO

JUEVES 23 DE JUNIO

VIERNES 24 DE JUNIO

SÁBADO 25 DE JUNIO

**DOMINGO 26 DE JUNIO (EL HALLAZGO DE  
GREG)**

19.00 h, en Cologny.

Karine abrió la puerta de la Verruga, agotada tras la jornada de trabajo en la tienda. Como ya se esperaba, los chicos estaban peleándose en el salón, y la canguro, repantingada en el sofá.

Sacó la cena del congelador y encendió el horno. Puso la mesa para tres.

—¿Papá no viene? —preguntó el mayor, al fijarse en que faltaba un cubierto.

—Se ha entretenido en el trabajo —explicó su madre.

Delante de la puerta del piso de Marion, Greg volvió a leer el mensaje que le había mandado a Karine.

*Operación de última hora. Lo siento. Volveré tarde.*

El mensaje era tan impreciso como sus pensamientos. A imagen y semejanza de sus titubeos. Se fijó en que había escrito «lo siento», aunque él nunca pedía disculpas por una operación o una emergencia relacionada con su trabajo. Lo que sentía no era volver a casa tarde, sino lo que estaba a punto de hacer.

Marion vivía en Carouge. Un piso en la novena planta de una torre. Greg llamó a la puerta y ella abrió, luciendo una amplia sonrisa y escasa ropa. Las luces estaban atenuadas, las persianas bajadas y las velas encendidas. Greg pensó que hacía mucho tiempo que Karine no lo recibía así.

—Está chula tu casa —dijo sentándose en el sofá.

Marion sonrió: esa observación estúpida traicionaba los nervios de su visitante. Decidió tomar el control. Se sentó encima de él y lo besó.

—Te deseo ahora mismo —murmuró Greg.

Ella se puso de pie para llevarlo al dormitorio. No contaba con que la cosa fuese a ir tan rápido, pero ¿por qué no? Greg la detuvo: se había fijado en que la pata del armario del salón le serviría perfectamente.

—Me apetece hacerlo aquí —dijo sacándose unas esposas del bolsillo de atrás del pantalón.

\*

Eran las siete y media cuando Arpad llegó a la Casa de Cristal. Nunca volvía tan tarde. Le llamó la atención el Peugeot gris con matrícula francesa que estaba aparcado en el patio. Se preguntó de quién sería. Cruzó la puerta principal, hecho polvo. Sophie, que lo había visto llegar, lo estaba esperando con una copa de vino.

—Lo siento —dijo soltando el maletín de cuero en el suelo—, he tenido un día de mierda en el banco. Los mercados se han descontrolado, acabamos de tener una reunión de crisis de dos horas. Mañana debo comunicarles a cuatro personas de mi equipo que están despedidas.

—¡Vaya! —se apiadó Sophie alargándole una copa de burdeos.

—Gracias. ¿De quién es el coche que hay fuera?

—Tenemos un invitado sorpresa. Debería levantarte el ánimo.

Un destello de curiosidad iluminó el rostro contrariado de Arpad.

—¿Quién es? —preguntó.

—Adivina.

—Dame una pista —exigió él, entrando en el juego.

—Saint-Tropez —contestó Sophie.

—Si es tu padre, es una sorpresa malísima —murmuró Arpad, que parecía haber recuperado el buen humor.

Sophie se echó a reír:

—Te estoy hablando del Saint-Tropez de los buenos tiempos.

—¿Alguien relacionado con el Béatrice?

—Exactamente.

Él se detuvo un momento a pensar. Como a Sophie se le hacía muy largo, lo cogió de la mano y se lo llevó al salón. Arpad se quedó de piedra.

El fantasma había vuelto.

El día del atraco

*Sábado 2 de julio de 2022*

*2 horas y 45 minutos antes de empezar el atraco*

6.45 h, en el cuartel general de la policía.

Greg siempre estaba de los nervios antes de una operación. Consideraba que era esencial para mantenerse alerta si las cosas se ponían feas. Pero esa vez, aunque no quisiera admitirlo, era distinto: estaba especialmente alterado. Había dormido mal.

Fue el primero en llegar a la sede del grupo de intervención policial. Se preparó, solo en los vestuarios. Se puso el uniforme negro de forma casi ritual. Su traje de combate. Esperaría a que terminara la reunión para colocarse el chaleco antibalas, el pasamontañas y el casco táctico.

Se tiró un buen rato mirándose en el espejo. Hasta que irrumpieron los primeros compañeros. Mientras los otros se cambiaban y equipaban, Greg fue a la sala de reuniones.

Hoy era el día del enfrentamiento.

## Capítulo 11

### *Diez días antes del atraco*

~~LUNES 20 DE JUNIO (CUMPLEAÑOS DE SOPHIE)~~

~~MARTES 21 DE JUNIO~~

→ **MIÉRCOLES 22 DE JUNIO DE 2022**

JUEVES 23 DE JUNIO

VIERNES 24 DE JUNIO

SÁBADO 25 DE JUNIO

**DOMINGO 26 DE JUNIO (EL HALLAZGO DE  
GREG)**

6.30 h, en la Casa de Cristal.

—Ha estado bien ver a Fiera, ¿no?

En la cocina de los Braun, las preguntas de Sophie se quedaban sin respuesta. Estaba de espaldas a Arpad, que se bebía el café en silencio.

Por primera vez desde hacía mucho tiempo, había sido él quien se había levantado antes que nadie. Sophie había abierto un ojo en el momento en que él salía del dormitorio y se había apresurado en levantarse a su vez. Notaba que algo iba mal. Era por culpa de Fiera. Sabía que aquella cena no había sido una buena idea, pero Fiera había insistido. Quería enterarse de cómo era su vida familiar, conocer su casa, volver a ver a Arpad. No supo decirle que no. Nunca había sabido decirle que no.

Arpad no tenía ninguna gana de hablar. Aun así, hizo el esfuerzo de pronunciar unas palabras.

—Ha estado muy bien ver otra vez a Fiera —afirmó sin convicción—. ¿Te lo encontraste por casualidad en la calle?

—Sí, nos tropezamos cuando yo salía del bufete. Enseguida preguntó por ti. Tenía muchas ganas de verte.

Arpad no acababa de creerse que Fiera hubiese aparecido en Ginebra por casualidad. Tenía un mal presentimiento.

—Te noté mala cara durante la cena —comentó Sophie, preocupada.

¡Cómo se arrepentía de esa estúpida cena! Ahora Arpad empezaría a sospechar. Con lo sencillo que podría haber sido todo, ahora le iba a tocar hacer malabares y redoblar esfuerzos para atenuar el estado de alerta de su marido.

—Es por la gente a quien tengo que despedir hoy —mintió Arpad—. Me pesa en la conciencia.

¡Los despidos! A Sophie se le había olvidado por completo ese asunto. Sin duda por eso estaba tan alicaído y no por la presencia de Fiera. No había de qué preocuparse. De hecho, la cena había sido muy agradable.

Era miércoles y los niños no tenían colegio. Por norma, ese día Arpad trabajaba desde casa y se encargaba de llevar a Isaak al entrenamiento de fútbol y a Léa a clase de tenis.

—¿Te importa llevar tú a los niños esta mañana? —preguntó él—. Me gustaría llegar al banco antes que la gente a quien he de despedir para no tener que hablar con ellos de tonterías en el ascensor y acabar diciéndoles «venga a verme dentro de un rato al despacho, que debo darle una mala noticia».

—Lárgate —contestó Sophie—. Yo me encargo de los niños. No tengo ninguna cita importante esta mañana. ¿Qué puedo hacer para animarte? ¿Quieres que cenemos fuera? Podríamos proponerles a Julien y Rebecca que nos acompañaran.

—¿Por qué no tú y yo solos? Un italiano. Un plato de pasta y un buen vino.

—Me parece un plan perfecto —sonrió Sophie.

Arpad le dio un beso y se marchó.

Montado en el coche, Arpad salió por el portón de la Casa de Cristal y bajó por el caminito hasta la carretera de La Capite. La enfiló sin fijarse en el Peugeot gris que lo estaba esperando en el cruce.

Fiera, al volante, arrancó en cuanto vio pasar a Arpad. Le sorprendía que saliera tan temprano, no era lo que solía hacer. Daba igual, había hecho bien en madrugar. Se fue tras él. Dirección: el centro de Ginebra.

Esa mañana, en la Verruga.

Al levantarse, Karine se llevó una sorpresa cuando se encontró a Greg preparando el desayuno en la cocina. La recibió con un *cappuccino*.

—¿No has ido a correr? —preguntó asombrada.

—Me apetecía cuidar de mi gente —dijo Greg.

Se había despertado eufórico después de la velada con Marion. Ni siquiera había sentido la necesidad de ir a ver qué estaba pasando en casa de los Braun. Al ver a Karine delante de él, casi se sentía culpable por no sentirse culpable. Era un sentimiento muy raro: siempre había despreciado a los padres de familia infieles y, ahora que él había cruzado esa línea, no tenía la sensación de estar traicionando a Karine. Sencillamente, había ido a buscar algo que ella ya no podía darle.

Greg sabía de sobra lo que le diría Karine si le sacaba unas esposas para sujetarla. Pondría cara de asco: «¿Qué diablos es eso?». Tiempo atrás sí que había intentado que sus relaciones fueran más picantes, pero ella le había aguado la fiesta sistemáticamente pidiéndole «hacer el amor como una persona normal». Así que acababan sí o sí en la postura del misionero. Se aburría. En el fondo, tampoco estaba pidiendo tanto, solo que le hicieran un poco de caso.

—¿A qué hora volviste anoche? —preguntó Karine—. Ni siquiera te oí.

—Tarde —contestó Greg—. Fue una operación interminable.

—¿Qué pasó?

—Tuvimos que esperar a que unos ladrones presuntamente violentos se juntaran en el punto de reunión que habíamos descubierto para detenerlos a todos a la vez. Tardaron siglos.

En su imaginación, Greg volvió a ver a Marion, atada, ofreciéndose a él. Vulnerable. Tenía que pensar en otra cosa. Karine se lo puso fácil:

—¿Crees que podrás hacer la compra al volver del curro? He hecho una lista.

—Sin problema, hoy libre —le recordó Greg.

A Karine se le había olvidado. Y eso que estaba anotado en el calendario familiar. Le tocaba llevar a Sandy al veterinario.

—Ya te diré si se me ocurre algo más.

Greg se dio cuenta de que a su mujer se le había pasado su día libre y que ahora iba a poner todo su empeño en buscarle tareas que hacer. Se le adelantó:

—Voy a aprovechar para pasarme por el Brico Loisirs de La Praille para comprar unos tablones y arreglar el tejado de la caseta de jardín. ¿Quieres que de camino te acerque a la tienda?

Karine hubiera preferido ir con Sophie, pero, por una vez que Greg tomaba una iniciativa así, se sentía en la obligación de aceptar. Le mandó un mensaje a Sophie para proponerle quedar con ella en el Café des Aviateurs.

Después de dejar a Karine en el centro, Greg, en compañía de su fiel Sandy, siguió su camino hacia Carouge. Como no tenía cita en el veterinario hasta las diez y media, disponía de tiempo de sobra para ir antes al almacén de bricolaje. El perro se quedó esperando en el maletero.

Greg estuvo deambulando por la tienda. Al pasar por delante de las cadenas y los sistemas de sujeción, pensó en Marion. Decidió enviarle un mensaje.

*Tengo ganas de verte. Te he comprado un regalito.*

Se estaba volviendo temerario.

Cuando Karine se reunió con Sophie en el Café des Aviateurs, enseguida se fijó en la pantera de diamantes que llevaba en el dedo.

—¿Es tu regalo de cumpleaños? —preguntó.

—Sí —sonrió Sophie.

Se quitó la joya del dedo para dejársela a Karine, que la examinó como una experta.

—Qué detalles más increíbles. Esos ojos... Es todo tan perfecto...

—Estoy muy mimada —admitió Sophie.

Karine se acordó de que, por su cumpleaños, Greg le había regalado un libro. Le devolvió el anillo a Sophie y le preguntó:

—El sábado por la tarde los chicos tienen partido de fútbol... ¿Vas a ir?

—No puedo perdérmelo. Isaak no habla de otra cosa desde hace diez días.

Era un encuentro decisivo: la última jornada de liga, que iba a determinar cuál era el equipo campeón. Se celebraba en Cologny y, además, a Arpad y a Greg les tocaba atender juntos el quiosco de bebidas.

—Estaba pensando —continuó Karine casi con timidez— que después del partido podríamos organizar una barbacoa en mi casa...

Temía recibir un rechazo, pero Sophie enseguida pareció entusiasmarse:

—¡Será un placer! ¡Y encima han anunciado un tiempo estupendo!

Al instante, Karine se sintió a la vez emocionada y nerviosa. Tenía que mostrarse digna de los Braun. Poner la mesa fuera con velas y un vino excelente. ¿Y si en lugar de las típicas ensaladas que se quedan mustias al sol servía una fuente de marisco? Encargaría un surtido de ostras, langostinos y bueyes de mar en la Brasserie Lip, que era famosa por eso. Con un champán fresquito como acompañamiento, tipo Blanc des Blancs. Karine intuía que esa barbacoa la iba a tener algo angustiada durante los

siguientes días, pero merecía la pena. Y, si la velada salía bien, les propondría a los Braun irse de vacaciones todos juntos en octubre.

\*

Arpad se había sentado en la terraza de un café del parque de Les Bastions. Llevaba allí, pensativo, una hora larga y dos expresos.

Acababa de pagar las consumiciones y se disponía a irse cuando Fiera, que no había dejado de observarlo, decidió pasar a la acción. Salió de la nada y se sentó a la mesa.

—¿Fiera? —exclamó Arpad con un nudo en la garganta y disimulando a duras penas su asombro y su malestar—. ¿Qué te trae por aquí?

—Me apetecía hablar contigo.

El malestar de Arpad iba en aumento. Decidió poner las cartas sobre la mesa:

—Mira, no sé qué pintas en Ginebra y no sé qué quieres de mí. Pero no he contado nada. A nadie. Me marché de Saint-Tropez de la noche a la mañana, me vine aquí y nadie me ha preguntado nunca nada. Solo aspiro a que nos dejes en paz, a mi familia y a mí.

—Relájate, amigo mío. Eso fue hace quince años.

Arpad quiso escaparse.

—Lo siento —se puso de pie—, pero no me queda más remedio que ir corriendo al banco.

Fiera lo apuntó con un dedo amenazador.

—Siéntate, Arpad. E invítame a un café, amigo mío. Tienes tiempo de sobra. Sé que estás sin trabajo. Que te despidieron del banco hace casi seis meses.

11.00 h, ese mismo miércoles por la mañana.

Según salía del veterinario, Greg notó que el móvil le vibraba en el bolsillo: había recibido un mensaje. Lo primero que pensó fue que Marion le había respondido, pero solo era Karine.

*¿Sigues en Brico Loisirs?*

*No.*

Esa respuesta le valió inmediatamente a Greg una llamada de su mujer. Al descolgar, ya sabía que le iba a pedir que volviera allí. No se equivocaba:

—Barbacoa en casa con los Braun el sábado por la noche —anunció Karine—. Compra una bombona de gas y lo que haga falta para la parrilla. Y mira a ver si encuentras una guirnalda de luces.

—¿Una guirnalda de luces?

—Para iluminar el jardín de forma bonita.

—Tenemos luz en el porche —objetó Greg.

—Eso no es una luz, es el foco de una cárcel —le espetó Karine—. Hace falta algo menos lúgubre.

—Muy bien, a ver qué encuentro —prometió Greg.

Karine pasó al tema de la carne. Solían comprarla en el supermercado, pero esta vez irían a la carnicería. Mientras ella hablaba, Greg recibió un mensaje de Marion, que leyó enseguida, apartándose el móvil de la oreja.

Marion: *¿Aperitivo en mi casa?*

Greg: *OK. ¿A qué hora?*

Marion: *¿A las 17?*

—Lo de la carnicería me parece muy buena idea —le dijo entonces a su mujer—. Volveré a Brico Loisirs sobre las cinco para coger el gas y las guirnaldas. Ya me dirás si se te ocurre algo más.

\*

17.00 h, en el piso de Marion.

Todo estaba listo para recibir a Greg. Encima de una tabla de pizarra había dispuesto *viande des Grisons* y una selección de quesos. Tenía una botella mágnam de rosado puesta a enfriar. Se sentarían en la terraza. El edificio en el que vivía era feo pero alto y tenía bonitas vistas hasta el macizo del Jura, que formaba un dique en el horizonte. Después del aperitivo, podían quedarse en casa o salir a cenar.

Estaba deseando volver a verlo. Se lo había pasado muy bien la noche anterior. Menos al principio: eso de las esposas no le había gustado nada. No tenía ningún tabú, pero aquello no era lo suyo. Pasado ese momento raro, se habían entendido de maravilla: habían preparado pasta y bebido vino tinto, echado unas cuantas risas, y hablado largo y tendido. Sobre todo ella. Se había sincerado mucho y él la había escuchado. Era agradable estar con un hombre que la escuchaba, para variar respecto a los tíos que solo hablaban de sí mismos. Se moría de ganas de saber más cosas de él. En el círculo de la policía ya tenía una reputación como poli de élite, pero ella quería conocer al hombre que había debajo del uniforme de asalto. ¿Quién era en realidad Greg Liégean? Como no llevaba alianza ni había mencionado que tuviera mujer o hijos, había deducido que estaba soltero. Soñaba con tener una relación seria y notaba que él era distinto a los tipos que encontraba en las aplicaciones de citas. La única pega que le veía era la edad: le llevaba fácilmente doce o quince años. Aunque, bien pensado, estaba mucho más en forma que la mayoría de sus últimos ligues. Y aún era lo bastante joven para tener hijos.

Sonó el timbre. Era él.

Al otro lado de la puerta, Greg se moría de ganas de volver a ver a Marion. En el mensaje había mencionado un «aperitivo». Él lo había interpretado más que nada como una indicación horaria. Seguramente ella le ofrecería una copa y él la aceptaría por educación, pero tampoco era cosa de

eternizarse, solo disponía de una hora. Tenía que relevar a la canguro a las seis.

Marion abrió la puerta y se arrojó en brazos de Greg para besarlo lánguidamente. Él, muy consciente del poco tiempo que tenía, enseguida enarboló la bolsa de Brico Loisirs.

—¡He traído unos juguetes! —dijo en tono triunfal mientras sacaba las cadenas recién compradas.

Marion se quedó pálida.

—¡Ah, no! —exclamó—. ¡Otra vez ese espanto, no!

Greg se achantó de inmediato.

—Yo creía que... —balbució.

—¿Qué es lo que creías? Te he invitado a tomar el aperitivo, no a que vuelvas a hacerme la cosa esa. ¡No me gustó nada! ¡Nada de nada!

Greg se quedó mirando a Marion con desprecio. Esa reacción acababa de quitarle todas las ganas. Aun así, se sintió en la obligación de justificarse:

—Pensaba que lo del aperitivo era una excusa.

Marion se puso a dar voces:

—¡El aperitivo es el aperitivo! ¡Y, cuando te invitan a tomar el aperitivo, te presentas con una botella de vino, no con cadenas para atar a la gente!

Cuanto más gritaba, más se enfriaba Greg. No dejaba de vigilar el reloj. ¿Cómo iba a librarse de aquello?

\*

19.30 h, en la terraza de un restaurante italiano pequeñito y muy mono en el centro de Coligny.

Hacía bueno y flotaba en el aire una sensación de liviandad. En aquellos días de solsticio, la noche tardaba en caer.

En la mesa, Sophie hablaba por dos. Parecía jovial y de buen humor, como si nada pudiera hacerle daño. Aunque no se había arreglado mucho, estaba especialmente guapa: brillaba con luz propia. Enfrente de ella, Arpad permanecía mudo, ausente, con la cara descompuesta. Sophie sabía que había tenido un día muy malo en el banco y que debía mostrarse solícita, pero estaba demasiado exaltada, demasiado nerviosa por la irrupción de

Fiera en su ordenada vida. Aun así, hizo un esfuerzo por mostrar interés por su marido y sus preocupaciones laborales:

—Pobrecito mío, pareces totalmente exhausto —le dijo.

—He tenido días mejores.

—¿Qué tal te ha ido en el banco?

—Ha sido tan horrible como me temía. Hubo uno que se me echó a llorar como un niño, y eso que es un hueso duro de roer. Todos los bancos están pasando apuros, les va a costar Dios y ayuda encontrar un curro equivalente. Y, aunque encuentren algo, ya se pueden ir despidiendo de las bonificaciones y los complementos por antigüedad. Nunca podrán volver a permitirse el tren de vida de los años de vacas gordas. Pero no por ello se atreverán a renunciar a él. Y tendrán que seguir pagando las letras de su bonito chalet, los colegios privados de los niños y los regalos para la parienta, que no se va a conformar con una vida de saldo. Están condenados a convertirse en un esquema Ponzi con patas.

—Estás exagerando —matizó Sophie para que no decayera la conversación.

Pero Arpad no estaba exagerando en absoluto. Sabía de sobra de lo que hablaba. Lo que acababa de contarle a Sophie lo había vivido en sus propias carnes. Había sucedido a principios de enero. El día que volvió de las vacaciones de Navidad que habían pasado en un lujoso hotel de isla Mauricio, lo citaron en dirección. Entró en la sala de reuniones pavoneándose, exhibiendo su aspecto radiante y su bronceado insolente en pleno invierno ginebrino. Estaba tan cegado consigo mismo que pensaba que lo iban a ascender: al jefe de gestión de patrimonio internacional del banco lo habían despedido unas semanas antes y Arpad creía estar a la altura del cargo.

Pero la conversación dio un giro radical: le explicaron que, aunque lo valoraban mucho, corrían tiempos difíciles. El banco tenía que «soltar lastre». Los resultados de Arpad, tanto de él como de su equipo, ya no bastaban y había que hacer algunos «ajustes». Estaba a punto de llegar un nuevo responsable desde un banco alemán para hacer limpieza. A Arpad, por su parte, tal y como lo exigía el protocolo de seguridad (que era, esencialmente, un sistema del banco para impedir que los empleados se llevaran consigo a sus clientes), le bloquearon los accesos informáticos, le

desactivaron la tarjeta de entrada y lo liberaron, con efecto inmediato, de la obligación de trabajar.

Salió del banco noqueado. De inmediato quiso avisar a Sophie, pero lo descartó tan pronto como digirió la noticia. Al llegar la noche, se acostó junto a ella sin haberle dicho nada todavía. Y, a la mañana siguiente, fingió que se iba a trabajar. Se había pillado los dedos en un engranaje que iba a durar varios meses. Obviamente, se apresuró a solicitar trabajo en otros bancos, pero no había ninguna perspectiva. Todo el mundo despedía y ya nadie contrataba. Y, cuanto más aplazaba el contárselo a Sophie, menos ánimos tenía para enfrentarse a la verdad. Se había enclaustrado en la mentira.

En la mesa del restaurante italiano, Arpad miraba cómo Sophie, despreocupada, saboreaba la pasta y conversaba con él. Una pareja feliz. Enamorada. Una pareja perfecta. En apariencia.

Arpad le daba vueltas a lo que Fiera le había dicho esa misma mañana, en el café del parque de Les Bastions.

—¿Que cómo me he enterado de que te habían despedido? Porque me pasé por el banco para verte, pero me dieron a entender que llevabas sin trabajar allí desde enero. Y, como tuve oportunidad de seguirte un poco en los días que te pasabas callejeando, no tardé en comprender de qué iba la cosa.

Arpad se indignó:

—¿Me has estado siguiendo?

Fiera contraatacó de inmediato:

—Imagino que Sophie no está al tanto...

Arpad se quedó mirándolo con expresión iracunda. El otro insistió:

—Sophie no sabe nada, ¿a que no?

—No, no sabe nada —reconoció Arpad.

Ya lo tenía bien cogido. ¿Qué iba a pedirle ahora a cambio de su silencio?

—No te agobies —lo tranquilizó Fiera con voz falsamente amistosa—. Tu secreto está a salvo conmigo. Como si tú y yo no supiéramos nada de secretos, ¿verdad?

Arpad notó una amenaza en el tono de Fiera y lo agarró por el cuello de la camiseta.

—¡Escúchame, Fiera, ya está bien de tonterías! ¿Por qué estás en Ginebra?

Fiera sonrió de oreja a oreja.

—Me encanta cuando te enfadas. Vuelvo a ver al Arpad de antes. Hay un tío duro debajo del traje de ejecutivo. ¿Quieres saber por qué estoy en Ginebra? Hay que cometer un atraco y necesito que me echen una mano...

El día del atraco

*Sábado 2 de julio de 2022*

*2 horas y 15 minutos antes de empezar el atraco*

7.15 h.

En la cocina de la Casa de Cristal, Arpad se estaba bebiendo un último café. Estaba de pie delante de la ventana, escrutando el exterior como tan a menudo lo hacía Sophie.

Había temido tanto que llegara aquel día que ahora se sentía casi aliviado. Fiera se había comprometido a desaparecer al día siguiente. Un último atraco. El último golpe juntos. Y después se habría acabado. Arpad se preguntó si Fiera mantendría su palabra.

Volvió a leer por última vez las instrucciones que había anotado en un trozo de papel y acto seguido lo quemó en la pila para que no quedara ningún rastro.

Dieciséis años antes  
*Julio de 2006*  
*Draguignan, Francia*

Draguignan, a cincuenta kilómetros de Saint-Tropez.

El furgón celular se detuvo tras los muros de la cárcel. Llegaba un nuevo grupo de reclusos. Los hombres, siguiendo las instrucciones de los guardias, bajaron del vehículo en fila india y se dirigieron hacia el pabellón central. Arpad cerraba la marcha. Miraba a su alrededor, buscando puntos de referencia. El sol lo cegaba. Lo único que oía era ruido y gritos. Estaba aterrorizado.

Arpad, de veinticuatro años, vestía un traje elegante pero había perdido toda altivez. Procedieron a inscribirlo en la prisión. Le asignaron un número de registro y le confiscaron sus objetos personales. Cuando lo detuvieron los gendarmes, llevaba bastante efectivo encima. Le ingresaron la suma en su cuenta del economato. Así podría mejorar su vida cotidiana. Y granjearse amistades. Tuvo que cambiarse de ropa, tras lo cual le dieron su «petate» reglamentario con sábanas, una manta, un neceser de aseo y cacharros para comer.

A continuación, un guardia lo condujo hasta su pabellón. Se adentraron en la cárcel. El sonido de las rejas al cerrarse. Los gritos de los reclusos. Los olores. Las miradas. Arpad tenía un nudo de angustia en el estómago. Llegaron frente a la celda. El guardia hizo girar la llave en la cerradura y abrió la pesada puerta. Arpad entró y dio unos pasos. Había dos camas. Una de ellas la ocupaba un cachas con cara de pocos amigos y Arpad se preguntó si sería mejor saludar o callarse. Pero el hombre lo recibió casi con cordialidad:

—Hola. Instálate.

Arpad dejó el petate encima del colchón desnudo y sacó las sábanas. Entonces, sin apartar los ojos del televisor, el hombre le dijo:

—Puedes usar la mesa y una de las baldas. Lo he acaparado todo un poco, voy a hacerte sitio.

Arpad colocó sus escasos efectos aquí y allá, sin saber si estaba tomando posesión o, sencillamente, obedeciendo a ese hombre que lo impresionaba.

El compañero de celda de Arpad se llamaba Philippe, pero allí todo el mundo lo llamaba «Fiera». Tenía unos treinta y cinco años, la cabeza rapada, un físico impresionante y cara de duro. Se desprendía de él un poderío sereno. La cárcel era su reino: en el centro penitenciario, todo el mundo lo respetaba. Se había ganado la simpatía de los demás reclusos y la confianza de los guardias. A menudo mediaba en los conflictos. Su mera presencia contribuía a mantener cierta paz en el centro.

Una de las reglas de la cárcel era no hablar de por qué estabas encerrado. Pero la reputación de los presos solía precederlos. Fiera era un atracador consumado. Estaba cumpliendo su último año de pena y lo habían trasladado a Draguignan por buena conducta, para cumplirlo bajo un régimen penitenciario menos estricto.

Desde el primer día, Fiera tomó a Arpad bajo su protección. «Quédate conmigo y no te meterás en problemas», le dijo. Y, como Arpad era en esencia un tipo majo, Fiera no tardó en encariñarse con ese joven de buena familia al que sacaba diez años y del que se preguntaba qué pintaba allí. Acabó por preguntárselo a bocajarro:

—El guardia dice que estás en preventiva.

—Sí.

—¿Qué hiciste?

—Meter la pata.

A Fiera le hizo gracia la respuesta:

—Como todos.

—Quise impresionar a una chica —precisó Arpad.

—Como todos.

Arpad sonrió. Y, a renglón seguido, contó lo que había sucedido una semana antes.

\*

*Una semana antes*

## *Saint-Tropez*

Arpad bordeaba la costa mediterránea a bordo de un Aston Martin con matrícula inglesa. Caía la noche y el golfo de Saint-Tropez se abría majestuosamente ante él. Mientras conducía el descapotable, disfrutaba del agradable calor y del olor embriagador de los pinos. Había salido de Londres ese mismo día a las cuatro de la madrugada. Por fin estaba llegando a su destino.

Al aproximarse a Saint-Tropez, siguió en dirección al pueblo. Aunque en principio tenía que presentarse directamente en la casa, le apetecía aprovechar el coche. Le sobraba algo de tiempo, no lo esperaban aún. Había conducido deprisa y casi sin hacer paradas.

El coche cruzó Saint-Tropez, repleta de turistas en esa época estival. Las terrazas estaban a reventar, no quedaban mesas libres en ningún restaurante. Arpad aceleró el motor por el puro placer de que lo mirasen. Llevaba cuatro veranos yendo a Saint-Tropez. Durante esas estancias, y con ayuda de su encanto y su sorna, había tejido una modesta red de contactos en los locales de moda.

Llegó al Béatrice, se detuvo delante y le encomendó el Aston Martin al aparcacoches. En la acera, los clientes esperaban tras un cordón a que un vigilante de seguridad lleno de músculos los autorizase a acercarse. Algunos presumían de tener reserva; los demás casi seguro que no entrarían. Arpad se dirigió directamente hacia Céline, la recepcionista, que lo obsequió con un alegre abrazo.

—¡Arpad! —exclamó—. ¿Ya estás de vuelta?

—Solo dos días.

—Qué poco —se lamentó ella.

—Debo volver a Londres. Tengo un curro de banquero esperándome. Las cosas empiezan a ponerse serias.

—¡Vaya con el señor banquero! —se entusiasmó Céline—. ¿Tengo que llamarte *my lord*?

—Todo se andará —sonrió Arpad—. ¿Tienes sitio para mí en la barra?

—Para vos siempre, *my lord*.

Se lo llevó dentro del local y lo sentó a la barra, donde cenó pasta con trufas. A mitad de la velada, cuando el restaurante se transformó en club nocturno, le llamó la atención un grupo de treintañeros. Elegantes, joviales y

rumbosos. Botellas de champán como si cayeran del cielo. Arpad congenió con uno de ellos, que lo invitó a sentarse a su mesa para tomar una copa. Fue entonces cuando se fijó en esa belleza morena que se lo estaba comiendo con los ojos.

Dio de lado a sus amigos circunstanciales para ir a ligar con ella. Estuvieron un rato en la pista de baile. Luego se besaron. Hasta que ella decretó que tenía que volver a casa.

—¿Te llevo? —le ofreció Arpad.

—¿Vas a dejar a tus amigos?

Había dado por hecho que era de la pandilla.

—No te preocupes por ellos —dijo él—. Ya me encontrarán.

Recogió el Aston Martin delante del local y la invitó a subir a bordo.

—Bonito coche —dijo la chica.

—No me quejo —contestó Arpad, guardándose muy mucho de precisar que no era suyo—. ¿Quieres que comamos mañana? Conozco un restaurante fuera de serie en la zona alta.

Ella no respondió hasta que la hubo dejado delante de su casa.

—Ven a recogerme a las doce.

Arpad se marchó con una sonrisa en los labios. Le envió un mensaje al señor Stankowitz, el dueño del Aston Martin, para decirle que por fin había llegado a Saint-Tropez. «Trayecto más largo de lo previsto». A continuación, se dirigió al que iba a ser su alojamiento durante las siguientes cuarenta y ocho horas: una villa a orillas del mar que también pertenecía al señor Stankowitz.

El señor Stankowitz, por su parte, se encontraba a mil cuatrocientos kilómetros de allí, en Londres. Era un ejecutivo de banca de la City que iba a pasar el verano en Saint-Tropez a partir del siguiente fin de semana; un tipo jovial de unos sesenta años que se había divorciado dos veces y que, como todo el mundo, se había encariñado con Arpad. Se habían conocido en Londres, en el club privado de Knightsbridge donde Arpad trabajaba de barman mientras seguía estudiando Económicas. Era un círculo que reunía a la flor y nata de los directivos de banca, abogados y hombres de negocios de la capital. Allí, Arpad se sentía como pez en el agua. Se imaginaba a sí mismo, algún día, del otro lado de la barra. Entretanto, trabajaba duro para causarles buena impresión a los miembros. No tardó en convertirse en su mascota. Arpad caía bien. La gente anhelaba su compañía. Servía a esos

caballeros whiskies exclusivísimos, mantenía conversaciones y cosechaba confianzas. Stankowitz valoraba especialmente a ese joven emprendedor y ambicioso al que había prometido un puesto de trabajo en el banco cuando se licenciara.

Desde hacía dos años, incluso le encomendaba a Arpad el Aston Martin para que lo bajara de Londres a Saint-Tropez en previsión de su propia estancia allí. Arpad sacaba en limpio un abultado sobre de dinero contante y sonante, y dos noches en la villa del banquero. Luego volvía a Londres en avión.

Ese día de julio, cuando Arpad aparcó el coche en el garaje de la finca, aún no sospechaba que sería la última noche que iba a pasar allí. Como de costumbre, lo recibió Mathilde, el ama de llaves que vivía en la casa.

—Siento llegar tan tarde —le dijo Arpad—. Se me ha alargado el trayecto.

—No pasa nada —lo tranquilizó ella—. ¿Has cenado? Te he guardado carne asada.

Él declinó la oferta:

—No te molestes, gracias. He picado algo por el camino. Estoy reventado, me voy a la cama.

A Mathilde le caía bien ese joven educado y trabajador, siempre dispuesto a echar una mano. Por las mañanas, recogía su cuarto y fregaba los cacharros. Un chico respetuoso, no de los que aspiran a que los sirvan. El señor Stankowitz también lo tenía en alta estima, y él sabía calar a la gente.

A la mañana siguiente, Arpad madrugó y se dedicó a disfrutar de la casa. Utilizó el gimnasio y luego desayunó junto a la piscina. A mediodía, en principio tenía que recoger a la belleza morena a la que había conocido la noche anterior en el Béatrice para llevarla a comer. Solo había una pega: la víspera había acompañado a la chica en un Aston Martin y le fastidiaba presentarse hoy en taxi. Pero parecía que la suerte estaba de su parte: en el transcurso de la mañana, Mathilde fue a buscarlo a la piscina para informarle de que iba a ausentarse unas horas para ir a Cannes a ver a su hermana. Con Mathilde fuera de casa, tenía vía libre. Arpad sacó el Aston Martin del garaje y acudió a la cita. Volvería directamente después de comer, antes de que llegara el ama de llaves. Visto y no visto. Para ir sobre seguro, se prometió que estaría de vuelta a las dos de la tarde.

15.00 h.

En la terraza del restaurante, Arpad y su conquista del día aún no habían terminado el almuerzo. Ella estaba extasiada con las vistas al golfo y lo que habían comido. Él, sin perder de vista el reloj, disimulaba a duras penas los nervios. La comida se había alargado. Culpa de ella, que había querido beber unas copas de champán antes de pasar a la mesa. Él había fingido que bebía. No podía arriesgarse a conducir borracho. Cuando por fin se sentaron, ella eligió los platos más caros: una *burrata* con caviar y luego pasta con langosta. ¿Y para regar la comida? «Un buen champán —exigió—, la vida es demasiado corta para beber vino peleón». El sumiller sugirió una botella de quinientos euros. El nombre del caldo provocó un gran entusiasmo en la chica y una oleada de pánico en Arpad, que se puso a echar cuentas de cabeza: la tarjeta de crédito debería poder encajar el golpe. Menos mal que también llevaba encima el dinero que le había dado Stankowitz.

\*

En la celda, Fiera, pendiente de los labios de Arpad, estaba muerto de risa.

—¡Menuda historia, es genial! —le dijo.

—¡Pues el final es aún mejor! —le advirtió Arpad.

—¡El final, el final! —exigió Fiera.

—El servicio no se acababa nunca. Por fin nos traen los platos, ella se come los putos espaguetis con langosta y entonces aparece el camarero para preguntar si queremos postre. Obviamente, yo le digo que no, gracias. Lo único en lo que podía pensar era en volver a la villa antes que Mathilde, el ama de llaves. Pero la chica va y dice que por qué no, echa un vistazo a la carta, se lo piensa con calma y acaba eligiendo el suflé de chocolate. El camarero nos dice: «El suflé es una excelente elección, pero debo advertirles que hay que esperar unos veinte minutos».

—¡No me digas que pedisteis el suflé! —se carcajeó Fiera.

—¡Pues claro que pedimos el suflé!

Las carcajadas de Fiera retumbaron contra las paredes de la celda.

—¡Qué pringado! ¡Pero qué pringado! Tanta historia para tirarse a una chica que ha conocido por casualidad...

Arpad, satisfecho con la acogida que estaba teniendo su relato, exclamó en tono teatral:

—¿Tirármela? ¡Si por lo menos me la hubiese tirado...! Mientras esperábamos el maldito suflé, nos acabamos la botella de champán. Bueno, se la terminó ella, porque yo no bebí prácticamente nada. En ese momento me doy cuenta de que está como una cuba y que estar a pleno sol no mejora las cosas. Y entonces, de buenas a primeras, se pone a hablarme de su novio. Me confiesa que llevan saliendo tres años, que vive en Berlín y que no quiere engañarlo. Se pone a gimotear: «¡No puedo hacerle esto a Éric!».

\*

—¡No puedo hacerle esto a Éric! —repitió la chica, venga a llorar.

Los sollozos atraían las miradas de los clientes. Arpad, apuradísimo, solo quería que se lo tragase la tierra.

—Nadie te obliga a hacer nada —la tranquilizó ofreciéndole un pañuelo—. Quizá deberíamos ir yéndonos...

—No —se negó ella enjugándose los ojos—, quiero probar el suflé.

Arpad, paralizado por el cariz que estaban tomando los acontecimientos, no notaba la vibración del móvil en el bolsillo.

En el otro extremo de la línea, Mathilde, que ya había vuelto a la villa de Stankowitz, colgó y se dio la vuelta hacia los gendarmes que estaban inspeccionando el garaje vacío.

—Sigue sin contestar. Pero les repito que él no ha podido coger el coche. No le pega nada.

Tras engullir el suflé y pagar la cuenta, Arpad metió a la chica en el Aston Martin y condujo a toda velocidad rumbo a Saint-Tropez. En el vehículo reinaba un silencio de muerte. Arpad había visto que Mathilde había intentado localizarlo, le devolvería la llamada al llegar a casa. La prioridad era devolver el coche al garaje.

Pero no tardaron en quedarse atrapados en los atascos. Arpad, que no podía perder ni un segundo más, decidió remontar la fila de vehículos inmovilizados. Era arriesgado, pero con un buen acelerón solo tardaría unos segundos en llegar al siguiente cruce.

El Aston Martin avanzó en sentido contrario. Arpad pisó a fondo el acelerador y la chica soltó un grito. El coche salió disparado como una flecha. Debían de circular a 120 km/h cuando la rueda delantera derecha se metió en un bache. Con la sorpresa del impacto, Arpad perdió el control del vehículo, se salió de la carretera y acabó estampándose contra unas rocas, a unos metros de la terraza de un restaurante.

Él y la chica pudieron salir del coche por su propio pie. Estaban aturdidos pero ilesos. No tenían ni un rasguño. En cambio, el coche era un montón de chatarra. Los testigos del accidente acudieron corriendo. Al cabo de unos minutos se presentaron los vehículos de emergencias. Fue entonces cuando empezaron los problemas de Arpad.

Después de hacer las comprobaciones de rigor, los gendarmes se lo llevaron. Él pensaba que se trataba del procedimiento habitual y que lo soltarían en menos de una hora. Desde luego, tendría que darle las explicaciones pertinentes al señor Stankowitz y no tenía intención de escaquearse. Pero, por lo demás, solo había sido un accidente. Nadie había salido herido. Él no estaba bebido ni drogado. Aun así, en la gendarmería la situación se complicó rápidamente. Entre otras cosas porque el señor Stankowitz, desde Londres, había decidido presentar una denuncia. Arpad quedó detenido. Llamó en su auxilio a un abogado que conocía en Saint-Tropez y este le aseguró que lo iban a soltar a renglón seguido, pero el arresto se prolongó hasta que lo viera el juez de instrucción.

—Riesgo de fuga —decretó este último—. El acusado reside en Londres. Le sobran motivos para no volver por aquí. Solicito que sea encarcelado en espera de juicio.

—¡Qué disparate! —protestó el abogado—. No se pone a nadie en prisión preventiva por un simple accidente de tráfico.

—¡Ha robado un coche! —lo corrigió el juez—. ¡Y ha puesto en peligro la vida de varias personas! Había una terraza llena de gente a pocos metros del impacto. ¡Su cliente podría haber provocado una matanza!

—¡Mi cliente cogió prestado un coche!

—Eso no es lo que opina el propietario del vehículo. Su versión no convence a nadie más que a sí mismo.

—Arpad acaba de titularse en la universidad —argumentó el abogado—. Tiene un trabajo que lo está esperando en Londres. Si va a la cárcel, se irá todo al garete.

—¡Pues que se lo hubiera pensado antes de actuar como un descerebrado! Arpad unió su voz a la del abogado:

—Pero, señoría, ¿cómo me va a meter en la cárcel? —le imploró.

Aun así, las súplicas fueron en vano. Lo siguiente fue el tintineo de las esposas. La celda del palacio de justicia. El furgón celular. La llegada al centro penitenciario de Draguignan.

\*

—Y todo por un champán de quinientos euros y un suflé de chocolate —concluyó Fiera.

—Y todo porque me gusta el dinero pero no lo tengo.

—No lo tienes todavía —matizó el otro.

Al cabo de seis semanas en prisión preventiva, Arpad quedó libre. Cuando sus padres abonaron una indemnización proporcional al valor de su vehículo, Stankowitz accedió a retirar la denuncia. El cargo por robo desapareció. Al cabo de un proceso simplificado, condenaron a Arpad a una pena de prisión en suspenso.

Cuando llegó el momento de salir de la celda y despedirse de Fiera, Arpad se percató de la sólida amistad que los unía.

—Casi voy a echar de menos compartir piso contigo —le dijo con un último abrazo.

—¡No digas chorradas, chaval! Ya verás que fuera se está mucho mejor. Hasta pronto.

\*

Siete meses más tarde.

Arpad se había instalado en Saint-Tropez.

Al salir de la cárcel, no se sintió con ánimos ni con ganas de volver directamente a Londres. El ambiente tranquilo de Saint-Tropez se le antojó como una buena cabina de descompresión. Pero lo que iba a ser una estancia temporal —tenía pensado volver tarde o temprano a Inglaterra— tomó un giro muy distinto cuando el gerente del Béatrice le ofreció hacer una prueba en el bar del restaurante. Gracias a la experiencia que había adquirido en el

club privado de Knightsbridge donde había conocido al señor Stankowitz, Arpad la bordó. Lo contrataron en el acto y luego lo ascendieron a supervisor del bar y de las reservas.

Arpad se sentía realizado en Saint-Tropez. Le encantaba su trabajo, además de dominarlo. Y, por si fuera poco, estaba esa chica que había entrado en enero en el Béatrice como recepcionista para sustituir a Céline, que se había marchado a Montreal para completar sus estudios. Se llamaba Sophie, estudiaba Derecho en Aix-en-Provence y no podía ser más guapa. La química entre ambos surgió inmediatamente y empezaron a acostarse con regularidad.

Sophie, brillante e ingeniosa, tenía un único defecto: era la amada hija de Bernard, el dueño del Béatrice y otros tantos locales de la región. El gerente del Béatrice puso a Arpad sobre aviso:

—A la hija del jefe ni tocarla, ¿estamos?

—Por supuesto que no —mintió Arpad—. No estoy tan loco.

A Arpad le importaba un bledo Bernard: de todas formas, solo se había cruzado con él un par de veces. Pero valía más ser discretos y Sophie y él decidieron no hacer pública su relación. Mantenerla en secreto los excitaba y le añadía un toque picante. Les divertía fingir delante de los compañeros del Béatrice para luego disfrutar más de sus encuentros cuando no los veía nadie. Y a Sophie nada la divertía tanto como que un cliente ligara con ella delante de Arpad, antes de que este les pidiera a los gorilas que pusieran al intruso de patitas en la calle con cualquier pretexto.

A principios de la primavera de 2007, Fiera salió de la cárcel.

Fue a parar temporalmente a casa de Arpad, con quien había mantenido el contacto. Arpad se desvivió por él: le ofreció alojamiento y le consiguió trabajo como lavaplatos en el Béatrice.

Sin embargo, no tardó en darse cuenta de que, si bien Fiera se hallaba en su salsa dentro de la cárcel, fuera de ella le costaba una barbaridad integrarse. Era un hombre encantador y un amigo fiel, pero era incapaz de someterse a la mínima disciplina. No duró mucho fregando platos.

—Eres como un hermano —le dijo a Arpad el día que se fue de su piso después de haber guardado unas cuantas cosas en una bolsa—. Gracias por todo lo que has hecho por mí, prefiero marcharme antes de meterte en un lío. No estoy hecho para esta vida.

—¿Qué vida?

—La vida de un esclavo. Trabajando para los demás. Limpiando los platos que ensucian esas damas y caballeros, a cambio de un sueldo mísero que no da ni para tener un techo sobre la cabeza. La vida es corta y ya he sacrificado gran parte de ella en la cárcel.

—¿Adónde vas a ir? —preguntó Arpad.

—A Fréjus. Tengo un colega que puede conseguirme un curro en el puerto.

Era mentira. En realidad, Fiera estaba preparando un atraco, pero en ese momento Arpad aún no sabía nada. Totalmente ajeno a ello, quedaba cada tanto con Fiera en Fréjus, en los lugares inverosímiles donde se celebraban las fiestas underground. Sophie lo acompañaba. No tardaron en formar un trío inseparable.

Transcurrieron varios meses. Pasó el verano.

Una noche a principios de septiembre de 2007 en que Fiera y Arpad habían quedado solos, Fiera le confió a Arpad que estaba preparando un gran golpe.

—¿Un gran golpe? —se preocupó él.

—Un atraco. Al banco postal de Menton. Se puede sacar un montón de dinero. Como para vivir tranquilo mucho tiempo.

Arpad se quedó helado.

—¿Por qué me lo cuentas? —acabó por preguntar.

—Porque necesito un socio. Alguien que sepa conducir, no sé si sabes a qué me refiero.

Arpad, que no sabía qué responder, se sintió en la obligación de precisar:

—Yo... Yo nunca he atracado a nadie.

Fiera lo reconfortó con una sonrisa:

—En un atraco, más que la experiencia lo que cuenta es la confianza. Necesito a alguien de confianza, un tío como tú. Damos el golpe y desaparecemos en Italia. Tengo un escondite que te cagas, un establo de pastores en la Toscana donde estaremos a salvo una temporada.

Arpad estuvo un buen rato mirándolo a la cara. Se preguntaba qué entendería Fiera por «un montón de dinero».

## Capítulo 12

### *Nueve días antes del atraco*

~~LUNES 20 DE JUNIO (CUMPLEAÑOS DE SOPHIE)~~

~~MARTES 21 DE JUNIO~~

~~MIÉRCOLES 22 DE JUNIO~~

→ **JUEVES 23 DE JUNIO DE 2022**

VIERNES 24 DE JUNIO

SÁBADO 25 DE JUNIO

**DOMINGO 26 DE JUNIO (EL HALLAZGO DE  
GREG)**

5.45 h, en las inmediaciones de la Casa de Cristal.

Dentro del coche oculto en la linde del bosquecillo, Greg, con los ojos fijos en la pantalla, miraba cómo dormían Sophie y Arpad. Ella estaba hecha un ovillo entre dos almohadas. Él, tendido sobriamente de espaldas.

Sophie se movió. Greg creyó que se estaba despertando, pero era una falsa alarma. La cámara no permitía hacer zoom y lo echaba en falta. En ese instante le habría gustado ampliarle la cara, admirarla desde muy cerca. Se daba cuenta de lo única que era Sophie. En cambio, Marion lo había decepcionado mucho. Menos mal que el día anterior había logrado quitársela de encima por las buenas. Le prometió que se habían acabado las esposas, que la siguiente vez irían a un restaurante. Según se fue del piso, bloqueó su número para que no pudiese volver a llamarlo.

En la cama, Arpad tenía los ojos abiertos como platos, aunque Greg no podía percibirlo por la oscuridad del dormitorio. Llevaba mucho rato despierto. Estaba pensando en Fiera. ¿Por qué volvía a aparecer al cabo de quince años para intentar embarcarlo en otro atraco? Fiera le había asegurado que no le había contado a Sophie lo de su despido. Debía de ser cierto, Arpad conocía demasiado bien a su mujer como para saber que no habría sido capaz de disimular. Llevaba meses mintiéndole a Sophie. La indemnización por despido apenas había servido para dar oxígeno a la tarjeta de crédito y poder pagar así retroactivamente las vacaciones de ensueño en isla Mauricio. Para todo lo demás, había financiado el tren de vida de la familia sustrayendo el dinero de Bernard. Aun sin estar al tanto de los detalles, Fiera debía de sospechar que Arpad estaba con el agua al cuello. Era un estratega temible. Al proponerle que participase en un atraco, le estaba brindando la oportunidad de salir del atolladero.

Al cabo, Arpad se levantó. Entró sin hacer ruido en el vestidor para elegir la ropa y se quedó un momento desnudo delante de sus trajes: tiempo atrás, vestían a un ejecutivo con un gran porvenir y ahora solo eran el atuendo de un fracasado que engañaba a su familia. Seleccionó un traje color crema muy liviano hecho a medida. La pantomima iba a durar un día más. De pronto, notó el cuerpo de Sophie pegado al suyo; se le aferró al torso en un gesto cariñoso, aunque él enseguida le apartó los brazos. A Sophie le sentó mal:

—No sé qué te pasa últimamente, pero no hay quien te aguante.

—Perdona, es que hoy me toca despedir a más gente y no es plato de gusto.

—Creía que a tus ayudantes los habías despedido ayer.

Arpad rectificó la mentira sobre la marcha:

—Es un proceso —dijo—. La primera etapa era comunicarlo. Ahora hay que hacer el papeleo y coordinarse con los recursos humanos del banco. ¡Oficializarlo todo, vamos!

Pensó que tenía que dejar de mentir sobre su trabajo. Cada vez que pronunciaba la palabra «banco», Fiera lo tenía un poco más a su merced. Se puso de prisa y corriendo la camisa y el pantalón y salió del dormitorio con la chaqueta al brazo y los zapatos en la mano. «Voy a hacerte el café», anunció, como si así quedara zanjado el asunto.

Dejó a Sophie desnuda en el vestidor. Normalmente, hubiera ido tras él para calmarlo. Pero esta vez la que tenía que calmarse era ella. Por culpa de Fiera. Habían quedado allí esa misma mañana. En su casa. Él dijo que así sería más discreto. Sophie tendría que fingir que se marchaba a trabajar como todas las mañanas, no levantar sospechas. Estaba hecha un manojito de nervios y necesitaba aliviar la presión. Se tumbó en la cama y se deslizó los dedos entre las piernas.

Greg la observaba maravillado. Dejándose llevar por la emoción del momento, sacó el móvil y grabó la escena en vídeo para poder verla una y otra vez.

10.00 h, en el cuartel general de la policía.

Los miembros del grupo de intervención policial estaban entrenándose en la galería de tiro cuando a Greg lo llamaron al despacho del jefe de la unidad. No era habitual que lo sacase de un entrenamiento: debía de tratarse de un asunto importante. Mientras recorría los pasillos, se preguntó si sería sobre la sucesión de su jefe y la posibilidad de que él ocupara su lugar. Pero se iba a llevar un chasco.

—Greg —le dijo su superior según llegó—, tenemos un problema gordo.

En el despacho también estaba Fred, el responsable de las armas y el material del equipo. Desde los fusiles de asalto hasta los cascos antibalas, todo pasaba por sus manos.

—¿Qué sucede? —preguntó Greg.

—Ha habido un robo en la sede.

De inmediato, él pensó en la cámara.

—¿Un robo? —repitió mirando alternativamente al jefe y a Super Fred (en el equipo, todo el mundo llamaba a Fred «Super Fred», aunque fuera de constitución más bien enclenque).

Trató de hacer un análisis rápido de la situación: ¿le estaban planteando una pregunta real cuya respuesta no conocían o estaban jugando una partida al mentiroso? ¿Super Fred había descubierto la verdad?

—¿Qué es lo que han robado? —preguntó con voz preocupada, intentando ocultar los nervios.

—Una cámara de vigilancia —contestó Super Fred.

—¿Como la que se usó para observar a la banda de atracadores hace unas semanas?

—Exactamente.

—¿Y no será que se quedó alguna olvidada allí? —sugirió Greg.

—No, hice inventario cuando terminó la misión. Todas estaban en su sitio.

—¡Pero bueno, no tiene sentido! —Greg se metió en su papel—. ¿Quién iba a robar una cámara?

—Eso es lo que me gustaría saber —respondió su superior.

Greg se sentía incómodo. Sus interlocutores hablaban poco. ¿Estarían ya al tanto de todo? Se las dio de poli diligente:

—¿Quién tiene acceso al material?

—Solo los miembros de la unidad —indicó Super Fred—. Solo nosotros podemos entrar en la sede.

—Hablando de eso, Greg —dijo el jefe—, por lo visto ha venido alguien a verte un par de veces en los últimos diez días...

—Una inspectora de la judicial que estaba en la intervención de Pâquis. Quedé en darle unos contactos. Pero no entró aquí: salí de la sede y hablamos en el vestíbulo de la entrada. ¿Cuándo fue el robo?

—No está claro —contestó Fred—. El lunes pasé revista al material y fue cuando me di cuenta.

—La verdad es que es muy raro —dijo Greg—. No me imagino a ningún miembro de la unidad robando material. ¿Han podido echar un vistazo a las imágenes de las cámaras de seguridad?

—Sí —confirmó el jefe—. Fred se tiró varias horas mirando y nada.

Obviamente, Greg había tomado precauciones. Sabía que había cámaras. Por eso metió todo el material en la bolsa de deporte que usaba siempre.

El jefe volvió a tomar la palabra:

—Si te he mandado llamar, Greg, es porque quiero que investigues discretamente ese robo. Hay que encontrar a la manzana podrida que tenemos en la unidad.

Greg asintió, poniéndose muy serio.

—Puede contar conmigo —aseguró.

Al salir del despacho, Greg se preguntó qué debía hacer. Lo mejor sería apañárselas para recuperar la cámara de casa de los Braun y tirar todo el material al lago para que nadie lo encontrara nunca. Pasaría un último fin de semana en la intimidad de los Braun y luego saldría de todo aquello antes de que la cosa se pusiera fea.

Por si fuera poco, Marion se plantó sin avisar en el cuartel general de la policía.

—Tienes que dejar de aparecer de repente... —dijo Greg irritado—. Mi jefe me ha llamado la atención, está cabreado...

—Siento tener que llegar a esto, pero no conseguía localizarte y no te llegan mis mensajes... ¿Me has bloqueado?

—Mira, Marion, la verdad es que he sido un cabrón. Tengo mujer e hijos... La he cagado...

Marion se descompuso:

—¿Estás casado? Entonces ¿lo único que querías era echar un polvo? ¿Por quién me has tomado?

Greg no tenía la menor intención de dar explicaciones:

—Siento muchísimo el malentendido. Ahora no vuelvas por aquí y déjame en paz. Espero que haya quedado claro.

\*

Arpad callejeaba por la ciudad cuando recibió una notificación en el móvil: alguien acababa de desactivar la alarma de la casa. Sophie había vuelto. Supo que era Sophie porque la asistenta (que, por lo demás, no iba los jueves) tenía un código distinto al suyo. Al principio creyó que su mujer se habría olvidado algún expediente en casa, pero tuvo una corazonada que lo impulsó a llamarla.

—Hola, cariño —le dijo Sophie—. ¿Qué tal te está yendo la mañana?

—Bien. ¿Qué tal tú?

—Nada que destacar. Estoy en el despacho.

Mentía. A Arpad se le hizo un nudo en el estómago. Pronunció trabajosamente:

—Pues que trabajes bien, hasta la noche.

—Hasta la noche, amor mío.

Colgó. ¿Cómo podía mentirle así y llamarlo «amor mío»? Decidió ir a la Casa de Cristal para ver qué estaba pasando allí.

Sophie, en la Casa de Cristal, se quedó pensativa. Desde hacía varios días, Arpad parecía muy tenso. Y no tenía nada que ver con el banco, como aseguraba él. Estaba tenso desde que Fiera había vuelto. El regreso de Fiera la había alterado mucho y Arpad lo notaba.

De pronto, sonó el timbre del portón. Fue corriendo a abrir. El Peugeot gris entró en el patio. Mientras salía del coche, Fiera sonrió a Sophie, que había acudido a recibirlo a la puerta.

—Hola, pantera mía —le dijo.

Arpad dejó el coche en el arcén de la carretera de La Capite. Haría el último tramo a pie, por discreción. Subió por el camino sin salida que llevaba a su casa. Tecleó el código del portón y en el patio se encontró con el coche de Sophie y el Peugeot gris de Fiera.

Decidió no entrar directamente en la casa y dar un rodeo por el bosque para tratar de ver lo que sucedía dentro del cubo de cristal. Bordeó el límite de la finca y se adentró entre los árboles. Se sentía como un intruso en su propia casa. Las ideas se le agolpaban en la cabeza.

Fue siguiendo la línea de los árboles y no tardó en encontrar un puesto de observación perfecto. Un arbusto que, aparentemente, permitía ver sin ser visto. Se acercó a él, encogido, y se acomodó detrás de la cortina de hojas.

Así fue como Arpad, inspeccionando las habitaciones de su propia casa a través de las cristaleras, sorprendió a Sophie y a Fiera en el dormitorio. Estaban cara a cara, enfrascados en una conversación. Entonces Fiera abrió el cajón de la mesilla de Sophie, sacó las esposas y cruzó con ella unas palabras antes de echarse a reír. Sophie bajó entonces las persianas eléctricas para resguardarse de las miradas.

Arpad se quedó de piedra.

Sophie lo estaba engañando.

Salió huyendo por el bosque.

Quince años antes  
*17 de septiembre de 2007*  
*Menton, Francia*

A eso de las seis de la mañana, como todos los días, el director del banco postal de Menton salió de casa para pasear a su perrito.

Los atracadores que lo estaban esperando en la esquina contaban con dos informaciones cruciales: en primer lugar, sabían que el director vivía solo. Así pues, nadie lo echaría de menos si no volvía del paseo. Y, en segundo lugar, sabían que las cajas del banco estaban llenas y que una empresa de transporte de fondos acudiría ese mismo día.

El director seguía su recorrido habitual sin llegar a vislumbrar el coche, que tenía el motor en marcha pero que resultaba casi invisible en la oscuridad. De repente, lo agarró una mano y notó el cañón de una pistola contra la sien.

—Ni una palabra —dijo el atracador—. Cierra el pico y coopera, Bruno.

Conocía su nombre de pila. El director del banco postal se quedó paralizado del susto y dejó que lo llevara hasta el coche. De la oscuridad surgió una segunda silueta que cogió al perro y lo metió en el maletero. Todo sucedió de prisa y sin percances.

El atracador de la pistola se puso en el asiento de atrás con el director para tenerlo controlado. El otro se sentó al volante. No cruzaron ni una palabra. Ambos llevaban pasamontañas y, encima, una gorra para mayor discreción. El coche circuló respetando el límite de velocidad y con los faros encendidos para no llamar la atención. Lo único que podía constatar el director era que se trataba de profesionales.

El vehículo se detuvo delante del banco, en una plaza de aparcamiento. Pero en posición de salida. El atracador del asiento de atrás volvió a hablar:

—Bruno, ahora vas a hacer lo que te digamos y todo irá bien. Vamos a entrar contigo en el banco y nos vas a abrir la caja donde está el efectivo. Si obedeces, todo habrá acabado en siete minutos.

Según lo dijo, se sacó del bolsillo un cronómetro deportivo, lo puso en marcha y anunció: «¡Siete minutos!».

Todo sucedió como un ballet perfectamente sincronizado. Salieron del coche sin hacer ruido. Uno de los atracadores sujetaba el cañón del arma contra la espalda del director y el otro llevaba unas bolsas vacías. Se confundieron con la oscuridad. Solo un indicio podía traicionarlos: el motor del coche, que se había quedado en marcha, listo para arrancar. Se dirigieron hacia la puerta de servicio. Estaba claro que conocían el lugar.

Sin decir esta boca es mía, el director del banco hizo lo que se esperaba de él. De hecho, esa era la consigna de seguridad en caso de atraco: obedecer. No correr ningún riesgo. De todas formas, con o sin consigna, no se iba a jugar la vida por un dinero que no era suyo. Marcó el número en el teclado de la entrada y la puerta se abrió. Había una zona de seguridad. La segunda puerta estaba protegida mediante un doble sistema de apertura con contraseña y reconocimiento digital. El director colocó el pulgar en el lector y la puerta se desbloqueó. Entraron en el local. Todavía faltaba desconectar la alarma. El director se acercó al cajetín. El atracador le subió la pistola hasta la sien y le dijo: «No te molestes en marcar un código de pega». El director sabía perfectamente a qué se refería: existía un código de seguridad para ese tipo de situaciones, que desconectaba la alarma pero avisaba a la policía. Aquel día decidió no jugársela. Iba a dejar que los atracadores se llevaran lo que querían y seguir vivo.

La alarma quedó neutralizada.

«¡Cinco minutos!», exclamó el del cronómetro.

Se dirigieron a buen paso a la sala de las cajas y el director les dio acceso a la montaña de efectivo que había dentro. El atracador de la pistola lo ató con unas bridas de plástico y los dos delincuentes llenaron de billetes seis bolsas de deporte de tela. Dinero a granel, más que nada billetes usados sin numerar y sin clasificar. Sería imposible seguirles la pista. Un chollo. De hecho, el director de la sucursal había solicitado varias veces a la central que la recogida de fondos se realizara con mayor frecuencia. No le hicieron caso.

Cuando el cronómetro marcó siete minutos, el atracador le gritó a su cómplice en inglés: «*Time!*», y de inmediato se dieron a la fuga con el botín, cargados cada uno con una mochila a la espalda y una bolsa en cada mano, y dejando atrás al director maniatado.

Tuvieron que pasar dos horas para que lo encontrara el empleado encargado de abrir las oficinas. Los atracadores habían liberado al perrito, que esperaba muy formal en la acera, delante de la plaza de aparcamiento.

Cuando la policía llegó en gran número al lugar de los hechos, el vehículo de los atracadores ya había cruzado la frontera italiana hacía tiempo.

## Capítulo 13

### *Ocho días antes del atraco*

~~LUNES 20 DE JUNIO (CUMPLEAÑOS DE SOPHIE)~~

~~MARTES 21 DE JUNIO~~

~~MIÉRCOLES 22 DE JUNIO~~

~~JUEVES 23 DE JUNIO~~

→ **VIERNES 24 DE JUNIO DE 2022**

SÁBADO 25 DE JUNIO

**DOMINGO 26 DE JUNIO (EL HALLAZGO DE  
GREG)**

6.15 h, en las inmediaciones de la Casa de Cristal.

Greg, desde el coche, estaba en plena inmersión dentro del dormitorio de Arpad y Sophie. Comprobaba, con cierta satisfacción, que en casa de los Braun todo iba mal.

—¿Me vas a contar de una vez lo que está pasando? —le dijo Sophie a su marido, exasperada, para sacarlo de su silencio.

Arpad aún no había tenido el valor de enfrentarse a ella. El día anterior había ido a la partida semanal de squash con Julien sin pasar por casa. No tenía ánimos para fingir delante de los niños. Después de cenar en el club de tenis, volvió a marcharse por ahí, él solo, y no volvió a casa hasta medianoche. Su mujer ya estaba dormida.

Sophie repitió la pregunta:

—Arpad, ¿vas a contarme qué te pasa y por qué estás tan raro desde hace dos días?

—¿Qué quiere Fiera de ti?

—¿Fiera? Nada, nada en absoluto. ¿Por qué lo sacas a relucir?

Sophie actuaba tan bien, parecía tan sincera, que Arpad casi tuvo la impresión de que estaba loco y se lo había inventado todo de principio a fin. Estaba perdiendo pie. Estaba convencido de que si le desvelaba lo que había visto el día anterior, ella conseguiría darle la vuelta como una tortilla y convencerlo de que eran imaginaciones suyas. O puede incluso que lo dejara plantado allí mismo. Eso le había pasado a un amigo suyo: cuando descubrió que su mujer lo engañaba, la obligó a enfrentarse a los hechos. Ella no lo negó ni intentó justificarse, se limitó a decirle que, puesto que ya lo sabía todo, ya no era necesario seguir fingiendo y se marchó con el otro. Arpad no podía arriesgarse a perder a Sophie. En ese momento le entraron ganas de quitarle el seguro a la granada que aniquilaría a Fiera. Revelarle a Sophie

que, tras esa seductora apariencia de aventurero y espíritu libre, en realidad era un atracador.

—¿Sabes por qué me marché de Saint-Tropez de la noche a la mañana hace quince años?

—Te había salido trabajo en un banco —contestó Sophie con un deje de preocupación en la voz.

—Te mentí —confesó Arpad—. Llevo todo este tiempo mintiéndote... Me marché de Saint-Tropez porque no me quedó otra que huir de la región.

—¿Huir de la región? —repitió Sophie, cuyo rostro parecía estar descomponiéndose—. Pero bueno, Arpad, ¿qué me estás contando?

—Hace quince años pasó algo y ya es hora de que lo sepas.

—¿En Saint-Tropez?

—En Menton.

—¿En Menton?

Arpad se calló de golpe. Si se sinceraba con Sophie, ella seguramente se lo contaría a Fiera. Y Fiera siempre le había advertido cuáles serían las consecuencias si llegaba a revelar su secreto común. Si descubría que Arpad lo había traicionado, era capaz de acabar con toda la familia para que no hablase nadie.

—Olvidalo. —Intentó esquivar a Sophie, que estaba delante de él.

Ella lo retuvo por el brazo.

—Arpad, ¿no puedes huir siempre!

Él se zafó, cogió corriendo la ropa en el vestidor y se apresuró a salir del dormitorio.

Greg había asistido a toda la escena desde el coche. No había dejado pasar nada: ¿qué era eso que había contado Arpad de tener que huir? ¿Quién era la Fiera esa? ¿Y qué había pasado en Menton quince años antes? Estaba decidido a aclarar esa historia.

En el cuartel general de la policía, indagó en los motores de búsqueda. Se ocupó primero en aquella «Fiera», pero ese nombre no se correspondía con nada. Por la tensa conversación entre Arpad y Sophie, Greg dedujo que podría tratarse de un hombre. ¿Era él a quien Greg había sorprendido vigilando la casa de los Braun? ¿Estaba subiendo el pasado de Arpad a la superficie?

Le había dicho a Sophie que había huido de Saint-Tropez después de un suceso que había tenido lugar en Menton quince años antes. Debía remontarse a 2007. Greg obtuvo la confirmación consultando los registros oficiales del cantón de Ginebra: Arpad se había registrado como residente en Suiza en octubre de 2007.

Tirando del hilo de los sucesos ocurridos en Menton en 2007, Greg se topó con el atraco a una sucursal del banco postal el 17 de septiembre de ese año. Dos encapuchados habían tomado al director como rehén y lo habían obligado a abrir el banco y la caja. Se habían marchado con varios millones de euros y nunca los habían atrapado. ¿Tendría Arpad alguna relación con esto? Había aparecido en Suiza poco después de la fecha del atraco, ¿era realmente una coincidencia?

\*

Ese día, a las doce en punto de la mañana, Sophie salió del bufete y caminó calle arriba hasta la de Pierre-Fatio, sin fijarse en que la estaban siguiendo. Esta vez era su marido quien la espiaba. Entró en el restaurante Roberto. Arpad se acercó discretamente a la cristalera y vio que su mujer se reunía con un anciano elegante que ya la estaba esperando: Samuel Hennel.

En eso no le había mentido. Por una vez. Ese almuerzo coincidía con lo que estaba anotado en la agenda electrónica de Sophie, a la que él tenía acceso. Pero si la había seguido no había sido tanto para comprobar que decía la verdad como para asegurarse de que tendría vía libre durante las dos horas siguientes.

A continuación, fue al bufete de su mujer; tenía una copia de las llaves. Ahora sabía que Sophie llevaba una doble vida, pero necesitaba una prueba tangible porque la forma en que su mujer mantenía la calma y le hablaba como si el problema fuera él lo tenían totalmente desconcertado. «¿Qué está pasando? ¡Deja de huir! ¡Habla conmigo!» En casa no había encontrado nada, pero estaba convencido de que en ese despacho hallaría indicios concretos de la relación entre Sophie y Fiera. ¿Qué haría luego para salvar su matrimonio? ¿Cómo iba a librarse de Fiera? Aún no lo sabía.

Según abrió la puerta del bufete de Sophie, Arpad oyó la voz de Véronique:

—Sophie, ¿eres tú?

Despotricó en su fuero interno: había olvidado que la ayudante de su mujer podía estar allí.

—Soy Arpad —se anunció con un tono falsamente alborozado—. He venido a recoger unos documentos.

Véronique apareció con el bolso en bandolera. A todas luces, estaba a punto de marcharse.

—¡Anda, hola, Arpad! Sophie no está aquí...

—Lo sé, he hablado con ella.

—¿Puedo ayudarte? —preguntó con amabilidad—. He quedado para comer, pero si puedo serte útil...

—No, no hace falta. Voy a tardar dos minutos de reloj...

—Entonces me largo.

Justo cuando la joven salía por la puerta, Arpad la retuvo:

—Si necesito imprimir algo ¿puedo hacerlo desde el ordenador de Sophie?

—Claro. Todo está en red, es muy fácil.

—¿Tiene contraseña en el ordenador?

—Sí. «Pantera». Con P mayúscula.

Arpad se quedó perplejo por aquella elección. Pensaba que lo de la pantera era algo solo entre ellos dos.

Véronique se marchó y al instante Arpad se adueñó del despacho de Sophie. Se sentó frente a la pantalla e introdujo la contraseña. Ahora tenía acceso a todos sus documentos y mails.

A Arpad no le sirvió de nada leer todos los mensajes. Solo encontró correspondencia profesional. Tampoco había nada en los recovecos del ordenador: excepto un directorio con fotos familiares, en el disco duro no había nada personal.

Empezó entonces a registrar los cajones y las estanterías, buscando otro móvil u otro ordenador portátil donde Sophie guardase sus secretos, pero fue en vano. De pronto, posó la mirada en una fila de libros. Entre los manuales de derecho y los códigos legales, había un libro que siempre había visto sin fijarse en él. Una obra sobre la corriente pictórica postimpresionista cuya figura emblemática había sido Matisse: el fauvismo.<sup>[1]</sup>

Cogió el libro y lo hojeó. Así fue como descubrió las cartas que Sophie tenía escondidas dentro. Se sentó en el suelo y empezó a leerlas. Todas

comenzaban por «Pantera mía» y estaban firmadas por «Tu Fiera». Según esas cartas, meticulosamente fechadas, Sophie y Fiera mantenían una relación desde hacía quince años. Conforme las leía, fue descubriendo la doble vida de su mujer y las mentiras que le había contado desde siempre.

La primera carta databa de septiembre de 2007, es decir, poco después de que Arpad huyera de Saint-Tropez. Fiera había escrito a Sophie: «Lamento que nuestros caminos se hayan separado... Te echo de menos... Echo de menos tu cuerpo... Podríamos haber sido felices juntos».

Pero era obvio que sus caminos no se habían separado durante mucho tiempo. Volvieron a verse, sobre todo en París, y luego en España, en 2016. En una carta posterior a ese viaje, Fiera recordaba «la alegría de estar contigo en Zaragoza [...], la intensidad de los momentos juntos [...], los días que pasaron tan deprisa».

A lo largo de los años, Fiera le iba dando a Sophie nuevas direcciones para que siguiera escribiéndole, casi siempre a la lista de correos.

La penúltima carta estaba fechada en 2019. Fiera mencionaba un viaje a San Remo. «Sueño con volver a verte allí una vez más. Quiero revivir las caminatas por la playa y volver a ese restaurante encantador donde nos entró la risa floja». Al calor de esos recuerdos, escribía: «San Remo no puede ser nuestra última vez».

La última carta databa de unos días antes; se trataba de una tarjeta de cumpleaños que no podía ser más kitsch.

*Pantera mía:*

*No has nacido para vivir enjaulada. Te has acostumbrado a ello, como los animales del zoo. Pero la rutina y la vida cotidiana son como barrotes. Tu felicidad es una ilusión.*

*No te olvides de la acertada reflexión de Viscontini. Ven conmigo, quiero llevarte a saborear de nuevo la libertad.*

*Te quiero.*

*Tu Fiera*

Arpad soltó la carta. Estaba destrozado. ¿Cómo no había visto nada? ¿Cómo podía haber sido tan ingenuo? Sophie viajaba con regularidad a París por asuntos de trabajo: había empezado a verse con Fiera allí y luego seguramente había aprovechado ese pretexto para los encuentros románticos

en Zaragoza y en San Remo. Cuando Sophie viajaba a París, Arpad jamás se hubiera imaginado que en realidad pudiera estar en otra ciudad. Confiaba tanto en ella que jamás se había planteado comprobarlo ni llamar a su hotel.

Quiso consultar la agenda electrónica común. El año 2016 ya se había borrado de la memoria del ordenador, pero en cambio aún tenía acceso a 2019. En febrero de ese año, en la misma fecha exacta, él había tenido que ir a Montreal por un asunto del banco, y Sophie, a Londres. Arpad recordó que supuestamente tenía que acompañar a Samuel Hennel. ¿Y si jamás llegó a viajar a Londres? Aprovechando la ausencia de Arpad, Sophie seguramente había quedado con Fiera en Italia. Les había pedido a sus padres que fuesen a Ginebra para quedarse con los niños. Un plan maquiavélico.

Para asegurarse completamente, Arpad volvió al ordenador de Sophie. Mientras registraba el disco duro, había visto de pasada un directorio de contabilidad. Encontró el año 2019 y repasó los gastos de viaje. Ni rastro de una estancia en Londres. En cambio, en las fechas de la supuesta estancia en la capital inglesa, había un billete de ida y vuelta a Niza. De allí a San Remo solo se tardaba una hora en coche.

\*

*Tres años antes*  
*Febrero de 2019*

Sophie deambulaba por una calle peatonal de San Remo, en plan turista, con la cámara de fotos colgando del cuello, cuando recibió la llamada de Arpad. En Montreal era primera hora de la mañana.

—Buenos días —le dijo Arpad poniendo acento quebequés.

Sophie se rio.

—¿Qué tal estás, amor mío?

—Salvo por este espantoso jet lag, estoy bien. ¿Y tú? ¿Alguna novedad en Londres?

—Nada de particular —mintió Sophie—. Citas en oficinas que parecen todas iguales y un café malísimo. Te echo de menos, cariño.

Se volvió hacia Fiera, que caminaba a su lado, y le guiñó un ojo.

El día del atraco

*Sábado 2 de julio de 2022*

*2 horas antes de empezar el atraco*

7.30 h.

En el cuartel general de la policía, en la sala de reuniones del grupo de intervención policial, Greg daba las últimas instrucciones a sus hombres. Estaban a punto de salir.

—Nuestro objetivo se llama Arpad Braun —les recordó mientras en la pantalla que tenía detrás aparecía una foto de Arpad—. Trabajaba como gestor de patrimonio en un banco privado. Lo despidieron hace unos meses. Pasó brevemente por la cárcel en Francia por un asunto de robo de coche. Tiene un cómplice, un tal Philippe Carral; ambos son sospechosos del atraco de un banco en Francia, hace quince años. Sabemos que hoy van a robar una joyería. Aún ignoramos cuál. Le hemos perdido la pista al tal Philippe Carral, pero estamos siguiendo a Arpad Braun. Un equipo de la brigada de vigilancia está encima de él: nos mantendrá informados en cuanto se mueva de su casa.

## Capítulo 14

### *Siete días antes del atraco*

~~LUNES 20 DE JUNIO (CUMPLEAÑOS DE SOPHIE)~~

~~MARTES 21 DE JUNIO~~

~~MIÉRCOLES 22 DE JUNIO~~

~~JUEVES 23 DE JUNIO~~

~~VIERNES 24 DE JUNIO~~

→ **SÁBADO 25 DE JUNIO DE 2022**

**DOMINGO 26 DE JUNIO (EL HALLAZGO DE  
GREG)**

10.00 h, en la Verruga.

Los preparativos para la barbacoa de esa noche iban viento en popa. Karine, de excelente humor, le daba los últimos toques al tiramisú. Greg, por su parte, estaba colocando fuera las guirnaldas de luces. Los niños habían ido a pasar la mañana con los abuelos y la casa estaba deliciosamente tranquila.

Una vez terminado el postre, Karine fue a inspeccionar el porche.

—Están bien las guirnaldas estas, ¿no? —le preguntó a su marido, subido a una escalera.

Greg se limitó a asentir con la cabeza. No se le veía muy convencido.

—Te parecen una paletada, ¿a que sí? —se preocupó ella.

—El mero hecho de que se llamen «guirnaldas» ya es una paletada —bromeó.

—¡No hay quien te aguante! —se enfurruñó Karine, a quien enseguida le entraban dudas.

—Están muy bien —la tranquilizó él.

—No quiero parecer una paleta delante de los Braun...

—Si les parece que somos unos paletos, es que los paletos son ellos.

Karine le dedicó una sonrisa a su marido. Luego volvió a la cocina y cogió el móvil para llamar a Sophie.

En la Casa de Cristal, los niños estaban jugando en la piscina. Arpad los miraba, sentado él solo en el sofá del porche. En cuanto a Sophie, se había refugiado en la cocina. Había comprendido que su marido lo había comprendido. Al menos, en parte. El día anterior, Arpad se había pasado por su despacho, entrado en su ordenador y registrado los cajones y las

estanterías. El libro de arte sobre el fauvismo estaba fuera de su sitio, y las cartas, leídas.

Sonó su móvil. Era Karine. Sophie tenía ganas de renunciar a la barbacoa de por la tarde. Le faltaban fuerzas para interpretar a la familia perfecta. Pero su amiga estaba eufórica:

—¡Me muero de ganas de que vengáis a casa esta tarde! El partido es a las cuatro. Entre el descanso y las prórrogas, terminará sobre las seis. Luego vendrá la miniceremonia de rigor para celebrar el final de temporada. Y, cuando acabe, podéis venir derechitos a casa, si os parece bien.

Sophie no tuvo valor para dejarla tirada.

—Nosotros también estamos encantados. Hasta luego.

Después de colgar, Sophie se quedó pensativa. Había trazado un plan para desactivar a su marido antes de que explotara y tocaba pasar a la acción.

Salió al porche con dos tazas de café y se sentó a su lado en el sofá. Con gesto espontáneo y tierno, le apoyó la cabeza en el hombro. Ofrecían una imagen aparentemente maravillosa: los niños retozando en la hierba y los padres sentados juntos. Y entonces, como la buena abogada que era, empezó a desmontar las pruebas antes siquiera de que él pudiera presentarlas ante el tribunal

—Sé que te pasaste por el despacho —dijo con suavidad—. Imagino que has leído las cartas. Quizá debería habértelo comentado en su momento..., aunque, bien pensado, mejor no haberlo hecho... Hace quince años, después de que desaparecieras de Saint-Tropez, tuve una aventura con Fiera. Tú te habías ido sin dejar rastro, te busqué por todas partes. Desesperadamente. Durante ese periodo intimé mucho con Fiera: era amigo tuyo, pensaba que él sabría dónde encontrarte. Una cosa llevó a la otra y tuvimos una breve relación. No duró mucho, yo no tenía ningún interés en él.

Tras un silencio, Arpad preguntó:

—Si, como has dicho, fue algo pasajero, ¿a qué venían tantas cartas?

—Después de que yo pusiera fin a la relación, Fiera me anunció que se iba a vivir fuera. Al cabo de unas semanas recibí la primera carta; me la envió al Béatrice. Me contaba lo triste que estaba porque lo había dejado. Reconozco que me conmovió... Le contesté y, al cabo de un tiempo, él hizo otro tanto. Como me había mudado a París, mi padre me reenvió la carta. Así empezó nuestra correspondencia. Nos escribíamos con regularidad. Leyendo

sus cartas entre líneas, saltaba a la vista que no se había resignado a nuestra ruptura, pero yo siempre fui muy clara con él. De hecho, las cartas que escribía yo hablaban más que nada de mi vida en familia. Incluso llegué a mandarle una foto de nosotros cuatro. Créeme, no había ningún tipo de ambigüedad. ¿Debería haberte contado que Fiera y yo nos habíamos estado carteando todos estos años? Puede que sí. Y más aún si te ha causado una impresión equivocada.

—¿Por qué ibas a conservar esas cartas si no significaban nada?

—Siempre he tenido la manía de conservar la correspondencia. Ya lo sabes. Guardé las cartas de Fiera al igual que he guardado otras cartas y tarjetas que he recibido a lo largo de los años. Entre ellas, notas de tu puño y letra. Son recuerdos de distintas épocas de mi vida.

—Si esas cartas son tan inocentes, ¿por qué las escondiste en el despacho dentro de un libro?

—Para nuestras mudanzas en Ginebra, empecé a meter mi correspondencia en una sombrerera, pero me parecía ridículo usar esa caja que cogía tanto polvo. Entonces lo metí todo en ese libro de arte. Fue una forma improvisada de guardarlas, no de esconderlas. Y, al final, el libro acabó en mi despacho. Por cierto, si encontraste las cartas de Fiera, supongo que también encontrarías las demás.

—¿Las demás qué? —inquirió Arpad.

—Las demás cartas que guardo dentro. Ya te lo he dicho: notas de cumpleaños, postales, los mensajes cariñosos que me dejas a veces en el parabrisas cuando te marchas a trabajar antes que yo...

Arpad ya no se acordaba. No se había fijado. Al descubrir las cartas de Fiera se había quedado tan conmocionado que no había visto nada más.

Sophie, que conocía bien a su marido, notó que se estaba tragando sus explicaciones. Aún no lo había convencido, pero había sembrado la duda en su cabeza.

Arpad, alterado, se esforzó en ordenar las piezas del puzle. Preguntó de golpe:

—¿Y las excursioncitas?

—¿Qué excursiones?

—Zaragoza... San Remo...

Ella se sorprendió haciendo alarde de sus dotes interpretativas:

—Espera, ¿de qué estás hablando? —preguntó.

—De tus viajes con Fiera a Zaragoza y a San Remo.

Sophie se rio como si le hiciera gracia:

—Nunca he ido a Zaragoza ni a San Remo ni vete tú a saber dónde con Fiera. Ni con nadie más, por cierto.

De pronto, Arpad perdió la compostura:

—¡Deja de tomarme por imbécil, Sophie! He leído una carta de Fiera sobre vuestra cita en Zaragoza en 2016, y otra sobre San Remo en 2019 en la que te dice «San Remo no puede ser nuestra última vez».

Sophie aguantó el tipo:

—¡Nunca he ido a Zaragoza con Fiera! Y lo de San Remo fue hace quince años, coincidiendo con la dichosa etapa en la que estuviste desaparecido. Fiera se empeñó en llevarme a comer allí. No está tan lejos de Saint-Tropez. Volvimos el mismo día. Y, de hecho, me hizo preguntarme cómo me había metido en semejante follón. Precisamente después de eso rompí con él.

—No te estoy hablando de hace quince años, ¡te estoy hablando de 2019!

—Espera, cariño —dijo ella con tono muy tranquilo y lleno de empatía—, creo que esto es un tremendo malentendido. Lo de San Remo fue hace quince años, como te he dicho. Y, que yo recuerde, Fiera sí que debió de acabar en Zaragoza en algún momento, en sus vagabundeos. Pero no sé qué es lo que te ha hecho creer que yo estaba con él. Tenemos que aclararlo.

Entró en la casa y volvió enseguida con las cartas de Fiera metidas en un sobre.

—Antes de tirarlas (que es lo que tendría que haber hecho hace mucho tiempo), quería demostrarte que no hay nada comprometedor. Excepto, quizá, los fantaseos de Fiera. Pero concedámosle esa libertad. En fin, que tengo curiosidad por que me enseñes las cartas sobre esos supuestos viajes a San Remo y a Zaragoza.

Arpad pasó revista a las cartas rápidamente y encontró lo que buscaba. Zaragoza en 2016. Empezó a leer en voz alta los momentos clave de la misiva:

—«Me gustaría estar contigo en Zaragoza [...]. La alegría del reencuentro me recordaría la intensidad de los momentos que pasamos entonces [...], esos días juntos que pasaron tan deprisa».

Se interrumpió. Confuso. Al releerlas, las palabras cobraban un significado distinto.

—«Me gustaría estar contigo» significa precisamente que yo no estaba con él —apuntó Sophie—. Amor mío, ¡estás tan mono cuando te montas películas!

Arpad se quedó atónito. ¿Sería que había leído demasiado deprisa y malinterpretado el texto? Buscó entonces la carta de febrero de 2019 que hablaba de su viaje a San Remo. Leyó en voz alta:

—«Sueño con volver a verte allí una vez más. Quiero revivir las caminatas por la playa y volver a ese restaurante encantador donde nos entró la risa floja. San Remo no puede ser nuestra última vez».

—Lo de San Remo fue hace quince años —repitió Sophie—. ¿Cuántas veces tengo que decírtelo? Fiera está rumiando el pasado. Es cierto que comimos en un restaurante encantador cerca del puerto, pero yo conservo un recuerdo espantoso, y es evidente que él no. Cuando escribe «sueño con volver a verte allí una vez más», o también «quiero revivir lo que vivimos», está claro que es porque añora algo que ha perdido.

Sophie era muy convincente. Pero Arpad no había dicho la última palabra.

—Es muy raro, porque en febrero de 2019, es decir, coincidiendo con la época de esa carta, presuntamente estabas de viaje en Londres. Pero, al repasar la contabilidad del bufete y las fechas del supuesto viaje a Londres, lo único que encontré fue un billete de avión para Niza, que está a una hora en coche de San Remo. Qué extraña coincidencia, ¿verdad?

Sophie se esperaba esa pregunta. El día anterior, Arpad había dejado abierto el directorio de su ordenador. Aun así, fingió sorprenderse.

—Me extraña —dijo—. Es más, recuerdo perfectamente ese viaje a Londres con Samuel Hennel. Quiero aclarar ahora mismo ese malentendido.

Fue a buscar su portátil y, ante los ojos de su marido, se conectó en remoto al servidor del bufete. Hizo clic en el directorio «Contabilidad», luego en el subdirectorío del año en cuestión y fue pasando todos los elementos hasta que apareció un billete de avión. Abrió el documento. En efecto, era un billete de avión Ginebra-Niza.

—¿Lo ves? —dijo Arpad—. Es un billete para Niza. ¿Me lo puedes explicar?

Sophie señaló con el dedo el nombre del pasajero: Véronique Julienne.

—Fue Véronique quien viajó a Niza. No yo. Y, ahora que veo este billete, recuerdo que es de la época en que mi cliente Pérez se estaba mudando de Ginebra a Mónaco. ¿Te acuerdas de él?

Arpad no supo qué responder. Debía de haber mirado la fecha y el destino del billete, pero no el nombre del pasajero. Sophie prosiguió su propio contrainterrogatorio.

—Lo raro es dónde habrá ido a parar el billete de Londres, si no está aquí. Significa que tengo mal archivada la contabilidad y eso no me gusta...

Tecléo en el portátil, pulsó el ratón varias veces y abrió un directorio llamado «Viajes». Desplegó la pestaña correspondiente al año en cuestión y fue pasando los recibos de los gastos realizados durante los desplazamientos, sobre todo a París. Localizó un documento en la lista y lo abrió.

—¡Helo aquí! —exclamó con tono satisfecho.

La pantalla mostraba un billete de avión electrónico a nombre de Sophie Braun. Ginebra-Londres-Heathrow, ida y vuelta, en los días de febrero de 2019 indicados.

—¿Lo ves? —prosiguió—. En esas fechas estaba en Londres.

—¿En qué hotel? —preguntó Arpad.

A ella le disgustó la pregunta, pero contestó como un eco:

—En el Regent's. No tengo factura porque Samuel Hennel lo pagó todo. Por si te entran dudas, cada uno tenía su propia habitación. De hecho, si quieres puedes llamarlo. Fue un viaje importante y la única vez que lo he acompañado a Londres. Seguro que se acuerda. ¿Todavía tienes su móvil? Supongo que sí, aunque ya no sea cliente del banco. No ha cambiado de número.

Le sostuvo la mirada a su marido con aplomo. Su estrategia de persuasión estaba funcionando. Había conseguido derribar todas sus certidumbres.

Arpad soltó un prolongado suspiro de alivio.

—Pues sí que me estaba montando una película —admitió.

Ella lo abrazó:

—Ay, amor mío... ¿Cómo se te han podido ocurrir esas cosas? Yo soy tuya —mintió—. Solo tuya.

A última hora de la mañana, Samuel Hennel estaba disfrutando de un momento de paz en el porche de su casa cuando sonó el teléfono. Al ver el nombre que aparecía en la pantalla, tuvo un instante de aprensión. Decidió contestar. Por ella.

—¿Diga?

—Señor Hennel, soy Arpad Braun.

—¡Arpad! ¡Qué alegría oír su voz! ¿Qué tal está?

—Bien, gracias.

Hubo un silencio. Arpad, encerrado en el dormitorio para hacer la llamada, no sabía cómo abordar el tema. Samuel reanudó la conversación:

—¿A qué debo esta sorpresa? Está deseando recuperarme como cliente para su banco, ¿verdad?

Los dos hombres cruzaron una risita incómoda.

—Disculpe que lo moleste, señor Hennel. En realidad, le llamo para hacerle una pregunta un poco rara. Le parecerá una tontería, pero es sobre el viaje que hizo a Londres con Sophie.

—Sí, dígame.

—O sea, ¿que se acuerda de ese viaje?

—Pues claro, fue para vender parte de mi galería.

—Sophie me puso por las nubes el hotel donde se alojaron, pero no consigo recordar cuál era. Resulta que estoy preparando una escapada romántica a Londres para darle una sorpresa y me gustaría ir a ese hotel...

—Era el Regent's —contestó Samuel Hennel sin el menor titubeo—. Un sitio magnífico, muy bien situado, con un servicio impecable. Si van allí, dígamelo para que avise al director, nos conocemos bien.

—¡El Regent's! —repitió Arpad—. Gracias, señor Hennel. Ha sido muy amable. Bueno, pues no lo molesto más. Que tenga un buen día.

—Lo mismo digo, Arpad. Hasta pronto.  
Samuel Hennel colgó disgustado. Había mentido por ella.

\*

*La víspera, a última hora de la tarde*

Cuando Sophie se plantó sin avisar en casa de Samuel Hennel, este pensó primero que le llevaba algún documento traspapelado de los que había firmado durante el almuerzo. Pero al verle la cara, comprendió que pasaba algo malo.

—Estoy fatal, Samuel —se sinceró de entrada.

A él le entristeció verla tan desesperada, aunque lo conmovió que recurriese a él. La instó a hablar:

—La escucho. Aquí me tiene... Puede contarme lo que sea.

—Estoy destrozando mi familia...

Él adivinó al instante que se trataba de otro hombre.

—¿Un amante? —preguntó.

—Un antiguo amante, que ha reaparecido hace unos días.

A Samuel Hennel lo incomodaba esa confidencia. ¿Por qué Sophie le contaba todo eso?

—¿Quiere dejar a Arpad?

—¡No, no! Lo quiero. Lo quiero más que a nada. Pero lo que tengo con este otro hombre es único. Es como... Es como una droga. No puedo resistirme.

—¿Lo sabe Arpad?

—Lo sospecha. No quiero perderlo... Pero no puedo elegir entre él y el otro. No puedo elegir... ¡Los necesito a ambos! Arpad es mi razón para vivir. Pero el otro es como una vida dentro de la vida.

Samuel cada vez entendía menos por qué le contaba todo eso. No parecía necesitar ningún consejo. Tenía pinta de saber muy bien lo que quería.

—Sophie —le dijo—. No acabo de ver cómo puedo ayudarla...

—Samuel, ¿me considera usted una amiga?

—¡Pues claro!

—Entonces, no es su abogada a quien tiene delante sino a su amiga. Le voy a pedir un favor enorme. Un favor que solo podría hacerme un auténtico

amigo. Es posible que Arpad se ponga en contacto con usted. Le preguntará por un viaje a Londres que hicimos usted y yo hace tres años.

—Pero si nunca hemos ido juntos a Londres —objetó Samuel.

—Precisamente. Necesito que le diga que sí lo hicimos. Que estuvimos juntos en Londres para reunirnos con uno de los compradores de su galería.

\*

En la Casa de Cristal, Arpad acababa de colgar después de hablar con Samuel Hennel. Se dejó caer encima de la cama. Pensaba que en el dormitorio estaría a salvo de oídos indiscretos. Pero Sophie, al otro lado de la puerta, lo había escuchado todo. Esbozó una sonrisa. Su plan había funcionado de maravilla. Volvió sin hacer ruido a la planta baja. Estaba aliviada. El día anterior, en el bufete, cuando Véronique le dijo que Arpad había estado allí y descubrió que le había registrado el despacho, le entró el pánico. Tuvo que imaginarse, a toda prisa, una alternativa plausible.

Lo de los billetes de avión falsos fue fácil. Los compró en línea. Un vuelo a Niza para Véronique y otro a Londres para ella. Bastó un sencillo editor de imagen para modificar burdamente las fechas. A continuación hizo una captura de pantalla para bloquear el documento y lo guardó en el directorio como si se tratara de un billete de avión auténtico. Era una falsificación artesanal que no habría engañado a un ojo experto, pero resultaba difícil de detectar si se mostraba de pasada en la pantalla de un ordenador.

Para lo siguiente tuvo que buscar ayuda externa. Primero, Samuel. No le quedaba más remedio que involucrarlo.

Y, en segundo lugar, Fiera. Lo convenció para que escribiera una nueva carta sobre Zaragoza. Quedó con él de forma urgente para dictarle el texto.

—Arpad ha encontrado las cartas tuyas que tenía escondidas en el despacho —le explicó—. Puedo despistarlo diciéndole que tú y yo tuvimos una relación, pero me va a costar explicarle lo de Zaragoza. A menos que crea que leyó mal la carta.

—¿Crees que se lo va a tragar?

—Nunca se le ocurriría lo de reescribir y sustituir la carta.

—¡Lo proteges demasiado! —exclamó Fiera, súbitamente irritado.

En todos aquellos años, era la primera vez que Sophie lo veía celoso. Se limitó a contestar:

—No tengo la menor gana de poner a prueba su lealtad...

Dicho lo cual, Fiera escribió la carta. Y esa fue la que Arpad leyó esa mañana. Su marido había picado. O, al menos, eso era lo que creía Sophie.

Porque Arpad, en el dormitorio, después de hablar con Samuel Hennel, se puso a mirar el móvil. Releyó la carta de Zaragoza, la original, la que había fotografiado el día anterior. Aquella en la que Fiera le decía qué estupendo había sido volver a verla en España. También había hecho una foto del billete de avión Ginebra-Niza a nombre de Sophie y no al de Véronique, como su mujer acababa de intentar colarle. En febrero de 2019, Sophie estaba en San Remo con Fiera.

No solo le estaba mintiendo, sino que encima lo tomaba por un idiota. ¿A santo de qué tanto tejemaneje?

Se dejó caer en la cama. Estaba cansado por culpa del insomnio. Le apetecía cerrar los ojos, pero, cuando lo hacía, le volvía a la mente siempre la misma imagen: Sophie con Fiera en esa misma habitación, bajando las persianas.

Aún no había dicho su última palabra. Estaba más que decidido a seguir adelante con ese extraño tira y afloja que había empezado entre Sophie y él.

Por primera vez, se batía en duelo con su mujer.

12.00 h, ese mismo día.

Greg estaba volviendo a Coligny con la carne y la fuente de marisco cuando recibió una llamada de Karine.

—¡Vamos a necesitar hielo y mantequilla salada, por favor!

—A la orden, señora comandante en jefe.

Ella se rio porque se tenía merecida la pulla.

—Gracias por hacer todo esto por mí —le dijo en un tono de lo más tierno—. Sé lo pesada que me pongo con las guirnaldas de luces y el marisco... Lo único que quiero... Lo único que quiero es que sea una velada estupenda.

—Va a ser una velada estupenda. Te estás tomando muchas molestias, es admirable. Ya me encargo yo de esas cosas, nos vemos en casa.

Greg se pasó por el supermercado Manor de Vézenaz. Tardó mil años en encontrar la mantequilla salada; después cogió una bolsa grande de cubitos y otra de hielo picado. Iba camino de la caja cuando se dio de bruces con Marion. Enseguida tuvo un mal presentimiento.

—¿Qué estás haciendo aquí?

—Quería hablar contigo. Como imagino que tu casa, con tu mujer y tus hijos, no es el mejor lugar, me las apaño como puedo.

—¿Me has seguido?

—Digamos que he esperado mi turno. Primero le tocaba al carnicero, luego al marisco y, ahora, a mí.

Llevaba siguiéndolo desde la víspera por la tarde. Fue detrás de él desde el cuartel general de la policía hasta la Verruga: quería ver dónde vivía. Regresó temprano a montar guardia delante de la casa: le apetecía ver qué vida llevaba.

—Tienes que dejarme en paz —dijo Greg.

Marion inspeccionó el carrito.

—¿Vas a montar una fiesta esta noche? —preguntó.

—¡No es asunto tuyo! —dijo de malos modos Greg, que estaba perdiendo la paciencia—. ¿Qué coño quieres de mí?

—Que me des otra oportunidad. No puedes pasar de mí así, como si fuera un calcetín viejo...

Greg se esforzó por hablar con voz amistosa:

—Marion, no es por ti, es por mí. Ya te lo he dicho... No debería... haber hecho lo que hice. Me arrepiento. Te pido perdón.

Marion siguió implorando:

—¡No puedes hacerme esto!

Lo dijo en voz alta. Demasiado alta. A su alrededor, los clientes se volvían a mirarlos. Greg cada vez estaba más nervioso. Su casa no quedaba lejos y temía que algún vecino o conocido hubiese presenciado esa discusión de pareja con una mujer que no era la suya. No tenía más remedio que ir por las malas. Se llevó a Marion a un pasillo poco transitado. Allí le agarró la mano y se la retorció. Ella se contorsionó y ahogó un grito.

—¡Desaparece de mi vida! —le advirtió Greg entre dientes—. ¡No quiero volver a verte, no quiero oír hablar de ti nunca más!

Dicho esto la soltó y se alejó deprisa con el carrito. Marion se quedó doblada por la cintura. Le dolía la mano. Se echó a llorar.

16.00 h, en el campo de fútbol de Cologny-La Fontenette.

El partido acababa de empezar. En las gradas, Karine y Sophie se habían sentado juntas para animar a los niños. Arpad y Greg lo seguían desde el quiosco de bebidas.

Ninguno de los cuatro progenitores estaba muy pendiente del encuentro. Cada uno de ellos tenía preocupaciones más importantes.

Karine estaba pensando en su cena. Se arrepentía de haber metido la mantequilla salada en la nevera. Tendría que haberla dejado a temperatura ambiente para que se ablandase y fuera más fácil untarla en el pan tostado para el marisco.

Greg estaba pensando en Marion. Se avergonzaba de haber sido tan bruto. La escena del supermercado lo tenía a mal traer. No se reconocía a sí mismo. Pero Marion lo había llevado al límite. La muy niña le estaba amargando la vida y le daba sudores fríos.

Arpad estaba pensando en Sophie. Cada vez que miraba hacia las gradas, la veía absorta en la pantalla del móvil. ¿A quién estaba escribiendo?

Sophie estaba pensando en la historia del hombre y la pantera que Fiera la animó a leer un día. Luchino Alani di Madura en su palacio de la Toscana, a principios del siglo XX. Se había inspirado en ella para hacerse el tatuaje. Fiera siempre había estado en lo cierto. No podía resistirse a todo aquello. Todo aquello la superaba.

Después del partido (que ganó el equipo de los niños), todos se reunieron en la Verruga para la barbacoa, como estaba previsto. La velada fue un éxito, el marisco arrasó y Greg se lució en la parrilla. Tras la cena, mientras los niños jugaban al escondite en el jardín, los adultos se quedaron de sobremesa enredados en una alegre y animada charla. Estallaban las risas a

medida que las copas de rosado se vaciaban para volver a llenarse de inmediato. Era una de esas noches de verano perfectas: la oscuridad tardaba en llegar y la temperatura se mantenía suave. Parecía que todo el mundo se estaba divirtiendo, pero solo era fachada.

Greg no le quitaba ojo a Arpad, como si quisiese penetrar en el misterio de ese hombre. ¿Quién era en realidad? ¿Qué ocultaba tras esos aires de marido perfecto y padre modélico? ¿Era un atracador que había encontrado refugio en Suiza durante todos esos años?

Se notaba a la legua que Sophie tenía la cabeza en otra parte. Sus pensamientos erraban entre Fiera y Arpad.

Por su parte, este último se esforzaba por mantener cierta compostura. Había empezado la velada con la careta de buen humor puesta. Durante un buen rato, había logrado ser aquel hombre que le caía bien a todo el mundo: afable, sonriente, siempre con un cumplido en los labios. Pero según transcurría la cena, de tanto mirar a Sophie sentada frente a él, se había ido consumiendo por dentro. Tenía ganas de que todos en aquella mesa supieran que le mentía. Que llevaba una doble vida: «Esta mujer no es quien creéis que es». Estaba tan dolido... Y tan enamorado... Esos dos sentimientos no podían ir de la mano. Para mantener la calma y sofocar el incendio que tenía dentro, se dedicó a beber. Pero el alcohol solo servía para avivar las llamas.

Cuando Karine se puso de pie para ir a buscar el postre, Arpad vio la oportunidad de ausentarse un momento y ordenar sus ideas.

—Deja que te ayude —dijo levantándose de un brinco.

—¡Que no se mueva nadie! —decretó Karine.

Aun así, la siguió hasta la cocina.

Ella sacó las raciones de postre de la nevera y las puso encima de la mesa para que Arpad las sirviera. Pero él tenía la mirada perdida.

—Arpad, ¿te encuentras bien? —le preguntó—. Tienes mala cara.

A él se le descompuso el rostro:

—Sophie está con otro —soltó.

Karine se quedó pasmada.

—¿Qué?

—Sophie está con otro —repitió—. Se está tirando a uno que no soy yo.

Los Braun se marcharon de la Verruga a las once. Habían ido en coche desde el campo de fútbol. Greg le sugirió a Arpad que dejara conducir a Sophie, pero Arpad se resistió.

—Estoy bien —dijo, irritado—. Tampoco he bebido tanto. Y estamos literalmente a dos minutos. No me irás a detener por eso, ¿verdad, Greg?

Arpad fue el único en reírse y se sentó al volante. Sophie, deseosa de acortar ese momento bochornoso, colocó a los niños detrás y ella hizo otro tanto delante. Se marcharon.

—Podrías haber hecho el esfuerzo de contenerte un poco —le reprochó a su marido—. Estás borracho y desagradable.

—¿Pretendes darme lecciones? —replicó Arpad.

Sophie decidió no empeorar la situación, y menos delante de los niños.

Arpad enfiló la carretera de La Capite. Trescientos metros más y llegarían al camino sin salida que conducía a la Casa de Cristal. Al pasar por un cruce, Arpad se detuvo en el stop. En ese momento, el coche que circulaba detrás los adelantó, se detuvo a su lado e hizo sonar el claxon. Era el Peugeot gris. Fiera bajó la ventanilla, sonrió a Arpad y saludó a toda la familia:

—¡Buenas noches a todos! ¿Qué tal la barbacoa en casa de los vecinos? ¿Os habéis divertido?

Dicho lo cual, le sacó el dedo a Arpad y se fue a toda velocidad. Arpad, ultrajado, arrancó furiosamente el Porsche para perseguir a Fiera.

—Arpad, ¿qué mosca te ha picado? —gritó Sophie.

—¡Le voy a dar a tu novio lo que se merece!

—¡Para ya! ¡Te has vuelto loco!

Detrás, los niños empezaron a chillar. Pero Arpad, haciendo caso omiso a las súplicas de los suyos, pisó el acelerador. Enseguida alcanzó al Peugeot y

lo arrinconó contra el arcén. Cuando ambos coches estuvieron parados, Arpad salió disparado del suyo para abrir la puerta del Peugeot y sacar a Fiera a la fuerza. Lo agarró por el cuello de la camiseta y le asestó un torpe puñetazo que apenas lo rozó.

Fiera puso cara de guasa.

—Vas a tener que hacerlo mejor —dijo con toda la calma.

Sophie, que se había quedado en el coche para no dejar solos a los niños, le suplicaba a su marido que regresara. Pero Arpad estaba como poseído.

—Quiero que me dejes en paz, ¿está claro? —le dijo a voces a Fiera—. Que cojas tu coche de mierda y te largues muy lejos de aquí.

Fiera le murmuró entonces a Arpad con voz muy tranquila:

—Pues claro que voy a largarme. Muy pronto. Pero antes está el atraco... Después, te prometo que no volverás a oír hablar de mí... ¡Hasta el próximo!

Arpad solo podía pensar en una cosa. En librarse de Fiera de una vez por todas. Tenía que morir. Empezó a soltarle como loco una tanda de puñetazos rabiosos que esta vez sí lo tiraron al suelo. Fiera levantó la cabeza con el labio ensangrentado y dijo:

—Sophie es mía.

Arpad se le echó encima para patearlo. Apuntó al cuerpo. Y luego a la cara. Mientras le sacudía, gritaba de rabia. Fiera se dejaba golpear, limitándose a dar voces. Sonaban como la risa de un condenado. En el coche, Sophie, espantada, estrechaba con fuerza entre sus brazos a Isaak y Léa, que lloraban de terror.

Las luces de los chalets que bordeaban la carretera se encendieron. Sophie, que no sabía qué hacer con los niños, acabó dejándolos en el coche y se abalanzó hacia su marido. Lo empujó con todas sus fuerzas para apartarlo de Fiera. Arpad se quedó a un lado, mientras Sophie se agachaba junto a Fiera para ver cómo estaba. Había elegido bando.

Fiera, con la cara ensangrentada, se acurrucó contra Sophie y, sin que ella lo viera, miró a Arpad a los ojos y le dedicó una sonrisa victoriosa.

—Arpad, ¿le has contado a Sophie lo del banco?

Arpad se quedó helado. Sophie se volvió hacia él, interrogándolo con la mirada. Fiera prosiguió:

—¡Huy! Espero no haber metido la pata. ¿No estás al tanto, Sophie? A Arpad lo han despedido del banco.

Sophie se incorporó y se quedó mirando fijamente a su marido como si fuera un extraño.

—¿Es cierto, Arpad?

Fiera estaba disfrutando. No pensaba dejarlo ahí.

—Arpad lleva casi seis meses fingiendo que se va a trabajar. Se pasa el día recorriendo sin rumbo las calles, los parques y los cafés.

Sophie estaba aterrada.

—¡Arpad! —exclamó con lágrimas en los ojos—, ¡dime que no es cierto!

Él notó un nudo en la garganta.

—Lo siento... Soph... Lo siento mucho...

Se oyeron unas sirenas en la oscuridad y las luces giratorias azules no tardaron en iluminar la noche. Los vecinos, alertados por los gritos, habían avisado a la policía. Irrumpieron varios coches patrulla.

La policía esposó a Arpad y lo metió en la parte de atrás de uno de ellos, ante la mirada de su mujer y sus hijos.

El día del atraco  
*Sábado 2 de julio de 2022*  
*Inicio del atraco*

9.29 h.

Arpad se dirigió hacia la tienda de Cartier.

Un policía disfrazado de barrendero avisó a sus compañeros por radio:

—¡Va a entrar en Cartier! ¡Va a entrar en Cartier!

Greg, que estaba en las inmediaciones, pasó por delante en coche. Apenas le dio tiempo de ver a Arpad entrando por la puerta de la tienda. Luego los policías lo perdieron de vista. Por motivos de seguridad, las lunas de la tienda estaban tapadas con expositores y los pocos huecos que quedaban no permitían ver nada desde lejos.

Greg situó a sus hombres alrededor del edificio para cubrir todos los accesos. Comunicó por radio: «Que nadie se mueva hasta que actúen. ¡Queremos pillarlos *in fraganti!*».

Transcurrieron unos minutos que se les hicieron muy largos. Greg, oculto en su vehículo, escrutaba la tienda. Desde fuera, todo parecía tranquilo, pero era imposible distinguir nada.

—Necesitamos a alguien para visualizar el interior —pidió Greg por radio.

—¡Voy yo! —anunció en el acto una joven de la brigada de vigilancia.

Una silueta que empujaba un cochecito de niño vacío se acercó rápidamente a la tienda.

—No veo nada —dijo la mujer por radio.

—¿Cómo que no ves nada? ¿Dónde está Arpad?

—No veo a nadie en la tienda.

—¿Qué está pasando detrás? —preguntó Greg.

—Sin novedades —le contestó un compañero.

A Greg no le gustó: la calma chicha solía ser una mala señal. Decidió mandar a alguien para un reconocimiento.

—Que alguien del grupo de intervención entre en la tienda —ordenó Greg por radio.

Un agente de las fuerzas de élite, vestido de paisano, apareció de pronto en la puerta de la tienda, como si fuera un cliente. Pero la puerta se le resistió.

—Está cerrada —anunció el policía por radio—. Y el interior está desierto...

Greg enseguida comprendió: si la puerta estaba cerrada con llave y no había nadie en la tienda, era porque los empleados estaban retenidos en el interior. Era el momento de flagrante delito que habían estado esperando.

Dudó brevemente: no quería que el atraco degenerase en una toma de rehenes. Pero tampoco quería arriesgarse a un tiroteo en plena calle al interceptar a los atracadores mientras salían huyendo.

—Vamos a intervenir —anunció—. Esperad todos mi señal.

## Capítulo 15

### *Seis días antes del atraco*

~~LUNES 20 DE JUNIO (CUMPLEAÑOS DE SOPHIE)~~

~~MARTES 21 DE JUNIO~~

~~MIÉRCOLES 22 DE JUNIO~~

~~JUEVES 23 DE JUNIO~~

~~VIERNES 24 DE JUNIO~~

~~SÁBADO 25 DE JUNIO~~

→ **DOMINGO 26 DE JUNIO DE 2022**  
**(EL HALLAZGO DE GREG)**

9.00 h, en la Verruga.

Karine iba arriba y abajo por la cocina.

—¿Qué le va a pasar a Arpad? —le preguntó a Greg.

—No tengo ni idea... Llamaré dentro de un rato a los compañeros para enterarme de algo. Pero ¿por qué se le iría así la pinza?

La noche anterior, Sophie había llamado a Karine llorando para avisarla de una pelea con otro conductor en la carretera de La Capite. La policía estaba allí. Greg fue corriendo en su auxilio. Se encontró a Arpad a punto de que se lo llevaran, a Sophie muy angustiada y a los niños de los Braun en estado de shock. Según la policía, un conductor le había sacado el dedo a Arpad y el incidente había degenerado en persecución primero y pelea después. O, mejor dicho, en el ensañamiento de Arpad con el otro tipo. Este había acabado con contusiones, pero había rechazado la asistencia médica. Como no presentaba alcohol en sangre y no quería poner una denuncia, se había marchado sin más. En cambio, Arpad triplicaba el límite legal de alcohol en sangre y se lo habían llevado en un coche patrulla al calabozo para que se despejara. Sophie, tras echarse en brazos de Greg, murmuró estas palabras para sí misma, aunque él las oyó: «Es todo culpa mía».

A Greg el ataque de Arpad le resultaba bastante intrigante. Hasta que, esa mañana, Karine le dijo confidencialmente:

—Arpad me contó que Sophie tiene un amante...

—¿Qué? ¿Cuándo te lo contó? —preguntó Greg.

—Anoche, mientras me ayudaba en la cocina.

—¿Y ahora me lo dices?

—Con todo lo que pasó luego, se me había olvidado comentártelo.

Greg empezó a cavilar. Le costaba imaginarse que Arpad, por muy ebrio que estuviese, le diera una paliza a un desconocido, y aún menos por una

nadería. ¿Quién era el otro conductor? Arpad tenía que conocerlo a la fuerza y debía de tener un buen motivo para tomarla con él. ¿Sería el amante de Sophie? La noche anterior los agentes no le habían tomado los datos. Menudos aficionados. Pero Greg había tenido la presencia de ánimo de anotar la matrícula del Peugeot gris que conducía.

Gracias a la tecnología moderna, ahora los policías podían acceder desde el móvil a todas las bases de datos nacionales, pero no a las de los países europeos. Tendría que esperar al día siguiente para hacer la consulta desde el cuartel general de la policía. De momento, quien le interesaba era Arpad.

Greg se puso en contacto con la brigada de tráfico para preguntar por él.

—¿Arpad Braun? —le contestó un policía por teléfono—. Lo han soltado hace media hora.

—¿Qué cargos le ha imputado el fiscal?

—Solo la infracción al código de la circulación por la alcoholimetría. Por lo demás nada, porque el otro conductor no interpuso denuncia.

Armado con esa información, Greg salió de la Verruga para ir a la Casa de Cristal. Cuando desapareció al final de la calle, se abrió la portezuela de un coche que estaba discretamente aparcado cerca de su casa. La conductora juzgó que tenía vía libre y salió del vehículo. Era Marion. Llevaba en la mano un sobre dirigido a la «señora Liégean». Fue de un trotecillo hasta la Verruga, metió el sobre en el buzón y se marchó.

Greg estaba sentado en el salón de los Braun.

—Sin azúcar, ¿verdad? —le preguntó Sophie colocando un expreso encima de la mesita baja.

—Exacto. Gracias.

Empezaba a conocer sus costumbres.

—Como te estaba diciendo —continuó—, acabo de hablar con el fiscal de guardia. Le he pedido que liberase a Arpad sin más demora, y ha accedido. Debe de estar al caer.

—Gracias por intervenir...

—No faltaba más —dijo él en tono magnánimo—. Para eso están los amigos. No quiero ser indiscreto, pero ¿puedo preguntarte qué pasó anoche?

—A Arpad se le cruzaron los cables. El hombre ese nos sacó el dedo y a él le sentó fatal.

«Mentirosilla», pensó Greg, que tenía la certeza de que Sophie le estaba ocultando la verdad.

—¿Y los niños? —inquirió con voz falsamente preocupada.

—Siguen durmiendo. Una amiga mía pasará a recogerlos dentro de un rato para llevárselos al lago a bañarse con sus hijos. Así podré estar tranquila con Arpad.

\*

Hasta cerca del mediodía Arpad no regresó a la Casa de Cristal.

Sophie se había pasado la mañana esperándolo y dando vueltas por la casa. Había intentado llamarlo infinidad de veces, pero nadie contestaba al teléfono.

Cuando vio entrar por la puerta principal su silueta cansada, lo único que pudo decir fue:

—¿Dónde estabas? Te han soltado hace horas.

La pregunta sonaba como un reproche, pero la voz denotaba preocupación.

Arpad sonrió con amargura. Parecía un espectro. Con cara de agotamiento, expresión de susto por haber pasado la noche en el calabozo y la ropa arrugada, nunca había tenido tan mala pinta. Estaba quieto en el umbral, como si no se atreviese a entrar. Como si aquel ya no fuese su hogar. No despegó los labios, lo que acrecentó la ansiedad que sentía Sophie: hubiese preferido una buena discusión. Al cabo, farfulló:

—¿Los niños están en casa?

—Rebecca y Julien se los han llevado al lago. Como hace tan bueno... — Sophie se arrepintió de haber dicho esa trivialidad que traicionaba su malestar. Añadió—: Lo que vieron anoche los ha dejado muy impresionados, ¿sabes?

Arpad no supo cómo reaccionar. Cambió de tema:

—¿Has hablado con tu padre?

—¿Por qué me preguntas eso?

—Porque ha intentado llamarme por lo menos diez veces. Supongo que no querrá que hablemos del tiempo.

Sophie suspiró. Le había dicho a su padre que ni se le ocurriese llamar a Arpad.

—Necesitaba desahogarme con alguien —se justificó—. Pero solo le conté lo del despido.

A Arpad le hizo gracia ese «solo». Significaba que tenían otros problemas más importantes.

—¿Qué pasó en el banco? —preguntó Sophie.

—Despido por causas económicas... Si al menos hubiese hecho algo mal... Pero no. «Muy bien, Arpad, es usted un fenómeno, pero aun así vamos a despedirlo».

—¿Por qué no me lo contaste?

—Porque no quería que me mirases con compasión como me estás mirando ahora. No quería que llamas a tu papaíto al rescate. Quería apañármelas yo solo. Quería salir airoso. Demostrarte de lo que era capaz. Llegar aquí con una solución. Quería que admirases cómo había superado la adversidad. ¿Sabes, Sophie?, me estoy dando cuenta de que todo lo que he

hecho en los últimos quince años ha sido para que me admirasen. ¡Un solo elogio tuyo siempre ha sido para mí como la gratitud de todo el planeta!

Arpad se acordaba de los quince años de amor con Sophie. De Saint-Tropez a Ginebra, del Béatrice al banco, solo había avanzado en la vida gracias a la mirada y la admiración de ella. La actitud conquistadora, los ascensos en el banco, el cuerpo perfecto que mantenía con varias horas semanales de entrenamiento, el alarde de conocimientos eran para que ella lo admirase. Los riesgos que corría, el blanqueo del dinero de Bernard eran para que ella lo admirase. El piso de la avenida Bertrand, la Casa de Cristal, los Porsches, las vacaciones de ensueño, los viajes en primera eran para que ella lo admirase.

Dio unos pasos dentro de la casa.

—Solo he venido a recoger unas cosas —dijo.

— Para ir adónde? —se preocupó Sophie, tratando a duras penas de que no le temblara la voz.

—Francamente, Sophie,  crees que voy a acostarme a tu lado?  Crees que voy a dormir en esa cama como si no hubiese pasado nada?

Sophie se tambaleaba.

—Arpad, vamos a superar esto...  Te lo prometo! A tu trabajo,  que le den!

— Ah, s ?  Que le den?  Y cómo vamos a pagar esta casa?  Y el tren de vida que llevamos? El verano en el Mediterráneo, Navidad en el Caribe, las vacaciones de febrero en los Alpes.  C mo vamos a pagarlo todo?

— Todo eso no me importa!  Es a ti a quien quiero!

— Deja de mentir!  Solo buscas proteger tu imagen de familia perfecta! Quieres la mansión, los Porsches en el garaje, los hijos modélicos y el marido a juego.

— Es mentira!  Mentira podrida! —exclamó Sophie—. Ve a descansar un poco, hablaremos cuando nos hayamos calmado. Has pasado una noche complicada, entiendo que no est s en tus cabales.

— Nunca he estado tan lúcido! —replicó Arpad—.  Te crees que no me he enterado de tus tretas?  Los billetes de avión falsos y la carta falsa de Fiera!

Sophie se quedó atónita:  c mo había descubierto sus tejemanejes? Decidió poner las cartas sobre la mesa:

—¡De acuerdo, la he cagado con los billetes falsos, no debería haberlo hecho! ¡Quería protegerte!

—¿Protegerme de qué? ¿De tu relación con Fiera? Y Samuel Hennel asegurándome que estaba en Londres contigo... Le pediste que me mintiera, ¿no?

Ella se echó a llorar:

—Lo siento.

—O sea, ¿que todo el mundo sabe lo de tus revolcones?

Sophie se desplomó en el suelo.

—Solo Samuel —dijo con un hilo de voz.

—¡Solo Samuel! ¡Ah, bueno! ¡Solo Samuel!

—Te quiero, Arpad, ¡es contigo con quien he tenido hijos!

—Pero yo tengo que compartirte...

—Es complicado...

—¿Qué complicaciones son esas?

—No puedo..., no puedo elegir entre Fiera y tú...

—¿Por qué?

—Él me da sensaciones que tú nunca podrás darme. Si... Si puedo estar contigo y sentirme realizada contigo es porque Fiera existe.

—¡Gracias por tu franqueza! —exclamó Arpad con sarcasmo.

Notaba cómo lo invadía la ira y temía acabar rompiendo todo lo que había en la casa por pura rabia. Necesitaba escapar. Deprisa. Recoger unas cuantas cosas y largarse. No volver a pisar por allí.

Subió corriendo a la planta de arriba y entró como loco en el dormitorio principal. Encontró una bolsa de viaje y la llenó de ropa. Encima de una cómoda, una foto de Sophie y él, enamorados en una playa griega, le hacía burla. Arrojó el marco contra la pared. Tenía la impresión de que estaba perdiendo la cabeza. La sensación de ahogarse.

Le sonó el móvil. Era Bernard. Otra vez. Esta vez Arpad contestó. Tenía ganas de destrozarlo todo, de arrasarlo con esa vida armoniosa que habían modelado pacientemente. La capacidad de construir a menudo lleva aparejado el talento para la destrucción.

—Querido Arpad —le dijo Bernard—, lamento mucho las malas noticias que me ha transmitido Sophie. Pero no te preocupes, vamos a ayudarte a encontrar otro empleo y...

—¡Cállate, Bernard! —gritó Arpad con todas sus fuerzas—. No te necesito para encontrar otro empleo. ¡Y, además, todo esto es culpa tuya! ¡Por tu arrogancia! ¡Por tu dinero de mierda! ¡Por tus asquerosos regalos! ¡Por tus fuegos artificiales! ¡Ojalá revientes!

Bernard, al otro lado, se quedó de una pieza. Arpad lo dejó con la palabra en la boca y arrojó el móvil a la otra punta de la habitación.

Sophie, que seguía tirada y llorando en el pavimento de la entrada, oía el escándalo por encima de su cabeza. Se preguntó si debería avisar a la policía. Por lo pronto, llamó a Greg.

—A Arpad se le han cruzado los cables —murmuró por teléfono.

—¿Está en casa? —preguntó él.

—Sí. Está solo en el dormitorio. Lo he oído pegar voces y tirar cosas contra la pared. Ahora parece que se ha calmado.

—Ni se te ocurra acercarte —aconsejó Greg—. Llego enseguida.

—Gracias.

Greg ya estaba al tanto del ataque de furia de Arpad. Acababa de presenciar la escena en la pantalla, dentro del coche, en la linde del bosque. Y pensar que había tomado a ese demente por un rival. Miró a Arpad, que en ese momento lloraba, acurrucado como un niño. A distancia, sus sollozos resonaban dentro del coche. Greg tenía la esperanza de que Sophie entrase en la habitación y Arpad la tomara con ella. Entonces él intervendría de inmediato. Le daría de hostias. Se moría de ganas.

Llamó a Karine, que pensaba que habría ido a pasear el perro.

—Me acaba de llamar Sophie. Arpad ha vuelto a casa y parece que no está bien. Voy a pasarme un momento para animarlo.

—Greg Liégean —lo felicitó su mujer—, ¡eres buena persona!

Colgó y volvió a sumergirse en la pantalla. Ahora Arpad estaba quieto y en silencio.

El móvil sonó de nuevo. Era Fred, el responsable de material del grupo de intervención policial. A Greg lo sorprendió que lo llamara en domingo.

—Hola, Fred, ¿pasa algo? —preguntó.

—Todo bien. ¿Dónde estás?

—Pasando el domingo con la familia. ¿Por qué? ¿Hay una emergencia?

En ese momento, Greg oyó que alguien golpeaba la ventanilla del acompañante. Se giró dando un respingo. Era Fred, que lo miraba fijamente,

aún con el móvil pegado a la oreja.

Sin decir palabra, el recién llegado abrió la portezuela y se sentó al lado de su compañero. Se quedaron callados un instante, hasta que Fred señaló con el dedo la pantalla que Greg tenía en el regazo:

—El receptor de la cámara emite una señal cuando está encendido. Sabiendo cuál es la frecuencia, puedes detectarlo. Luego basta con triangular. Tardas un poco, pero al final lo consigues. Joder, Greg, ¿qué coño estás haciendo?

Greg se quedó paralizado. ¿Fred habría visto las imágenes? ¿Era mejor confesarlo todo sobre la marcha? ¿O negarlo todo de plano?

Fred estaba mirando la pantalla: el dormitorio, la cama, Arpad tirado en el suelo.

—Greg, ¿estás filmando a ese tío? ¿Qué está pasando, chaval? Sabes que no voy a poder cubrirte. Tendré que avisar al jefe, así que más vale que me expliques de qué va todo esto... Eres uno de los mejores polis de la unidad. Seguramente tendrás un buen motivo para haber robado una cámara de vigilancia y estar espiando de manera ilegal a un hombre.

Greg se esforzó en aclararse las ideas. Tenía que salvar el pellejo. De la manera que fuese. Se le ocurrió hablar del atraco de Menton en el que Arpad podría estar implicado, pero no tenía ninguna pista concreta. Mientras trataba de pronunciar siquiera el principio de una respuesta, en el coche se oyó un tono de llamada. Pero el móvil que sonaba no estaba allí. Estaba en el dormitorio.

Arpad, en su cuarto, se incorporó de un brinco. No conocía ese tono de llamada. No era su teléfono ni el de Sophie. El timbre seguía sonando.

Como el teléfono también vibraba, consiguió localizarlo detrás de un rodapié, que a su vez estaba tapado por la mesilla de Sophie. El listón de madera no estaba sujeto a la pared y, al levantarlo, descubrió un modelo de móvil relativamente antiguo. La pantalla indicaba «número desconocido».

Descolgó.

Al otro lado, Fiera supo inmediatamente que no se trataba de Sophie. Ella habría dicho algo. Pero el interlocutor permanecía callado. Comprendió que era Arpad.

Los dos hombres se quedaron sin decir nada unos instantes, escuchando su propio silencio. Fiera se preguntaba si Sophie le habría dado el móvil a Arpad. Una forma de comunicarle a él que habían roto. No había sabido nada de ella desde el incidente de la víspera. Se arrepentía de haber provocado a Arpad. No había podido evitarlo. Se moría de celos. Se daba perfecta cuenta de que Sophie cada vez se alejaba más de él.

Arpad, definitivamente perspicaz, fue el primero en hablar:

—¿Fiera? —preguntó.

Tras dudar un segundo al otro lado, Fiera contestó:

—Sí.

Arpad no podía más. Fiera debía desaparecer. Y, como había sido incapaz de matarlo, tenía que darle lo que quería. Así que le dijo:

—De acuerdo con lo del atraco. Voy a hacerlo contigo. ¿Cuándo será?

—El sábado.

—El sábado. De acuerdo.

En el coche, Greg no podía creerse lo que estaba oyendo. Fred lo miró atónito.

—¿Has rastreado a unos atracadores?

—Sí —mintió Greg, comprendiendo que quizá se había salvado milagrosamente—. Ese individuo es un atracador que lleva quince años escondiéndose en Suiza. Y se dispone a actuar de nuevo.

El día del atraco

*Sábado 2 de julio de 2022*

*7 minutos después de empezar el atraco*

A las 9.37 h, el grupo de intervención policial inició la intervención.

Todo sucedió muy rápido. En menos de treinta segundos.

Dos columnas de hombres vestidos de negro, equipados con fusiles de asalto y escudos, se situaron a ambos lados de la entrada a la tienda de Cartier y volaron la puerta.

Arpad no se lo esperaba.

Oyó la primera deflagración fuera, e inmediatamente la segunda, esta vez dentro de la tienda. Se quedó paralizado un momento por el ruido y la luz que emitía la granada aturdidora que alguien acababa de lanzar. Una columna de policías encapuchados, protegidos tras los escudos, irrumpieron en la tienda y lo encañonaron.

Lo tiraron al suelo sin miramientos.

La adrenalina le aceleraba el pulso. Le pitaban los oídos. Notó que lo aplastaban unas botas. Lo esposaron.

Todo había terminado.

---

TERCERA PARTE

*Los días anteriores al atraco*

## Capítulo 16

### *Cinco días antes del atraco*

~~DOMINGO 26 DE JUNIO (EL HALLAZGO DE  
GREG)~~

→ **LUNES 27 DE JUNIO DE 2022**

MARTES 28 DE JUNIO

MIÉRCOLES 29 DE JUNIO

JUEVES 30 DE JUNIO

VIERNES 1 DE JULIO

**SÁBADO 2 DE JULIO (EL DÍA DEL ATRACO)**

4.00 h, en la Casa de Cristal.

Sophie se despertó en la cama vacía. Se preguntó dónde habría pasado la noche Arpad.

El día anterior, después de pasar por casa, se había marchado sin dirigirle ni una sola palabra y llevándose algunas cosas en una bolsa. En el dormitorio encontró su otro móvil en el suelo. O sea, que Arpad había descubierto su escondite, detrás del rodapié. Llamó de inmediato a Fiera.

—¿Has hablado con Arpad?

—Te llamé por «nuestra línea» y contestó él.

—¿Qué le dijiste? ¡Se ha marchado de casa!

—¡No le he dicho nada!

—Pero ¿por qué hablaste?

—¿Qué querías que hiciera? ¿Que dijese «lo siento, me he equivocado de número» y colgase? ¡Tienes un móvil escondido! ¡El tío no es tonto!

Al oír «el tío», Sophie se quedó helada: Fiera y ella estaban hablando de su marido como si fuera un extraño.

Apenas había colgado cuando la llamó su padre:

—Lo siento, papá, no es el mejor momento...

Pero Bernard estaba fuera de sí. Se había puesto a vociferar:

—¡No te creas que voy a dejar que ese don nadie me trate así! ¿Quién se ha creído que es?

—¿Qué te ha dicho exactamente?

—¡Ignominias! ¡Le digo que voy a ayudarlo a encontrar otro trabajo y él me pone a caer de un burro!

—¡Joder, papá! ¡Te dije que no le hablaras del tema!

Bernard se quedó cortado un instante: Sophie rara vez decía palabrotas. Luego trató de defenderse torpemente:

—Cuando me dijiste que no hablara del tema, creí que te referías a tu madre o a tu hermana.

—¡Papá, tienes que aceptar que no siempre puedes meter las narices en todo!

—Puede que tengas razón —admitió Bernard—. ¡Lo cual no quita que dijera cosas del todo inapropiadas sobre mí! Exijo una disculpa y...

Sophie colgó dejándolo con la palabra en la boca. No tenía ánimos para hacer frente al ego de su padre con todo lo que llevaba encima. Y, por si fuera poco, Fiera había llamado al timbre del portón de la Casa de Cristal para hacerle una visita sorpresa.

—¡Lárgate! —le gritó ella por el interfono—. ¡Que te largues! ¡Los niños están a punto de llegar! ¡Déjame en paz!

Buscó refugio en la cama. Estaba conmocionada. Se daba cuenta de que todo cuanto había construido con tanta certeza y convicción —su carrera, su familia, su matrimonio, esa casa, toda esa vida de perfección y éxito social, de convenciones burguesas— no iba con ella. Ese cromó de papel cuché, lo aborrecía. Quería ser libre. Quería ser salvaje. No quería seguir siendo Sophie Braun. Fiera siempre se lo había dicho: ella era una Pantera.

A las cuatro de la madrugada le parecía aún temprano para levantarse, pero sabía que no volvería a dormirse. Bajó a la cocina, todavía era de noche. Se hizo un café con gestos automáticos. Había tenido la esperanza de encontrar un mensaje de Arpad, pero nada. En unos pocos días, ese hombre por el que estaba loca desde hacía quince años se había convertido en un fantasma, un extraño. Ya no lo reconocía y, lo que es peor, la culpa la tenía ella. La causante de que Arpad perdiera la cabeza, registrara su despacho, sacudiese a Fiera e insultara a su padre era ella.

Estuvo rumiándolo hasta que se despertaron los niños. Les preparó *crêpes* para desayunar.

—¿Qué celebramos? —preguntó Isaak, que ni de lejos podía imaginarse lo que estaba pasando.

—Que ya casi están aquí las vacaciones de verano —dijo Sophie con fingido regocijo; se había vuelto a poner la careta de madre perfecta por sus hijos.

—¡Última semana de cole! —exclamó Isaak.

—¡Hay que mimir cuatro veces más! —anunció Léa, a quien le gustaba contar los días desgranando las noches.

Sophie les comunicó entonces la decisión que había tomado la noche anterior, con su padre, cuando este la volvió a llamar para disculparse.

—Niños, hablando de las vacaciones, tengo una buena noticia: el viernes después del cole iremos a Saint-Tropez, a casa de los abus Bernard y Jacqueline, a pasar unos días.

Había estado a punto de decir «una temporada», pero rectificó a tiempo. No quería alterarlos.

Al oír la noticia, Isaak gritó de alegría. Léa echó a correr hacia las escaleras para llamar a su padre, a quien suponía en la planta de arriba:

—¡Papá! ¡Vamos a ir a Saint-Tropez!

Sophie contuvo un sollozo.

—Papá no está en casa, peques...

—¿Dónde está? —se preocupó Isaak.

—Se... Se ha marchado unos días..., por trabajo.

—¿Es por culpa de lo que pasó la otra noche? ¿La pelea?

—No, no... Va todo bien. Es solo por el trabajo.

—Vendrá con nosotros a Saint-Tropez, ¿verdad?

A Sophie se le ocurrió una extraña forma para no tener que mentir:

—¡Eso espero!

Repartió unas cuantas sonrisas reconfortantes a los niños, que no se dejaban engañar.

—¿Podemos llamarlo? —preguntó Isaak.

—¡Claro que sí!

Sophie marcó al instante el número de Arpad. Pero nadie contestó.

Tumbado en la cama de una habitación de hotel, Arpad dejó que sonara el teléfono. Sospechaba que probablemente serían sus hijos que querían hablar con él, pero no le apetecía nada tener el menor contacto con Sophie.

Cuando el teléfono calló, se levantó de la cama. Llevaba varias horas despierto, aunque no se había movido. Descorrió las cortinas para que entrara la luz del día. Tenía delante el edificio principal del aeropuerto de Ginebra. La habitación apenas estaba amueblada, como en todos los establecimientos de esa cadena de gama media. La época del lujo y los cinco estrellas parecía muy lejana.

Se había citado con Fiera a las doce para hablar del atraco. Iban a verse en La Caravelle, un café cercano al aeropuerto. A Arpad se le había

ocurrido una idea: hacer un trato con Fiera. Le dejaría quedarse con todo el dinero del atraco a cambio de que se comprometiera a desaparecer de su vida para siempre jamás. Fiera era un hombre de honor, mantendría su palabra. Era la única solución que veía Arpad para librarse de él de una vez por todas.

Mientras tanto, Fiera estaba en su guarida, el apartamento situado en una granja de Jussy, una comuna rural del cantón ginebrino. Situada a tan solo doce kilómetros del centro de Ginebra, Jussy ofrece un contraste impactante: el grueso del territorio comunal se compone de campos y un extenso bosque. Los mil doscientos habitantes que residen allí se distribuyen entre el pueblo central y algunas aldeas dispersas. Lo demás es todo naturaleza, que se extiende hasta la divisoria con Francia. La frontera es invisible. Un paseante puede cruzar de un país a otro sin darse cuenta. Eso era lo que más le interesaba a Fiera: según cómo saliese el atraco, podría quedarse una temporada en Jussy, donde nadie iría a buscarlo (tenía liquidez para aguantar varios meses) o cruzar a Francia sin pasar por el control aduanero y desaparecer en Europa.

Así pues, la Guarida se encontraba a doscientos metros de Francia. Había dado con ella en internet. Era el lugar perfecto y había aceptado todas las condiciones del labriego propietario del lugar, en especial los tres meses de alquiler por adelantado, en metálico, cómo no. Si todo salía bien, seguramente estaría ya muy lejos los días posteriores al atraco, en lo que tardaba en levantarse la alerta en las fronteras. Pero tenía que burlar al labriego. No despertar ninguna sospecha. No había dejado nada al azar: se había presentado bajo nombre falso y explicado que estaba en Suiza para trabajar en una plantación de tomates en permacultura. Había adquirido ciertas nociones sobre el tema para poder responder si le hacían preguntas. También tenía documentación falsa acorde con el nombre ficticio por si al llegar el propietario le hubiese exigido que se identificase. Pero no le había pedido nada. Menos mal. La documentación falsa era parte de un antiguo folclore: con la aparición de la biometría, ya no engañaba a casi nadie.

Al instalarse en la Guarida, Fiera descubrió que el lugar era aún mejor de lo que había imaginado. La finca estaba totalmente aislada: no tenía nada alrededor, solo campos. Se podía llegar sin entrar en el pueblo ni en las aldeas y así pasar inadvertido. Lo había comprobado al huir de la policía

desde la casa de los Braun. Además, el edificio donde se hallaba la Guarida estaba apartado de la vivienda de los propietarios: podía ir y venir a horas intempestivas sin cruzarse con nadie. Los arrendadores no tenían pinta de fisgones, pero más valía ser prudente. Por último, desde el apartamento, Fiera tenía una vista totalmente despejada de la carretera de acceso. Si la policía se presentaba allí algún día, la vería llegar de lejos. Por la noche era tan poco habitual la luz de los faros de un coche que enseguida lo alertarían.

El apartamento estaba en la primera planta del edificio, encima de un almacén de maquinaria agrícola. Se accedía mediante una escalera exterior de piedra. La vivienda constaba de una cocinita que daba a un cuarto de estar, un cuarto de baño mínimo y un dormitorio pequeño. Desde la ventana de este se podía llegar sin complicaciones al tejado del almacén y, desde allí, al pajar, para luego huir campo a través hasta el bosque. Era la salida de emergencia. Primordial en caso de que fuera la policía. Siempre y cuando se reaccionase deprisa. En el bosque, Fiera había escondido entre la maleza una moto pequeñita que había comprado al llegar. Un anuncio de internet. Pago en metálico. La matrícula era una que le había robado a un escúter. La llave estaba puesta en el contacto. No había dejado nada al azar. Era su sello.

En el dormitorio de la Guarida, Fiera estaba mirando fotos de la familia Braun. Algunas se las había enviado Sophie a lo largo de los años y de su intercambio epistolar. Las otras las había sacado él mismo en los últimos diez días y las había llevado a revelar a una tienda de fotografía. No era demasiado prudente, pero tampoco muy arriesgado. Lejos de imaginar que se trataba de imágenes robadas, el de la tienda le había dicho: «Qué familia tan bonita tiene». Al oír esas palabras se había sentido tremendamente orgulloso. Y un pelín triste también. No le había sacado de su error: le había gustado ser Arpad en lo que duraba una conversación.

Fiera rememoraba a menudo su primera noche con Sophie. Fue en la primavera de 2007. Por aquel entonces, Sophie y Arpad iban a visitarlo con regularidad a Fréjus. Él los llevaba a locales underground, casas okupadas o bares clandestinos. A Arpad le gustaban las fiestas sin importar dónde se celebraban. Sophie sentía atracción por aquella marginalidad militante, donde Fiera se movía como pez en el agua. Una noche en que los tres habían bebido demasiado, acabaron en casa de Fiera. Ni Arpad ni Sophie estaban en condiciones de coger el coche. Arpad, casi inconsciente, se desplomó

encima de la camita del dormitorio. Fiera y Sophie se quedaron juntos en el saloncito contiguo. Bebieron un poco más, pusieron música y hablaron de esto y aquello. Esa noche, ella había decidido saber más sobre él. Le preguntó el porqué de su apodo y él le habló de su pasado de atracador. Al oírlo, a Sophie se le iluminaron los ojos y de repente Fiera cayó en la cuenta de que la tenía fascinada. Sabía que era muy guapo y era consciente de cómo lo miraban las mujeres, pero nunca se le habría ocurrido que su diabólico pasado pudiera hacerlo aún más atractivo. En un arrebato, la besó. Ella le devolvió el beso. Hicieron el amor a unos metros de Arpad, que dormía como un tronco. A la mañana siguiente, sobrios de nuevo, Arpad y Sophie se marcharon de la mano. Pocos minutos después de que se fueran, Fiera vio que ella se había dejado el bolso. Sonó el timbre de la puerta. Sophie estaba sola en el descansillo. Le cogió la cara y lo volvió a besar. Al principio, Fiera pensó que sería un impulso pasajero. Pero ese impulso llevaba durando quince años.

Esa mañana, en la parada de autobús del centro de Cologny.

Hacía media hora y cuatro autobuses que Karine había dejado a los niños en el colegio, pero seguía de plantón en la acera. Estaba esperando a que pasara Sophie. Era imposible que se le hubiese escapado porque Isaak aún no estaba en clase. Y no podía ser Arpad quien llevara a los niños puesto que se había marchado con viento fresco. Greg se lo había contado. Karine estaba ávida de chismorreos, necesitaba saber. Sophie no había contestado a sus mensajes. No le importaba llegar tarde al trabajo por un día (había dicho que uno de sus hijos estaba enfermo), ¡quería información!

Por fin, Sophie llegó delante de la escuela. Bajó corriendo del coche y acompañó a los niños hasta el edificio. Mientras volvía al coche, una voz la llamó: era Karine. Al verla, Sophie recuperó un poco los colores: necesitaba que la reconfortasen. Cayeron una en brazos de la otra.

—¿Te llevo? —propuso Sophie.

Karine se metió en el auto en el vehículo.

—Estaba preocupada por ti —dijo mientras se abrochaba el cinturón.

—Gracias por los mensajes. Lo siento, no me ha dado tiempo a responder.

—¡No te preocupes por eso! Sé que estos días no han sido fáciles...

Como única respuesta, Sophie negó con la cabeza, antes de echarse a llorar.

—¡Ay, cariño! —la consoló Karine al tiempo que la abrazaba—. Ya verás como todo se arregla.

—No lo creo —murmuró.

—¿Por qué? —Se moría por saberlo todo.

—Es complicado... —se limitó a contestar Sophie; no parecía dispuesta a dar más detalles.

—El sábado por la noche, cuando vinisteis a casa, Arpad me dijo que estabas con otro... —le confesó Karine para animarla a seguir hablando.

Sophie volvió a hundirse.

—Me estoy cargando mi matrimonio...

Karine no daba crédito: así que era verdad, estaba con otro.

—¿Desde cuándo? —le preguntó inocentemente a Sophie.

—Es muy complicado para contarlo así, en el coche...

—¡Vamos a tomar un café! —sugirió Karine.

—Tengo que ir a la oficina sí o sí. Voy con retraso en todo y me voy a Saint-Tropez a final de semana.

—¿A Saint-Tropez? ¿Lo tenías planeado?

—La verdad es que no.

—Entonces ¿imagino que sin Arpad?

—Probablemente sin Arpad. Aún está todo muy en el aire. No..., no sé en qué punto estoy.

—¿Tienes a alguien con quien hablarlo? —inquirió Karine.

—Lo estoy hablando contigo.

A Karine le sorprendió ser su confidente; en realidad, hacía poco que se conocían. ¿Y todos los amigos que estaban en el cumpleaños de Arpad? ¿Sophie estaba tratando de proteger su imagen a toda costa? Un mundo de falsedades y apariencias.

Se decidió por fin a darle un consejo, que se parecía a una lección moral y a una sugerencia para sí misma:

—En el fondo, lo más importante que tenemos es la pareja. Los niños ocupan menos espacio de lo que pensamos. Te das cuenta cuando abandonan el nido.

Sophie asintió:

—Parece que Greg y tú estáis en una buena racha. Daba gusto veros así la noche del sábado.

—No estamos mal. Nos vamos juntos este fin de semana. Los niños bajan a la Provenza con mis padres, y Greg y yo hacemos una escapadita a Italia. El Piamonte. Luego nos reuniremos con ellos.

—Bravo —aprobó Sophie—, me alegro por vosotros.

Karine sonrió para sus adentros, satisfecha con el cariz que estaba tomando la vida. Sí, la cosa no siempre había sido fácil, y menos aún en ese último año, en que su matrimonio había pasado por una dura prueba. Entre la

mudanza a la Verruga, la presión en la tienda y Greg, que vivía enfrascado en su trabajo, se habían distanciado uno del otro. Pero tenía la clara sensación de que las aguas estaban volviendo a su cauce. Las cosas iban mejorando y el fin de semana romántico en el Piamonte era la prueba. Pensaba que le había hecho muchos reproches a Greg por su trabajo. Pero si él se estaba esforzando el doble era porque aspiraba a convertirse en el siguiente jefe del grupo de intervención policial. Debería animarlo en lugar de echarle la bronca. Nunca le decía lo orgullosa que estaba de él.

Sin embargo, el ascenso de Greg pendía de un hilo. Su jefe, a quien Fred había comunicado la identidad del ladrón de la cámara, estaba hecho una furia y acababa de citarlo en su despacho:

—¡Por todos los santos, Greg, me lo vas a tener que explicar! ¿Qué mosca te ha picado para que robes material? ¡Eres nuestro mejor activo! ¡Se supone que me sustituirás como jefe del grupo de intervención!

—¿Te ha contado Fred nuestro hallazgo? —se defendió Greg torpemente.

—Sí, me lo ha contado...

—¡Se está preparando un atraco! —dijo Greg para tapar el asunto de la cámara—. ¡Van a actuar este sábado!

Pero el jefe lo abroncó de inmediato:

—¡Me da igual el atraco! ¡Lo que quiero saber es a cuento de qué has instalado ilegalmente una cámara de vigilancia! ¡Explícate! Porque se supone que yo tengo que dar parte a Asuntos Internos.

—¡No lo hagas! ¡Si lo haces, mi carrera habrá terminado! ¡Ya sé que la he cagado! ¡La he cagado muchísimo!

—¡Lo que es cagarla, la has cagado a base de bien, sí! Y ahora ¡explícate!

Greg había tenido tiempo de prepararse. Esa mañana había llegado temprano al cuartel general para hacer algunas consultas con las que montar un pequeño expediente de investigación. De hecho, había descubierto un dato capital: la identidad del conductor del Peugeot gris. Todo aquello, envuelto en una mentira, iba a permitirle justificar el asunto de la cámara. Sobre todo gracias al testimonio de Fred, que, por fortuna, también había visto cómo Arpad se refería por teléfono a «un atraco previsto para el sábado».

—Conozco personalmente al dueño de la casa donde coloqué la cámara —explicó Greg—. Se llama Arpad Braun, un tipo muy majo, por lo demás, estilo *golden-boy*. Vive con su familia cerca de mi casa. Los dos somos

voluntarios en el equipo de fútbol local. Total, que una noche que me había invitado a su casa recibió una llamada. Se fue para estar solo, pero yo lo seguí sin hacer ruido. No sé por qué lo hice. Deformación profesional, supongo. Habló de un incidente que sucedió en Menton hace quince años. ¿Y sabes lo que pasó en Menton hace quince años?

—¿Que hubo un atraco? —adivinó el jefe.

—Bingo —confirmó Greg poniéndole delante un recorte de prensa—. Un golpe gordo. Una sucursal del banco postal. Dos tipos tomaron como rehén al director a primerísima hora de la mañana, lo obligaron a abrir la caja y se llevaron un montón de pasta. Nunca los encontraron...

—¿Tienes alguna prueba, aparte de una conversación que solo has oído tú? ¿Quién te dice que el suceso de Menton era un atraco? Podría haber sido un incendio, un accidente o algo más personal.

—Tengo una serie de indicios convergentes —explicó Greg, que se estaba esperando esa objeción—. Para empezar, he repasado todo lo que sucedió en Menton ese año, y lo único que destaca es ese atraco. Y más en esas fechas en que Arpad Braun vivía en Saint-Tropez, es decir, cerca de Menton. Y resulta que justo después del atraco se largó de Saint-Tropez para mudarse a Suiza, hasta ahora. Arpad tiene doble nacionalidad, británica y suiza, y, como ya sabes, Suiza no extradita a sus ciudadanos. En Ginebra enseguida encontró un buen trabajo en un banco. Fueron los años de vacas gordas. Ascendió profesionalmente, ganó bastante dinero y se montó un buen tren de vida. Casoplón, vacaciones al sol, coches de lujo, etcétera, etcétera.

—Entonces ¿por qué iba a querer dar otro atraco? —preguntó el jefe.

—Porque lo despidieron del banco en enero.

—¿Cómo lo sabes?

Greg se guardó muy mucho de revelar que se había enterado al asistir, a través de la cámara, al altercado telefónico entre Arpad y un tal Bernard.

—He llamado al banco esta mañana —dijo—. Creo que Arpad está a dos velas. Necesita pasta para mantener el tipo. Y espera, que he dejado lo mejor para el final. Hace unos diez días, la mujer de Arpad notó que alguien estaba observando su casa. Acabó sorprendiendo a un merodeador. Llamó a la policía y demás. Dos veces. Verás que he incluido los partes de intervención del servicio de emergencias en el expediente.

—¿Y...?

—Creo que es el segundo atracador de Menton, que ha vuelto a aparecer. Me lo ha confirmado la policía francesa esta misma mañana.

—Cuéntame más...

—El sábado por la noche, Arpad y otro conductor llegaron a las manos. Se pelearon por una chorrada de sacarse el dedo. A Arpad no le pega nada liarse a puñetazos con un tío por un mal gesto, y mucho menos con su mujer y sus hijos en el coche. Una vez más, tuvo que intervenir la policía. Localicé al otro conductor gracias al número de matrícula de su vehículo, un Peugeot gris con matrícula francesa.

Greg dejó que creciera el suspense y sacó la ficha que la policía francesa le había facilitado una hora antes. El jefe leyó en voz alta el nombre que figuraba en negrita en la página: Philippe Carral.

—Philippe Carral —repitió Greg—. Ese tipo no es un cualquiera. Es un atracador de altos vuelos, que desapareció del mapa hace años. Oficialmente está empadronado en casa de su madre, que es como decir en ninguna parte. Arpad Braun y Philippe Carral se conocen muy bien: fueron compañeros de celda en Draguignan, unos meses antes del atraco de Menton.

—¿Cómo has descubierto todo eso?

—Gracias a un inspector del SRPJ[2] de Annemasse con el que ya he colaborado antes. Le llamé esta mañana para averiguar algo del Peugeot. Y luego le pedí que buscara a Arpad Braun en el sistema y así me enteré de que estuvo en prisión provisional por robar un coche.

—¡Joder, Greg, gran trabajo! —le concedió el jefe de pronto con un tono más suave.

Greg tuvo la sensación de que estaba saliendo del berenjenal en el que se había metido.

Pero el jefe no tardó en volver a ladrarle:

—Y entonces ¿por qué lo has mandado todo a la mierda colocando ilegalmente una cámara en casa del sospechoso? ¡Si es que no se puede ser más idiota! ¡Esa cámara basta para invalidar todo el procedimiento!

—Fui un estúpido, ahora me doy cuenta. Cuando la coloqué, solo tenía sospechas, nada sólido. Temía que nadie me tomase en serio y dejáramos pasar un caso gordo. Además, si hubiera pedido autorización para usar medios de vigilancia, el fiscal me la habría denegado. Me traía a mal traer, necesitaba curarme en salud. Así que, cuando el fin de semana pasado Arpad Braun nos invitó a mi familia y a mí a bañarnos en la piscina, pensé que no

podía desperdiciar la ocasión. Lo hice. Sin pararme a pensar. Creí que podría arreglarlo todo más tarde. Estaba...

—¡Obsesionado! —completó su superior la frase.

—¡Exacto!

Estaba obsesionado. Con Sophie.

Greg prosiguió con voz suplicante:

—Lo siento. No lo pensé...

—¡Eso ya lo veo! —hizo constar el jefe, que no le pasaba ni una—. Por no hablar de que no eres investigador, ¿eres un puto poli de intervención! ¡Zapatero a tus zapatos! ¿Por qué, en lugar de actuar por tu cuenta y colocar la dichosa cámara, no le pasaste toda esta información a la policía judicial?

A Greg no le quedaba otra que interpretar hasta el final la partitura que había compuesto minuciosamente.

—Porque le habrían asignado el caso a la criminal —dijo con tono fatalista.

—Sí, ¿y qué?

—Pues que me había acostado con una inspectora de la criminal y la cosa no acabó nada bien. ¡Tuve miedo de que saboteara el caso!

Aunque la explicación de Greg era un poco endeble, al menos no era mentira.

—¡La madre que te parió, Greg! —estalló el jefe—. ¿Tienes que confesar alguna otra estupidez?

Greg recurrió entonces al arrepentimiento y su vocación de poli:

—¡La he cagado! ¡La he cagado muchísimo! Pero no invalides todo este trabajo por un error, por muy gordo que sea. Si decidimos hacer caso omiso de lo que he descubierto, el sábado habrá un atraco. Esa gente no se anda con chiquitas: ya tomaron un rehén en el pasado. El sábado puede que haya heridos, o algo peor, y no habremos hecho nada para impedirlo.

El jefe se puso a dar vueltas por el despacho. Al cabo, volvió a sentarse, descolgó el teléfono y citó a Fred. Cuando los tres hombres estuvieron reunidos en la privacidad del despacho, el jefe tomó la palabra:

—Vamos a cubrir a Greg. Ha cometido una estupidez, pero vamos a pillar a los atracadores. Le vamos a pasar el expediente a la criminal con los elementos que él ha descubierto, pero sin mencionar la cámara. Luego nos aseguraremos de que la criminal le pida al fiscal autorización para colocar una, diremos que Greg conoce bien al tal Arpad Braun y tiene oportunidad

de hacerlo. Con un poco de suerte, conseguiremos la autorización y todo solucionado.

—¿Y si el fiscal se niega? —preguntó Fred.

—Tanto si acepta como si no, en cuanto hayamos detenido a Braun registrarán su casa. Nos aseguraremos de participar. El grupo de intervención suele ser parte de los operativos relacionados con atracos. En ese momento recuperaremos la jodida cámara. Y nadie sabrá nunca lo que ha pasado.

—Gracias —dijo Greg.

El jefe lo apuntó entonces con un dedo amenazador:

—Ándate con cuidado, Greg. Ya te he salvado el culo una vez y no volveré a hacerlo. Ahora que estoy al tanto de tus cagadas, me estoy jugando el puesto. Si vuelves a utilizar una vez más esa cámara, te suspendo con efecto inmediato, te denuncio a mis superiores y te puedes ir despidiendo del grupo de intervención y puede que incluso de la policía. ¿Ha quedado claro?

12.00 h, ese mismo día.

La Caravelle, donde Fiera había quedado con Arpad, era un quiosco de bebidas bastante austero situado cerca de la pista del aeropuerto. Aquella caseta de tablas gozaba de una vista inmejorable para observar aterrizajes y despegues: resultaba fácil imaginarla rebosante de los aficionados a la aviación que solían tomarla por asalto. Pero ese mediodía, cuando llegó Arpad, no había nadie. Como el local estaba vacío, esperó delante de la puerta.

Al cabo de unos minutos, el Peugeot gris entró en el aparcamiento desierto. Arpad estaba nervioso. Ahora Fiera le inspiraba una mezcla de miedo y odio. Tenía ganas de echárselo encima. De propinarle otra paliza. Sin embargo, sabía que esta vez Fiera no le daría ni una oportunidad. La otra noche, en la carretera, había dejado que Arpad lo golpeará, pero él había visto en la cárcel cómo ponía en su sitio a algunos cachas, y sabía de lo que era capaz.

Fiera se le acercó andando despacio, sin decir palabra. Llevaba una cámara fotográfica al cuello y sacó algunas fotos de la pista, como si le interesaran los aviones. Luego se volvió hacia Arpad:

—Ven a ver las fotos.

Lo había dicho como si todo fuera normal, como si le estuviera enseñando a un viejo amigo, también fan de las aeronaves, las fotos que acababa de hacer. Arpad se acercó y miró la pantalla. En lugar de imágenes de carlingas, vio el escaparate de la tienda de Cartier. Fiera fue pasando una serie de fotos del edificio, en especial de la entrada trasera, destinada a los empleados.

—El sábado por la mañana vamos a atracar la tienda de Cartier.

Arpad notó que se le aceleraba el pulso. La cosa empezaba a ser real. Ya no podía dar marcha atrás. Fiera adivinó en el acto que su cómplice estaba flaqueando.

—Concéntrate —le ordenó—. Todo irá bien siempre y cuando tengas la mente despejada. ¿Te acuerdas de lo que te dije en su momento? En un atraco, más que la experiencia lo que cuenta es la confianza mutua.

Arpad asintió. Fiera continuó hablando:

—Creo que conoces bien la tienda de Cartier. Por cierto, muy bonito el anillo que le regalaste a Sophie.

Manejó rápidamente la cámara y pasó una serie de fotos de Arpad que había tomado una semana antes, cuando fue a Cartier para comprar la Pantera.

Arpad sintió que lo invadía la ira:

—¿Cuánto tiempo llevas siguiéndome?

Fiera calmó los ánimos de inmediato.

—Esta vez, amigo mío, fuiste tú quien apareció en la joyería precisamente cuando yo la estaba observando. Ya ves, el mundo es un pañuelo. Pero, en fin, no perdamos el hilo, por favor. Atacaremos cuando abran, a las nueve y media. Tenemos que evitar que haya muchos clientes dentro.

—Nueve y media —repitió Arpad.

Fiera asignó los papeles:

—Tú entrarás por la puerta principal, como si fueras un cliente. Irás a devolver el anillo que le compraste a Sophie con el pretexto de que tiene una tara. Entonces harás una maniobra de distracción apañándotelas para tirar el anillo al suelo sin que se entere el dependiente. Solo verá que la joya ha desaparecido, le entrará el pánico y avisará a seguridad. Mientras todos están ocupados buscando el anillo, yo entraré por detrás para sustraer las joyas guardadas en la trastienda. Ahí es donde suelen estar las mejores piezas. Si todo va bien, nadie se dará cuenta. Lo único que tienes que hacer es mantener a toda esa gente ocupada durante siete minutos. Después nos vamos cada uno por su lado y nos encontramos más tarde. A esa hora, un sábado por la mañana, ya habrá mucha gente por la calle. Y eso es lo ideal para salir huyendo. Nos será fácil mezclarnos con la multitud.

—¿Eso es todo? —preguntó Arpad.

—Eso es todo. Un atraco tiene que ser sencillo para ser eficaz. Los numeritos acrobáticos son cosa del cine. Obviamente, no hay que dejar nada

por escrito, no tomes apuntes ni seas tan tonto como para hacerte una chuleta con los pasos del atraco. Lo tienes más que memorizado. Tampoco se lo cuentas a nadie por teléfono.

—¿A quién quieres que se lo cuente? —Aquella observación le parecía de idiotas.

—Me refiero a que actúes como si la policía te estuviera observando. Y, sobre todo, no volveremos a tener ningún contacto. Yo te llamaré el viernes por la noche para confirmar que todo va bien y que el atraco sigue en pie. Te diré: «Mañana hará bueno, cogeremos el barco». Será la señal para que el día siguiente a las nueve y media te presentes en Cartier, como está previsto. Si no doy señales de vida, es que se ha cancelado. ¿Entendido?

—Entendido —asintió Arpad—. Solo quiero precisar una cosa sobre la huida.

Fiera torció el gesto:

—Te escucho —dijo con desconfianza.

—Una vez que termine el atraco, nos separamos pero no volvemos a vernos.

—Las joyas las tendré yo —indicó Fiera— y no podremos repartirnos el botín durante el atraco.

—Te cedo mi parte. Quédate con todo.

Fiera parecía cortado:

—¿Por qué ibas a hacer algo así?

—¿Tú por qué crees que he accedido a este atraco? —preguntó Arpad.

—Porque necesitas dinero...

—Ese dinero no. Quiero que desaparezcas de mi vida. Te ayudo a dar el golpe y luego te esfumas. Para siempre. El mundo es muy grande, hay bancos y joyerías de sobra para que me dejes en paz, a mí y a mi familia.

Fiera se quedó mirando a Arpad y dijo sin más:

—Trato hecho. Hasta el sábado.

Cuando se alejaba camino del aparcamiento, Arpad lo retuvo:

—Encontré la tarjeta de cumpleaños que le escribiste a Sophie.

Fiera se detuvo en seco.

—¿Y...? —preguntó queriendo parecer impasible—. ¿Está prohibido escribir tarjetas de cumpleaños?

Por toda respuesta, Arpad sacó el móvil y leyó en voz alta el texto que había fotografiado en el despacho de Sophie.

—«Pantera mía: no has nacido para vivir enjaulada. Te has acostumbrado a ello, como los animales del zoo. Pero la rutina y la vida cotidiana son como barrotes. Tu felicidad es una ilusión. No te olvides de la acertada reflexión de Viscontini. Ven conmigo, quiero llevarte a saborear de nuevo la libertad. Te quiero».

Arpad lo había leído con tono burlón, cosa que hirió profundamente a Fiera. Era una carta íntima. Le había costado mucho escribir esas líneas. Siempre resulta delicado escribirle a alguien a quien se quiere. Y, además, «Pantera mía» en boca de otro sonaba a falso. Quedaba ridículo. Se sentía humillado y le entraron ganas de abalanzarse sobre Arpad para partirle la cara. Llevaba un rato conteniéndose, pero tenía que conservar a Arpad sano y salvo. Le iba a resultar útil. Y, por encima de todo, si le hacía daño, Sophie no se lo perdonaría nunca.

En realidad, Arpad había sacado a colación ese mensaje por una razón muy concreta:

—¿Quién es Viscontini? —preguntó.

—Un escritor italiano —contestó Fiera.

De modo que sí que era eso: Arpad había consultado en internet y, en efecto, había encontrado una referencia a un escritor olvidado de principios del siglo XX. Pero ¿cuál era el vínculo entre Viscontini, Sophie y Fiera? ¿Era un autor que le gustaba a Sophie? Ella nunca se lo había mencionado. Tenía la sensación de estar redescubriendo a su mujer a través de los ojos de otro.

—¿Por qué Viscontini? —preguntó Arpad.

Con esa pregunta estaba reconociendo su posición de debilidad. Le dolía tener que meterse en la intimidad de la pareja que formaban Fiera y Sophie para entender quién era su mujer en realidad.

—Me gusta su obra —explicó Fiera.

—Hay algo más...

—¿Te sorprende que me guste leer?

—¡Sé que hay algo más! —se impacientó Arpad.

Fiera se recreó con esa frustración, antes de decirle con tono provocativo:

—No quieras saberlo...

—¡Sí, sí! —gritó Arpad—. ¡Sí que quiero! ¡Quiero saberlo todo!

Fiera, muy decidido a mantener esa victoria, le dio la espalda.

—Hasta el sábado —dijo antes de desaparecer—. Y de aquí a entonces, estate quietecito. ¡No hagas la misma jugada que en Menton!

Caía la tarde.

Arpad iba arriba y abajo por la habitación del hotel. Se le agolpaban los pensamientos en la cabeza: Sophie, su matrimonio, el atraco. Tenía la sensación de estar perdiendo pie. El sonido del móvil quebró de pronto el silencio reinante. Era Julien Martet, su amigo y compañero de squash. Arpad no contestó, pero Julien insistió hasta que lo hizo.

—Arpad —dijo preocupado—, ¿por qué no me contaste que te habías quedado sin trabajo?

Se lo había dicho Sophie. A Arpad le dolía que lo hubiese desenmascarado de esa forma. Una vez más, sentía que su mujer lo había traicionado.

—¡Sophie no debería airear nuestros trapos sucios delante de cualquiera! —despotricó.

—¡Hombre, Arpad, que soy uno de tus mejores amigos! ¡Yo no soy cualquiera! Y Sophie necesitaba hablar con alguien, se ha llevado un disgusto al enterarse de que te habían despedido hace seis meses. ¿Por qué no me lo contaste? Jugamos juntos al squash todas las semanas. ¡Todas las semanas!

—¡Me daba vergüenza!

—¿Vergüenza de qué? —preguntó Julien—. Ahora mismo, todos los bancos están soltando lastre, tanto que resulta ridículo, por cierto.

Arpad se tranquilizó. Le sentaba bien hablar con un amigo. Le aliviaba no tener que seguir fingiendo.

—Me daba vergüenza delante de ti... Tu carrera va viento en popa y a mí me despiden. Me sentía... inferior.

—Arpad, eres amigo mío por ser como eres. Lo demás no importa nada.

—Ya lo sé... Y aun así...

—Mira —dijo Julien—, estoy en Luxemburgo por trabajo hasta el viernes, pero ¿qué tal si quedamos para tomar algo el viernes a última hora? De aquí a entonces, voy a enterarme de si en la oficina tenemos alguna vacante. Sophie me dijo que te habías largado de casa, ¿dónde estás?

—En un hotel.

—Vente a mi casa si quieres. Aunque yo no esté, Rebecca te recibirá encantada.

—No quiero ser un gorrón —argumentó Arpad—. Pero te lo agradezco, eres un verdadero amigo. Hasta el viernes.

Mientras tanto, Karine, de vuelta de la jornada laboral, se estaba bajando del autobús en Cologny. Dentro de cinco días estaría de finde en Italia con Greg. Los dos solos. Repasó para sí el programa: el sábado por la mañana, sus padres irían a recoger a los niños junto con el equipaje y demás trastos para llevarlos a la Provenza. Greg y ella saldrían a continuación, dejarían a Sandy en la residencia canina y pondrían rumbo al Piamonte.

Al divisar su casa, se sintió serena. Incluso aguardaba con impaciencia el alegre desbarajuste que se iba a encontrar al cruzar la puerta. Los niños dando vueltas por ahí y la canguro repantingada en el sofá. Estrecharía entre los brazos a esas personitas imperfectas que eran su mundo, porque era mejor ser feliz en la Verruga que desgraciada en la Casa de Cristal.

Antes de entrar, sacó el correo del buzón. Pasó revista rápidamente a los distintos sobres, que parecían en su mayor parte facturas. Sin embargo, uno de ellos le llamó la atención: solo llevaba escrito «Señora Liégean», sin dirección ni sello. Alguien lo había llevado en mano. Karine lo abrió y descubrió con espanto la carta anónima que había dentro:

*Tu marido es un cerdo que te engaña.*

El día del atraco

*Sábado 2 de julio de 2022*

*9.45 h*

Mientras a Arpad lo detenían en la tienda, la otra columna del grupo de intervención policial, que cubría la salida de emergencia, interceptaba al otro atracador cuando salía huyendo.

Una vez neutralizados ambos sospechosos, los esposaron y les taparon los ojos. La consigna era conducirlos sin rodeos a la sede de la policía judicial.

Greg, con pasamontañas y traje de asalto, disfrutó con la perversa satisfacción de arrastrar a Arpad hasta el vehículo del grupo de intervención policial y empujarlo dentro sin contemplaciones. El coche arrancó de inmediato, con las luces giratorias y la sirena encendidas. Arpad no veía nada y casi no oía. Aún se le resentían los oídos por la detonación. Estaba en estado de shock. ¿Qué le iba a pasar? ¿Qué iba a ser de él?

En la acera, Greg miró cómo se alejaba el vehículo de la policía. Se sentía eufórico, como un cazador que ha cobrado una presa. Pero estaba vendiendo la piel demasiado pronto. La caza nunca se termina antes de darle muerte.

Hay que desconfiar de un animal herido.

Es entonces cuando resultan más peligrosos.

## Capítulo 17

### *Cuatro días antes del atraco*

~~DOMINGO 26 DE JUNIO (EL HALLAZGO DE  
GREG)~~

~~LUNES 27 DE JUNIO~~

→ **MARTES 28 DE JUNIO DE 2022**

MIÉRCOLES 29 DE JUNIO

JUEVES 30 DE JUNIO

VIERNES 1 DE JULIO

**SÁBADO 2 DE JULIO (EL DÍA DEL ATRACO)**

7.45 h, en la habitación del hotel.

Arpad hizo la cama por encima para que no se viera demasiado desorden. Luego se arregló la camisa, como para una cita importante, cogió el teléfono y pulsó el icono de videollamada que había junto al número de Sophie.

Ella contestó. Vio la cocina de fondo. Cruzaron una breve pero intensa mirada antes de que retumbaran los gritos alegres de los niños, que estaban terminando de desayunar.

—¿Es papá? —chilló Isaak arrebatándole el móvil a su madre—. Hola, papá. ¿Qué tal?

—Yo también quiero hablar con papá —lloriqueó Léa pegándose a su hermano.

—¿Cómo están mis tesoros? —preguntó Arpad.

—Bien —contestó Isaak—. ¿Dónde estás?

—En Londres.

—¿Con los abus?

—No, en un hotel. Es un viaje de negocios.

—Creía que te habías marchado por la pelea de la otra noche...

—No, qué va.

Sabía que a los niños les había impresionado lo que habían visto el sábado. La pelea con Fiera, su padre furioso, la policía.

—Siento haberos preocupado —dijo Arpad—. Ahora ya estoy bien.

—¿Cuándo vas a volver?

—Lo antes posible.

—El viernes nos vamos a Saint-Tropez de vacaciones. ¿A que vas a venir con nosotros?

Arpad hizo un esfuerzo para disimular su asombro. ¿Sophie se marchaba con los niños? O sea, que era el final. Fue más de lo que podía soportar.

Notó que se adueñaba de él la emoción.

—Peques, tengo que colgar.

—Vale, papá, pero vuelve pronto, porfi, te echamos de menos.

Arpad ahogó un sollozo. Tuvo que limitarse a asentir con la cabeza y colgó a toda prisa.

En la Casa de Cristal, Sophie tenía los nervios a flor de piel. «Venga, que nos vamos al cole», apremió a sus hijos. Necesitaba estar sola. Después de dejar a los niños, se metió en un aparcamiento y rompió a llorar. La habitación de hotel había engañado a los niños, pero ella no lograba resignarse a que su familia se rompiera. Le resultaba insoportable. Y, como la culpable era ella, también ella debía ser la solución. No podía seguir así. Tenía que cortar por lo sano con Fiera.

Cuando se hubo serenado y secado los ojos, Arpad bajó al comedor desangelado del hotel para tomar un desayuno rápido. Ni siquiera tenía hambre, pero le apetecía ver gente alrededor.

Tras sobreponerse al duro golpe de que los niños se fueran a Saint-Tropez, empezó a levantar cabeza: su matrimonio no estaba acabado del todo; por el contrario, podía volver a empezar de cero. Iba a luchar. Sophie y él tendrían un nuevo comienzo. La perdonaría, superarían juntos aquel bache y saldrían de él aún más fuertes. Cometería ese atraco y se libraría de Fiera para siempre. Su mujer sería de nuevo solo suya y él no volvería a temer que regresara el depredador. Pensó incluso que era buena idea que los niños se marcharan el viernes: mejor que estuvieran lejos de Ginebra. Después del atraco, se reuniría con ellos en el sur. Sería un renacer para su matrimonio y su familia. Entonces se acordó de Bernard y se arrepintió de haberle insultado así. Se disculparía con él y Bernard daría por zanjado el incidente. Todo volvería a ser como antes.

De pronto, Arpad tuvo ganas de volver pronto a la casa de Saint-Tropez, ganas de que Bernard lo pillara por banda en la terraza, ganas de que Jacqueline lo abrumara con su parloteo, ganas de coincidir con la insoportable cuñada Alice y con Mark, el marido cirujano.

Quince años después de haber hecho lo contrario, huiría de Ginebra para refugiarse en Saint-Tropez.

Arpad se dirigió a la recepción del hotel para comunicar que prolongaría su estancia hasta el viernes. Con el fin de dar credibilidad a su futura coartada, aprovechó para contarle su vida al recepcionista: «El viernes partiré a Saint-Tropez. Empiezan las vacaciones escolares y voy a llevar a mis hijos con la familia de mi mujer». Si lo interrogaban, el empleado podría confirmar que se había marchado a Saint-Tropez el viernes. Nunca se tomaban demasiadas precauciones. A continuación, salió del hotel, fue a buscar el coche al aparcamiento y se marchó.

La escena no le pasó inadvertida al equipo de policías que estaba vigilando todos sus actos y movimientos desde la noche anterior. Una agente que interpretaba el papel de clienta del hotel había interceptado la conversación entre Arpad y el recepcionista. En el aparcamiento, a bordo de un vehículo de incógnito, la inspectora Marion Brullier y una compañera de la brigada criminal miraron cómo se marchaba Arpad. Detrás del Porsche iría la brigada de vigilancia, experta en seguimientos.

—No tiene cara de atracador. —Marion jugueteaba con el vasito de cartón del café.

—¿Cómo es la cara de un atracador? —preguntó su compañera, mientras se terminaba el cruasán.

Marion sonrió.

—Ni idea. Pero tiene pinta de ser un tío normal y corriente.

—Los delincuentes en potencia al principio son tíos normales y corrientes. Además, si no tiene nada de lo que arrepentirse, ¿qué pinta en un hotel enfrente del aeropuerto?

—A lo mejor se ha peleado con su mujer —sugirió Marion.

La compañera no reaccionó. Marion añadió:

—Por cierto, conozco al agente de intervención que nos dio el soplo...

—¿Y...?

—Es un capullo. Me pregunto si su información es fiable.

—Se puede ser un capullo y buen policía. Tiene un expediente muy sólido.

Marion se encogió de hombros. Se preguntaba si la mujer de Greg habría encontrado su nota.

Karine, sentada en el autobús de camino al trabajo, solo pensaba en esa nota. Apenas había pegado ojo. ¿Sería verdad? ¿La estaría engañando Greg? ¿Sería también ella una de esas estúpidas ingenuas que nunca sospechan

nada? Cuando Greg volvía tarde de una operación, ¿de veras había estado de servicio? ¿Y quién había escrito esas palabras atroces? Decían que Greg era «un cerdo». ¿Sería una conquista que se estaba vengando de él?

Obviamente, no le había dicho nada a su marido. Todavía no estaba lista para encararse con él. Sí que había intentado mirar su móvil de trabajo, pero estaba bloqueado con una contraseña que Greg no le decía a nadie. «No es un móvil, es una herramienta de trabajo», repetía.

Karine estaba empezando a preguntarse si no habría algo más.

Arpad se pasó la mañana buscando el libro.

Se recorrió todas las librerías de la ciudad. Librerías de barrio pequeñas, grandes cadenas, puestos ambulantes. Sin éxito. También hizo una parada en la gran biblioteca central y en la biblioteca universitaria de la facultad de Letras. En vano. De pronto, se le ocurrió ir a una librería que conocía en el casco antiguo, especializada en primeras ediciones, libros singulares y mapas de época. Allí lo encontró. «Una edición única, encuadernada en piel natural y con los cantos dorados», explicó el librero para justificar su precio. Arpad pagó sin rechistar. Necesitaba ese libro. Necesitaba comprender.

\*

Casi las 12.00 h.

En una sala de reuniones del cuartel general de la policía judicial iba a dar comienzo una sesión informativa en presencia de los miembros de la brigada criminal, la brigada de vigilancia y el grupo de intervención policial, así como el fiscal encargado del caso.

Al tomar asiento con su jefe, Greg se fijó en que entre los presentes se hallaba Marion Brullier. «Vaya puta suerte», pensó.

El jefe de la criminal, cuya brigada dirigía el caso, abrió la sesión e invitó a Marion a unirse a él.

—La inspectora Marion Brullier es la responsable del caso en nombre de la brigada criminal —anunció.

Greg se inclinó hacia su jefe y le susurró al oído:

—Joder, han puesto a una cría al mando de la investigación... La va a fastidiar. Por eso a veces es mejor apañárnoslas solos. Tiene pinta de

acostarse con cualquiera.

El jefe de Greg contuvo la risa. El responsable de la brigada criminal continuó con la presentación:

—A pesar de su juventud, Marion es uno de nuestros mejores activos, sé que va a realizar un trabajo ejemplar. Les agradezco de antemano toda la ayuda que puedan prestarle y le cedo ya la palabra.

Marion se colocó delante de sus compañeros y empezó su exposición:

—La vigilancia del sospechoso comenzó ayer tarde. Ha sido muy fácil seguirle la pista: se aloja en la habitación de un hotel enfrente del aeropuerto con su verdadera identidad. El seguimiento dio comienzo cuando volvió al hotel, aproximadamente a las diecisiete horas, se quedó en la habitación y cenó en una pizzería de los alrededores. Volvió al hotel a las veinte horas y no salió en toda la noche.

—¿Y qué hizo ayer antes de las diecisiete horas? —preguntó Greg.

—No lo sabemos. No lo localizamos hasta que volvió al hotel.

—¿Tiene el móvil intervenido? —inquirió el jefe de Greg.

—Sí —confirmó Marion.

Habló entonces el fiscal:

—He autorizado las escuchas. En cambio, quedan denegadas las cámaras que ha solicitado el grupo de intervención. Ni en el hotel ni en el domicilio. Sobre todo en el domicilio, puesto que a todas luces ya no está allí. Por cierto, ¿sabemos por qué?

—Problemas conyugales —respondió Greg.

—¿Lo conoce usted bien? —preguntó el fiscal.

—Sí, gracias a eso me enteré de sus planes de atraco. También conozco a su mujer. Podría ir a verla con cualquier pretexto y aprovechar la visita para colocar una cámara en la casa. Tarde o temprano tendrá que volver por allí y nos vendría bien ver a qué se dedica.

—No estoy aquí para hacerles favores —le recordó secamente el fiscal—. ¡Estoy aquí para impedirles meter la pata violando los principios jurídicos fundamentales! Este no es un caso de terrorismo. Continúe, inspectora, por favor.

Marion volvió a tomar la palabra:

—Hasta el momento ha habido muy poca actividad en el móvil del sospechoso. Ayer recibió una llamada de un tal Julien Martet, que al parecer es amigo suyo. Arpad Braun se quedó sin empleo hace seis meses y por lo

visto no se lo dijo a nadie, ni siquiera a su mujer, que, al parecer, acaba de enterarse. Julien Martet se ofreció a ayudarlo a buscar trabajo. En resumen, nada que nos aporte mucho. Después su mujer intentó hablar con él dos veces anoche, pero él no contestó. Esta mañana llamó a sus hijos y les hizo creer que estaba en Londres en viaje de negocios.

—¿Ninguna otra llamada? —se sorprendió el fiscal.

—Ninguna —confirmó Marion.

—¡Tiene otro móvil! —exclamó entonces Greg—. La otra noche el cómplice le llamó a ese segundo móvil.

—¿Cómo lo sabe? —preguntó el fiscal.

—Lo... Lo he visto.

—¿Cómo lo vio?

—Estaba en su casa.

—Hemos observado que se menciona otro móvil en el informe —indicó Marion—, pero no nos consta por ningún lado. Quizá sea un móvil de prepago extranjero, y eso es difícil de rastrear.

—Entonces ¿qué indicios concretos tenemos al margen de las sospechas? —preguntó el fiscal.

—Por ahora nada más que una conversación que interceptó Greg Liégean sobre un atraco que tendrá lugar el sábado.

—¿Banco o joyería? —inquirió el fiscal.

—Muy probablemente, joyería —indicó Marion—. Los bancos cierran los sábados y no creo que les interesen los cajeros automáticos. Por otra parte, existe en efecto un vínculo entre Arpad Braun y Philippe Carral, un atracador francés. El servicio de inteligencia francés ha asignado a Carral una ficha S por su vinculación con activistas violentos de extrema izquierda. Los dos hombres se conocen, estuvieron juntos en prisión. Según nuestros homólogos franceses, hace tiempo que el servicio de inteligencia le perdió la pista a Philippe Carral, pero se le ha visto en Ginebra en la noche del sábado, después de tener un altercado con... ¡Arpad Braun!

—¿Y dónde está ahora el tal Carral? —preguntó el fiscal.

—Ni idea. Se ha esfumado.

—¿Y Arpad Braun?

—Ha prolongado la estancia en el hotel hasta el viernes. Ha indicado que luego se iría a Saint-Tropez a reunirse con su familia.

—Creía que el atraco iba a ser el sábado.

—Precisamente. Me parece que está elaborando una coartada.

—Y ahora ¿dónde está?

El responsable de la brigada de vigilancia tomó la palabra:

—Empezó el día recorriendo todas las librerías de la ciudad. Y ahora lleva una hora larga sentado en la terraza de un café, en la plaza de Le Bourg-de-Four.

—¿Él solo? —preguntó el fiscal.

—Sí. Está leyendo el libro que se ha pasado toda la mañana buscando. Acaba de pedir una ensalada de pollo y un agua mineral, por si quieren saberlo.

—¿Y qué libro es ese?

—Un ejemplar escasísimo. Una obra de un autor italiano escrita a principios del siglo pasado. Según los librereros a quienes ha preguntado, estaba desesperado por encontrarlo. Al final dio con él en una edición numerada por novecientos francos, que pagó en metálico. *Animales salvajes*, de Carlo Viscontini. *Animali Selvaggi* en la edición original. Por lo que hemos averiguado, se trata de una colección de relatos sobre un pueblo de la Toscana.

—Me gustaría saber qué relación hay entre el atraco y un libro viejo italiano —preguntó el fiscal.

12.00 h, ese mismo día, en un restaurante céntrico.

Aún había pocos clientes. En un rincón discreto, un hombre esperaba con un ramo de rosas que no sabía dónde poner. Saltaba a la vista que se trataba de una cita romántica.

Al cabo, Fiera decidió dejar el ramo en el suelo. Tendría que haber comprado un perfume, habría sido más práctico.

Estaba muy nervioso por almorzar con Sophie. Le había propuesto quedar en la Guarida, como en los anteriores encuentros que habían tenido desde su llegada a Ginebra. Era más discreto. Pero ella había sugerido citarse en el restaurante y él no se había hecho de rogar. Tenía la sensación de que formaban una verdadera pareja. Era agradable salir de la sombra.

Para la ocasión, se había comprado una camisa en una tienda de confección. Hacía mucho tiempo que no se ponía una. Hasta le pareció que tenía un poco pinta de Arpad. Había decidido que cuando llegara le besaría la mano. Había visto cómo se lo hacía Arpad cuando salieron del Hôtel des Bergues, después de la cena de cumpleaños de Sophie.

Sophie apareció por fin, más guapa que nunca. Lo obsequió con su mejor sonrisa. Él se puso de pie y le cogió la mano. Ella pensó que se la quería estrechar, cosa que la sorprendió de entrada, pero pensó que lo hacía por discreción, para que pareciese que se trataba de un encuentro profesional, y acabaron dándose un lamentable apretón de manos. Entonces Fiera recogió las flores del suelo y se las ofreció a Sophie, que de pronto pareció incómoda. Él se sintió a disgusto. Se sentaron y ella le soltó a bocajarro:

—Fiera, esto no puede seguir así...

—¿Qué es lo que no puede seguir así?

—Nosotros. Tenemos que parar ya.

—¿Me estás dejando?

—Siento decírtelo de esta manera...

Fiera estaba pasmado. Tuvo un reflejo de felino herido: quería ir a esconderse para lamerse las heridas. Hizo ademán de levantarse.

—No pierdas el tiempo comiendo conmigo —trató de mantener el tipo—. Me voy.

Ella lo retuvo:

—Fiera...

—Prefiero volver a ser Philippe.

—Para mí siempre serás Fiera...

—Ahí está el problema.

—Cuánto me habría gustado que siguiéramos juntos para siempre... —murmuró ella con tono apesadumbrado.

—¿Pero...?

—Tengo una familia —le recordó Sophie.

—Eso no te detuvo en el pasado...

—Las cosas han cambiado.

—¿Sabes? —dijo Fiera—, lo que te escribí en la tarjeta de cumpleaños lo pensaba en serio y lo sigo pensando: esa vida ideal de perfecta burguesa no es para ti...

—Es mi vida, me gusta tal y como es.

—Si de verdad te gustara, no estarías delante de mí ahora mismo.

—Estoy delante de ti precisamente para decirte que se acabó.

Se arrepintió en el acto de haber sido tan dura. Trató de quitar hierro a sus palabras:

—Tienes que entenderlo, hay dos Sophies. Una está hecha para estar contigo y la otra está hecha para estar con Arpad y los niños. Hay tres personas que me importan y no puedo hacerles esto.

Fiera no pudo aguantar más. Se levantó y salió huyendo. Arpad había ganado. Sophie lo había elegido a él. Siempre había temido que llegara ese momento.

Sophie miró cómo se alejaba Fiera. Se moría por retenerlo. Se odiaba por el daño que le estaba haciendo, pero tenía que dejar que se fuera. Salió a su vez del restaurante y volvió al bufete.

Véronique, que se estaba comiendo una ensalada delante del ordenador, se sorprendió al ver a su jefa ya de vuelta:

—¿No habías quedado para comer?

—Cancelado —contestó Sophie lacónicamente antes de encerrarse en el despacho.

Sacó de un cajón el sobre que contenía todas las cartas de Fiera. Las tiró en la papelería metálica y les prendió fuego. Al principio, las llamas no prendieron. El papel resistía. Se ennegrecía un poco, se retorció, pero las palabras seguían ahí. Rabiosa, encendió de nuevo el mechero y siguió insistiendo hasta que toda la papelería empezó a arder. Miró cómo se consumía una parte importante de su vida, con la esperanza de olvidar a Fiera para siempre. Al abrir la ventana para que se fuese el humo, una corriente de aire avivó las llamas que se volvieron amenazadoras. Para evitar que se propagasen, vació encima el contenido de una botella de agua, que apagó el fuego enfurecido. La parte inferior de la tarjeta de cumpleaños, de cartulina gruesa, había quedado intacta. Podían leerse las palabras de Fiera:

*Te quiero.*

*Tu Fiera*

Acto seguido, Sophie se fue igual que había llegado: como un torbellino. Sin más explicaciones, le pidió a Véronique que cancelase las dos citas que tenía por la tarde y desapareció. Fue a buscar el coche al aparcamiento de Mont-Blanc y llamó a Arpad. Este seguía leyendo en el café de Le Bourg-de-Four.

—Nos vemos en casa —le dijo—. Ya solo estás tú.

Al oír «en casa», Arpad comprendió. Guardó el libro y pagó la cuenta. Al cabo de un cuarto de hora, su Porsche cruzó el portón de la Casa de Cristal. Los agentes de la brigada de vigilancia que lo habían seguido en coche se quedaron apartados para que no los vieran. La vigilancia se estrechaba en torno a la vivienda. Una pareja de paseantes cuyo aspecto no levantaba sospechas ya estaba entrando en el bosque aledaño.

Arpad entró en la casa con el corazón desbocado.

—¿Soph? —gritó, porque no la veía.

No obtuvo respuesta.

La encontró en el salón. Cayeron uno en brazos del otro. Por fin volvían a estar juntos. Él no cabía en sí de gozo. Ella procuraba convencerse de que había elegido bien.

\*

Greg pasó todo el día carcomiéndose con el libro que estaba leyendo Arpad. Instinto de poli. La obra de Viscontini, en efecto, era inencontrable, pero, después de estar mucho rato buscándolo, logró dar con una copia digitalizada en la página web de una biblioteca universitaria de Quebec.

No pudo sumergirse en la lectura hasta que llegó a casa por la noche. Sentado a la mesa de la cocina, fue pasando las páginas en la pantalla del portátil. Parecía una obra voluminosa y empezó mirando el índice en busca de algún indicio que pudiera orientarlo. El capítulo 7 le llamó la atención de inmediato. Se titulaba «La Pantera». Cómo no, se acordó del tatuaje que llevaba Sophie en el muslo.

Greg se enfrascó por completo en la lectura. Solo alzó la cabeza al oír una notificación en el móvil que había dejado recargándose en la encimera. Acababa de recibir un mensaje. Se puso de pie para leerlo: era el responsable de la brigada de vigilancia indicando que Arpad no se había movido de casa. Dejó el móvil donde estaba para retomar corriendo la lectura. Ni siquiera se molestó en bloquear la pantalla, el móvil lo hacía automáticamente al cabo de unos segundos.

Pero Karine estaba allí, justo al lado, haciendo como que se preparaba un té. Llevaba esperando ese momento desde el principio de la velada. Con gesto rápido y discreto cogió el móvil antes de que se bloquease. Greg no se dio cuenta de nada, había vuelto al pueblo de la Toscana del que hablaba el libro de Viscontini.

Karine se encerró en el baño y pasó revista a las fotos y los vídeos guardados en el dispositivo. Y no tardó en recibir el golpe. Fue como un tremendo puñetazo en el estómago, que la dejó atontada y aturdida.

## La Pantera

### *La Toscana, 1912*

Giovanna llevaba mucho tiempo esperando el regreso de su señor.

En su ausencia, se había esmerado en el cuidado de la mansión de la familia, un edificio de piedra inspirado en los palacios romanos, encaramado en una colina; a sus pies, hectáreas de olivares y el pueblo muy cercano de Brachetto.

Giovanna había velado por la propiedad como si le perteneciera, asegurándose de que los empleados atendían sus tareas con diligencia. No se preocupaba por los olivos: los campesinos sabían trabajar y los campos no adolecían de negligencia alguna. Pero en cuanto al chófer, los jardineros, la cocinera y las doncellas, tan pronto como el señor se iba a uno de sus largos viajes, estos se lo tomaban con calma. Giovanna tenía que estar ojo avizor. Con la perspectiva de sus sesenta y cinco años, cincuenta de ellos al servicio de la familia Di Madura, era más que consciente de que cada vez tenía menos autoridad sobre los servidores más antiguos, pues todos ellos sabían que el señor era magnánimo y de una dulzura sin par. Sí que tenía aún influencia sobre los más jóvenes, a quienes echaba rapapolvos a menudo.

Giovanna se sentía orgullosa de trabajar para Luchino Alani di Madura, «el último de los Madura». A lo largo de los siglos, los miembros de la familia Di Madura habían sido los benefactores del pueblo de Brachetto. Pero el apellido iba a desaparecer con Luchino Alani di Madura, el último eslabón de esa gran estirpe. Su único retoño. Seguía soltero a los cincuenta años y no entraba en sus cálculos tener descendencia. Se iría como había vivido: solo. Y se llevaría consigo a la tumba su apellido y su escudo de armas.

Giovanna conocía a Luchino desde recién nacido. Había entrado al servicio de sus padres cuando tenía quince años. Y cincuenta después aún

velaba por Luchino y lo cuidaba como una madre, como al hijo que nunca había tenido.

Luchino Alani di Madura era aficionado a correr aventuras. Le gustaban los viajes a lugares remotos y las exploraciones. Una vez al año, se iba. Por unas semanas o por unos meses. Describía a Giovanna sus planes en mapas del mundo que guardaba en su despacho. Luego, desde el día de la marcha hasta el del regreso, ella montaba guardia en la mansión con fidelidad perruna. Cuando volvía era una fiesta para ella. Se presentaba por lo general con una comitiva de vehículos que transportaban cuanto había ido cosechando a tenor de sus expediciones: muebles, esculturas, trofeos de caza, lámparas. Cada objeto tenía una historia que Luchino le contaba a Giovanna. Ella no salía de su papel y lo reprendía: ¿de verdad necesitaba cargar con el estorbo de ese sillón de madera gigantesco que traía del Brasil? ¿Qué iba a hacer con esa colección de figuritas de marfil de unos pobladores de Asia? ¿Y qué decir de ese espectacular oso disecado fruto de una cacería en los bosques rusos?

En esta ocasión, era África la que lo había atrapado. Desde Libia había ido a Etiopía y luego había descendido hacia la colonia británica de Kenia. Giovanna había ido siguiendo sus desplazamientos en un mapa a medida que recibía sus cartas. Pero estas se habían vuelto cada vez más breves y cada vez más espaciadas. En la última decía que volvería pronto. Pero ese «pronto» era de hacía muchas semanas.

Desde el anuncio de su inminente regreso, Giovanna había ordenado a diario que le tuvieran preparada una comida, pero la espera seguía siendo en vano. Y hete aquí que, un domingo por la mañana, unos chiquillos del pueblo llegaron a toda prisa a la mansión.

—¡Señora Giovanna, señora Giovanna!

—¿Qué queréis, hijitos?

—¡Ha vuelto!

Notó que el corazón le palpitaba con fuerza. Una inmensa alegría la invadió y una amplia sonrisa le iluminó el rostro, por costumbre tan serio.

—¿Y dónde está ahora?

—En el pueblo, señora Giovanna —contestó uno de los niños, que esperaba una recompensa—. Se ha parado para saludar a todo el mundo.

Giovanna dio el toque de alerta, aunque todo ya estuviese preparado. La comida estaba lista; la mesa del comedor, puesta. Habían podado los

arbustos del jardín la víspera y acababan de revisar los surtidores de la fuente grande. La mansión de los Di Madura nunca había estado tan hermosa.

Mandaron a la cocina a los chiquillos portadores de la buena nueva para que les diesen golosinas y Giovanna se apostó en las escaleras de la mansión.

La comitiva de vehículos llegó media hora después. Luchino bajó del coche para arrojarle en brazos de su ama de llaves.

—¡Giovanna! ¡Mi buena Giovanna! —exclamó mientras la abrazaba.

—¡Por Dios santo, Luchino! ¡Qué preocupada estaba! ¡Pensaba que no iba a volver nunca!

—Yo solo me marché para poder volver, mi buena Giovanna.

El ama de llaves lanzó una mirada de reproche a las camionetas cargadas de recuerdos que lo empantanaban todo. Unos hombres estaban descargando un cesto grande de mimbre.

—¡No me amontonen esos espantos en el patio! —los riñó con vehemencia Giovanna.

—Ese espanto —intervino Luchino, regocijado— es nuestro nuevo compañero. No he vuelto solo.

—¿Un compañero? —se extrañó Giovanna.

Luchino abrió el cesto y metió en él las manos. Sacó un animal encantador que parecía un gatito moteado. Se lo presentó al ama de llaves:

—Giovanna, este es Gattino.

Ella le echó una mirada consternada. Tenían ya tantos gatos que no sabían dónde meterlos. ¡Dos días antes habían encontrado una camada de nueve recién nacidos en la cuadra!

El animalito empezó a maullar y Luchino sentenció que tenía hambre. Pidió leche y Giovanna fue a la cocina, de donde volvió con un trotecillo, llevando un tazón, del que procuró no derramar ni una gota.

—¡Leche! —exclamó—. ¡Leche para el gatito!

Luchino dejó escapar una risa radiante.

—¡Mi buena Giovanna, ha pasado demasiado tiempo aquí! La próxima vez me la llevaré de viaje conmigo.

—No, gracias. Pero ¿qué he dicho que resulte tan gracioso?

—Vamos, Giovanna, ¿es que no ve que Gattino no es un gato?

Giovanna se sintió como una estúpida. La perplejidad la dejó sin habla.

—Pero, si no es un gato, ¿qué es? —preguntó al cabo, avergonzándose de su ignorancia.

—Una pantera, Giovanna. Es un cachorro de pantera.

\*

Durante los meses siguientes, Gattino se convirtió en el ojito derecho no solo de la mansión, sino del pueblo de Brachetto entero. La panterita, lindísima, estaba totalmente domesticada. En la mansión no se separaba de la manada de perros de Luchino, cuyo comportamiento remedaba. Bajo la batuta de Mama, una vieja perra pastora que dirigía la cuadrilla, la pantera jugaba a la pelota en el parque, dormía siestas en la alfombra del despacho, pedía caricias a los servidores, se acomodaba en los remolques de los tractores para recorrer perezosamente el olivar y, por la noche, dormía con los demás perros en la habitación del amo. En cuanto dejó de alimentarse de leche, compartió la dieta de sus amigos los perros, un rancho que les servían en escudillas de metal. Y, a diario, cuando Luchino tomaba el té en la veranda, la pantera, igual que un perro faldero, alargaba la pata para pedir una galleta.

En el pueblo, adonde Luchino la llevaba siempre, era la atracción. Los niños abandonaban el tiiovivo de la plaza para ir a acariciar al felino, que se dejaba. Así pues, no era extraño ver al último de los Madura sentado en el café o callejeando por el mercado, llevando a su fierecilla con una correa.

Luchino le pedía con regularidad al veterinario del zoo de Roma que fuese a ver a Gattino para asegurarse de que estaba sano.

—Crece perfectamente —confirmaba el veterinario en cada una de sus visitas—. Tiene una salud de hierro. Incluso comiendo rancho para perros.

—De hecho, se porta como un perro —se regocijó Luchino.

—Es que se cree que es un perro —replicó el veterinario.

—¿A qué se refiere?

—Gattino no es consciente de que es una pantera. En África no sobreviviría ni un día en la sabana. Ha perdido los reflejos de depredador y sería incapaz de cazar. Vive integrado en este grupo de perros, se cree que también es uno de ellos.

Un año después de su llegada a la mansión, la pantera ya había alcanzado su tamaño adulto. De cachorrito delicado, Gattino se había convertido en un felino de tamaño imponente, pero de un sosiego y una placidez inigualables. Era más dulce, más mimoso y más juguetón que los otros perros.

A diferencia de estos, educados según unas normas de vida estrictas, los privilegios de la pantera fueron ilimitados: compartía la cama de Luchino, chapoteaba con él en la gran piscina, tomaba las comidas sobre la alfombra del comedor en un plato de porcelana y lo acompañaba siempre que iba a Brachetto, para mayor dicha de los niños, que se le subían al lomo.

La reputación de Gattino se extendió por toda la comarca. Se lo mencionó en los periódicos. Llegaron curiosos a Brachetto solo para vislumbrar a la fiera. Ciertos directores de circo ofrecieron a Luchino sumas astronómicas para hacerse con aquella pantera de salón, pero Giovanna despedía sistemáticamente a los importunos. Incluso ella, reticente al principio, había sucumbido de lleno al hechizo del animal. Y, además, desde que había llegado Gattino, a Luchino no se le había vuelto a ocurrir irse de viaje. ¿Cómo iba a dejar sola a su hermosa pantera? Se había convertido en su compañero.

\*

Durante los tres años siguientes, la pantera hizo dichoso a Luchino. Hasta una desventurada noche.

Era ya tarde. La mansión estaba a oscuras, salvo el despacho de Luchino. Sentado a la mesa de trabajo, estaba despachando la correspondencia. A su alrededor, echados en la alfombra, sus perros y la pantera dormían apelotonados un sueño apacible. Reinaba la mayor calma. Solo se oía el aliento de los animales dormidos y la pluma de Luchino al correr por el papel.

El drama ocurrió cuando Luchino quiso abrir un sobre que había recibido ese mismo día. Un amigo de Milán, que le escribía y de quien le urgía tener noticias. El ademán con la plegadera fue demasiado brusco: la hoja atravesó la parte trasera del sobre y le hizo un corte en la mano. Nada grave, un rasguño. Pero un hilillo de sangre empezó a correrle de la herida. En lo que cogía un pañuelo, notó de repente en la mano algo cálido y áspero: la lengua

de Gattino. La pantera empezó a lamer la sangre, primero despacio, luego de forma cada vez más frenética.

Luchino cayó en la cuenta de que su pantera amaestrada, al encontrarse con el sabor de la sangre, había vuelto a convertirse en el depredador que siempre había sido. Sabía que, si retiraba la mano, la pantera lo mataría. Entonces, despacio, con la mano libre abrió el cajón del escritorio y sacó el revólver. Acercó el cañón a la cabeza de la pantera, que seguía lamiendo con avidez la herida, y apretó el gatillo.

Fue Giovanna quien los encontró a la mañana siguiente.

En la habitación, los perros iban arriba y abajo, asustados. Luchino estaba desplomado en el suelo y sollozante aún. Abrazaba el cuerpo de su pantera adorada, tendida en un baño de sangre.

—Ha muerto por mi culpa —concluyó tras detallarle a su ama de llaves las circunstancias del drama.

—¡Pero, Luchino, si no, seguramente lo habría matado él a usted!

—Quise convertir una pantera en un perrito faldero. Ahora bien, los animales salvajes son como los hombres. Los podemos engatusar, maquillar, disfrazar. Podemos alimentarlos de amor y de esperanza. Pero no podemos cambiar su índole.

## Capítulo 18

### *Tres días antes del atraco*

~~DOMINGO 26 DE JUNIO (EL HALLAZGO DE  
GREG)~~

~~LUNES 27 DE JUNIO~~

~~MARTES 28 DE JUNIO~~

→ **MIÉRCOLES 29 DE JUNIO DE 2022**

JUEVES 30 DE JUNIO

VIERNES 1 DE JULIO

**SÁBADO 2 DE JULIO (EL DÍA DEL ATRACO)**

4.30 h, en la Verruga.

Greg abrió los ojos. A su lado, Karine estaba profundamente dormida. Se escabulló de la cama y bajó a la cocina. Se preparó un café y salió al porche a beberse. Aún era noche cerrada. El olor a hierba cortada perfumaba el aire. Encendió una guirnalda de luces y contempló el jardincito: todo estaba pulcro y en calma. En cambio, dentro de la casa, pocas horas antes, todo había estallado entre Karine y él.

\*

*Unas horas antes*

Greg estaba sentado a la mesa de la cocina, leyendo la historia de la pantera que había escrito Viscontini. Andaba tan enfrascado que no había visto que Karine le había cogido el móvil. Ella apareció de golpe delante de él, con la cara deformada por el llanto. Lo primero que pensó Greg fue que alguien había muerto. Lo hubiera preferido.

—¡Eres un desgraciado! —le dijo ella a voces—. ¡Un perverso asqueroso! ¡Un pedazo de cerdo!

Le puso delante de las narices el móvil, en el que aparecía Sophie en su momento de placer solitario.

A Greg le entró el pánico. Lo habían pillado como a un principiante. No supo qué decir ni qué hacer. Él, que sabía gestionar las situaciones de crisis y era un hábil negociador, estaba ahora sin recursos. Farfulló: «Espera, espera, no es para nada lo que crees...», pero no alcanzaba para detener a Karine, que ya no era más que un volcán de insultos y gritos. A falta de algo mejor, Greg jugó la baza de los niños:

—No grites tanto, vas a despertar a los chicos...

Táctica errónea. Karine se desgañitó aún más:

—¡Tanto mejor! ¡Así sabrán que su padre es un perverso asqueroso que engaña a su madre!

—¡Puedo explicártelo todo!

—¡Pues venga, explícate!

Se le tenía que ocurrir una historia plausible. Y rápido. La única salida de emergencia era hablar de la investigación. Si lo hacía, estaría traicionando el secreto al que lo obligaba su cargo. Pero ¿acaso tenía alternativa?

—Arpad está bajo vigilancia policial —reveló entonces—. No puedo contarte nada más, pero hemos instalado una cámara en su dormitorio.

Karine se quedó helada un instante.

—¿Qué me estás contando? ¿Y qué tiene eso que ver con este vídeo de Sophie?

Él mintió con aplomo:

—Es una broma estúpida de un compañero. Fíjate en el vídeo, se nota que está grabado de una pantalla de vigilancia.

—¡No tengo la menor gana de ver ese espanto!

—Te entiendo —le aseguró Greg, improvisando un alegato—. El compañero estaba a cargo de la vigilancia cuando Sophie sintió... un antojo. Él tuvo el mal gusto de grabar la pantalla con el móvil y se lo envió a unos chicos de la brigada, lo cual no solo es impropio de un policía sino completamente ilegal. Al final, el jefe y yo nos hemos acabado enterando. Ya sabes que el jefe me considera un poco como su segundo de a bordo. Vamos a sancionar al agente.

—Pero ¿por qué has conservado esto en el móvil?

—Es un vídeo de trabajo en mi teléfono de trabajo. De hecho, mañana tenemos cita en Asuntos Internos para tratar el tema. Tendré que enseñárselo a los compañeros.

Karine se calmó un poco. Al comprobar que sus malabarismos estaban surtiendo efecto, Greg fue un poco más allá: «Es una pena, ahora me doy cuenta de que en ese móvil tengo más fotos del trabajo que fotos familiares. Creo que debería tener dos móviles, de verdad que sí: uno para el curro y otro para la familia. Hay que saber desconectar. ¡No mezclarlo todo, vaya!».

Tras un silencio, Karine preguntó:

—¿Qué es eso de que estáis investigando a Arpad?

Estaba claro que se había tragado la historia del vídeo.

—No puedo entrar en detalles —arguyó Greg—. De hecho, ya he hablado de más.

—¡Sí, claro, qué práctico es escudarse en el secreto profesional! ¿Y cómo sé yo que no me estás contando una trola? ¿Quién me dice que no te estás tirando a Sophie?

—¡Porque yo nunca te haría algo así! —prometió Greg—. ¡Ni siquiera me pone!

—¡Venga ya! ¡Salta a la vista que a todo el mundo le pone! ¡Demuéstrame que de verdad existe una investigación sobre Arpad!

Greg le enseñó a Karine el grupo de mensajería que usaban los agentes de la brigada de vigilancia para enviar información en tiempo real sobre Arpad. Le dio a leer los mensajes y le enseñó las fotos.

—¿De qué es sospechoso para que la policía le haya metido una cámara en casa? —preguntó ella al darse cuenta de que su marido no mentía.

—Arpad es un atracador. Ha actuado ya antes y está a punto de hacerlo de nuevo. El tío con quien se peleó el sábado por la noche en la carretera al salir de aquí es su cómplice.

—¿Por qué se iba a pelear con ese tío si están a punto de cometer un atraco juntos?

—Los ánimos se caldean según se va acercando la hora. Es un comportamiento típico de los atracadores: están estresados, saltan a la mínima. ¿No te fijaste en lo nervioso que estaba Arpad el sábado durante la cena? ¿Viste lo mucho que bebió?

Karine solo pudo asentir. Greg puso la guinda:

—De aquí al sábado, tendrás la prueba de que todo esto es verdad.

—¿Y eso? —preguntó Karine, que no había entendido a qué se refería su marido.

—Ya lo verás. De verdad que no puedo revelarte nada más.

—Te acuerdas de que el sábado tenemos previsto salir hacia Italia, ¿verdad?

—Pues claro que sí, y lo estoy deseando —aseguró Greg, a quien se le había olvidado por completo.

Unas horas después del incidente, Greg consideraba que se había librado de una buena. Pensaba que había burlado las sospechas de su mujer, pero Karine, en la planta de arriba, también despierta, le estaba dando vueltas a lo que había dicho su marido: «Yo nunca te haría algo así». Si no había hecho nada, ¿a qué venía esa carta que lo acusaba de ser un cerdo? Fuera lo que fuese lo que había hecho, estaba dispuesta a pelear por su marido y su familia. A que no se convirtieran en otro de esos matrimonios desgarrados. A no acabar como su amiga Justine, sola con tres críos a su cargo desde que había echado de casa a su marido, llegando a duras penas a fin de mes y condenada a la soledad. ¿Había que destruirlo todo por un desliz? ¿O, sencillamente, creer a Greg y cerrar los ojos?

No podía evitar acordarse de la barbacoa del sábado. De cómo Greg miraba a Arpad y cómo Arpad miraba a Sophie. De tanto repasar la escena, Karine acabó por comprender: esa noche, Arpad se moría de celos. Seguramente había descubierto lo que había entre Greg y Sophie. Si no, ¿por qué se había sincerado con ella? No tenían tanta confianza. No se trataba de una confidencia: se lo había contado porque a ella también la afectaba de lleno. ¡El amante de Sophie era Greg! Y Arpad había vuelto a la Verruga para meter el mensaje anónimo en el buzón.

Ahora estaba convencida de que había algo entre su marido y Sophie. Esa zorra no se iba a salir con la suya. Tenía que actuar.

En la Casa de Cristal, esa mañana se respiraba un ambiente de lo más alegre. En la mesa del desayuno, Arpad entretenía a los niños haciendo el ganso como él sabía. Isaak y Léa se reían a carcajadas. Sophie miraba feliz a su pequeña tribu, junta de nuevo. La familia Braun renacía de sus cenizas.

—Plan para hoy —les anunció Arpad a los niños—. Os llevo a las actividades por la mañana y luego nos vamos a comer a Ginebra.

—¿Podemos comer hamburguesas? —preguntó Isaak.

—¡Adjudicado! —aprobo Arpad.

La comida en la hamburguesería provocó una ovación.

—¿Y qué haremos luego? —quiso saber Léa.

—Lo que queráis —decretó Arpad—. Vosotros decidís.

—Podríamos ir al Museo de Ciencias Naturales —sugirió Isaak.

—Con lo bueno que hace —observó su padre—, sería mejor pensar algo al aire libre, ¿no?

El niño insistió.

—¡Venga, papá, porfi! ¡Hace siglos que no vamos! Y has dicho que «nosotros decidimos».

Léa secundó a su hermano:

—¡Sí, papá, porfi!

—Además —añadió Isaak—, ¡cuando haces las voces de los animales disecados es superdóver!

—¿Pones voces a los animales? —quiso saber Sophie, guasona.

—Es una larga historia —la esquivó Arpad.

—¡Te mueres de risa, mamá! ¡Tienes que verlo! ¿Vas a venir con nosotros?

—Buena idea —aprobo Arpad—. ¿Por qué no te vienes?

—Por desgracia, tengo trabajo —dijo Sophie, declinando la oferta—. Pero iré a comer con vosotros.

—¡Nadie puede resistirse a la llamada de las hamburguesas! —exclamó Arpad con tono teatral, haciendo bocina con las manos.

Sophie se rio. Era hora de irse a trabajar. Les dio un beso a los niños y abrazó a Arpad por el cuello. La familia ideal. La pareja perfecta. Todo quedaba olvidado.

Un poco más tarde, esa mañana.

Arpad acababa de dejar a los niños en sus actividades del miércoles cuando recibió una llamada de un número desconocido. Contestó.

—¿Diga?

Como única respuesta, una voz que reconoció al instante lo conminó:

—El sábado por la mañana cuento contigo.

Era Fiera.

—Lo dejo —contestó Arpad.

Sophie había vuelto. No necesitaba participar en el atraco para librarse de Fiera, puesto que ya no suponía una amenaza.

—No puedes —amenazó Fiera—. Me prometiste que lo harías.

—¡Te digo que lo dejo!

Arpad colgó y apagó el móvil.

Por la tarde, siguiendo los deseos de sus hijos, Arpad los llevó al Museo de Ciencias Naturales. Empezaron la visita juntos, pasando de una vitrina a la siguiente en fila prieta para contemplar los animales allí expuestos. Al llegar a la segunda planta, Isaak y Léa fueron cada cual por su lado entre los dioramas de la fauna africana y Arpad se encontró solo delante de unos felinos disecados. Una pantera que enseñaba los colmillos parecía mirarlo directamente a los ojos. Isaak no tardó en volver a su lado, con un trozo de papel en la mano.

—Papá, un señor me ha dado esto para ti. —Le alargó la nota a su padre.

—¿Un señor? —preguntó Arpad.

—Sí, el que vino a casa el otro día, el de la pelea en el coche.

Arpad desdobló el papel.

*Nos vemos en los aseos de la tercera planta.*

—¿Qué pone? —preguntó Isaak.

—Nada —contestó Arpad mientras se guardaba el mensaje en el bolsillo —. Anda, venid aquí, es hora de merendar.

Arpad fue a buscar a Léa, que estaba mirando unos loros, y sentó a los niños en la cafetería, que se hallaba en la misma planta. Les compró todo lo que quisieron: zumo, patatas fritas, helados, galletas y caramelos. A continuación, les dijo que no se movieran de allí. «Voy corriendo al baño».

Cogió el ascensor hasta la tercera planta. Era el espacio dedicado a las exposiciones temporales, aunque en ese momento no había ninguna. Estaba todo desierto, ni siquiera había un vigilante. Fue a los aseos: no había nadie. Pero de pronto se abrió la puerta de una cabina y vio aparecer a Fiera.

—¡Joder, Fiera! —dijo Arpad con un tono a medio camino entre la amenaza y la súplica—. ¡Tienes que dejarme en paz de una vez!

—Tenemos que hablar del atraco.

—Se acabó. ¡Ya no hay atraco! Has perdido. Sophie ya no quiere saber nada de ti y yo no pienso dejar que me líes con tus locuras.

—Cuando has sido atracador un día, lo eres para siempre —dijo Fiera—. Se lleva en la sangre. Es un veneno que no tiene antídoto.

Arpad perdió la paciencia:

—¡Yo no lo llevo en la sangre! ¡No soy un atracador! Por eso salí por pies de Saint-Tropez. En cuanto supe que habías atracado el banco postal de Menton, hice todo lo que me dijiste que hiciera: me largué. ¡No soy un atracador, hostias! ¡Yo no lo llevo en la sangre!

—Ya lo sé —contestó Fiera—. No lo digo por ti.

Mientras pronunciaba estas palabras y miraba a Arpad a los ojos, Fiera se quitó la camiseta y dejó al descubierto el torso desnudo.

Cuando Arpad vio el tatuaje que Fiera tenía en el pectoral izquierdo, se quedó sin habla.

Era el tatuaje de una pantera.

Exactamente el mismo que Sophie tenía en el muslo.

Quince años antes  
*Septiembre de 2007*  
*Saint-Tropez*

Fiera había quedado con Arpad en Fréjus, en su piso. Necesitaba verlo y había especificado que «solo». O sea, sin Sophie.

Arpad dedujo que pasaba algo grave. Cuando llegó, Fiera le sirvió una copa y le dijo:

—Tengo que contarte una cosa.

—Lo que sea —le aseguró Arpad.

—Estoy preparando un gran golpe —le dijo confidencialmente Fiera.

—¿Un gran golpe? —se preocupó Arpad.

—Un atraco. Al banco postal de Menton. Se puede sacar un montón de dinero. Como para vivir tranquilo mucho tiempo.

Arpad se quedó helado.

—¿Por qué me lo cuentas? —acabó por preguntar.

—Porque necesito un socio. Alguien que sepa conducir, no sé si me entiendes.

Arpad, que no sabía qué responder, se sintió en la obligación de precisar:

—Yo... Yo nunca he atracado a nadie.

Fiera lo reconfortó con una sonrisa:

—En un atraco, más que la experiencia, lo que cuenta es la confianza. Necesito a alguien de confianza, un tío como tú. Damos el golpe y desaparecemos en Italia. Tengo un escondite que te cagas, un establo de pastores en la Toscana donde estaremos a salvo una temporada.

Arpad se quedó un buen rato mirándolo a la cara. Se preguntaba qué entendería Fiera por «un montón de dinero». Pero daba igual la cantidad, ya había probado lo que era la cárcel unos meses antes y no tenía la menor intención de volver. Declinó la oferta con firmeza:

—Gracias por la confianza, pero no me siento capaz.

—Lo eres —insistió Fiera.

—Sé que no.

—¿Cómo puedes saberlo si nunca has atracado a nadie?

—Te digo que no, Fiera. No voy a atracar un banco contigo.

Fiera le sugirió que se lo pensara unos días. Pero no tenía nada que pensar.

\*

Fiera se tomó la negativa de Arpad como una afrenta y se distanciaron. Aunque los dos volvieron a verse una última vez, la víspera del atraco. Esa noche, al regresar a casa después de su turno en el Béatrice, Arpad se encontró a Fiera en su piso. Lo estaba esperando sentado en una silla de la cocina y con un arma en la mano.

Lo primero que pensó Arpad fue que iba a matarlo.

—Vas a escucharme atentamente —lo conminó Fiera—. Y a seguir mis instrucciones al pie de la letra. Si haces lo que te digo, seguirás vivo. Quiero que te vayas de Saint-Tropez. Vas a dimitir en el curro, a dejar el piso y a pirarte. Vas a volver a la vida de mierda que tenías en Londres, o en otra parte. Pero ¡pírate!

Arpad estaba aterrorizado, aunque hizo todo lo posible por mantener el tipo.

—Vas a atracar el banco, ¿es eso? ¿Y te da miedo que te delate?

Fiera asintió a medias:

—Qué perspicaz. No me asusta que me delates, pero, si te interroga la policía, sí temo que te hundas y me traiciones. Y ya sabes: para los traidores, pena de muerte.

Y, según dijo esto, Fiera se abalanzó sobre Arpad, lo agarró por el pelo y le metió el cañón del arma en la boca. Arpad, con voz ahogada, gritó de terror.

—No te hagas el listo conmigo, niño. Que tu título de genio de las finanzas no te va a salvar. Lárgate, ¿me oyes? ¡Lárgate antes de que sea demasiado tarde!

Al día siguiente, el lunes 17 de septiembre de 2007, al amanecer, dos individuos tomaron como rehén al director del banco postal de Menton y lo obligaron a abrir la caja fuerte. En siete minutos, los atracadores sustrajeron

varios millones de euros y a continuación desaparecieron a bordo de un coche de gran cilindrada.

El vehículo salió disparado en dirección a Italia. Cuando los atracadores comprendieron que ya no podían alcanzarlos, dieron rienda suelta a su alegría y se quitaron el pasamontañas. Al volante iba Fiera. A su lado, con una escopeta recortada en el regazo, estaba Sophie.

## Capítulo 19

### *Dos días antes del atraco*

~~DOMINGO 26 DE JUNIO (EL HALLAZGO DE  
GREG)~~

~~LUNES 27 DE JUNIO~~

~~MARTES 28 DE JUNIO~~

~~MIÉRCOLES 29 DE JUNIO~~

→ **JUEVES 30 DE JUNIO DE 2022**

VIERNES 1 DE JULIO

**SÁBADO 2 DE JULIO (EL DÍA DEL ATRACO)**

10.00 h, en el cuartel general de la policía judicial.

Los miembros de las distintas brigadas implicadas en la vigilancia de Arpad se habían reunido para que Marion Brullier los informara sobre las novedades.

—Creemos haber localizado a Philippe Carral en el Museo de Ciencias Naturales —anunció a sus compañeros—. Estuvo allí al mismo tiempo que Arpad Braun.

Proyectó en la pared unas fotos que habían hecho el día anterior unos agentes de la brigada de vigilancia. En una se veía a Arpad y a sus hijos entrando en el museo, y en la otra, a un hombre que también entraba. Marion colocó junto a esta última la única foto oficial de Philippe Carral, que databa de cuando estuvo en prisión, veinte años antes.

—¿Es o no es? —inquirió el fiscal.

—Se le parece bastante —contestó Marion.

—Preferiría una confirmación categórica. «Bastante» no es un argumento de mucho peso frente a un buen abogado defensor.

Marion asintió.

—Le hemos pedido a un contacto de la criminal de París que consiga del servicio de inteligencia francés una imagen más reciente; ellos tienen fichado a Philippe Carral.

—Entonces ¿Philippe Carral y Arpad Braun habían quedado? —preguntó el fiscal.

—Es muy probable —respondió ella—. Por no decir evidente.

—Permítame que replantee la pregunta, inspectora: ¿los han visto juntos?

—No —admitió Marion—. Pero estaban en el mismo lugar a la misma hora. Ayer por la tarde había muy pocos visitantes en el museo, así que no era tan fácil seguirlos en el interior sin quedar expuestos. En lo que tardamos

en entrar en el museo detrás de ellos, Philippe Carral había desaparecido. Y con Arpad Braun tuvimos que mantener la distancia. En un momento dado, dejó a los niños en la cafetería y cogió el ascensor. No pudimos anticipar a qué planta iba y lo perdimos. Volvió a la cafetería al cabo de unos seis minutos. Recogió a los críos y se largó.

—Y, en su opinión, ¿fue durante ese intervalo cuando Braun habló con Philippe Carral? —quiso saber el fiscal.

—Eso creemos —confirmó Marion.

—¿Y no han vuelto a ver a Philippe Carral desde entonces?

El responsable de la brigada de vigilancia tomó la palabra:

—Como ha dicho Marion, le perdimos la pista después de que entrara en el museo. Lo vimos cruzar la puerta principal y luego se esfumó. Ya no lo vimos dentro del edificio ni tampoco saliendo de él.

—¿El museo dispone de cámaras?

—Solo de una, en la entrada. En blanco y negro, para que se haga una idea de la calidad de la imagen. Por otra parte, es un museo con animales disecados y serpientes metidas en tarros con formol. No estamos hablando del Louvre. Hay algunos vigilantes y, obviamente, los hemos interrogado, pero ninguno vio nada. Sin embargo, sí que se produjo un incidente: la alarma de una salida de emergencia saltó a las 15.47, es decir, cuando Arpad volvió a la cafetería con sus hijos. Creemos que fue por ahí por donde salió Philippe Carral. La parte trasera del museo da a un parquecito arbolado, es muy fácil desaparecer sin que te vean.

Marion prosiguió su exposición:

—Hemos preguntado a nuestros colegas franceses sobre Philippe Carral: nos han dicho que lo apodaban Fiera porque era muy escurridizo. Por lo visto, a pesar de lo grandullón que es, puede estar a dos pasos de ti sin que te enteres. Como un depredador, que ve sin que lo vean a él.

—Si lo he entendido bien —dijo el fiscal—, no tenemos nada más concreto sobre el atraco...

—A eso iba —contestó Marion—. Ayer por la mañana interceptamos una llamada en el móvil de Arpad que confirma que el atraco está previsto para el sábado por la mañana. Pero parece que Arpad se está rajando.

Reprodujo la secuencia. La voz de Arpad retumbó en la sala.

Arpad: *¿Diga?*

Voz de hombre: *El sábado por la mañana cuento contigo.*

Arpad: *Lo dejo.*

Voz de hombre: *No puedes. Me prometiste que lo harías.*

Arpad: *¡Te digo que lo dejo!*

—Después, Arpad cortó la llamada y apagó el móvil. Venía de un número de prepago de Estonia. Hemos solicitado información a Tallin a través de la Interpol, pero no sé cuándo nos responderán.

—¿Quién era su interlocutor? —preguntó el fiscal—. ¿Philippe Carral?

—Casi seguro, pero no tenemos forma de saberlo —admitió Marion—. Lo raro es por qué motivo Philippe Carral, un delincuente de alto nivel, se ha arriesgado a llamar a una línea que no es segura.

—Creía que, precisamente, para hablar entre ellos usaban otro teléfono —comentó el fiscal.

—He visto con mis propios ojos a Arpad Braun con un segundo móvil —afirmó Greg.

—Pero no hay ni rastro de él —le espetó Marion.

—¿Han acotado un poco más el objetivo del atraco? —preguntó el fiscal.

—No —lamentó la inspectora—. Pero nos gustaría intervenir también el móvil de la mujer de Arpad Braun. Si su marido tiene dudas, es posible que se sincere con ella.

—De acuerdo —dijo el fiscal tras reflexionar un instante. Luego se volvió hacia Greg y su jefe—: Que el grupo de intervención se prepare para interceptar a los sospechosos durante el atraco. Quiero cogerlos in fraganti. No tenemos bastantes elementos para detenerlos antes de los hechos.

Cuando concluyó la reunión, el jefe del grupo de intervención policial se dirigió a Greg:

—El operativo del sábado lo vas a dirigir tú.

—Gracias.

—No me lo agradezcas. No es una recompensa, es una oportunidad para que enmiendes tus cagadas. El sábado quiero que todo sea intachable.

17.30 h, en Cologny.

Greg circulaba en coche por el pueblo cuando se fijó en que Marion Brullier se encontraba en el aparcamiento de la panadería a la que él solía ir. Estacionó de inmediato, con una maniobra innecesariamente brusca, se bajó del coche y cargó contra ella.

—¿Qué coño haces aquí? —preguntó furioso.

—¿Estás tonto o qué? Soy yo quien supervisa la investigación de Arpad Braun. ¡Lárgate, nos vas a delatar!

—¿Has hablado con mi mujer?

Marion no pudo contener una sonrisa burlona:

—¿Por qué? ¿Tienes problemas de pareja?

—¿Qué le has contado? —vociferó Greg—. Joder, Marion, como te...

En ese instante, la compañera de Marion salió de la panadería con unos bocadillos y bebidas.

—¿Todo bien, Marion?

—Sí, todo bien... Nos vemos en el coche.

Esperó a que su colega se hubiese alejado para dirigirse a Greg:

—Escúchame bien, caraculo: ¡deja de tocarme las narices o te denuncio por violación! ¿Estamos?

—¿Por violación? —repitió Greg con tono desafiante, cuando en realidad no le llegaba la camisa al cuerpo.

—Una relación sexual sin consentimiento es una violación, ¿no?

—¿Sin consentimiento? ¡Si fuiste tú la que me envió las fotos, la que me invitó a su casa y se me subió encima! ¡Querías follar, lo estabas pidiendo a voces, no puedes negarlo!

—¡Claro que quería, pero no de esa manera, para nada! ¡Fue una violación, Greg! Aunque, si de verdad tienes dudas, la próxima vez que

veamos al fiscal deberíamos preguntárselo.

Greg se marchó, muy contrariado. Desde el coche le escribió un mensaje a Karine.

*Se me ha complicado el curro. Volveré tarde.*

Se puso en camino, dejó atrás la Verruga y se dirigió hacia la Casa de Cristal. Rodeó el bosque y dejó el coche en un camino agrícola antes de adentrarse a pie entre los árboles. No tardó en encontrarse con dos policías en el papel de empleados municipales que se afanaban en torno a un tronco muerto.

—¿Y bien? —les preguntó Greg.

—Está en casa con los niños. Sin novedades.

—Muy bien —tomó nota—. Tenedme al tanto si se mueve. ¿Cuántos de la brigada de vigilancia estáis ahora mismo?

—Nosotros dos en el bosque —contestó uno de los agentes— y un compañero en la carretera, en un vehículo, para ir tras el sospechoso si sale de casa. También hay dos inspectoras de la brigada criminal en el centro del pueblo para tomar el relevo si hubiera que seguir el coche.

—¿Hay alguien en los campos de detrás? —preguntó Greg.

—No, nadie. ¿Por qué?

—Solo por conocer el dispositivo.

Greg volvió al coche. Estaba un poco lejos de la casa, pero tenía la esperanza de que llegara la señal de conexión. Sacó la pantalla y el receptor que aún llevaba encima. Era consciente de que estaba jugando con fuego, pero no podía resistirse. Sin embargo, se prometió a sí mismo que era la última vez que usaba la cámara.

Greg esperó un rato a que apareciera el indicador de la señal, pero la pantalla no se encendía. Reinició el sistema varias veces sin dejar de echar ojeadas nerviosas a su alrededor. Si lo sorprendían, sería el final de su carrera. De pronto, en la pantalla apareció el dormitorio de los Braun. Greg no pudo contener un grito de emoción.

Arpad estaba solo en el cuarto. Sophie aún estaba trabajando y él había dejado a los niños delante del televisor. Necesitaba estar tranquilo.

Sentado en el suelo, estaba pasando revista a los álbumes de fotos de la familia que tenía esparcidos delante. Era Sophie quien siempre se había encargado de tenerlos al día. Desde la época de Saint-Tropez hasta la fiesta del cuadragésimo cumpleaños de Arpad: quince años de la vida de los Braun recogidos en álbumes de formatos varios.

Se demoró en las imágenes de Sophie. Estaba conmovido por lo que había descubierto sobre ella. Rememoraba una y otra vez la escena del día anterior, en los aseos del Museo de Ciencias Naturales, cuando le había dicho a Fiera que no tenía alma de atracador y él le había contestado «ya lo sé. No lo digo por ti» antes de enseñarle la pantera que llevaba tatuada en el pectoral izquierdo. Le bastó con ver ese dibujo, idéntico al del muslo de Sophie, para comprenderlo todo. Era ella a quien se refería Fiera. Arpad lo acribilló a preguntas, pero Fiera no le dio más explicaciones. «Le corresponde a Sophie contártelo», había dicho antes de desaparecer. Arpad volvió a la Casa de Cristal totalmente anonadado. Era como si el suelo se abriese bajo sus pies a cada paso. Consiguió, no obstante, ocultar su turbación hasta que los niños estuvieron acostados. Y entonces se enfrentó con Sophie.

\*

### *La noche anterior*

Sophie bajó de la planta de arriba y fue al salón para reunirse con Arpad.

—Los niños ya están dormidos —dijo.

Se fijó en que su marido la miraba de forma extraña.

—¿Pasa algo, cariño? —preguntó.

—Nunca me has explicado por qué te hiciste el tatuaje...

A ella pareció sorprenderle que sacara el tema.

—¿Y por qué te preocupa precisamente ahora?

Arpad contestó sin ambages:

—Porque esta tarde me he cruzado con Fiera y me ha enseñado el suyo.

Sophie se desmoronó. Fue incapaz de pronunciar ni una palabra. Cayó de rodillas, como si las piernas ya no la sostuvieran.

—Todo el dinero del banco —dijo Arpad— no era de tu padre...

—No —murmuró Sophie entre lágrimas.

—Era el dinero del atraco, ¿es eso?

—¡Lo siento, lo siento mucho!

—¿Que lo sientes? —explotó Arpad—. ¡Me has hecho blanquear el dinero de un atraco! ¡Joder, Sophie! ¿Te das cuenta de que todo lo que hemos construido, toda nuestra vida, el piso y luego la casa, todo lo hemos pagado con dinero sucio?

—¡Todo lo que hemos construido, Arpad, ha sido gracias a nuestro amor! Ella sacó fuerzas para ponerse de pie y corrió hacia él.

—Eres el amor de mi vida —le dijo prorrumpiendo en sollozos.

Intentó cubrirlo de besos, pero él la apartó y anduvo unos pasos, nervioso, alrededor del sofá.

—¿Y Fiera? —preguntó dirigiéndole a su mujer una mirada furiosa—. ¿Él también es el amor de tu vida?

—Fiera no es mi amante. Lo fue. Brevemente. Cuando te fuiste de Saint-Tropez, pero eso ya te lo he contado.

—¡Deja de mentir! Me fui de Saint-Tropez al día siguiente del atraco de Menton. ¡Si atracaste el banco con Fiera, es que ya había algo entre vosotros!

—Bueno, puede —admitió Sophie.

—¿Que puede? —repitió Arpad—. Pero ¿tú te estás oyendo? ¡Me pusiste los cuernos con ese tío!

—¡Fue hace quince años! —se defendió Sophie—. ¡Fue una especie de flechazo, algo incontrolable!

—¿Una especie de flechazo? —dijo Arpad, presa de asco e indignación—. ¿Te estás quedando conmigo?

—¡Si prefieres, llámalo un ataque de locura! —exclamó Sophie—. ¡Para de jugar con las palabras, no estás escuchando lo que intento decirte!

—¿Y qué estás intentando decirme? —gritó Arpad loco de ira.

—Que con veinticinco años, yo, la princesita burguesa que vivía entre algodones en Saint-Tropez, me enamoré de un hombre mayor. Un delincuente con convicciones anarquistas a años luz de mi educación. ¡Me apetecía vivir sensaciones fuertes, me apetecía mandar a paseo a mi padre, al que todos bailaban el agua, incluido tú, que ocultabas tu relación con «la hija del jefe»! De modo que sí, me atraía irresistiblemente todo lo que representaba Fiera: la subversión, el rechazo a la autoridad. Yo era la hija perfecta: educada, simpática, amable, formal y buena estudiante, y me fascinaba. Un día, Fiera

me propuso participar en algo único, que me procuraría un subidón de adrenalina y unas sensaciones que no podría experimentar de ninguna otra manera... Dije que sí en el acto, sin saber siquiera de qué se trataba. Y, cuando me dijo que se trataba de un atraco, ¡me emocioné aún más! Puede parecer una locura... En aquel momento, no era consciente en absoluto de lo que eso suponía en realidad. Pero sonaba peligroso y yo tenía ganas de hacer algo peligroso. Quería correr riesgos. Ampliar mis límites. No lo hacía por el dinero. El dinero era lo de menos. Lo que necesitaba era sentirme viva...

—Era el atraco del banco postal de Menton —dijo Arpad.

Sophie asintió:

—Sí. Y ¿sabes qué? Que probablemente fue una de las experiencias más intensas de mi vida. El día que cometí ese atraco, me quité de encima a esa Sophie en la que me sentía encerrada y me convertí en una mujer. Por fin. Supongo que por eso tuve la necesidad de repetir.

—¿Cómo que repetir? —dijo Arpad con un nudo en la garganta—. ¿Ha habido más atracos?

Sophie se quedó cortada.

—¿No te lo ha contado Fiera?

—¿Que si me ha contado qué? ¡Habla! ¿Cuántos atracos ha habido después del de Menton?

—Dos más. Uno en Zaragoza y otro en San Remo.

Arpad se quedó aturdido: los viajes secretos a España e Italia no habían sido escapadas adúlteras sino atracos. No sabía qué era peor. Y ahora comprendía cómo se volvía a llenar la caja de seguridad del banco.

—¡Joder, Sophie! —exclamó Arpad—. No me puedo creer que estemos hablando de esto. ¡Te fuiste a atracar un banco siendo madre de familia!

—Lo de San Remo fue una joyería —creyó necesario aclarar ella.

—¡No quiero saberlo! —dijo Arpad a voces—. ¡Ni siquiera quiero imaginarte con un arma en la mano amenazando a la gente!

Ella lo miraba con desesperación.

—¡Ya lo sé! —dijo—. Por eso nunca te dije nada. Y, sin embargo, son esos atracos los que me hacen ser como soy. La Sophie que tanto te gusta, la Sophie que atrae todas las miradas, esa Sophie existe porque he cometido esos atracos. ¡Tanto si te gusta como si no! Los atracos son parte de mí. Una parte secreta, que se oculta tan hondo como sea posible, y de la que no puedo hablar con nadie...

—Excepto con Fiera —apuntó Arpad.

—Excepto con Fiera —asintió Sophie—. Eso es lo que me une a él de forma tan... fuerte.

—Más que fuerte, os escribís cartas de amor.

—Él me escribe cartas de amor a mí —matizó Sophie—. Yo no.

—¿Intentas que me trague que, aparte de la relación que tuvisteis hace quince años, no os habéis vuelto a acostar desde entonces?

—¡Nunca!

—Pues yo os vi aquí el jueves de la semana pasada. ¡En nuestro dormitorio!

—Fiera vino para preparar el atraco. Normalmente quedamos en su guarida, pero el jueves quiso venir aquí.

\*

### *El jueves de la semana anterior*

En la cocina de la Casa de Cristal, Sophie estaba perdiendo la paciencia. Se había dado la vuelta lo que tardaba en preparar dos cafés y Fiera había desaparecido.

Lo encontró registrando el dormitorio principal. Había subido las persianas para inspeccionarlo mejor.

—¿Qué estás haciendo aquí?

Fiera no contestó. Abrió el cajón de la mesilla y sacó las esposas que había dentro.

—¡Haz el favor de soltar eso! —ordenó Sophie.

Él se echó a reír:

—¿Cuál de los dos ata a quién?

—¡Ya está bien, suelta eso ahora mismo! —dijo ella, irritada, mientras bajaba las persianas.

El cuarto quedó sumido en la oscuridad.

—¡Ahora, sal de aquí! Nunca tendría que haber aceptado que vinieras a casa.

—Vamos —dijo Fiera para quitar hierro—. Un poquito de sentido del humor...

\*

—Bajé las persianas y lo eché del cuarto —aseguró Sophie—. Arpad, tienes que creerme. Tú eres el hombre de mi vida. Después del atraco de Menton, pasé un mes escondida en Italia. Por eso no pudiste localizarme cuando te fuiste de Saint-Tropez. Y por eso yo me sentía culpable por haberte perdido. Desde que te he vuelto a encontrar, nunca te he engañado... sexualmente.

Se arrepintió en el acto de haberlo expresado así. Arpad murmuró, destrozado:

—Porque sí me has engañado intelectualmente, ¿es eso? ¿Es lo que me estás confesando, que estás enamorada de Fiera?

Sophie se quedó callada.

—¡Habla! —estalló Arpad—. ¡Que hables, maldita sea! ¿Estás enamorada de Fiera?

Ella murmuró:

—No me apetece contestarte ni tampoco mentirte.

De pronto él tuvo ganas de arrasar con todo. Agarrar todos los muebles que tenía alrededor y echar la casa abajo. Su matrimonio ya no existía. No quería seguir allí.

—¡Te quiero más que a nada, Arpad! —le dijo ella con todo el cariño del que fue capaz—. ¡Más que a nadie! ¡Eres el hombre de mi vida!

—¡Pero a él también lo quieres! ¡De hecho, quieres a dos hombres!

Ella le dio una explicación tremendamente torpe:

—No tienes por qué estar celoso, él es lo que tú no puedes ser.

—¡Ah, pues qué bien! ¡Gracias, me siento mejor!

—¡Pero con quien quiero estar es contigo! ¡Tú eres con quien he hecho mi vida! ¡Tú eres el padre de mis hijos!

—¡Lo que me estás haciendo es horrible! ¡Si me quisieras de verdad, no me harías pasar por esto!

Ella rompió a llorar. Y, cuanto más frágil se mostraba ella, más se enfurecía Arpad:

—¡Para de gimotear, tú no eres la víctima en esta historia!

—¡Todo esto me supera! ¡Soy víctima de mis impulsos y de mis necesidades!

—Son algo más que impulsos, Sophie: ¡son sentimientos!

—¿Y qué se puede hacer contra los sentimientos? Son la única libertad auténtica que tenemos.

Se quedaron callados mucho rato. Estaban los dos rendidos. Arpad sintió la necesidad de beber. Encontró una botella de coñac en el mueble bar y llenó dos copas grandes. Ella bebió varios tragos antes de terminar su confesión:

—San Remo iba a ser nuestro último atraco. Me lo había prometido a mí misma. No tanto por miedo al peligro sino porque veía que el ritmo se aceleraba. Tenía miedo de volverme adicta. Cada vivencia era aún más fuerte que la anterior. Era como si me corriese un veneno por las venas. Tenía que dejarlo sí o sí.

Arpad recordó las palabras de una carta de Fiera: «San Remo no puede ser nuestra última vez».

Ella prosiguió:

—Hace unas semanas, Fiera me llamó. Me dijo que me echaba de menos y que quería verme por mi cumpleaños. Decidimos quedar.

—¿Y qué?, ¿de verdad pensabas que solo pretendía hacerte una visita de cortesía? ¡No me tomes por imbécil!

—Desde San Remo, parecía haber respetado mi decisión de parar. Ya casi no me escribía. Pero, para ser totalmente sincera, cuando me dijo que venía a Ginebra, en lo más hondo tuve la esperanza de que fuera para un atraco. Que me obligaría a romper mis buenos propósitos para volver a sentir esa emoción. Cuando quedamos el día de mi cumpleaños, me dio una tarjeta y me dijo que después vendría el regalo...

—Y el regalo es el atraco del sábado —comprendió Arpad.

Ella asintió con la cabeza.

—Este sí que será el último —aseguró—. Te lo prometo. Pero no lo haré si tú te opones.

Arpad captó enseguida el calado del dilema que se le planteaba:

—Me aseguras que va a ser tu último atraco. Pero ¿cómo puedo tener la certeza de que un buen día, a pesar de lo prometido, no volverás a dejarte llevar por tus impulsos? Acabas de contarme que ya quisiste dejarlo después de San Remo, ¡pero salta a la vista que no puedes evitarlo!

—Esta vez intentaré aguantar... Por ti...

—Pero no es seguro que aguantes...

Sus propias contradicciones la tenían arrinconada.

—¡Haré cuanto esté en mi mano para no recaer, te lo prometo!

—Si te pido que renuncies a este atraco, seguramente siempre me guardarás rencor. Se romperá algo entre nosotros. Puede que nuestro matrimonio no sobreviva. Pero si te dejo cometerlo y no sale bien, si la policía te hiere o te detiene, la culpa será mía. Porque podría haberlo evitado. Tanto en un caso como en otro, me arriesgo a perderte.

\*

«Tanto en un caso como en otro, me arriesgo a perderte». En la soledad del dormitorio, Arpad rumiaba el dilema. Se dio cuenta de que solo una persona podía ayudarlo: Fiera. Y sabía cómo ponerse en contacto con él. Movi6 la mesilla de Sophie y apart6 el rodapi6: el m6vil estaba all6. Lo cogi6 y marc6 el 6nico n6mero que hab6a en la agenda, un n6mero extranjero cuyo prefijo no le sonaba de nada.

Fiera acababa de llegar a la Guarida. Hab6a ido a cambiar la matr6cula de la moto que ten6a camuflada en el bosque contiguo a la granja por si ten6a que salir huyendo. El d6a anterior hab6a roto sus sacrosantas normas de seguridad al cogerla para ir al Museo de Ciencias Naturales. Iba a usarla para el atraco y hasta entonces solo pod6a recurrir a ella en caso de urgencia. Al volver del museo hab6a tirado la matr6cula en un contenedor de basura. Durante la noche hab6a robado la que acababa de colocar. Ahora todo volv6a a estar en orden, pero no le gustaba lo que suced6a: estaba perdiendo el control de la situaci6n, lo que lo obligaba a correr riesgos in6tiles. 6l, que siempre hab6a sido tan riguroso, estaba cayendo en errores de principiante.

Lo arranc6 de sus reflexiones el repentino sonido del tel6fono. La 6nica que pod6a llamar por esa l6nea era Sophie. Contest6. Era Arpad, que le pregunt6 a bocajarro:

—Hace quince a6os, cuando me obligaste a irme de Saint-Tropez, ¿tem6as que te delatara o quer6as alejarme de Sophie?

—Las dos cosas —respondi6 Fiera—. Te debo una disculpa, ¿sabes?

—¿Una disculpa?

—S6. Lo que he hecho nunca fue para perjudicarte, sino por Sophie.

—Si es as6, expl6came por qu6 trataste de implicarme en el atraco del s6bado si lo que quer6as era hacerlo con ella.

—Ese no era el plan inicial. Te dije que había venido a Ginebra para un atraco, pero nunca que quisiera hacerlo contigo...

—Eso lo he entendido ahora. Pero entonces ¿a santo de qué quedamos en La Caravelle?

—La semana pasada, Sophie me dijo que quería dejarlo. Por ti. Que se había jurado que San Remo sería la última vez y tenía que cumplirlo. Yo estaba a punto de renunciar también, de hecho, por eso la llamé el domingo: para decirle que a partir de ahora la dejaría en paz. Pero descolgaste tú y de buenas a primeras decidiste que ibas a participar en el atraco. Aproveché la ocasión, con la esperanza de que a lo mejor así Sophie cambiaba de idea. Quedé contigo sin ni siquiera saber por qué. No sé en qué estaría pensando, solo ha servido para complicar las cosas.

—¿Y ahora? —preguntó Arpad.

—¿Ahora qué?

—¿Qué va a pasar?

—Lo que te he dicho: Sophie va a dejarlo, por ti. Pero la perderás.

—Ya lo sé —asintió Arpad—. ¿Qué tengo que hacer?

Había acabado pidiéndole consejo matrimonial a Fiera.

—Tienes que dejarla ser como es ella: un animal salvaje.

—«La acertada reflexión de Viscontini» de la tarjeta de cumpleaños se refería a eso, ¿verdad?

—Sí, ella es la pantera de Viscontini. Ninguna jaula podrá impedirle ser lo que es. Tienes que respetar su índole. Es la forma más hermosa de quererla.

Hubo un silencio. Hasta que Arpad preguntó:

—Si dejo que participe en este atraco, ¿después desaparecerás para siempre?

—Lo prometo —contestó Fiera—. Pero no te lo prometo a ti, sino a ella. Ya he dado mi palabra. Este atraco será el último.

—Muy bien —dijo Arpad—. Entonces, quiero participar.

—¿Qué?

—Es la condición que pongo.

—¿Lo has hablado con Sophie?

—No. Ella no sabrá nada. Lo descubrirá el sábado por la mañana, en el último minuto. ¿El plan que me contaste en La Caravelle sigue en pie?

—Pues claro —aseguró Fiera.

—Es decir, que el papel que me asignaste, si lo he entendido bien, era el de Sophie, ¿no es así?

—Exacto. Ella entra por delante y el vigilante le abre la puerta. Nadie desconfía de una mujer. Y yo entro por detrás...

—Entonces, propongo lo siguiente —dijo Arpad—. Yo me quedo con ese papel. Yo seré quien entre por la puerta principal, tal y como dijimos. Y vosotros dos, juntos, entráis por detrás. Así no te separas de ella. Y velas por ella. Júrame que no le pasará nada. Y, si la cosa se complica, la sacas de allí, te aseguras de ponerla a salvo. Incluso si hiciera falta, en caso de enfrentamiento con la policía, la tomas de rehén, como si hubiese estado en el lugar equivocado en el momento equivocado. Te sacrificarás por ella.

—Los dos nos sacrificaremos por ella —precisó Fiera.

—Estamos de acuerdo —dijo Arpad—. Y, sobre todo, no le cuentes nada. Que se encuentre el sábado ante el hecho consumado. Si se entera de que estoy en el ajo, podría echarse atrás. Quiero que pueda satisfacer esa necesidad y quiero salvar mi matrimonio.

Greg, en el coche, con los ojos clavados en la pantalla, estaba atónito ante lo que acababa de descubrir: habría tres atracadores, entre ellos Sophie.

Quince años antes

*20 de septiembre de 2007*

*Brachetto, la Toscana*

*(Tres días después del atraco de Menton)*

En medio de los olivares se alzaba un establo de piedra. Las hierbas crecidas y la vegetación exuberante evidenciaban el estado de barbecho de lo que había sido una próspera explotación agrícola.

El sol matutino anticipaba un día glorioso. Delante de la choza, una terraza improvisada con dos sillas y una mesa de metal dispuesta para el desayuno. Fiera estaba haciendo el café en un hornillo de gas. Sophie estaba sentada en un tocón, a pocos metros. Abarcaba con la mirada el horizonte salvaje. Nadie iría a buscarlos allí.

Ese olivar abandonado iba a ser su reino durante las cuatro semanas siguientes. Fiera se lo había advertido: tendrían que desaparecer durante una temporada. Para que sus padres no se preocupasen por su ausencia, les contó que iba a hacer una ruta por Italia ella sola. La víspera del atraco, los había llamado desde una cabina para decirles que se le había roto el móvil y que estuvieran tranquilos aunque diera pocas señales de vida. En cambio, no avisó a Arpad de que iba a desaparecer del mapa. En su momento le pareció lo más seguro; le habría hecho preguntas y no podía correr ningún riesgo. Y, además, la atracción que sentía por Fiera había prevalecido.

Después del robo en el banco postal de Menton, Fiera y Sophie cruzaron a Italia sin percance, por carreteras secundarias. La huida estaba planificada al detalle. Dejaron el coche en Ventimiglia, donde los estaba esperando otro vehículo con matrícula italiana que habían comprado legalmente unas semanas antes. Luego condujeron hasta la Toscana para llegar por fin a Brachetto y, en lo alto de una colina, al establo, equipado con todas las comodidades. Fiera había hecho acopio de víveres y agua para aguantar un mes. También había varias cajas de un excelente vino y libros. Lo necesario para mantenerse ocupados y disfrutar de la vida.

Fiera le llevó una taza de café a Sophie y se sentó a su lado en el tocón. Ella se pegó a él. Habían hecho mucho el amor en esos tres días. Ella estaba eufórica: no dejaba de revivir las imágenes del atraco. Se sentía a gusto con Fiera, a salvo de todo. El único recordatorio del mundo civilizado era el pueblecito de Brachetto, que se divisaba a lo lejos.

—¿Cómo es posible que estos olivares estén abandonados? —preguntó Sophie.

—Perteneían a una importante familia de por aquí, los Di Madura. El linaje se extinguió al morir el último miembro, Luchino Alani di Madura, que nunca tuvo hijos.

—¿Nadie heredó estas tierras?

—Nadie. Creo que pertenecen al municipio, y el ayuntamiento no tiene recursos para mantenerlas.

Sophie vislumbró una mansión en ruinas en la colina opuesta.

—¿Esa es la casa del tal Luchino di Madura?

—Exacto. Si quieres, podemos ir a explorarla ahora.

Eso hicieron.

La mansión de los Di Madura se había convertido en una ruina romántica cubierta de maleza. Al llegar, espantaron a una manada de jabalíes. Alrededor del edificio principal se veían los restos de un jardín a la francesa que la naturaleza había recuperado. Fiera, que a todas luces conocía bien el lugar, llevó a Sophie hasta un mirador con vistas espectaculares a toda la comarca. Allí había tres tumbas. Sophie se acercó.

La primera lápida llevaba el nombre de una tal Giovanna Montenapolino que había muerto en 1921. Un poco más allá estaba la sepultura del último dueño del lugar, Luchino Alani di Madura, fallecido en 1931. Y, justo al lado, un mausoleo pequeñito que solo tenía grabado:

GATTINO

1912-1915

—¿Quién era Gattino? —preguntó Sophie al ver las fechas de una vida muy corta—. ¿Un niño?

—Una pantera —contestó Fiera.

Fiera había llevado al establo su ejemplar de *Animales salvajes* de Carlo Viscontini. A Sophie le encantó el libro, en particular el capítulo sobre la pantera, que la impresionó mucho. «Me identifico con ella», le explicó a Fiera. De forma que él empezó a llamarla «pantera mía».

Al principio, a Sophie le gustó ser la pantera de Fiera, viviendo los dos libres en el olivar. Pero, al cabo de tres semanas, el establo se había convertido en una cárcel para ella. Se aburría profundamente. Le apetecía volver con Arpad, al que añoraba muchísimo. Ahora entendía lo apegada que estaba a él y se arrepentía de haber desaparecido sin avisarlo.

\*

A mediados de octubre, después de cuatro semanas de reclusión en el establo, Fiera y Sophie bajaron por primera vez a Brachetto, que ella solo conocía a través del libro de Viscontini. Esa noche llamó corriendo a Arpad desde una cabina. Pero tenía el teléfono desconectado. Intentó localizarlo en el Béatrice, pero el gerente le indicó que se había ido.

—¿Adónde ha ido? —preguntó ella, desvalida.

—No tengo ni idea. Le surgió una oportunidad de trabajo. Supongo que en Londres. Y tú, ¿qué tal? Tu padre nos ha dicho que estás de vacaciones en Italia.

Sophie sintió la imperiosa necesidad de regresar a Saint-Tropez y buscar el rastro de Arpad. Como no quería revelar a Fiera el verdadero motivo por el que volvía precipitadamente a Francia, alegó que las clases de la universidad ya habían empezado. Fiera pensaba que era demasiado pronto, que tenían que seguir escondidos algún tiempo, pero no podía obligarla a quedarse. Era una pantera, no admitía imposiciones.

Antes de despedirse, pasaron dos días en Florencia. Las luces de la ciudad les sentaron bien. Por iniciativa de Sophie, decidieron marcarse la piel con un recuerdo de la intensa vivencia que habían experimentado. En un salón de tatuajes, ella pidió que le dibujaran una pantera en el muslo. La misma imagen que Fiera eligió llevar en el torso.

En el andén de la estación, cuando Fiera abrazó a Sophie antes de que se subiera al tren de Milán, se guardó de decirle que la quería. Sentía que ella no le correspondía. Y eso le rompía el corazón.

Sin imaginarse aún el tipo de veneno que le corría por las venas, Sophie notaba que aquella vivencia la había transformado. Estaba lista para vivir su vida. Por encima de todo, había tomado conciencia de lo que sentía por Arpad. Contaba con formalizar la relación. Dejarían de esconderse. Le plantaría cara a su padre.

Pero, al llegar a Saint-Tropez, descubrió, para mayor desesperación, que Arpad había desaparecido del mapa.

---

Capítulo 20  
*La víspera del atraco*

~~DOMINGO 26 DE JUNIO (EL HALLAZGO DE  
GREG)~~  
~~LUNES 27 DE JUNIO~~  
~~MARTES 28 DE JUNIO~~  
~~MIÉRCOLES 29 DE JUNIO~~  
~~JUEVES 30 DE JUNIO~~  
→ **VIERNES 1 DE JULIO DE 2022**  
**SÁBADO 2 DE JULIO (EL DÍA DEL ATRACO)**

10.00 h, en el cuartel general de la policía judicial.

En una sala de reuniones se estaban ultimando los detalles de la operación del día siguiente. Al cabo de veinticuatro horas se cometería un atraco en Ginebra y los únicos que podían alterar el curso de los acontecimientos eran los policías de las distintas brigadas que llevaban varios días sin interrupción vigilando a Arpad. Había que afianzar un delito flagrante y Greg establecía con sus compañeros los principales puntos de la táctica que iban a seguir.

A la mañana siguiente a primera hora se movilizaría a veinte agentes del grupo de intervención policial. Ocuparían nueve vehículos: tres unidades estacionadas en la orilla derecha, tres en la izquierda y otras tres cerca del domicilio de Arpad Braun. Como ignoraban dónde se iba a cometer el atraco, Greg diseñaba el dispositivo como una nasa de pesca que se iría cerrando en torno a los sospechosos siguiendo las indicaciones de la brigada de vigilancia.

—Nos quedaremos lo bastante lejos para no interferir en el seguimiento, pero lo bastante cerca para poder intervenir rápidamente —indicó Greg.

Se moría de ganas de contarle a todo el mundo lo que había descubierto el día antes: habría tres atracadores, uno de ellos una mujer, Sophie, y entrarían en la joyería por dos accesos distintos. Pero no podía utilizar esa información sin arriesgarse a que lo suspendieran con efecto inmediato por haber usado una cámara sin autorización del fiscal. Aun así, trató de hacerla pasar por una intuición:

—Sabemos que el objetivo más probable será una joyería porque los bancos cierran en sábado. Creo que habrá un ataque simultáneo por delante y por detrás.

Sus compañeros acogieron estas palabras con reserva.

—Espera —lo interrumpió uno de ellos—. ¿Por delante y por detrás de qué? Ni siquiera sabemos de qué edificio se trata.

Greg no se dejó achantar:

—He investigado un poco. Las joyerías de prestigio tienen todas una salida de emergencia. Sobre todo por cuestiones de seguridad en caso de incendio porque los escaparates son de cristal blindado. Y, si el local tiene dos accesos, ¿por qué no iban a aprovecharlos los atracadores?

—Porque es más complicado —objetó el responsable de la brigada criminal—. Los atracadores lo que quieren es actuar lo más deprisa posible: suelen entrar y salir por la puerta principal. Eso según mi experiencia de los diez últimos años al mando de la criminal.

—Pues si los atracadores usan solo la puerta principal, mejor —dijo Greg—, será más fácil pillarlos. Yo me limito a exponer todas las hipótesis posibles para que el grupo de intervención esté preparado para enfrentarse a cualquier situación.

Le habría gustado contar más, pero se la estaría jugando. Sin embargo, la Providencia le sonrió casi enseguida, cuando Marion Brullier informó sobre los avances de la investigación: los inspectores habían interrogado a todos sus soplones y a todas sus fuentes, pero nadie tenía noticia de un atraco inminente.

—En cambio, hemos podido confirmar con mayor certeza que quien estaba presente el miércoles en el Museo de Ciencias Naturales sí era Philippe Carral. La foto que teníamos era de su último ingreso en prisión, hace veinte años. A través de un contacto de la criminal de París hemos conseguido una foto del servicio de inteligencia francés. Es de hace siete años, no es muy reciente, pero es mejor que lo que teníamos hasta ahora.

Mostró la foto en una pantalla grande para que sus compañeros pudieran verla. Aparecía Fiera en bañador, sentado en un restaurante de playa.

—Los atracadores se van de vacaciones —ironizó un policía, provocando algunas carcajadas.

—La foto está tomada en la playa de Porto Vecchio —explicó Marion—. Los que están con él forman parte del crimen organizado de Rímini y de la mafia corsa. Todos han estado implicados en atracos.

Greg se quedó pasmado al ver la foto. La imagen no era de muy buena calidad, pero en el torso desnudo de Philippe Carral se veía un tatuaje similar al que Sophie llevaba en el muslo.

—¡Conozco ese tatuaje! —exclamó, interrumpiendo a Marion.

Se puso de pie para ir a señalar con el dedo el torso de Fiera:

—Sophie Braun, la mujer de Arpad, tiene uno idéntico en el muslo.

La imagen de la pantalla estaba un poco borrosa y el tatuaje se veía desdibujado. Se adivinaba un animal, aunque no se distinguía del todo. Aun así, estaba convencido de que se trataba, punto por punto, del mismo dibujo que lucía Sophie.

—¿Es un lobo? —preguntó uno de los polis.

—No, es una pantera —afirmó Greg.

—Pues yo veo un lobo —insistió el poli.

—¿Estás seguro de que es el mismo tatuaje, Greg? —intervino Marion.

—Segurísimo, he visto a Sophie en bañador. Lleva esa pantera tatuada en el muslo.

—No deben de ser los únicos —apuntó un policía—. Se ven muchos tatuajes de animales salvajes: cabezas de león, de tigre, de lobo...

—¡Os digo que es una pantera! —se impacientó Greg.

—¿Y si lo ampliamos? —propuso el fiscal.

—Obviamente, lo hemos intentado —dijo Marion—, pero la foto es de muy mala calidad. Cuanto más se amplía, más grano hay. Y no conseguimos quitarlo.

—Es el mismo tatuaje, idéntico —repitió Greg—. Pongo la mano en el fuego. ¡No puede ser una casualidad!

—¿Estás diciendo que la tal Sophie Braun podría tener algún vínculo con Philippe Carral? —recapituló el responsable de la brigada criminal, para volver a la cuestión.

Greg no dejó pasar la oportunidad:

—¡Así que habrá tres atracadores, uno de ellos mujer!

—Es una conclusión un poco precipitada —intervino el fiscal, para contener el entusiasmo—. Le recuerdo que las «manos en el fuego» no tienen mucho peso legal. Pero hay que aclarar este asunto del tatuaje. El teléfono de la mujer de Arpad Braun ya está intervenido, ¿verdad?

—Así es —confirmó el responsable de la brigada de vigilancia—. Tal y como decidimos ayer, con la esperanza de que su marido hiciese una confesión antes de actuar. Pero no ha tenido ningún contacto que nos haya llamado la atención.

—Hay que ponerla bajo vigilancia también a ella —decretó el fiscal—.  
No la dejen ni a sol ni a sombra.

A las once de la mañana, los agentes de seguimiento vieron que el Porsche de Sophie entraba en un túnel de lavado de la calle de Dancet. Uno de ellos envió una breve actualización al grupo de mensajería:

*Los Braun acaban de hacer unas compras en el supermercado y ahora están lavando el coche.*

Cuando el Porsche desapareció en el túnel de lavado, engullido por los cepillos gigantes, Sophie cogió a Arpad por la cara y le dijo con gratitud:

—Gracias. Gracias por dejarme hacer esto...

—¿Seguro que irá todo bien mañana? —preguntó él.

Ella apartó la mirada:

—No hablemos de mañana. ¿Por qué no vienes a Saint-Tropez con nosotros esta tarde?

—He quedado con Julien dentro de un rato, a lo mejor tiene un trabajo para mí. Además, así mañana andaré por aquí cuando tú estés...

Hubo un silencio. Obviamente, Sophie no sabía nada de la implicación de su marido en el atraco y él se tuvo cuidado de no revelarle el pacto que había hecho con Fiera. Estuvo a punto de delatarse al hacer una pregunta que lo reconcomía:

—¿Cómo vas a hacer para estar en Saint-Tropez esta noche y aquí mañana por la mañana?

Ella se puso a la defensiva:

—¿Cómo sabes que será por la mañana?

—Conozco el plan. Fiera me lo ha contado.

—No hablemos de mañana —repitió Sophie.

—¿Cómo no vamos a hablar de mañana? —se irritó Arpad—. Como podrás imaginar, no puedo pensar en otra cosa. ¿Y si se tuerce?

—Todo va a salir bien. Te lo prometo. Confía en mí, confía en Fiera...

Arpad suspiró. Sophie añadió entonces:

—Ahora, escucha atentamente lo que voy a decirte...

Él asintió para demostrarle que era todo oídos. Sophie prosiguió:

—Si aparece la policía haciendo preguntas...

Él no la dejó seguir:

—¿Por qué tendría que preguntarme nada la policía?

Ella decidió obviar esa observación. Había una razón de peso para sospechar que la cosa podía acabar torciéndose, pero, como es lógico, no se la iba a revelar a su marido.

—Escúchame bien, Arpad. ¡No hagas preguntas y escúchame, por favor! Si la policía te interroga, tienes que contestar lo siguiente.

Le enumeró una lista de cómo debía comportarse y qué respuestas debía dar ante la policía. Cuando hubo terminado, no pudo evitar añadir:

—Si la cosa se tuerce...

Él volvió a interrumpirla:

—¿Si se tuerce? ¿Por qué iba a torcerse?

Ella no contestó y siguió diciendo:

—Si se tuerce y me doy a la fuga, ve a buscarme a la Guarida.

—¿La Guarida?

—Está en una granja, en Jussy. Apréndete de memoria la dirección. Es un apartamento al que se entra por unas escaleras que hay en un lateral del pajar.

Si el atraco se torcía y Sophie tenía que huir, no volvería a ver a los suyos durante mucho tiempo. Y, si no le quedaba otra que desaparecer, antes quería ver a Arpad. Una última vez.

Esa tarde a las tres, Sophie, rodeada de otros padres, esperaba a sus hijos delante de la escuela de Coligny. Era el último día de clase antes de las vacaciones de verano y se había formado un jovial alboroto en la salida. Todo el mundo parecía muy relajado.

A cierta distancia, Karine observaba cómo Sophie daba un beso a Isaak y a Léa y los llevaba hasta el coche. Subieron los tres a bordo. Vio equipaje en el maletero. El Porsche arrancó y no tardó en desaparecer. Karine no sabía dónde iba, pero se sintió aliviada al ver cómo se alejaba.

Sophie siguió los muelles que bordean el lago Lemán y luego cruzó el barrio de Les Eaux-Vives para coger la carretera de Malagnou, un eje que une el centro de Ginebra con la frontera francesa. No se fijó en el discreto ballet de coches policiales que se iban relevando para seguirla.

—Acaba de dejar atrás la salida hacia Thônex, para mí que va hacia la aduana de Vallard —comunicó uno de los inspectores por radio.

Cuando Sophie llegó al puesto fronterizo, un aduanero se acercó como para un control rutinario.

—Buenas tardes, señora. ¿Adónde se dirige?

—A Saint-Tropez.

—¿Cuánto tiempo tiene previsto quedarse?

—Todo el mes de julio. Puede que más. Mis padres viven allí.

El aduanero echó un vistazo dentro del vehículo.

—Está bien —dijo—, circule.

En cuanto Sophie se marchó, el aduanero marcó el número que le había transmitido su central.

—Acaba de cruzar la frontera —comunicó a su interlocutor—. Va a Saint-Tropez, a casa de sus padres, durante todo el mes de julio.

—Gracias —dijo el responsable de la brigada de vigilancia antes de colgar.

El policía se encontraba en una sala de crisis del cuartel general de la policía judicial.

—Aparentemente, va a pasar el verano en Saint-Tropez —les anunció a los compañeros presentes.

La policía suiza no podía seguir a Sophie en territorio francés sin autorización expresa del Ministerio del Interior. Al instante, el responsable de la brigada de vigilancia se puso en contacto con el fiscal para transmitir una solicitud a París, pero este objetó con tono fatalista:

—En viernes por la tarde está jodido. Recibiremos respuesta de los franceses a mediados de la semana que viene.

—Puedo destacar un equipo a Saint-Tropez de manera confidencial —sugirió el responsable de la brigada de vigilancia.

—¿Se ha vuelto loco? —bramó el fiscal—. Si los pillan, provocará un incidente diplomático. No sé usted, pero a mí no me apetece demasiado que mi carrera se termine este fin de semana.

\*

A las seis, tal y como habían acordado a principios de semana, Arpad y su amigo Julien Martet se reunieron en un bar del centro.

—Ya verás como todo se arregla —aseguró Julien.

—Eso espero —contestó Arpad.

Arpad siempre había admirado a Julien: tenía talento, era ambicioso, trabajador y generoso con su tiempo, y estaba disponible cuando lo necesitabas. Con su traje impecable, le devolvía la imagen de cómo le habría gustado ser.

—Mira —dijo Julien—, que quede entre nosotros, pero he estado husmeando por la oficina. Están buscando a alguien de dentro para gestionar a los clientes franceses. Sé que das el perfil. El lunes vamos a examinar las candidaturas y puedo intentar que se planteen coger a alguien de fuera y proponerte a ti para el puesto.

—Serías el amigo perfecto —se lo agradeció Arpad.

—No te garantizo nada, pero haré lo que esté en mi mano. Y, si no funciona, buscaremos otra cosa. Cuenta conmigo, ya verás como todo se

arregla.

Los dos hombres se tomaron juntos varias cervezas mientras charlaban de cosas sin importancia. Pero Arpad tenía la cabeza en otra parte: estaba contando las horas que faltaban hasta el atraco. Además, le traía al paio el puesto que le ofrecía Julien. Lo importante de esa cita era que le serviría de coartada. La de Sophie era a prueba de bomba: estaba en Saint-Tropez. Y, si a él le preguntaban por qué no se había marchado con su mujer y sus hijos, alegraría que tenía una importante cita profesional.

\*

21.00 h, en la Verruga.

Los niños dormían. Las maletas estaban hechas y esperaban en el vestíbulo. Todo estaba listo para el día siguiente. Karine fue a la cocina, donde Greg acababa de terminar de fregar los cacharros. Él le alargó una copa de vino:

—¡Por nuestro fin de semana romántico! —dijo.

Brindaron y Karine procuró parecer de buen humor. Solo podía pensar en la nota que acusaba a Greg de ser un cerdo y en el vídeo de Sophie. Se preguntaba quién era realmente su marido. Pero el hombre se estaba esforzando y ella debía hacer lo propio. Había decidido darle una oportunidad a su matrimonio y tenía que intentarlo hasta el final.

—Mis padres vienen a recoger a los chicos a las diez —dijo—. Si nosotros también salimos entonces, llegaremos a Italia a tiempo para comer. He encontrado un restaurancito cerca de Alba que tiene muy buenas críticas... Podría estar bien.

Greg aún no la había avisado. Sabía que le iba a montar una escena y había ido aplazando el momento.

—Sería mejor salir a primera hora de la tarde —sugirió—. Por el tráfico.

—¿Tú crees?

—Sí, todo el mundo se va a echar a la carretera al mismo tiempo, mañana por la mañana. En el túnel del Mont-Blanc habrá kilómetros de atasco.

—A las diez de la mañana no —decretó Karine—. Y además, qué más da, no tendremos a los niños chillándonos al oído. Nos despertamos aquí y comemos en Italia, para empezar con buen pie.

Acompañó el dicho con el hecho, meneando el pie derecho para que Greg se fijara en que se había hecho la pedicura. Pero él no reaccionó.

—¿No te gusta el color? —se preocupó ella.

Greg se sintió un cobarde por haber tardado tanto en hablar.

—Oye —se lanzó por fin—, no recuerdo si llegué a decírtelo, pero mañana por la mañana tengo curro...

Karine se atragantó al hablar:

—¿Curro... qué? ¿Cómo que tienes curro?

—Sí, hombre, el caso del que te hablé.

—Greg, ¿me estás tomando el pelo?

—¡Ya sabes que mi trabajo tiene imprevistos!

—¿Cuánto tiempo llevamos hablando de esta escapada? ¿No podías haber buscado a alguien que te sustituyera?

—No se me puede sustituir así como así, Karine. Soy miembro de un grupo de intervención policial, no estoy despachando en una tienda.

Se arrepintió en el acto de sus palabras.

—¿Sabes lo que te dice la que despacha en una tienda?

—Karine, me he expresado mal. Escucha, no lo eches todo a perder...

—¡Quien lo echa todo a perder eres tú!

—¡A mediodía habré terminado! —prometió—. Y empalmamos. Tampoco hay tanta diferencia entre salir a las diez o a las doce. ¡Y podemos comer tarde! ¡Sobre las tres! Es lo que hacen en Italia, ¿no? No me habías avisado de que tus padres iban a recoger a los niños tan temprano.

—¡No me puedo creer que me estés haciendo algo así!

Karine tenía ganas de llorar. Pero no delante de él. Dio media vuelta y se dirigió a las escaleras.

—Esta noche puedes dormir en el sofá —lo conminó.

Greg hizo ademán de alcanzarla:

—¡Mujer, no te lo tomes así! —le suplicó—. Es una operación de las gordas.

—¡Tú sí que eres un cabronazo de los gordos!

Ella subió a la planta de arriba mientras él se quedaba abajo. Se encerró en el dormitorio y se desplomó sobre la cama, llorando a lágrima viva.

En ese mismo instante, en Saint-Tropez, en la villa de los padres de Sophie, se estaban levantando de la mesa después de una cena muy alegre. Media hora antes, Bernard había recibido a su hija y a sus nietos con unas pizzas que había preparado él mismo.

Mientras, Jacqueline recogía la mesa, los niños rebañaban el cuenco de helado y Bernard comentaba con Sophie sus planes para las vacaciones: paseos en barco, excursiones, playas. Iba a ser un verano maravilloso.

Los interrumpió el timbre de la entrada. Sophie acudió a abrir y se encontró con dos inspectores de la policía judicial que le mostraron los carnets de identificación.

Los dos policías explicaron que habían acudido a una de las casas de más abajo por un robo con allanamiento y ahora estaban haciendo la ronda por las viviendas de los alrededores en busca de posibles testigos. Sophie llamó a su padre: como no podía ser menos, Bernard se tomó el asunto muy en serio. No había visto nada, pero se moría de ganas de participar en la investigación. Entonces llegó Jacqueline para sumarse a la conversación. Tuvo que ser Sophie la que rescatara a los pobres inspectores precisamente cuando Bernard se disponía a enseñarles la terraza: «Papá, creo que estos señores tienen cosas más importantes que hacer».

Los policías se marcharon. Una vez dentro de su coche, uno de ellos hizo una llamada a su superior:

—Hemos visto a la mujer. De hecho, nos abrió la puerta... Sí, coincide con la foto... Está con sus hijos y sus padres. Menudo es el padre... Casi nos invita a quedarnos a dormir... Sí, hemos visto el coche: un Porsche negro con matrícula de Ginebra. Sí, hemos podido colocar el localizador.

Desde su despacho del SRPJ de Tolón, el jefe de los policías se puso inmediatamente en contacto con el responsable de la brigada criminal de

Ginebra, que le había pedido ayuda para un caso de atraco inminente. El procedimiento exigía que ese tipo de solicitudes siguiesen la vía oficial, pero entre polis se sabía que el tiempo es oro y a menudo intercambiaban favores.

—Mis hombres han pasado por la villa. La mujer se encuentra allí, la han identificado categóricamente. También le han puesto un localizador en el coche. Si se mueve, lo sabremos.

—Gracias por todo.

—Siento no haber podido hacer más. Pero, con los efectivos que tenemos, es imposible hacerle un seguimiento como es debido.

—Bastante has hecho ya —aseguró el responsable de la brigada criminal—. Gracias de nuevo, te debo una.

En la Casa de Cristal, Arpad se devanaba los sesos en el salón. Estaba nervioso. Lo asustaba lo del día siguiente. El sonido del teléfono quebró el silencio. Era una videollamada de Sophie.

Contestó. Sophie apareció en la pantalla, con el salón de sus padres de fondo. Estaba radiante:

—¿Qué tal te ha ido con Julien?

—Bien. Muy bien, de hecho. Dice que a lo mejor hay un puesto para mí en su oficina.

—Estupendo —se alegró Sophie—. Ven pronto para acá, te echamos de menos.

Arpad no tuvo tiempo de decir nada porque Isaak y Léa, en pijama, le arrebataron el teléfono a su madre. Estaban a punto de acostarse.

—Buenas noches, peques —les dijo Arpad con un nudo en el estómago.

—¡Papá —exclamó Isaak—, el abu Bernard ha hecho pizzas! ¡Estaban buenísimas!

Bernard apareció sonriente en la pantalla.

—¿Qué, Arpad, cómo ha ido esa entrevista de trabajo? —preguntó dedicándole a su yerno una cordial sonrisa.

Parecía haber pasado página y actuaba como si el reciente altercado nunca hubiese sucedido.

—Veo que las noticias vuelan —bromeó Arpad—. Ha sido una cosa informal, pero pinta bien.

—¡Me alegro! ¿Cuándo te vienes?

—Mañana por la tarde.

—Estoy deseando volver a reunir a toda la familia —dijo Bernard.

—Yo también —contestó Arpad.

## Capítulo 21

### *El día del atraco*

~~DOMINGO 26 DE JUNIO (EL HALLAZGO DE  
GREG)~~

~~LUNES 27 DE JUNIO~~

~~MARTES 28 DE JUNIO~~

~~MIÉRCOLES 29 DE JUNIO~~

~~JUEVES 30 DE JUNIO~~

~~VIERNES 1 DE JULIO~~

→ **SÁBADO 2 DE JULIO DE 2022  
(EL DÍA DEL ATRACO)**

4.00 h.

Sophie acababa de pasar de incógnito la frontera suiza entrando en la comuna de Jussy por un camino aislado que cruzaba campo a través. Llegó a la explotación agrícola y aparcó delante de la granja que albergaba la Guarida.

Había salido de Saint-Tropez hacia las diez y media. Nadie la había visto dejar la casa. Sus padres ya estaban acostados. Ellos se ocuparían de los niños en cuanto se despertaran y los llevarían a pasar el día en Cannes para que ella pudiera dormir hasta tarde. Sophie lo había organizado todo con su padre.

Había salido de la casa por la puerta de la cocina y cruzado el jardín por detrás. Luego había bajado discretamente por la colina rocosa unas decenas de metros hasta un caminito de grava. Tras andar unos minutos llegó a un aparcamiento que solían utilizar los paseantes. Fiera había dejado allí un coche para ella: el Peugeot gris. Sophie tenía una copia de la llave. Se puso al volante, rumbo a Suiza. Si no llamaba la atención, respetaba el límite de velocidad, pagaba los peajes en metálico y cruzaba la frontera por un paso alternativo, nadie sabría que había vuelto a Ginebra.

En la Guarida, Fiera le había preparado una comida de bienvenida, pero ella no tenía hambre. Estaba nerviosa. Siempre lo estaba antes de un atraco.

\*

5.00 h.

En la Verruga, Greg, que estaba durmiendo en el sofá, se despertó con un amistoso lametón de Sandy. Le hizo una caricia y se levantó. Fue a prepararse un café y le abrió a Sandy la puerta del jardín. Se sentía culpable

por la discusión con Karine, necesitaba restablecer la armonía entre ambos. Pero le fastidiaba que ella no fuera más comprensiva. La suya no era una profesión cualquiera. Se iba a cometer un atraco: no podía dejar en la estacada a sus compañeros de equipo solo porque a ella no le venía bien la fecha del delito. Antes de salir de casa, puso una nota en la mesa de la cocina.

*Vuelvo a las doce y nos vamos a Italia.  
Te quiero.*

Era la primera vez que salía a una misión sin darle un beso a su mujer.

Mientras tanto, en la Casa de Cristal, Arpad repasaba mentalmente la coreografía del atraco. Llevaba mucho rato despierto. Había tenido una noche corta y agitada. Los siete minutos que tenía por delante ya le parecían de antemano una eternidad.

A unos kilómetros de allí, en la Guarida, Fiera, sentado en un sillón, observaba a Sophie, que se había quedado dormida. La tapó primorosamente con una manta. No la despertaría hasta el último minuto. Necesitaba descansar.

\*

6.45 h.

En el cuartel general de la policía, Greg estaba terminando de prepararse en la sede del grupo de intervención policial. Aún estaba solo en los vestuarios.

Se había puesto el uniforme negro de forma casi ritual. Su traje de combate. Esperaría a que terminara la reunión para colocarse el chaleco antibalas, el pasamontañas y el casco táctico.

Se tiró un buen rato mirándose en el espejo. Hasta que irrumpieron los primeros compañeros. Mientras los otros se cambiaban y equipaban, Greg fue a la sala de reuniones.

Hoy era el día del enfrentamiento.

7.15 h.

En la cocina de la Casa de Cristal, Arpad se estaba bebiendo un último café. Estaba de pie delante de la ventana, escrutando el exterior como tan a menudo lo hacía Sophie.

Era casi la hora de irse.

Volvió a leer por última vez las instrucciones que Sophie le había dado el día anterior, en caso de que el atraco saliera mal y la policía lo interrogara. Las había garabateado en un trozo de papel para aprendérselas de memoria. Luego quemó los apuntes en la pila para que no quedara ningún rastro.

\*

7.30 h.

En el cuartel general de la policía, en la sala de reuniones del grupo de intervención policial, Greg daba las últimas instrucciones a sus hombres. Estaban a punto de salir.

—Nuestro objetivo se llama Arpad Braun —les recordó Greg mientras en la pantalla que tenía detrás aparecía una foto de Arpad—. Trabajaba como gestor de patrimonio en un banco privado. Lo despidieron hace unos meses. En Francia pasó brevemente por la cárcel por un asunto de robo de coche. Tiene un cómplice, un tal Philippe Carral: ambos son sospechosos del atraco de un banco en Francia, hace quince años. Sabemos que hoy van a robar una joyería. Aún ignoramos cuál. Le hemos perdido la pista al tal Philippe Carral, pero estamos siguiendo a Arpad Braun. Un equipo de la brigada de vigilancia está con él: nos mantendrá informados en cuanto se mueva de su casa.

\*

8.00 h.

Arpad se subió al coche, salió de la Casa de Cristal y se dirigió al centro de Ginebra. Incluso a alguien con la vista entrenada le habría resultado imposible detectar a los dos policías que lo iban siguiendo.

Dejó el coche en el barrio de Les Tranchées, en la calle de François-Bellot. Continuó a pie, con la gorra bien calada. Anduvo mucho rato por la ciudad antes de acercarse a la calle de Le Rhône.

\*

9.00 h.

Greg estaba aparcado cerca de la estación de Cornavin, junto con varios vehículos más del grupo de intervención policial, cuando recibió información de la brigada de vigilancia: Arpad llevaba un rato yendo arriba y abajo por la calle de Le Rhône. Probablemente el objetivo sería una de las numerosas joyerías de esa prestigiosa arteria.

Greg decidió mandar allí a todos sus hombres. Los nueve vehículos de incógnito que componían la unidad convergieron hacia la calle de Le Rhône y ocuparon sus posiciones discretamente.

A las nueve y media, después de una enésima vuelta por la calle, Arpad se dirigió hacia la tienda de Cartier.

Un policía disfrazado de barrendero avisó a sus compañeros por radio:

—¡Va a entrar en Cartier! ¡Va a entrar en Cartier!

Greg, que estaba en las inmediaciones, pasó por delante en coche. Apenas le dio tiempo de ver a Arpad entrando por la puerta de la tienda. Luego los policías lo perdieron de vista. Por motivos de seguridad, las lunas de la tienda estaban tapadas con expositores y los pocos huecos que quedaban no permitían ver nada desde lejos.

Greg situó a sus hombres alrededor del edificio para cubrir todos los accesos. Comunicó por radio: «Que nadie se mueva hasta que actúen. ¡Queremos pillarlos in fraganti!».

Los dos atracadores acababan de entrar simultáneamente en la joyería por dos accesos distintos. Mientras que el primero lo hacía por la entrada principal, como un cliente cualquiera, el segundo se había metido por una salida de emergencia que también hacía las veces de entrada de servicio. Le había bastado con acechar la llegada de una empleada cuyos horarios ya conocían. La pilló totalmente desprevenida. Se había quedado paralizada al descubrir la sombra encapuchada que la amenazaba con una escopeta recortada al tiempo que le imponía silencio llevándose un dedo a los labios y le señalaba el teclado digital de la puerta para que la abriera.

Por supuesto, la empleada había obedecido. Una vez en la trastienda, el atracador la ató y la encerró en un cuarto técnico, antes de reunirse enseguida en la tienda con su cómplice de la gorra. Todo había sucedido en una fracción de segundo. El Pasamontañas empuñó la escopeta, la Gorra sacó la pistola que llevaba metida en el cinturón y se puso a gritar: «¡Esto es un atraco, que nadie se mueva!».

El Pasamontañas empujó con la escopeta al dependiente y al encargado a la trastienda. El atracador de la gorra obligó al vigilante de seguridad a cerrar con llave la puerta del local antes de arrastrarlo también a él adonde no pudieran verlo. Si alguien pasaba delante del escaparate, tan solo vería un local vacío.

Greg, oculto en su vehículo, escrutaba la tienda. Desde fuera, todo parecía tranquilo, pero era imposible distinguir nada.

—Necesitamos a alguien para visualizar el interior —pidió Greg por radio.

—¡Voy yo! —anunció en el acto una joven de la brigada de vigilancia.

Una silueta que empujaba un cochecito de niño vacío se acercó rápidamente a la tienda.

—No veo nada —dijo la mujer por radio.

—¿Cómo que no ves nada? ¿Dónde está Arpad?

—No veo a nadie en la tienda.

—¿Qué está pasando detrás? —preguntó Greg.

—Sin novedades —le contestó un compañero.

A Greg no le gustó: la calma chicha solía ser una mala señal.

Dentro de la joyería se estaba representando un ballet orquestado al milímetro. Los atracadores sabían exactamente lo que estaban haciendo. Habían inmovilizado al vigilante y al dependiente con bridas de plástico. El único que se libró de las ligaduras fue el encargado, al que la Gorra se llevó a rastras hasta la caja fuerte principal y lo obligó a abrir la puerta cerrada con llave.

La Gorra abrió uno a uno los cajones de la caja fuerte, sin tocar lo que contenían. Estaba buscando unas piedras en concreto y esbozó una sonrisa triunfal cuando las encontró. Eran unos diamantes rosas enormes. Cogió una bolsita de terciopelo y metió dentro las piedras preciosas.

En el coche, Greg acababa de decidir mandar a alguien para un reconocimiento.

—Que alguien del grupo de intervención entre en la tienda —ordenó Greg por radio.

Un agente de las fuerzas de élite, vestido de paisano, apareció de pronto en la puerta de la tienda, como si fuera un cliente. Pero la puerta se le resistió.

—Está cerrada —anunció el policía por radio—. Y el interior está desierto...

Greg enseguida comprendió: si la puerta estaba cerrada con llave y no había nadie en la tienda era porque los empleados estaban retenidos en el interior. Se trataba del momento de flagrante delito que habían estado esperando.

Dudó brevemente: no quería que el atraco degenerase en una toma de rehenes. Pero tampoco quería arriesgarse a un tiroteo en plena calle al interceptar a los atracadores que salieran huyendo.

—Vamos a intervenir —anunció—. Esperad todos mi señal.

Tras sacar todos los diamantes de la caja, la Gorra fue corriendo a la trastienda de la joyería donde estaban retenidos los tres rehenes.

—Todo listo para irnos —le indicó con mucha calma a su cómplice—. Voy a comprobar que tenemos vía libre.

El Pasamontañas asintió con la cabeza. La Gorra se acercó al escaparate discretamente para echar un vistazo a la calle.

La tensión era cada vez mayor.

Salir de la joyería y darse a la fuga eran los momentos más peligrosos del atraco.

Greg escrutó por última vez el interior de la tienda con los prismáticos. De pronto localizó la silueta de Arpad, con la gorra encasquetada: estaba observando la calle desde el escaparate.

—¡Atracador a la vista! ¡Adelante!

Apenas hubo pronunciado estas palabras, dos columnas de hombres vestidos de negro, equipados con fusiles de asalto y escudos, se situaron a ambos lados de la entrada de la tienda de Cartier y volaron la puerta.

Arpad no se lo esperaba.

Oyó la primera deflagración fuera, e inmediatamente la segunda, esta vez dentro de la tienda. Se quedó paralizado un momento por el ruido y la luz que emitía la granada aturdidora que alguien acababa de lanzar. Una columna de policías encapuchados, protegidos tras los escudos, irrumpieron en la tienda y lo encañonaron.

Lo tiraron al suelo sin miramientos.

La adrenalina le aceleraba el pulso. Le pitaban los oídos. Notó que lo aplastaban unas botas. Lo esposaron.

Todo había terminado.

Mientras a Arpad lo detenían en la tienda, otra columna del grupo de intervención policial, que cubría la salida de emergencia, interceptaba al otro atracador cuando salía huyendo.

Una vez neutralizados ambos sospechosos, los esposaron y les taparon los ojos. La consigna era conducirlos sin rodeos a la sede de la policía judicial.

Greg, con pasamontañas y traje de asalto, disfrutó con la perversa satisfacción de arrastrar a Arpad hasta el vehículo del grupo de intervención policial y arrojarlo a la parte trasera sin contemplaciones. El coche arrancó de inmediato, con las luces giratorias y la sirena encendidas. Arpad no veía nada y casi no oía. Aún tenía los oídos afectados por la detonación. Estaba en estado de shock. ¿Qué le iba a pasar? ¿Qué iba a ser de él?

\*

En Saint-Tropez, Bernard se afanaba en la cocina preparándole a Sophie una bandeja con el desayuno, ante la mirada de su mujer y sus nietos. Luego llevó la bandeja al dormitorio de su hija. Ahí dentro no había nadie, aunque solo él lo sabía. Entró y, con su vozarrón, le habló a la cama vacía, asegurándose de que Jacqueline y los niños podían oírlo desde la otra punta:

—Buenos días, cariño, ¿has dormido bien?

—...

—¿Que vas a descansar un poco más? Claro, vuelve a dormirte, hasta luego.

Al volver a la cocina, anunció:

—Sophie está molida. Vamos a dejarla dormir un rato más. Nos iremos a Cannes sin ella.

\*

Delante de la tienda de Cartier reinaba el caos. El gran despliegue policial había atraído a hordas de mirones desde las calles comerciales, repletas de gente en aquel sábado veraniego. Dentro de la zona acordonada, dos inspectores de la brigada criminal estaban tomando declaración al encargado de la tienda.

—Cuando he visto irrumpir a tanto policía —decía el hombre—, al principio he pensado que se trataba de un atraco. ¿Me va a explicar alguien lo que está pasando?

Los dos inspectores cruzaron una mirada circunspecta.

—¿Cómo que qué está pasando? —preguntó entonces uno de ellos.

El fiscal entró hecho una furia en la tienda de Cartier y de inmediato lo condujeron a una habitación donde se habían reunido los distintos policías responsables de la operación.

—¿Que alguien me diga que es una broma! —exclamó.

Nadie se atrevió a decir esta boca es mía. El encargado, que también estaba presente, preguntó entonces:

—¿Qué es esa historia de un atraco? Me gustaría que me dieran alguna explicación. ¿Saben en qué estado ha quedado el local?

A petición del fiscal, el encargado hizo un repaso a la visita del primer cliente del día. En la pared, una pantalla mostraba las grabaciones de las videocámaras y, mientras hablaba, el responsable de la tienda ilustraba con las imágenes su relato.

\*

### *Treinta minutos antes*

Arpad empujó la puerta de la tienda. Al ver al hombre elegante que acababa de entrar, un dependiente acudió a recibirlo con deferencia.

—Buenos días, caballero, bienvenido a Cartier. ¿En qué puedo servirle?

—Hace dos semanas compré aquí un anillo que tiene un defecto —explicó Arpad.

Se sacó del bolsillo el anillo en forma de cabeza de pantera que le había regalado a Sophie.

El dependiente, al ver la joya, condujo al cliente a un salón privado. Después de sentarse, Arpad depositó el anillo en la bandeja de terciopelo que le alargaba el dependiente. Este se calzó un guante blanco para cogerlo.

—Se ha desgastado uno de los diamantes que forman el contorno de los ojos —expuso Arpad.

—Me cuesta verlo así. Permítame que vaya a buscar una lupa.

El dependiente se ausentó del salón unos instantes. Cuando volvió con la lupa en la mano, comprobó que el anillo ya no estaba en la mesa.

—¿Dónde está el anillo? —preguntó.

—¿El anillo? ¡Pensaba que se lo había llevado usted! —contestó Arpad.

\*

—El anillo se había caído al suelo —explicó el responsable de la tienda—. Como pueden ver en las imágenes de videovigilancia, cuando el cliente se quedó solo en el salón, se agachó para atarse los cordones de los zapatos. Golpeó la mesa sin darse cuenta y el anillo se cayó al suelo. Como el suelo está enmoquetado, no lo oyó. Y ahí, miren, mi compañero vuelve a la habitación con la lupa y se da cuenta de que la joya ha desaparecido. Y ninguno de los dos ve que está en el suelo.

—¿Qué hicieron ustedes? —preguntó el fiscal.

—Mi compañero avisó inmediatamente a seguridad. El protocolo está muy claro: hay que cerrar las puertas con llave. Nadie puede entrar ni salir. Como no había más clientes en la tienda, todos los vigilantes de seguridad vinieron aquí. El cliente quiso salir y uno de ellos le pidió que no se moviera. La cosa duró poco: enseguida encontramos el anillo. Para mí, el tema estaba zanjado. Pero el cliente, de pronto, parecía muy molesto.

\*

### *Veinticinco minutos antes*

—¿Realmente es necesario montar este numerito? —le preguntó Arpad en tono malhumorado al responsable de la tienda—. Es muy desagradable que te retengan a la fuerza en un sitio.

—Lo lamento, caballero, es el protocolo.

—¿Secuestrar a la clientela?

—No se trata exactamente de un secuestro, caballero. Mi vigilante de seguridad le ha pedido con educación que permaneciera en esta sala.

—No tenemos el mismo concepto de lo que es la educación. Me han tratado como a un ladrón. ¿Qué forma es esta de tratar a la gente y más a alguien no repara en gastos? Devuélvame el anillo, por favor, lo llevaré a arreglar a otro sitio y me saldrá más barato.

—No se lo tome así...

—De todas formas, debo irme corriendo, tengo una cita importante.

\*

—Y, cuando estaba a punto de marcharse —explicó el responsable de la joyería—, irrumpieron todos esos policías encapuchados.

El fiscal se volvió hacia el responsable de la brigada criminal.

—¿Y la otra persona que detuvieron cuando intentaba huir por la salida de emergencia? ¿Quién es? ¿Philippe Carral?

El policía señaló a un hombre trajeado en la pantalla:

—Es un empleado de la tienda —contestó consternado—. Le entró el pánico cuando el asalto, pensó que era un atraco y quiso poner distancia.

El fiscal no pudo reprimir una palabrota.

—¡Estamos quedando como unos payasos, maldita sea! —exclamó—. ¿Ha visto a los periodistas que hay fuera? ¿Qué voy a contarles?

—Hombre —se defendió el policía—, reconozca que esta historia es bastante turbia. Arpad no es trigo limpio. Llega a la tienda, el anillo se cae al suelo como por casualidad, se lo encuentran, él pone el grito en el cielo y luego se va.

—Será que es un energúmeno —hizo constar el fiscal—. Pero no ha cometido ninguna infracción.

—¿Y si fuera un montaje? —sugirió el policía—. Fíjese, cuando entra en la tienda, pone en marcha discretamente el cronómetro del reloj. Y luego no para de mirar la hora. Creo que está calculando cuánto tiempo pasa.

—¿Adónde quiere ir a parar? —preguntó el fiscal.

—Parece que está cronometrando cuánto tardan en reaccionar los vigilantes de seguridad. Puede que sea una prueba, para un futuro atraco...

—¿Un futuro atraco? —Al fiscal se le atragantaban las palabras—. ¿Y qué hago yo con eso, inspector? ¿De qué lo acuso yo ahora? ¡Hemos venido por un atraco y no ha habido atraco!

—¿Usted sabe tan bien como yo que hay puntos oscuros! Como sus vínculos con Philippe Carral, su extraño encuentro con él en el Museo de Ciencias Naturales. La llamada sobre algo que iba a suceder esta mañana...

—Precisamente: ¿qué es lo que iba a pasar esta mañana? —se irritó el fiscal—. ¡Estamos dando palos de ciego!

—Déjenos interrogar a Arpad Braun —pidió el policía—. Nunca se sabe. Es obvio que se nos está escapando algo, pero no sé el qué.

—De acuerdo, interroga a Arpad Braun —concedió el fiscal—. Pero vaya con tiento: el expediente está vacío, no puede retenerlo mucho tiempo.

En el bosque de Jussy, Fiera y Sophie acababan de esconder la moto en el bosquecillo. Dejaron los cascos encima y se fueron a buen paso campo a través hasta la granja. Cuando estuvieron dentro de la Guarida, por fin dieron rienda suelta a su alegría y se abrazaron. El atraco había ido de maravilla. Sophie notaba cómo le latía el corazón. La abrumaban las emociones. Como una dulce embriaguez.

Fiera encendió el portátil, se conectó a la página web de *La Tribune de Genève* y vio el siguiente titular en portada:

#### INTENTO DE ROBO EN CARTIER

—¡Los muy idiotas! —exclamó orgulloso—. Han mordido el anzuelo.

10.30 h.

La joyería Stafforn, un comercio pequeño pero prestigioso, había sufrido un atraco una hora antes sin que nadie se hubiera percatado aún.

La tienda estaba en el casco antiguo, a unos pasos de la plaza de Le Bourg-de-Four, que en esa veraniega mañana de sábado se hallaba repleta de gente. Los cafés estaban abarrotados y por la intersección peatonal circulaba un flujo incesante de transeúntes.

Fiera y Sophie habían llegado y se habían ido sin que nadie se fijara en ellos. Nadie le había prestado atención a la pareja que había pasado por allí una hora antes, tan semejante a cualquier otra. En ese punto no había ninguna cámara de seguridad pública para seguir su recorrido desde la joyería Stafforn hasta una moto aparcada en la calle Saint-Léger, unos metros más abajo.

En la Guarida, Fiera saboreaba el éxito.

Dos meses antes, a finales de abril, cuando le propusieron un atraco fácil y generosamente remunerado en Ginebra, había aceptado al instante. El encargo venía de un perista de toda confianza. Un estonio con una férrea reputación y una agenda de contactos kilométrica entre las bandas de atracadores europeas. El Estonio, como se lo conocía en el mundillo, le tenía mucho aprecio: Fiera era un lobo solitario, seguidor de la vieja escuela, que siempre trabajaba de forma eficaz y limpia, siempre en regla, siguiendo un código de conducta que ya casi nadie aplicaba. El mercado estaba tomado por mafias del Este que actuaban en bandas. Eran charlatanes, violentos e imprudentes. Uno de esos equipos había fastidiado un gran atraco en París porque, justo antes de cometerlo, a dos de sus miembros les había parecido

gracioso darle un tirón a un turista. La policía los había pillado y había tirado del hilo. Fiera era distinto.

Una vez al mes, el Estonio y Fiera se veían en el ferry que une Helsinki con Tallin. Eran citas profesionales, pero, desde que se conocían, lo primero que hacían era tomarse un café y charlar. Luego el Estonio hablaba de negocios: encargos que recibía para diamantes o joyas, y para los que buscaba a un atracador mercenario capaz de dar el golpe. Fiera seleccionaba cuidadosamente las ofertas. Era prudente. No era un temerario, cosa que explicaba por qué llevaba tanto tiempo ejerciendo el oficio. Había dejado de atracar bancos porque la incertidumbre jugaba una baza importante. En el mundillo todo el mundo lo conocía y lo respetaba.

El Estonio era la única persona que estaba al tanto de lo de Sophie. La llamaba «la novia». Fiera no trabajaba con nadie salvo con ella. El Estonio era quien le había propuesto los atracos de Zaragoza y de San Remo, entre otros. Y, dos meses antes, el de Ginebra.

\*

*Dos meses antes*  
*29 de abril de 2022*

En el ferry Tallin-Helsinki, en algún lugar en medio del mar Báltico. El Estonio y Fiera, solos en el puente que azotaban las rachas de viento, se estaban tomando un café. El Estonio, que tenía sentido de la hospitalidad, había llevado un termo y dos vasitos de plástico.

—Tengo un buen golpe para ti —le dijo a Fiera en un francés sin acento—. Es donde vive tu novia.

—¿En Ginebra?

—Sí. Un joyero que se ha endeudado. El muy idiota compró piezas invendibles por una fortuna. Unos diamantes rosas que nadie quiere. Demasiado gordos, demasiado caros, vete a saber. Total, que el hombre quiere que lo atraquen para luego cobrar el seguro. Hay cinco diamantes que valen veinticinco millones de euros. Tú te encargas de robarlos y yo te los compro por un quince por ciento de su valor.

Fiera reaccionó de inmediato:

—Quiero el veinte por ciento —exigió.

—Cinco millones por un atraco que va a ser un juego de niños —calculó el Estonio— me parece excesivo. El joyero ha dado toda la información sobre el acceso a la joyería, el horario de los empleados y los sistemas de seguridad. Solo tendrás que entrar y servirte.

—Ese es mi precio.

El Estonio no le hizo a Fiera la afrenta de regatear.

—Trato hecho —dijo tendiéndole la mano.

Fiera se la estrechó.

—Lo haré a principios de julio —precisó luego.

—Sería mejor antes.

—Imposible —decretó Fiera.

—Para ti, todo es posible —apuntó el Estonio—. Debes de tener un buen motivo.

—El 20 de junio es el cumpleaños de Sophie.

El Estonio sonrió:

—¿Y este atraco es su regalo?

—Sí. —Una sonrisa de oreja a oreja iluminó el rostro de Fiera.

—Solo sonríes cuando hablas de ella —comentó el Estonio—. A principios de julio, pues.

\*

En la Guarida, mientras Fiera rememoraba la última conversación con el Estonio, Sophie seguía con preocupación las noticias en línea sobre el intento de atraco en la tienda de Cartier. Estaba furiosa.

—¡No me puedo creer que hayas hecho algo así! —le reprochó a Fiera—. ¡Eres un inconsciente! ¿Has utilizado a Arpad para distraer a la policía?

Fiera nunca había tenido intención de cargar con Arpad en el atraco de la joyería Stafforn. Era su momento a solas con Sophie.

—Te juro que cuando me inventé el atraco en Cartier —se defendió— aún no sabía que nos iba a ser de utilidad.

—¿De utilidad?

—Me refiero a que la policía sospecharía algo y que él sería la distracción.

—¡Tenías que dejar a Arpad fuera de este asunto!

—¡Fue él quien insistió en unirse al atraco!

—¡No, qué va! ¡Esto ha sido cosa tuya y de tus provocaciones! ¡Si te hubieras quedado quietecito, Arpad no se habría enterado de que estabas en Ginebra y habríamos dado el golpe tranquilamente!

—Fuiste tú quien me invitó a vuestra casa —le recordó Fiera.

—¡Porque insististe y yo quise darte ese gusto, como una idiota!

A Fiera lo hirió el comentario. Era la última vez que estaba con ella y, en lugar de aprovecharlo, estaban discutiendo.

—Arpad creía que quería reclutarlo para un atraco, así que no me quedó otra que fingir —se justificó—. Me inventé el supuesto atraco en Cartier porque lo había visto ir allí para comprar tu anillo. Era una historia verosímil. Pero fue únicamente para protegerte a ti. ¿Qué más podía hacer? ¿Contarle que tú eras mi cómplice?

—¡Pues al final sí que lo hiciste!

—Porque se estaba liando todo.

—¡Culpa tuya! —lo acorraló Sophie.

—Qué más da —se defendió Fiera—. Lo que intento explicarte es que, cuando Arpad comprendió que en este atraco estábamos tú y yo, insistió en participar.

—¡Tendrías que haberte negado!

—Entonces él te habría pedido que renunciaras. Se empeñó en estar allí para protegerte, asegurarse de que no te pasara nada. Pero no tiene ninguna experiencia, era muy arriesgado meterlo en el ajo. Así que lo mandé a Cartier, guardándome muy mucho, claro está, de decirle que era una distracción, porque si no se habría negado. Y, como él y yo acordamos no decirte nada hasta el último minuto, nunca supo que no iba a participar en el auténtico atraco.

Sophie entendía ahora por qué Arpad se había quedado en Ginebra con la excusa de que Julien podía tener un empleo para él. ¡Qué ingenua había sido!

Consultó en internet las noticias de última hora sobre la intervención policial en Cartier.

—Dicen que han detenido a un sospechoso —leyó preocupada—. ¡Tiene que ser él!

—Arpad no corre ningún peligro —le aseguró Fiera—. No ha habido atraco. La poli no tiene nada contra él.

—¿Y si lo relacionan con el de Stafforn?

—Si la policía hubiera descubierto ya el verdadero atraco, los medios hablarían de ello.

—No necesariamente —dijo Sophie—. No si la policía ha visto la relación entre ambos y comprende que lo de Cartier solo fue un señuelo.

Fiera procuró tranquilizarla:

—¿Y aunque así fuera? Arpad tiene la mejor coartada: él estaba en Cartier en ese momento. Te estás agobiando por nada. Arpad es más fuerte de lo que crees. Saldrá de esta de calle.

Mientras tanto, a solo unos kilómetros, en Cologny.

Como estaba previsto, los padres de Karine acababan de llegar a la Verruga para recoger a los niños. Agnès se preocupó por la mala cara que tenía su hija:

—¿Ha pasado algo, cariño?

—No, no. Está todo en orden.

—¿Greg no está aquí?

—Ha tenido una pequeña emergencia en el trabajo. Volverá a las doce y saldremos entonces.

En la Guarida, Fiera escrutaba el horizonte por la ventana.

—Es hora de marcharse, ¿no? —preguntó Sophie.

En teoría, tenía que volver a Saint-Tropez en el Peugeot gris. Cuanto antes, mejor. Pero a Fiera le apetecía prolongar ese instante. Había preparado champán y caviar para celebrar su último atraco juntos. Sin embargo, notaba que no era el mejor momento para sacarlos. Solo quería pasar un buen rato con ella. El último recuerdo de los dos juntos que le iba a quedar. Después de aquello, desaparecería de su vida para siempre, no solo para cumplir su promesa, sino porque él había comprendido que estaba equivocado: la verdadera jaula de Sophie eran los atracos. Le impedían disfrutar de una vida plena en Ginebra. Ahora, donde se sentía realizada era en la Casa de Cristal, con Arpad y sus hijos.

Él tenía que desaparecer para devolverle la libertad.

Si de verdad la quería, tenía que renunciar a ella.

11.00 h, en el cuartel general de la policía judicial.

Estaban interrogando a Arpad en la sede de la brigada criminal. Él notaba (aunque sin saber por qué) que la situación estaba cambiando a su favor. Cuando lo detuvieron brutalmente en Cartier, creyó que todo había acabado. Pero, tras una corta estancia en el calabozo, lo habían llevado, sin esposas y con muchos miramientos, a una sala de interrogatorios. Una inspectora joven le hacía preguntas sin agresividad y sin ni siquiera acusarlo de nada. Y, por encima de todo, no había pronunciado ni una sola vez la palabra «atraco».

Marion Brullier le preguntó a Arpad por tercera vez:

—¿Qué estaba haciendo en Cartier?

—Ya se lo he dicho: la semana pasada compré un anillo y uno de los diamantes se desengastó. ¿Puedo saber qué está pasando? ¿Y por qué me han tratado como a un delincuente?

Ella eludió la pregunta:

—Hubo un incidente en Cartier. ¿Nos lo puede contar?

—¿Un incidente? Ni siquiera lo llamaría incidente. ¿Los avisaron los de la joyería?

Marion tenía poco margen de maniobra: Arpad podía marcharse cuando quisiera. Pero aún no era consciente de ello. Intentó incitarlo a hablar.

—¿Qué pasó en Cartier?

—Llevé un anillo defectuoso para que lo arreglaran. Se cayó al suelo sin que nadie se diera cuenta y eso provocó un momento de confusión. Los de seguridad intervinieron y montaron un numerito inútil. ¿Los avisaron ellos? ¿Por eso me han tirado al suelo y me han esposado? Sepa que voy a presentar una denuncia.

Arpad había dicho esto último para poner a prueba a la inspectora. Ella no le llevó la contraria. ¿Significaba eso que no tenían nada en su contra?

Pero había una cosa que lo preocupaba por encima de todo: ¿qué había pasado con Fiera y Sophie? Le faltaban piezas del puzle, pero procuró que la policía no notase nada.

Marion retomó el hilo de las preguntas:

—¿Por qué está usted en Ginebra? —preguntó.

—Porque vivo aquí —respondió Arpad como un eco.

—Su mujer y sus hijos se marcharon ayer a Saint-Tropez...

—¿Cómo lo sabe?

Ella volvió a eludir la pregunta:

—¿Por qué no está con ellos?

—Precisamente me voy a reunir con ellos esta tarde.

—¿Por qué no se marchó ayer?

—Ayer por la tarde tenía una entrevista para un posible trabajo en un fondo de gestión de patrimonio. Era la primera oportunidad real de trabajo desde hace meses, Saint-Tropez podía esperar. Disculpe, pero ¿de qué se me acusa exactamente?

Marion notaba que no podría retener a Arpad mucho más tiempo. Mostró sus últimas cartas:

—¿Conoce a un tal Philippe Carral?

Arpad se quedó helado. Se serenó rápidamente al recordar los consejos que le había prodigado Sophie el día anterior, en la intimidad del coche, mientras estaba en el túnel de lavado. «Si la poli te pregunta por Fiera, di toda la verdad. Ahí es donde podrían pillarte. Están muy bien informados, no los subestimes, no los tomes por tontos».

—Fuimos compañeros de celda —explicó Arpad—. Fue hace más de quince años. Me condenaron injustamente a prisión preventiva en Francia, pero luego retiraron todos los cargos. Un estúpido *quid pro quo* por un coche que me habían encargado que bajara desde Londres hasta Saint-Tropez...

—¿Y lo ha vuelto a ver después de la cárcel?

—Sí, primero en Saint-Tropez. En la cárcel me protegió y yo quise devolverle el favor. Le encontré un trabajo, pero no le duró mucho. Acabamos perdiendo el contacto y yo me mudé a Ginebra.

—¿Y no lo ha vuelto a ver?

—Durante quince años, no. Pero tiene gracia que lo saque a relucir porque la semana pasada reapareció sin previo aviso.

—¿Qué quería de usted?

—No estoy seguro. Supongo que dinero. Es un hombre al margen, ¿sabe? Me siguió dos veces, casi podría considerarse acoso. El sábado pasado llegamos a las manos. Le di una paliza. Desde entonces, no he vuelto a saber de él...

Al oír estas palabras, Marion le dijo:

—Está mintiendo.

En silencio, la inspectora le puso delante dos fotos tomadas tres días antes delante del Museo de Ciencias Naturales. En una se veía a Arpad y a sus hijos entrando en el edificio. En la otra, a Fiera entrando a su vez.

—Tuvo un encuentro con Philippe Carral en el Museo de Ciencias Naturales el pasado miércoles.

Arpad titubeó. Se acordó de lo que le había dicho Sophie: «Si en un momento dado tienes la sensación de estar perdiendo pie, recuerda que durante seis meses has logrado ocultarme que te habían despedido. Sabes embaucar a la gente. No te lo tomes a mal, no es una crítica. Es un don». Se creció:

—¡Madre mía! ¿Cree usted que quería devolvérmela después de la pelea del sábado? ¿Lo ve? Le he dicho que el muy pirado me seguía a todas partes. De hecho, me gustaría denunciarlo. Habría que ponerle una orden de alejamiento o algo así.

—¿O sea, que no se vieron en el museo?

—¿Que si nos vimos en el museo? Inspectora, si nos hubiéramos visto, probablemente no estaría hablando con usted ahora mismo. Dudo mucho que fuera allí por los animales disecados. Me imagino que no se atrevió a actuar en un lugar público.

—¿Afirma usted que desde la pelea del sábado pasado no ha vuelto a tener ningún contacto con él? —preguntó Marion.

—Ninguno.

Marion sonrió, victoriosa. Reprodujo una grabación de audio:

Arpad: *¿Diga?*

Voz de hombre: *El sábado por la mañana cuento contigo.*

Arpad: *Lo dejo.*

Voz de hombre: *No puedes. Me prometiste que lo harías.*

Arpad: *¡Te digo que lo dejo!*

—Tuvo una conversación telefónica con Philippe Carral el miércoles por la mañana —dijo Marion—. Unas horas antes de verlo en el Museo de Ciencias Naturales...

Arpad sintió un escalofrío. Sophie, la víspera, le había advertido: «Puede que tengan grabadas conversaciones con Fiera, pero no podrán confirmar que de verdad es él». ¿Cómo había podido anticipar algo así? La situación lo estaba superando, pero se esforzó por mantener la concentración y siguió las valiosas indicaciones de su mujer. «Si te ponen una de esas grabaciones, tú di que se trata de...».

—Elmar, un amigo estonio —explicó Arpad.

—¿Un amigo estonio? —repitió Marion.

—Un amigo que vive en Estonia, si le gusta más.

—¿Y qué quería? En la grabación parece muy insistente.

«Elmar te pidió que le compraras un reloj de colección en una subasta privada», le había indicado Sophie.

—Que le comprara un reloj en una subasta privada —explicó Arpad—. Pero yo tenía otras cosas que hacer, quería irme a Saint-Tropez. Lo mandé a paseo. El pesado de Elmar: le das la mano y te coge el brazo. Si quiere comprobarlo, llámelo.

—Lo hemos intentado, pero no da señal.

Arpad notó que había llegado el momento de la verdad y decidió jugarse el todo por el todo. Puso voz de indignación:

—¿Puedo preguntarle con qué derecho han grabado mis conversaciones telefónicas? Exijo saber por qué me tienen retenido aquí.

Marion se había quedado sin munición. Se limitó a decir:

—Ahora vuelvo. No se mueva.

Salió de la sala y entró en el cuarto de al lado, donde el fiscal y otros policías, entre ellos Greg, estaban siguiendo el interrogatorio.

—Tiene respuesta para todo —dijo el fiscal—. No tengo nada para inculparlo. Ni siquiera ha habido atraco. Hay que dejar que se marche.

—¡Nos está tomando el pelo! —se exasperó Greg—. Estoy convencido de que la voz de la grabación es la de Philippe Carral, ¡y no la de un supuesto amigo estonio!

—No tenemos forma de autentificar esa voz —le recordó el fiscal—. A menos que tenga usted a Carral a mano. Y, por encima de todo, ¿he de

recordarle que no se ha producido ningún atraco? ¡Gracias por el soplo!

A Greg le hervía la sangre. Tenía ganas de decir a voces todo lo que sabía. Que había puesto una cámara en el dormitorio principal de los Braun; que dos días antes, sin ir más lejos, había descubierto una conversación sobre el atraco entre Arpad y, probablemente, Fiera. Habían trazado un plan muy completo: Arpad iba a entrar por delante, y Fiera y Sophie por detrás. Pero, si revelaba la existencia de la cámara ante el fiscal, acabaría con su carrera. Y todo para nada: ¡ni siquiera habían cometido el atraco! O quizá no lo habían cometido aún. Les estaban dando gato por liebre y no podía soportarlo.

Se acordó del otro móvil escondido detrás del rodapié del dormitorio. Había visto a Arpad utilizarlo en dos ocasiones para llamar a Fiera. Si lograban tener acceso a él, cambiarían las tornas.

—¡Hay que registrar la casa de los Braun! —exclamó Greg, pillando a todo el mundo por sorpresa.

La propuesta, teniendo en cuenta lo que habían hablado el fiscal y los inspectores, parecía de lo más incongruente.

—No podemos hacer un registro sin haber presentado cargos antes —le recordó el fiscal.

—Ya se nos ocurrirá algo —contestó Greg sin pararse a pensar.

—Pero ¡si no tenemos nada! —se irritó el fiscal—. Hemos metido la pata hasta el fondo, hemos hecho el ridículo. Y ya le hemos dedicado tiempo y recursos de sobra a este asunto. Hay que liberar a Arpad Braun. Y levantar la vigilancia. Ya no hay nada que la justifique.

En la sala de interrogatorios, Arpad rememoraba el último consejo de Sophie: «Si te dicen algo del teléfono que hay escondido detrás del rodapié del dormitorio, diles que lo usabas con los clientes del banco que no siempre habían declarado todos sus ingresos y temían que las líneas oficiales estuvieran intervenidas».

La inspectora no había mencionado el teléfono oculto, pero esa observación de Sophie lo perturbaba: ¿cómo iba a saber la policía que había un teléfono detrás del rodapié? Comprendió entonces que Sophie sabía algo que él ignoraba. Seguía sin contárselo todo. Pero no le dio tiempo a tirar del hilo de sus pensamientos porque Marion volvió a entrar en la sala de interrogatorios y le comunicó:

—Nadie lo retiene aquí. Puede irse cuando guste.

Arpad se marchó de la sede policial en taxi, rumbo al barrio de Les Tranchées para recoger su coche. El conductor, muy locuaz, le preguntó:

—¿Se ha enterado de lo que ha pasado en la calle de Le Rhône?

Arpad no contestó y el taxista tuvo la satisfacción de darle la primicia:

—La policía creyó que habían atracado la tienda de Cartier y entraron al asalto. ¡Menuda la que han montado!

—¿Cómo que la policía creyó que la habían atracado?

—No sé qué cuentas se echarían, pero se colaron a base de bien. En internet se habla de una equivocación. Y eso que no se anduvieron con chiquitas: mandaron al grupo de intervención policial, nada más ni nada menos. Incluso reventaron la puerta del local. Total, que la broma ha salido por un pico. ¿Y sabe con qué dinero tendrá que indemnizar los daños el Estado? ¡Con nuestros impuestos! Menudo escándalo.

Arpad ya no entendía nada. ¿Dónde estaba Sophie? ¿Dónde estaba Fiera? Se acordó de la Guarida que le había mencionado Sophie. Para que no localizaran su coche allí, decidió ir en taxi.

—Cambio de planes —le dijo al conductor—. Vamos a Jussy.

Daban las doce del mediodía en el campanario de la iglesia en el pueblecito de Jussy.

El taxi recorrió la calle principal. Luego siguió por una carretera que serpenteaba entre trigales. Un paisaje bucólico a más no poder.

Arpad no tardó en ver la explotación agrícola. Supo que era esa porque Sophie le había contado que había un letrero grande de madera donde ponía que se vendían huevos frescos. «Al llegar al letrero, gira a la izquierda y sigue hasta que veas una granja. Ahí es». Indicó al taxista que tomase el desvío.

El coche bordeó los almacenes y Arpad no tardó en ver los edificios de los que había hablado Sophie. Luego se fijó también en el Peugeot gris de Fiera. Había llegado a la Guarida.

Le pidió al taxista que lo dejara allí.

No se había dado cuenta de que un vehículo lo seguía discretamente desde que había salido de la sede de la policía judicial.

Aunque el fiscal había ordenado que se levantara la vigilancia de Arpad, Greg no era de la misma opinión. Decidido a demostrar a todos sus compañeros que se equivocaban, siguió a Arpad desde que se había ido de la sede policial en taxi. Al ver que se dirigía al campo, comprendió que se estaba cociendo algo.

Para que no lo localizaran, Greg se había mantenido bastante alejado del taxi y lo había perdido a la salida de Jussy. Dedujo que se habría metido por alguno de los numerosos caminos rurales. Pero ¿cuál?

Andaba dando vueltas cuando vio que el taxi volvía de vacío. Greg pegó el pirulo al techo del coche y le indicó al taxi que parase.

—¿Dónde ha dejado a su cliente? —le preguntó al conductor.

—Delante de una granja, ahí mismo. Coja por esta carretera, y cuando vea un cartel que pone «Se venden huevos frescos», gire a la izquierda y siga el camino hasta un grupito de edificios. Verá primero unos almacenes, pero no es ahí. Hay que ir un poco más allá.

En la Guarida, Fiera estaba tan entretenido hablando con Sophie que no vio el taxi que acababa de llegar al patio.

Se había resuelto a descorchar el champán para disfrutar de los últimos momentos con ella. Luego tendrían que irse.

—Por ti —brindó con Sophie.

—Por nosotros —contestó ella.

Fiera bebió un sorbo de champán. Por fin tuvo valor para sincerarse:

—Eres lo mejor que me ha pasado.

Se abrazaron y le murmuró:

—Te he querido toda mi vida.

—Lo sé —dijo Sophie con ternura.

En ese instante, el picaporte de la puerta del apartamento chirrió. Alguien estaba intentando entrar, pero la puerta estaba cerrada con llave. En una fracción de segundo, Fiera sacó el arma y se acercó a la mirilla sin hacer ruido.

—¿Arpad? ¿Qué coño pintas tú aquí? —preguntó Fiera, exasperado, después de hacerlo pasar precipitadamente.

Sophie corrió a abrazar a su marido.

—¡Joder, Soph! —estalló Fiera—, le has dicho dónde nos escondemos. ¿Tan inconsciente eres?

A Arpad le molestó que Fiera llamara a Sophie con el mismo diminutivo que él.

—Pero ¿por qué os escondéis? —preguntó irritado al ver la botella y las dos copas—. ¿Y por qué estáis bebiendo champán? ¿Por qué no terminasteis el maldito atraco? ¿Qué coño está pasando?

—Sí que hemos cometido el atraco —dijo Sophie—. Pero la policía aún no lo sabe.

—¿Qué me estás contando? —preguntó Arpad, confuso.

—Lo de Cartier era un señuelo —le confesó Fiera.

—¿Un señuelo? ¿Cómo que un señuelo? ¿Me habéis utilizado?

—Al principio no estaba previsto —explicó Fiera—. Cuando creíste que te estaba proponiendo a ti participar en el atraco y quedamos en La Caravelle, me inventé un golpe en Cartier porque no podía revelarte que tu mujer era una atracadora.

—¿Y después? —inquirió Arpad—. ¿Por qué me hiciste ir a Cartier de todas formas?

—Era muy arriesgado meterte en el verdadero atraco.

—O sea, que, si lo he entendido bien, me mandaste a Cartier para que te dejara en paz con Sophie y poder dedicaros los dos solitos a lo vuestro. ¿Qué joyería habéis atracado?

—Stafforn, en el casco antiguo —contestó Sophie—. Pero yo no sabía nada de la maniobra de distracción que había organizado Fiera. Ni siquiera

estaba al tanto de que ibas a participar en el atraco.

—Pero, si en Cartier no hubo ningún atraco, ¿por qué se plantó allí la policía? —preguntó Arpad—. Incluso me han preguntado por ti, Fiera. Me habían pinchado el teléfono. Estaban enterados de todo.

—En efecto, estaban enterados de todo —dijo Fiera—, y nosotros lo sabíamos.

—¿Cómo que lo sabíais? —dijo Arpad con voz ahogada—. ¿Qué es lo que sabíais?

Sophie le confesó entonces:

—El miércoles por la tarde vino a verme Karine.

\*

*Tres días antes del atraco*

*Miércoles 29 de junio de 2022*

Sophie estaba volviendo al bufete después de la pausa para comer cuando se topó con Karine, que la estaba esperando delante de la puerta.

—Hola, preciosa —la saludó Sophie, pensando que se trataba de un encuentro casual.

—¡Déjate de monsergas! —le soltó Karine entre dientes—. ¡No eres más que una guarra!

Sophie se llevó un buen chasco.

—Pero bueno, Karine, ¿qué te pasa?

—¡Sé que te estás tirando a Greg! —exclamó Karine, temblando de rabia.

Sophie, que no entendía nada, trató de calmar los ánimos:

—Espera, espera, creo que te estás equivocando de medio a medio. ¿Por qué no lo hablamos arriba?

Ese día, Véronique no había ido al bufete: las dos mujeres estarían solas. Sophie le ofreció a Karine sentarse en la sala de reuniones, pero Karine estaba demasiado furiosa para hacerlo. Se quedaron las dos, frente a frente, en el diminuto vestíbulo.

—¿Quieres un café? —le ofreció Sophie, incómoda.

—¡Lo que quiero es que desaparezcas!

—Escucha, no sé por qué crees que entre Greg y yo hay algo, pero te aseguro que no es verdad. ¡Ni por asomo!

—¡Por favor, no me tomes por imbécil! De todas formas, salta a la vista que necesitas gustarles a todos los hombres.

—¡Karine, ya está bien! No tengo la menor intención de dejar que nadie me insulte. Es evidente que estás alterada. O sea que o me dices qué está pasando, o te marchas de aquí.

—He recibido un anónimo que dice que Greg me engaña.

—¿Conmigo?

—Eso no lo dice. Pero en el móvil de Greg he encontrado un vídeo tuyo masturbándote.

—¿Qué? —se espantó Sophie—. ¡Qué dices, eso es imposible!

—¡Huy, créeme, no hay duda de que eres tú!

—Karine —repitió Sophie—, ¡eso es imposible! Yo nunca haría algo así. Ni acostarme con Greg, ni perjudicarte a ti, ni hacerte daño de una forma u otra.

—¿Por qué iba a creerte?

—Porque...

Sophie se interrumpió. Como si dudara. Hasta que se lanzó:

—Porque eres una de las pocas amigas que tengo. Puede que la única persona con la que me siento de verdad... yo misma.

Karine soltó una risa cínica:

—¿Y toda esa gente que estaba en la fiesta de cumpleaños de Arpad?

—Véronique, mi ayudante. Julien, un buen amigo de Arpad, y su mujer Rebecca. Unos primos de Arpad. Un par de conocidos... Ya ves, al final resulta que no soy tan popular como te crees. Pero en esa fiesta conocí a una amiga. Una persona íntegra, con principios, divertida y sorprendente: tú.

Karine se quedó mirándola a los ojos. Estaba atrapada en un remolino de sentimientos contradictorios. Al cabo dijo:

—La policía ha colocado una cámara en vuestro dormitorio. Así es como Greg consiguió ese vídeo tuyo.

—¿Qué?

—La policía sospecha que Arpad quiere cometer un atraco...

Hubo un silencio incómodo. Las dos mujeres se observaron. Hasta que Karine, a punto de llorar, dijo:

—Si resulta que eso es cierto, entonces marchaos los dos muy lejos, antes de que os pille la poli. No quiero que Arpad acabe en la cárcel aquí, y que tú te quedes sola, en tu casoplón, a tiro de piedra de nosotros. Sería muy

malo para Greg. Se empeñaría en ayudarte y apoyarte. Lo conozco. Ya lo estoy oyendo decir: «Da igual lo que haya hecho Arpad, hay que apoyar a Sophie. Es una amiga». Solo para estar cerca de ti, rondándote como un perrito en busca de caricias. Lo vas a volver loco. De hecho, ya lo has vuelto loco. Pero hasta ahora yo estaba demasiado ciega para darme cuenta. Desde el cumpleaños de Arpad, Greg está como hechizado. Desde esa noche no es el mismo. Estoy más que decidida a recuperar a mi marido, Sophie. Es todo lo que tengo.

\*

—¿Hay una cámara en nuestro cuarto? —Arpad se había quedado anonadado con el relato de Sophie.

—Sí. Atornillada en lo alto del armario. Tecnología punta. Un chisme de la policía, eso seguro.

—Pero ¿cómo es posible?

—No lo sé. Pero, cuando se lo conté a Fiera, lo vio como una oportunidad.

Entonces Fiera explicó:

—Sophie y yo hicimos una lista de lo que podría saber la policía si os hubiera llenado la casa de cámaras y micros, y os hubiera intervenido los teléfonos. Repasamos todas las conversaciones que podrían haber oído. Sophie y yo tenemos nuestro propio protocolo de seguridad desde siempre, precisamente para mantener a vuestra familia al margen de esto.

—¿Te refieres al móvil secreto?

—Entre otras cosas —asintió Fiera—. Para serte del todo sincero, el móvil que había escondido en vuestra casa era una línea de emergencia. Pero, como lo habías encontrado, sabíamos que ya no valía. Y que la poli quizá lo hubiera visto a través de la cámara. Del mismo modo que yo había cometido el error de llamarte a tu móvil, el miércoles por la mañana, cuando probablemente ya estaba intervenido. Total, que le dije a Sophie que las sospechas apuntaban a ti y que toda la policía de la ciudad estaría pisándote los talones, al tiempo que nosotros cometíamos el atraco en paz.

Sophie prosiguió:

—Fiera me convenció de que esta mañana, mientras nosotros atracábamos la joyería, toda la poli estaría ocupada vigilándote en casa.

—¿Por eso me diste todos esos consejos en el túnel de lavado? —dedujo Arpad.

—Exacto. Pero en ese momento yo ignoraba lo del falso atraco en Cartier. Arpad se volvió hacia Fiera:

—Nos engañaste a los dos y a mí me mandaste a Cartier para que la poli creyera que el atraco era allí, en una maniobra de distracción.

—No podía desaprovechar la ocasión —se justificó Fiera—. Gracias a ti, tuvimos vía libre.

—Pero ¿cómo podías estar seguro de que lo de Cartier iba a funcionar? —siguió preguntando Arpad.

—Todas las joyerías tienen el mismo protocolo de seguridad. Un juego de niños.

Arpad estaba anonadado. Fiera miró la hora en el reloj de pulsera y decretó:

—Ahora sí que hay que largarse.

En un gesto automático, echó un vistazo por la ventana que daba al patio.

—¡Joder, hay un poli!

Greg, con el traje de asalto, estaba inspeccionando el Peugeot gris.

Fiera corrió inmediatamente la cortina y sacó el arma. Corrió a asomarse a las demás ventanas para echar una ojeada a los alrededores.

—¿Qué hacemos? —preguntó Sophie, con el corazón desbocado.

—No veo a nadie detrás. ¡Llévate a Arpad contigo y sigue el protocolo de emergencia!

—¿Y tú? —se inquietó ella.

Fiera la cogió por los hombros y repitió:

—¡Llévate a Arpad contigo y sigue el protocolo de emergencia!

Ella obedeció. Cogió a Arpad de la mano y lo condujo al dormitorio. Salieron por la ventana y, al amparo de la fachada del edificio, dieron una carrerita por la cornisa hasta la planta superior del pajar.

Fiera se quedó mirando cómo desaparecían y murmuró: «Adiós, Sophie, cuánto te he querido...». Acto seguido, con el arma en la mano, abrió la puerta de entrada de la Guarida y empezó a disparar a Greg.

Sophie y Arpad estaban bajando por la escalera de mano del pajar cuando oyeron el tiroteo. Los disparos venían del patio. Sophie se dirigió a una trampillita de madera que había al fondo del pajar. La empujó y sacó la

cabeza para inspeccionar los campos. No había nadie. Tenían vía libre. Se coló fuera del pajar e instó a Arpad a que la siguiera. Él, al ser más corpulento, se quedó atascado a la altura del pecho. Pillado en la trampa.

En el patio seguían los disparos. Fiera, desde la escalera exterior del apartamento, disparaba sin tregua contra Greg, que tuvo que refugiarse detrás de una máquina agrícola.

Fiera pensaba que tendría que enfrentarse a una columna de las fuerzas especiales, pero comprobó que el policía estaba solo. Era extraño. El tiroteo cesó un instante.

Sophie agarró a Arpad por los brazos y dio un tirón seco. Él logró liberarse y salir de la trampilla. Corrieron a toda velocidad hacia el bosque. Los disparos habían cesado.

Fiera ya no veía al policía. Bajó las escaleras y avanzó con paso cauteloso. Oyó un ruido y se volvió bruscamente. No había nadie. De pronto, Greg se le plantó delante y le vació el cargador encima.

Lo alcanzaron nueve balas en el pecho y una en la cabeza.

Sophie dio un respingo al oír la ráfaga de disparos. Estaban ya en el bosque, a cubierto detrás de las hileras de árboles. Se detuvo un segundo y miró hacia la granja, que ya no se veía. Luego localizó el bosquecillo. Sacó la moto, le dio uno de los cascos a Arpad y se puso el otro. Ella se sentó delante y Arpad de paquete. Arrancó y la moto salió disparada por la senda forestal.

13.00 h, en Jussy.

La policía había acordonado la explotación agrícola. La unidad canina estaba peinando los campos y el bosque circundantes. En el patio, delante de la granja, un sanitario estaba examinando a Greg. Por pura rutina. No tenía nada. Miraba a los expertos de la policía científica que se afanaban alrededor del cuerpo de Fiera. Marion Brullier, que había acudido de forma urgente con sus compañeros de la brigada criminal, se acercó a él.

—¿Estás bien? —inquirió.

—Sí.

Ella le tocó el hombro en un gesto amistoso.

—Es Philippe Carral, ¿verdad? —preguntó Greg.

—Eso parece. Lo vamos a confirmar enseguida con una prueba de ADN. ¿Estaba solo?

—No he visto a nadie más. Llegué aquí y de pronto apareció allí arriba y empezó a disparar.

—¿Cómo supiste que estaba aquí?

—Me crucé con el Peugeot gris por casualidad, mientras volvía a casa —mintió Greg—. Y lo seguí hasta aquí.

No dio más explicaciones, pues le parecía inútil sacar a colación a Arpad. En la granja no había ningún rastro de los Braun y tenía miedo de que su enseañamiento con ellos acabara causándole problemas por culpa de la cámara que había colocado en su casa.

Había llegado la hora de pasar página.

Quería olvidarse de Arpad.

Olvidarse de Sophie.

Solo quería volver a casa, recoger a su mujer y marcharse con ella a Italia.

Pero, cuando llegó a la Verruga, se encontró la casa sorprendentemente tranquila. Sandy no salió a recibirlo. La maleta de Karine había desaparecido. Greg comprendió que se había ido. Que lo había dejado.

En la cocina, un mensaje lacónico escrito a mano:

*Has elegido.*

Se vino abajo.

\*

16.00 h, en el casco antiguo de Ginebra.

La joyería Stafforn parecía cerrada. En todo el día no había podido entrar ningún cliente. Lo mismo le sucedió a la mujer del encargado, que, preocupada porque no lograba localizar a su marido por teléfono, había ido a buscarlo. Fue entonces cuando comprendió que pasaba algo malo y dio la alerta. La policía forzó la entrada y se encontró, dentro de la tienda, al encargado, a los dependientes y a un vigilante de seguridad atados con bridas de plástico.

En ese preciso instante, Arpad y Sophie conducían por una autopista del sur de Francia. Desde la Guarida habían ido al centro de Ginebra en moto. En el barrio de Les Tranchées la abandonaron y recuperaron el coche de Arpad para dirigirse a Saint-Tropez.

A las seis y media de la tarde llegaron por fin a casa de los padres de Sophie. Al oír el coche, Isaak y Léa salieron para recibir a sus padres. Los seguían Bernard y Jacqueline.

Arpad corrió a dar un beso a sus hijos mientras Sophie se quedaba un momento dentro del coche. Estaba jugueteando con una bolsita de terciopelo que le había dado Fiera justo antes de que Arpad apareciese en la Guarida. Dentro estaban los diamantes del atraco. Y también una notita que no había visto antes:

*Feliz cumpleaños.*

*Te querré siempre.*

*Fiera*

Cuatro meses después del atraco  
*23 de noviembre de 2022*

El atraco de la joyería Stafforn seguía sin resolverse.

La única certeza que tenían los investigadores era que Fiera había participado. Habían encontrado en su guarida ropa idéntica a la que llevaba uno de los atracadores. Una gorra y un pañuelo, que coincidían exactamente con los que se veían en las grabaciones de videovigilancia.

Pero no aparecieron ni su cómplice ni el botín. Los investigadores no tenían ninguna pista. Obviamente, sospecharon del matrimonio Braun, pero Arpad disponía de una coartada sólida: en el momento del atraco, estaba en Cartier. En cuanto a su mujer, Sophie, estaba en Saint-Tropez. Según los registros, su móvil no había salido de casa de sus padres, el coche no se había movido, y Bernard y Jacqueline confirmaron que aquella mañana estaba con ellos. Tampoco pudieron establecer ningún vínculo entre ella y Fiera basándose en que, supuestamente, ambos llevaban el mismo tatuaje, pues el de Fiera lo habían destrozado las balas que había recibido en el pecho. Solo habían quedado unos jirones de carne marcados con tinta y no se pudo identificar nada.

Mientras en Ginebra los investigadores de la brigada criminal se disponían a aparcar ese caso para dedicarse a otros más urgentes, en algún lugar en medio del mar Báltico, en el puente del ferry que une Helsinki con Tallin, se reunía un trío.

Estaba lloviendo y había bruma. Todos los pasajeros estaban dentro menos ellos tres.

Un hombre, envuelto en un abrigo de invierno y con un termo en la mano, servía café en tres vasitos de plástico.

—Me alegro de conocerla por fin —le dijo el Estonio a Sophie—. Fiera me habló mucho de usted.

—Lo mismo digo —contestó Sophie, aceptando el vasito que él le ofrecía. Detrás de ella estaba su padre. El Estonio le ofreció también un café. Bernard se lo agradeció con un ademán de la cabeza.

Sophie y el Estonio estuvieron charlando durante una hora larga. A continuación ella le entregó los diamantes y a cambio él le dio una bolsa llena de billetes. El hombre se fue tras darle un afectuoso abrazo a Sophie. La había visto por primera y última vez, pero tenía la sensación de conocerla desde hacía quince años.

Sophie y Bernard se quedaron solos en el puente.

Ella sonrió con tristeza y, luego, con los ojos clavados en el horizonte, prorrumpió en sollozos inconsolables.

Cuando se sufre un gran duelo, el tiempo no repara casi nada.

---

Epílogo

*Un año después del atraco*

*31 de diciembre de 2023*

Greg se quedó un rato observando la Verruga desde el coche. Karine acababa de salir con los chicos sin advertir su presencia. Él se apostaba allí casi todas las mañanas para ver a los suyos. Añoraba la vida familiar. Los niños se quedaban con él, en su pisito del barrio de La Jonction, un fin de semana sí y otro no. El resto del tiempo se sentía tremendamente solo.

Al marcharse de la Verruga dio un rodeo por un bosque cercano. Dejó el coche al borde de la carretera y se internó a pie entre los árboles. No tardaría mucho. Al cabo de unos minutos, vio aparecer entre los árboles la Casa de Cristal. Se acercó discretamente a la linde de la finca y observó, a través de las cristaleras, a la familia de ingleses que vivía allí desde hacía unas semanas.

Una pareja con dos niños. Parecían majos. Como los Braun, solo que peor.

A nueve mil kilómetros de Ginebra, en una playa de Costa Rica, Arpad y Sophie, abrazados en la arena, miraban cómo sus hijos jugaban en el mar Caribe.

—¿Sabías que el bar está en venta? —dijo Arpad señalando una caseta de tablones, a lo lejos.

—¿Y qué? ¿Te gustaría comprarlo? —preguntó Sophie.

—Podríamos comprarlo y rebautizarlo como El Beatriz —bromeó Arpad.

Ella se rio.

—Díselo a mi padre cuando venga a vernos la semana que viene.

—Ya me estoy imaginando la cara de tu madre: «Pero, hombre, Bernard, ¿no irás a comprar un bar aquí?».

Ella volvió a reírse y se puso de pie:

—¿Vienes a bañarte?

—Ahora voy.

Sophie fue andando hacia el mar para reunirse con sus hijos.

Arpad miró con cariño a su grupito familiar. Luego contempló cómo Sophie se metía despacio en el agua. Cuando caminaba, el tatuaje del muslo también parecía moverse.

Como si la pantera cobrase vida.

[1] Movimiento pictórico desarrollado en París a principios del siglo XX que se caracterizó por el empleo de los colores puros. En francés, *fauve* es el color leonado, pero también quiere decir «fiera». (*N. de las t.*)

[2] Servicio regional de la policía judicial francesa. (*N. de las t.*)



Título original: *Un animal sauvage*  
Primera edición en castellano: abril de 2024

© 2014, Joël Dicker  
© 2024, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.  
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona  
© 2024 María Teresa Gallego Urrutia y Amaya García Gallego, por la traducción

© Diseño: Penguin Random House Grupo Editorial, inspirado en un diseño original de Enric Satué

Imagen de la cubierta: © David de las Heras

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*.  
El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento,  
promueve la libre expresión y favorece una cultura viva.  
Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no  
reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso.  
Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para  
todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos,  
<http://www.cedro.org>) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-204-7685-8

Composición digital: MT Color & Diseño, S.L.  
[www.mtcolor.es](http://www.mtcolor.es)

Facebook: PenguinEbooks  
Facebook: AlfaguaraES  
X: @AlfaguaraES  
Instagram: @AlfaguaraES  
Youtube: PenguinLibros  
Spotify: PenguinLibros

## VEINTIDÓS MILLONES DE LECTORES LO ESTÁN ESPERANDO.

Vuelve la «voz napoleónica, que no escribe, boxea» (*El Cultural*), Premio Goncourt des Lycéens,

Gran Premio de Novela de la Academia Francesa, Premio Lire, Premio Qué Leer, Premio San Clemente y Premio Internacional Alicante Noir.

N.º 1 en la lista de más vendidos(*Libération*)



El **2 de julio de 2022**, dos delincuentes se disponen a robar en una importante joyería de Ginebra. Un incidente que dista mucho de ser un vulgar atraco. Veinte días antes, en una lujosa urbanización a orillas del lago

Lemán, Sophie Braun se prepara para celebrar su cuadragésimo cumpleaños. La vida le sonríe: vive con su familia en una mansión rodeada de bosques, pero su idílico mundo est  a punto de tambalearse. Su marido anda enredado en sus pequeños secretos. Su vecino, un policía de reputación irreprochable, se ha obsesionado con ella y la espía hasta en los detalles más íntimos. Y un misterioso merodeador le hace un regalo que pone su vida en peligro. Serán necesarios varios viajes al pasado, lejos de Ginebra, para hallar el origen de esta intriga diabólica de la que nadie saldrá indemne.

Un thriller con un ritmo y un suspense sobrecogedores, que nos recuerda por qué, desde *La verdad sobre el caso Harry Quebert*, Jo l Dicker es un fenómeno editorial en todo el mundo, con más de veinte millones de lectores.

### **La crítica ha dicho:**

«El arte y la destreza de un contador de historias nato, de alguien que parece haber nacido con el don de envolver a quien le lea con su narración».

Lorenzo Silva

«El suizo que resucita las librerías».

Jesús Ruiz Mantilla, *El País Semanal*

«Llega el fenómeno Dicker. El sucesor de Stieg Larsson y E. L. James: entretenimiento en vena».

Antonio Lozano, *La Vanguardia*

«El principito de la literatura negra contemporánea [...]. El niño mimado de la industria literaria, el tipo de buena presencia que estaba llamado a revolucionar el thriller contemporáneo».

Jesús Merino López, *GQ*

«Su secreto, la elaboración de tramas adictivas que se alejan del best seller convencional. [...] Dicker se reafirma como un hábil generador de atmósferas y de intrigas vertiginosas, con constantes vueltas de tuerca y en las que no hay ni un minuto para el descanso».

Beatriz Martínez, *El Periódico de Catalunya*

«Joël Dicker se confirma como el autor de una obra que cumple lo que Patricia Highsmith acuñó cual máxima: *Si vas a escribir, no aburras*».

Karina Sainz Borgo, *ABC*

«Dicker volverá a batir récords y superará su marca personal de más de 20 millones de lectores. [...] Un thriller con un ritmo y un suspense sobrecogedores».

Begoña Alonso, *Elle*

**Joël Dicker** nació en Suiza en 1985. En 2010 obtuvo el Premio de los Escritores Ginebrinos con su primera novela, *Los últimos días de nuestros padres* (Alfaguara, 2014). *La verdad sobre el caso Harry Quebert* (Alfaguara, 2013) fue galardonada con el Premio Goncourt des Lycéens, el Gran Premio de Novela de la Academia Francesa, el Premio Lire a la mejor novela en lengua francesa y, en España, fue elegida Mejor Libro del Año por los lectores de *El País* y mereció el Premio Qué Leer al mejor libro traducido y el XX Premio San Clemente, otorgado por los alumnos de bachillerato de varios institutos de Galicia. Traducida con gran éxito a cuarenta y dos idiomas, se ha convertido en un fenómeno literario global y conforma, junto a *El Libro de los Baltimore* (Alfaguara, 2016) y *El caso Alaska Sanders* (Alfaguara, 2022), la trilogía protagonizada por el personaje Marcus Goldman. Alfaguara también ha publicado su relato *El Tigre* (2017) y sus novelas *La desaparición de Stephanie Mailer* (2018) y *El enigma de la habitación 622* (2020). *Un animal salvaje* es su última obra.

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En [penguinlibros.club](https://penguinlibros.club) encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.



[penguinlibros.club](https://penguinlibros.club)



Penguin  
Random House  
Grupo Editorial

   [penguinlibros](https://penguinlibros.club)



# Índice

[Un animal salvaje](#)

[Los hechos](#)

[Prólogo. \*El día del atraco. Sábado 2 de julio de 2022\*](#)

[Primera parte. \*Los días anteriores a su cumpleaños\*](#)

[Capítulo 1. \*Veinte días antes del atraco\*](#)

[El día del atraco. \*Sábado 2 de julio de 2022. 9.31 h\*](#)

[Capítulo 2 \*Diecinueve días antes del atraco\*](#)

[El día del atraco. \*Sábado 2 de julio de 2022. 9.33 h\*](#)

[Capítulo 3. \*Dieciocho días antes del atraco\*](#)

[Quince años antes. \*Septiembre de 2007. Saint-Tropez\*](#)

[Capítulo 4. \*Diecisiete días antes del atraco\*](#)

[El día del atraco. \*Sábado 2 de julio de 2022. 9.34 h\*](#)

[Capítulo 5. \*Dieciséis días antes del atraco\*](#)

[Trece años antes. \*Mayo de 2009. París\*](#)

[Capítulo 6. \*Quince días antes del atraco\*](#)

[El día del atraco. \*Sábado 2 de julio de 2022. 9.36 h\*](#)

[Diez años antes. \*Junio de 2012. Ginebra\*](#)

[Capítulo 7. \*Catorce días antes del atraco\*](#)

[El día del atraco. \*Sábado 2 de julio de 2022. 9.36 h\*](#)

[Capítulo 8. \*Trece días antes del atraco\*](#)

[Siete años antes. \*Abril de 2015. Ginebra\*](#)

[Capítulo 9. \*Doce días antes del atraco\*](#)

[Un año antes. \*Junio de 2021 Ginebra\*](#)

[Segunda parte. \*Los días anteriores al hallazgo de Greg\*](#)

[Capítulo 10. \*Once días antes del atraco\*](#)

[El día del atraco. \*Sábado 2 de julio de 2022. 2 horas y 45 minutos antes de empezar el atraco\*](#)

[Capítulo 11. \*Diez días antes del atraco\*](#)

[El día del atraco. \*Sábado 2 de julio de 2022. 2 horas y 15 minutos antes de empezar el atraco\*](#)

[Dieciséis años antes. Julio de 2006. Draguignan, Francia](#)

[Capítulo 12. Nueve días antes del atraco](#)

[Quince años antes. 17 de septiembre de 2007. Menton, Francia](#)

[Capítulo 13. Ocho días antes del atraco](#)

[El día del atraco. Sábado 2 de julio de 2022. 2 horas antes de empezar el atraco](#)

[Capítulo 14. Siete días antes del atraco](#)

[El día del atraco. Sábado 2 de julio de 2022. Inicio del atraco](#)

[Capítulo 15. Seis días antes del atraco](#)

[El día del atraco. Sábado 2 de julio de 2022. 7 minutos después de empezar el atraco](#)

[Tercera parte. Los días anteriores al atraco](#)

[Capítulo 16. Cinco días antes del atraco](#)

[El día del atraco. Sábado 2 de julio de 2022. 9.45 h](#)

[Capítulo 17. Cuatro días antes del atraco](#)

[La Pantera. La Toscana, 1912](#)

[Capítulo 18. Tres días antes del atraco](#)

[Quince años antes. Septiembre de 2007. Saint-Tropez](#)

[Capítulo 19. Dos días antes del atraco](#)

[Quince años antes. 20 de septiembre de 2007. Brachetto, la Toscana \(Tres días después del atraco de Menton\).](#)

[Capítulo 20. La víspera del atraco](#)

[Capítulo 21. El día del atraco](#)

[Cuatro meses después del atraco. 23 de noviembre de 2022](#)

[Epílogo. Un año después del atraco. 31 de diciembre de 2023](#)

[Notas](#)

[Créditos](#)

[Sobre este libro](#)

[Sobre Joël Dicker](#)